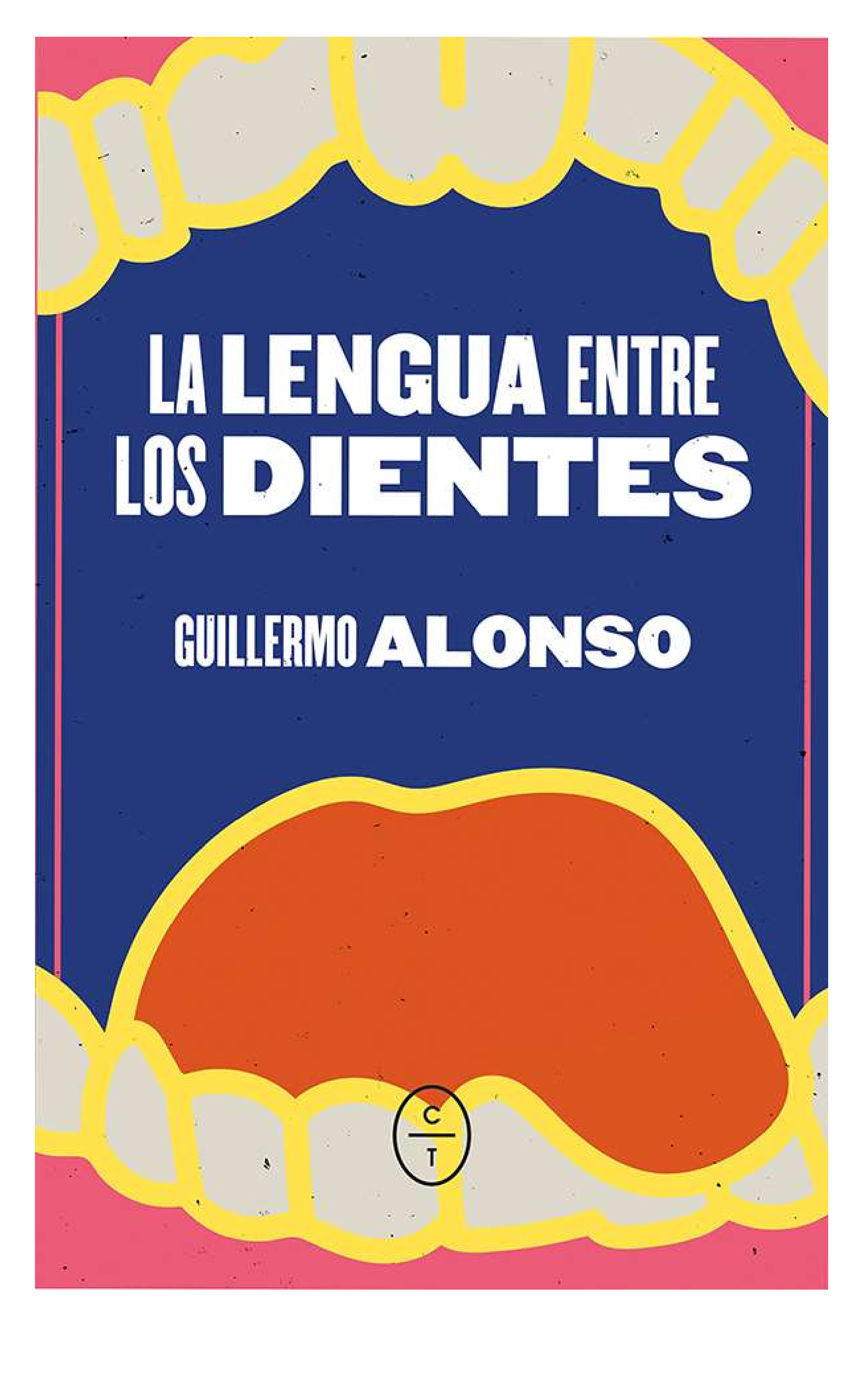


GUILLERMO ALONSO


LA LENGUA ENTRE LOS DIENTES
GUILLERMO ALONSO
C
T

A Olalla

A mi madre

No hablemos nunca de este libro

¿Sabes lo duro que resulta

librarme de la enfermedad

que toma el control de mi lengua

en situaciones como estas?

Entiéndeme.

(Shake the disease, Martin Gore)



Nada que no supiera Todos los nombres de esta historia real son ficticios, excepto el mío.

En parte por proteger sus identidades, en parte porque apenas soy capaz de recordarlos.

PARTE I Madrid, 2005

Nadie me ama

Tienes 22 años y tratas de descubrir con torpeza en qué consiste exactamente la dignidad. Me abrí un perfil en una página para ligar con otros hombres y en vez de presentarme como un pedazo de carne me presenté como un cerebro o, peor, como un corazón. No se me ocurrió otra cosa que describirme como alguien a quien le gustaba leer, pasear, escribir e ir al cine y como me daba reparo mostrar mi rostro en una fotografía, puse en su lugar un cartel en el que se leía: «No puedo poner una foto de mi cara porque soy famoso». Me escribieron unos cuantos interesados que me dejaban de hablar en cuanto les explicaba que no era famoso, solo tímido. Estaba a punto de borrar mi perfil cuando llegó el mensaje de un chico que tampoco tenía una foto. En realidad tenía una imagen, un primerísimo primer plano de su pupila, pero aquello se acercaba más a la ecografía que al retrato. Entablamos conversación. Me dijo que le había llamado la atención que en mi perfil pusiese que me gustaba escribir y añadió que él escribía teatro, que había estrenado ya un par de obras como dramaturgo y director y estaba buscando un compañero para escribir una serie de televisión. Añadió que tenía buenos contactos para que lo leyese la gente adecuada.

Dijo, también, que era cantante.

«Mándame algo tuyo», me pidió.

Normalmente, en estas redes esa petición acaba con el intercambio de un tipo de fotos donde los calzoncillos reposan a la altura de los

tobillos y solo si están muy bien hechas pueden inspirar algo que no sea lástima, pero nuestra conversación terminó con el intercambio de algunos documentos de texto. Él leyó un par de cuentos míos y le gustó especialmente uno que hablaba de tres amigas. Una se volvía negra de la noche a la mañana, otra tenía una madre que resultaba ser un dragón y le lanzaba llamaradas a la cabeza para dejarla calva cada vez que discutían y la tercera daba a luz a un bebé volador al que nunca lograban encontrar porque siempre acababa quedándose dormido en la copa de un árbol. Al chico de la web le hicieron gracia: me dijo que le gustaban mis ideas locas y mis diálogos y propuso que quedásemos para charlar.

Él se llamaba, convengamos, Waldo. Tenía un nombre artístico, sin apellido. Cuando llegué a la terraza donde nos habíamos citado creí reconocer su cara, juraría haberla visto en las tiendas de discos. No me había mentido. Era un chico muy aparente, de esos que se arreglan durante una hora para que parezca que no se han arreglado. El cabello calculadamente desastrado, la barba de tres días perfilada con rectitud. Estaba muy moreno para ser febrero. Me pregunté si sus labios, tan carnosos que parecía que pertenecían a otro rostro, habrían estado siempre ahí. Creo que se sintió halagado

cuando le dije que sabía quién era, que había visto su disco en las tiendas. Me explicó que había tenido una canción exitosa. Era verdad. Tal vez no tan verdad como él afirmaba, tal vez no había sido número uno y sonado en todas partes, pero había sido número veinte y yo la había escuchado en la televisión y en la radio. Waldo tenía apellidos cuando firmaba sus obras teatrales, pero era solo Waldo cuando cantaba. No era lo único que había hecho. Me dijo que también había sido profesor de teatro, periodista, actor, modelo y, aparte de componer sus propios temas, componía otros para cantantes que intentaban representar a España en Eurovisión. Aparte de todo esto, Waldo me dijo que tenía 27 años. Alguna vez lo pillé en un renuncio con su edad, pero en realidad eso da igual para esta historia y hasta me parece bien. Waldo amaba la ficción y era ficción en sí mismo. Pero volvamos a la serie que me propuso escribir: Waldo tenía una idea como punto de partida, tenía las ganas y tenía los contactos. ¿Qué tenía yo? Yo no tenía nada. Acababa de terminar mis estudios o lo que fuese aquello que había hecho con varios años de mi vida, guardaba unos cuentos estúpidos como el del bebé volador que por aquel entonces debería haber quemado ya y dos guiones de largometraje con mi firma, que languidecían tristes en un cajón. Uno se llamaba *Cabalgando la vaca* y era mediocre. El protagonista, un chico de campo, se enamora de un pijo de ciudad aspirante a escritor y al final, despechado por no ser correspondido, le corrige: «En tu

cuento hay un personaje que cabalga una vaca. Las vacas no se pueden cabalgar. Si te sientas sobre una se quedará quieta, no llegarás a ninguna parte». Esa frase, ese final, me gustaba, pero el resto de la historia era basura. El otro guion se llamaba *Último día de verano*. No salía ninguna vaca. Iba de dos hermanas que se enamoraban de un padre y un hijo, el padre millonario y tiránico, el hijo drogadicto y deprimido porque su madre murió ahogada en la piscina familiar. Al final no había muerto, estaba viva, la muerta no era su madre, su madre era otra, y él, al enterarse, en vez de reconciliarse con ella, la atropellaba y la mataba, a la madre y a un montón de gente más. Me encantaban los parricidios y los atropellos masivos, pero nunca tuve en consideración que esto último es muy caro de rodar. Es lo único que sabía antes de ponerme a escribir la serie con Waldo: si atropellan a alguien, le dije, que sea fuera de campo.

En fin, tenía esos dos guiones y una vida aburrida y hasta cierto punto triste, solitaria. A mis 22 años solo sabía escribir. Eso no iba a hacer de mí nadie de quien mi familia pudiese estar orgulloso. ¡Pero ser creador de una serie televisiva sí! Esa tarde, tras la cita con Waldo, busqué su nombre en Internet al volver a casa. Encontré lo siguiente:

Bajo el nombre de WALDO se esconde un artista muy completo: compositor, cantante, pianista virtuoso, actor, modelo, periodista, escritor y director de teatro.

Waldo era todo eso. ¿Qué era yo? Apenas nada, alguien que solo había querido un novio y ahora quería su propia serie, pero aún no tenía ninguna de las dos cosas. Bajo el nombre de Guillermo me escondía solo yo, alguien que jamás había tenido nada de virtuoso.

De todos modos (aunque esta no es la historia que nos ocupa) conseguí un novio muy poquito después, un tipo que se vino a vivir a mi casa al mes de conocerme y al que llamaremos, por ejemplo, Narciso. Narciso medía casi dos metros, pero tenía terror a las palomas y se refugiaba del mundo tras un flequillo gigante que le tapaba los ojos y le impedía ver mucho más allá de su propio cabello. Mientras comenzaba mi relación con Narciso también comenzó mi relación laboral con Waldo. Empezamos a vernos en un Starbucks cercano a su casa. Allí me contó de qué iba a ir nuestra serie:

—Va de tres personas que viven juntas. Una chica neurótica, un *stripper* guapísimo y un chico homosexual.

Así se establecieron nuestros roles para todos los meses en los que Waldo y yo fuimos extraños compañeros de trabajo: yo hacía

preguntas y él nunca llegaba a responder del todo. La conversación siguió, aproximadamente, de la siguiente manera.

Decía yo:

—Que vivan juntos está muy bien, ¿pero qué les pasa? Algo les tendrá que pasar para que arranque la historia.

Y respondía Waldo:

—Sobre todo, la historia debe tener *alma*.

Decía yo:

—Podrían ser niños de papá. Tres personas ricas que, de repente, se ven sin un duro.

Eso siempre da juego.

Y respondía Waldo:

—Y hay mucha complicidad, mucha química, como entre las protagonistas de *Sexo en Nueva York*.

Decía yo:

—Se me ocurre que podrían tener una vecina drogadicta que un día se pasa con la dosis, cae en un coma profundo y les encasqueta a su hija, a una niña de diez años.

Y respondía Waldo:

—Y esa es una niña *mágica*. Irradia *luz*.

Decía yo:

—¿Por qué no mejor superdotada? Una niña listísima, superdotada y con problemas para relacionarse con otros niños pero que hace muchas migas con estos tres adultos un poco disfuncionales. Y sería divertido si tuviera poderes telequinéticos.

Y respondía Waldo:

—Y esa niña es *la verdad*. Esa niña tiene *alma*.

La cosa quedó así: la protagonista es una neurótica que, para limpiar su conciencia de niña pija, porque sus padres son ricos, acude

habitualmente a una residencia de ancianos a hacer compañía a dos viejas que son muy graciosas y unas fumetas. El *stripper*, por su parte, se acaba de quedar huérfano. La serie empezaba con la muerte de sus padres en un accidente. Waldo opinaba que era mejor que alguien los asesinase, como a los marqueses de Urquijo, para que hubiese un misterio, un *whodunnit.* Y está muy triste, claro, y a mí me pareció bien porque siempre he pensado que la gente guapa es todavía más guapa cuando está triste, con ojeras de no dormir y esas arrugas en el entrecejo que tan bien quedan a los hombres que lloran varias horas al día. El personaje homosexual es el único de los tres que lo tiene todo en la vida, un trabajo de éxito y cero problemas familiares, pero hay algo que no tiene: al *stripper*, del que está enamorado.

Vamos, que ese pobre personaje era simplemente maricón, se ve que no se nos ocurrió nada más que le pudiese suceder. Me figuro que por aquel entonces ser maricón ya nos parecía suficiente. Luego está la niña esa *mágica* y dos vecinas travestis que sugirió Waldo para que dijeran cosas divertidas y aportaran comedia y a mí me pareció bien.

Empezamos a pensar en las tramas de los episodios. Hubo una vez en que Waldo se empeñó en que un capítulo tenía que hablar del destino y me explicó lo siguiente:

—He pensado en un episodio que va a ser muy de pistas, muy de sensaciones. Por ejemplo, a Alex —así se llamaba el gay, ni siquiera se nos ocurrió un nombre digno para el pobre— le proponen irse a trabajar a Nueva York y él se pregunta: «¿Voy o no voy, voy o no voy?» Y un día por un pasillo, *zas*, se cruza a un chico *guapísimo* con una camiseta que dice *I love New York.*

—¿Y se va o no se va? —preguntaba yo.

—Son todas cositas pequeñas que voy soltando. Este capítulo, Guillermo, no lo trabajo desde los hechos, sino desde el *alma*. Tú eres mejor con los diálogos de humor y yo con los sentimientos.

Era todo el rato así, o esa era mi sensación: me hablaba en cursiva, me recordaba que había sido profesor de teatro durante diez años y yo no olvidaba que lo único que había hecho era redactar un perfil en una página de ligoteo entre hombres, así que optaba por hacerle caso. A veces tenía que transigir con unas ideas estéticas que no me gustaban nada, como que el *stripper* siempre fuese por la casa con «una camiseta de tirantes negra y ajustada». Yo protestaba, preguntaba que a ver cuándo ha sido *sexy* eso, que en todo caso blanca, un poco Marlon Brando, pero no negra, y él me recordaba que gracias a su carrera

teatral él era mejor en lo visual y en lo del *alma* y yo era mejor con los chistes. Y

añadió: «Además, tienes que dejar de pensar en lo que te parece a ti *sexy* o no».

Después, ese día, me contó que la noche anterior se había acostado con un actor porno que tenía los pectorales operados.

—¿Por qué lo sabes? —pregunté

—Porque yo esas cosas las noto.

En realidad Waldo me caía bien. A medida que ha pasado el tiempo he llegado a pensar que podía tener razón en casi todo.

Yo tenía 22 años y estaba muy entusiasmado con la posibilidad de escribir mi propia serie, esa es la verdad. Cuando compartía mi entusiasmo con Narciso, de vuelta en casa, él me decía que sería mi abogado cuando todo me fuese bien, porque estudiaba cosas de propiedad intelectual. Una vez le pregunté, después de cenar un pollo asado que había cocinado yo mismo tras leerme con atención las instrucciones del horno microondas de mi casa de 35 metros cuadrados, si creía que me iría bien. Él respondió algo que hoy me resulta llamativo: no me dijo si me iría bien o no, si la serie llegaría a existir o si yo podría ser feliz escribiendo. Solo me dijo:

—En menos de un año estarás ganando seis mil euros al mes.

Creo que Narciso solo me hablaba con atención y mimo cuando me veía como su potencial primer cliente. Como el pollo le gustó, recuerdo, le hice de nuevo uno a la noche siguiente, pero no apareció hasta las tantas de la mañana ni respondió a mis llamadas de teléfono. Allí sentado, con la mesa puesta para dos y un pollo asado con

poco talento, pero mucho cariño, sentí muchísima lástima de mí mismo. Además, nunca llegué a ganar seis mil euros al mes.

Yo siempre comentaba que me parecían bonitas las tazas de Starbucks y un día Waldo me compró una. La verdad es que era generoso. Si le contaba los feos que me hacía Narciso, como no aparecer a cenar y volver a las cinco de la mañana sin dar explicaciones cuando yo había asado un pollo, él me animaba y me decía que tenía que dejarlo, que era un indeseable, y que si sufría o buscaba respuestas, podía escuchar canciones de Lara Fabian, una cantante que fue brevemente famosa a principios de este siglo y tenía un timbre de voz parecido al de Celine

Dion, la cantante favorita de Waldo y a la que había ido a ver en concierto en Las Vegas. Waldo era comprensivo, esa es la verdad. Me tenía cariño, yo también se lo tenía a él, aun habiendo un abismo insalvable entre nosotros: yo no podía dejar de pensar que él era un hortera y él, probablemente, que yo era un cínico. Y pese a todo, nos gustaba estar juntos. Un día a él, en todo caso, le dejó de gustar estar juntos en el Starbucks. Me dijo que allí no se centraba y deberíamos dejar de tomar notas en una libreta y trabajar ante su ordenador, así que me pidió que comenzase a ir a su casa desde el día siguiente.

La casa de Waldo era una trampa para epilépticos. Paredes fucsias, amarillas, azules, verdes, muebles *pop art*, lunares, butacas con formas extrañas y nada cómodas y, por todas las paredes, fotos gigantes de él mismo. En algunas estaba con amigas. Me llamó especialmente la atención un enorme mural en el que aparecía Waldo en el centro rodeado de seis chicas con la piel de color naranja, parecida a la suya. Cada una sujetaba un objeto.

—Son mis mejores amigas —me explicó—. A cada una le he pedido que pose con algo que la representa.

—¿Qué les pasa en la piel?

—Les he dado yo un *tiqui tiqui* de colorcito —Waldo usaba mucho la expresión *tiqui tiqui*—, que estaban muy blancas.

Una de ellas, muy gorda, posaba abrazando un osito. Al parecer, era soñadora. Otra, con cara de traviesa, posaba con un enorme reloj de cuco.

—Sonia es un cielo, ¡pero es tan impuntual! —explicó Waldo.

No pude evitar preguntarme qué objeto me daría a mí Waldo si alguna vez me incluía en su mural de mejores amigos. Tal vez una granada de mano, o un cenicero, o

una piscina hinchable y un secador. Otra de las enormes fotos enmarcadas eran *collages* de sus conciertos en las giras de *Los 40 Principales* en las que había participado por toda España y otras eran simples retratos en los que él posaba ahogado bajo capas de Photoshop. Bajo su rostro, en todas, se podía leer:

WALDO

En el pasillo que conducía a su despacho había una foto enorme enmarcada de las protagonistas de *Sexo en Nueva York*. Waldo había escrito encima mensajes a sus personajes: «Gracias, chicas, han sido seis años inolvidables». Y en su despacho había un piano, un proyector, una pantalla blanca en la pared y un escritorio alto, tan alto que parecía más bien la barra de un bar y que no tenía una silla con respaldo para teclear, sino dos taburetes de color rojo.

Nos sentamos frente a su ordenador y pronto descubrimos que no era cómodo trabajar los dos ante la misma pantalla y en taburetes. Waldo decidió que mejor me fuese a mi casa y al día siguiente, cuando regresé, me enseñó una pizarra y un rotulador.

—Las he comprado hoy. Así es más visual. Iremos haciendo un gran esquema del episodio piloto y yo luego te lo mando en una foto y tú lo escribes y organizas en el ordenador de tu casa, ¿te parece?

Asentí. Aquel día ideamos la estructura del primer episodio, el único del que llegamos a escribir un guion completo, y Waldo fue apuntando las ideas en la pizarra, como prometió. El episodio, recordemos, comenzaba con los padres del *stripper* muriendo en un accidente de coche, después la vecina yonqui madre de la niña superdotada y telequinética volvía a casa y le daba un infarto, a la vez la protagonista pija concienciada iba a la residencia de ancianos para ver a su vieja favorita, la fumeta, que se había escapado por los tejados para encenderse un cigarro, y confieso que al homosexual no me acuerdo muy bien de qué le pasaba dado que ya he dicho que la única cosa importante que le ocurría a aquel pobre personaje era que era homosexual, y creo que precisamente por eso se nos había ocurrido que al final de la primera temporada lo atropellase un coche, para que le pasase algo memorable, y lo apuntamos para que no se nos olvidase junto a detalles del diseño de producción, como que sería bonito que la casa fuese un dúplex en el que ambas alturas fuesen visibles, en un espíritu un poco *13 Rue del Percebe*, y Waldo aprovechó para recordarme que cuando el *stripper* se entera de la muerte de sus padres debía llevar una camiseta negra de tirantes muy ajustada.

Waldo lo apuntó todo en la pizarra, al principio con una letra clara, al final ya con letra de médico. Como la pizarra no era muy grande y no dejaban de ocurrírsenos ideas, acababa escribiendo donde quedaba un pequeño hueco. Ese día cuando volví a casa me esperaba un mail de

Waldo. «Guillermo, como en una sola foto no se aprecia toda la pizarra, he hecho cuatro fotos».

Abrí las cuatro fotos. Me encontré lo siguiente:

ACCIDENTE mueren fulminantemente VIEJA CELIA fuma IMPORTANTE camiseta negra ajustada YONQUI EN

COMA una niña que tiene ALMA esa niña es LA VERDAD 13 rúe del percebe estilo POP visita a la residencia «soy huérfano» amiga en un karaoke SEXY PERO CON ALMA ¿al maricón lo mata un coche?

A partir del día siguiente empecé a llevar mi portátil a casa de Waldo.

La serie fue avanzando. Escribimos por fin un primer episodio completo. Teníamos nuestras discusiones, claro. Waldo me decía que los diálogos debían ser expositivos, fáciles de entender para el espectador y útiles a la hora de presentar a los personajes.

Pero en mi opinión se pasaba cuatro pueblos. Por ejemplo, la protagonista tenía una amiga que era un desastre, era fea, feísima que parecía un tucán, y solo le gustaba emborracharse y cantar en los karaokes. Ese personaje era creación de Waldo y me hacía mucha gracia. Y por eso Mariola, que así se llamaba la protagonista, la odiaba, aunque la quisiera, porque veía reflejado en ella su propio estilo de vida desordenado y sin rumbo. Waldo les escribía unos diálogos parecidos a los siguientes: MÓNICA

[entrando en el salón]

Buenos días, Mariola. Qué buen día hace hoy.

MARIOLA

Mira, calla, Mónica, que me desquicias, ¡¡es que me desquicias!!

MÓNICA

¡Pero si acabo de entrar por la puerta! ¡No he hecho nada! Siempre me estás tratando mal, Mariola, qué pena me da.

MARIOLA

Mira, calla, es que me tienes completamente harta, ¡no vales para nada, todo el día estás borracha en los karaokes!

MÓNICA

[comienza a llorar]

Es que soy tan fea que no valgo para otra cosa.

MARIOLA

¡¡¡Cállate, Mónica, porque no te aguanto, no te soporto, te voy a dar un bofetón!!!

MÓNICA

Lo pagas todo conmigo, todos tus problemas, te recuerdo a ti y por eso lo pagas todo conmigo, Mariola.

MARIOLA

Mira, cállate porque te juro que no te puedo soportar, me voy a ir a ver a Celia a la residencia, que es como una madre para mí y seguro que ahora estará fumando y tendrá a las enfermeras locas buscándola por el tejado, como cada mañana.

Un día conocí a todas las amigas que aparecían en la foto mural de Waldo sujetando cosas porque dio un concierto en una pequeña sala cercana a su casa y nos invitó a todos. En la vida real sus caras no eran de color naranja, aunque eso ya me lo imaginaba, y no llevaban sus objetos representativos como el oso de peluche o el reloj, así que me costó identificarlas. Waldo me había dicho una vez que para el gran público él era heterosexual, que nadie tenía que saber nada de su vida, y las canciones que cantaba eran, a menudo, sobre mujeres, con letras que decían cosas como: «¿Dónde vas tan sola?» Me parecía justo si él deseaba hacerlo así. Durante el concierto, Waldo habló mucho con el público y saludaba a todas sus amigas a través del micrófono. Decía, por ejemplo:

—Esta canción se la dedico a mi amiga Sonia, ¿te acuerdas del concierto de Celine Dion en Las Vegas?

Y Sonia y el público aplaudían.

— *Our hearts will go on!* —le gritaba Sonia.

— *Our hearts will go on*, cariño, siempre —respondía Waldo lanzándole un beso.

Y a continuación añadía:

—La próxima canción se llama *¿Dónde vas tan sola?*

Y de nuevo todos aplaudían mientras yo miraba a mi alrededor extrañado. Era el único en toda la sala, creo recordar, que estaba bebiendo alcohol.

Decidimos llamar a la serie *Nadie me ama*. Logramos terminar el guion del primer episodio. Waldo decidió que lo mejor era hacer una lectura dramatizada con algunos actores en su casa. Algunas de las actrices eran las chicas de su enorme foto mural del salón, a las que vi de nuevo y que me parecieron muy simpáticas, esa es la verdad.

Otros eran actores que habían aparecido en sus obras. Apareció una travesti muy amable para leer con fidelidad las frases de las vecinas y me hizo mucha ilusión que viniese una actriz que era la que doblaba a Fallon en *Dinastía* y a Lois Lane en *Superman*.

Ella iba a ser la vieja fumeta. Waldo me pidió que yo lo grabase todo con mi cámara de vídeo y leyese las acotaciones, o sea, que situase cada acción y cada movimiento o circunstancia relevante de los personajes. Por ejemplo: «Residencia de ancianos, interior, día. Mariola sale al tejado y se sienta junto a Celia».

—Yo voy a estar muy ocupado con la dirección de actores —me había dicho.

A los cinco minutos de empezar cambió de opinión y me pidió que dejase de leer las acotaciones, porque eso alargaba mucho todo el proceso y evitaba que la acción fluyese.

De modo que la grabación que aún guardo en casa es algo parecido a la siguiente conversación, donde los actores leían sus frases sin que nadie informase de dónde estaban o qué hacían:

—Han muerto mis padres.

—Lo siento mucho, Robert.

—Bájese de ahí, no puede fumar.

—Buenos días, Mariola.

—Lléneme el depósito.

—Mira, calla, que me desquicias, ¡¡me desquicias!!

—Yo también soy huérfano.

—Mi mamá no puede levantarse.

—Esta niña tiene algo, tiene luz. Tiene *alma*.

Al final de la lectura dramatizada del primer episodio los actores se miraron entre sí.

En mi grabación hay un incómodo silencio de unos diez segundos que corta Waldo diciendo:

—Y terminaría la primera temporada con que al maricón lo atropella

un coche.

Aparte de ese primer guion escribimos la sinopsis de los doce episodios restantes.

Waldo escribía a veces *sipnosis* y a mí me parecía divertido y no lo corregía, porque además me daba mucho reparo corregir a nadie. También escribimos una biblia donde hablábamos de cada personaje. Ocurrió ahí que Waldo mostró un interés enorme en maquetarla y llamó para ello a una de las amigas de su mural, que al parecer era una experta en maquetación, aunque su objeto personal en el mural no era ni un tipómetro ni un ordenador portátil. Waldo tuvo la idea de hacer algo más parecido a una revista que a un documento clásico.

—Mejor algo muy visual —me explicó—. ¿Tú sabes cuántas biblias reciben las productoras? La nuestra llamará la atención por ser muy colorida y no ir encuadernada en plan cutre con anillas. Y, por cierto, debo hacerte una foto porque va a haber una página tuya y otra mía en la que explicamos qué queremos contar en la serie.

Esa tarde me hizo una foto con su cámara Réflex. Al día siguiente me la mostró mientras su amiga seguía maquetando la biblia en su portátil. Era yo con la piel naranja, el pelo rojizo, los ojos color miel claro y las pestañas muy largas.

—¿Qué me pasa en la piel? —pregunté.

—Te he puesto guapo con un *tiqui tiqui* de Photoshop —aclaró—. Por cierto, vamos a poner también fotos de actores famosos que querríamos para cada personaje. Eso también se hace en las biblias, para que la productora tenga claro por dónde va nuestra idea del reparto.

Como a los dos nos gustaba mucho Candela Peña para hacer de la protagonista pija en rebeldía, pusimos a Candela Peña muy grande en la portada de la biblia. Y dentro, más famosos: Rossy de Palma, Sancho Gracia, Álex González, Bárbara Rey, Marta Fernández-Muro. No escatimamos en celebridades y en intérpretes que a los dos nos encantaban. No vi nada de aquella biblia hasta que me la enseñó ya bellamente impresa en papel bueno y grapada al estilo revista. La página de presentación de Waldo tenía un *collage* de tres o cuatro fotos suyas en la que sonreía al horizonte mientras se atusaba el pelo. Estaba al principio de la biblia y en ella, en letras rojas, se podía leer: Desde pequeño soñé con crear un mundo propio, un mundo en el que los sueños, el humor y el corazón estuvieran presentes: el *alma*.

—No entiendo, ¿ *alma* es el objeto directo? —pregunté.

—Tú entiendes más de comedia, yo de la presentación y los sentimientos.

Ya se estaba repitiendo un poco con eso, la verdad. Empezaba a molestarme. Así que cuando pasé la página y vi otra vez la palabra *sipnosis*, esta vez lo dije:

—Habéis puesto *sipnosis* en los trece episodios. ¡Es sinopsis! ¡No *sipnosis*!

—Guillermo, no todo el mundo sabe decir esa palabra. No es tan grave.

—¿Dónde está mi foto y mi texto?

—El tuyo está al final.

Efectivamente estaba al final. Bajo aquella foto mía en colores hipersaturados que me convertía en un anuncio de los peligros de la radiación nuclear había un texto que hoy me avergüenza un poco. Yo decía que era muy admirador de grandes culebrones como *Melrose Place,* pero también de «la buena literatura», y que la serie *Nadie me ama* juntaba esas dos pasiones. Tenía 23 años, era idiota.

Aquella biblia de diseño extraño, con fondo negro y letras rojas, que hacía pensar más en Drácula que en comedia juvenil urbana, y con la palabra *sipnosis* repetida trece veces, una por episodio, llegó a manos de quien tenía que llegar, de aquellos productores que Waldo conocía. Waldo no mentía, jamás me mintió. Los señores de la productora nos llamaron unos días después para ir a tomar un café cerca de sus oficinas, en un barrio bien del norte de Madrid. Yo me compré unos pantalones elegantes aconsejado por mi madre y me corté el pelo, como quien va a tomar la primera comunión. Nos sentamos en una terraza y los tres productores nos miraron con una enorme sonrisa. Waldo la devolvió. Yo, que hacía lo que hiciese Waldo, sonreí también, intentando parecerme lo más posible a esa criatura reluciente y *photoshopeada* que aparecía al final de la biblia encima de mi nombre. Y entonces dijo uno de los productores:

—Con Candela Peña de protagonista esta serie está más que vendida —dijo triunfante.

Yo miré a Waldo y me di cuenta de que, por primera vez desde que lo conocía, se había quedado sin palabras.

PARTE II Madrid, verano del 2006

PARTE III *Pamplona*, otoño de 2006

Juguemos los dos

Nadie me ama jamás llegó a buen puerto. Pero mis encuentros con Waldo no fueron del todo en vano. Mientras hacíamos todo aquello ocurrió otra cosa, algo inesperado. Nos iluminó un destello en el universo. Un sábado de marzo, casi un año después de conocernos y de ponernos a trabajar en la serie, yo había quedado para ir al cine a ver *Volver* y pasé por su casa brevemente para cerrar asuntos de un episodio a medio estructurar de *Nadie me ama*. Allí Waldo me habló de un exnovio suyo, al que llamaremos Rajita porque siempre llevaba los vaqueros muy flojos y cuando se levantaba, se sentaba, caminaba o simplemente respiraba, se le veía la raja del culo. Me contó que trabajaba en una productora que buscaba un concurso para una televisión autonómica recién inaugurada, a la que llamaremos, por ejemplo, Telenueva.

—Y me ha pedido que escribamos nosotros un proyecto a ver si hay suerte —

remató.

—¿Ahora? —respondí—. He quedado a las siete para ver *Volver*.

—Se me ha ocurrido un programa: con unas cuantas letras, los concursantes deben crear palabras.

—Pero eso es *Cifras y letras*.

—Sí, pero en nuestro concurso juegan por parejas. Se tienen que ayudar entre sí. No es un concurso normal, es un concurso con *alma*. Podemos llamarlo *Juguemos los dos*.

Escribe tú un poco la mecánica, que yo estoy ya preparando la *sipnosis* y la maquetación. Yo soy mejor con el diseño y tú con la redacción. Y, por cierto, pon una parte en la que cantan karaoke.

Recuerdo que escribí cinco párrafos corriendo. Algo así como:

En este concurso lo que importa es la amistad: si no ayudas al otro, no ganas. El equipo, la colaboración y el entendimiento son cruciales. Juguemos los dos es una oda a las alianzas con una gran recompensa: ¡cuantiosos premios! ¡Y, además, con karaoke!

Terminé y se lo mandé por correo electrónico desde mi portátil mientras Waldo seguía subido a su taburete de bar manejando Photoshop y volviendo a la gente naranja.

—Me voy, que he quedado para ver *Volver* —le anuncié.

Aquello ocurrió en marzo y lo olvidé, como he olvidado tantas cosas.

El 2 de agosto de 2006 estaba en la playa de Montalvo en Pontevedra con mi hermana leyendo *Las correcciones* y comiendo un bocadillo de chorizo y queso cuando sonó mi teléfono móvil y al otro lado alguien desconocido me habló de un concurso que iba a comenzar a grabarse apenas días después.

—¿Qué concurso? —pregunté.

—Le llamo de Telenueva por *Juguemos los dos* —indicó la voz masculina al otro lado—. Empiezas en tres días.

Así, de repente, tuve mi primer trabajo serio. Waldo me llamó enseguida para decirme que nos lo habían comprado, que nos habían comprado *Juguemos los dos*, y que esto era una gran señal del destino.

—Yo creo mucho en el destino, Guillermo, y esto es el inicio de algo, y tras el éxito de *Juguemos los dos* nos comprarán *Nadie me ama*, ya verás.

Me contó que la productora iba a invertir mucho dinero en el concurso, el primer concurso de la recién inaugurada Telenueva. Me volví a Madrid unos días después.

Tenía veintitrés años y un trabajo. No, no tenía *un* trabajo, ¡era el creador de un formato original! Yo, creador de un formato a los veintitrés, la misma edad que tenía Orson Welles cuando se hizo famoso por *La guerra de los mundos*. Estaba muy contento, pese a que lo peor del calor de agosto caía a plomo sobre el polígono industrial del sur de Madrid en el que iba a trabajar. Casi todos los restaurantes de la zona, que el resto del año acogían a los trabajadores de Telemadrid o La Sexta, estaban cerrados. Cada mañana, desde mi casa pequeñita en el centro, me iba por primera vez a una oficina en una ciudad fantasma. Narciso estaba contento, creo que más porque apenas estaría en casa que porque tuviese un trabajo. Yo también lo estaba. Me compré camisas, me corté el pelo otra vez.

Waldo me comentó que él no iba a estar presente en esa parte del proceso.

—Yo no soy de trabajar en oficinas —me dijo por teléfono—. Mi parte es más creativa.

La verdad es que yo ahí ya empecé a pensar que Waldo no era de trabajar en ningún sitio y punto. Me dio envidia. Llegué el primer día un poco tarde, porque debía coger un metro hasta Colonia Jardín y luego caminar media hora y me perdí al descubrir que había unos diez edificios iguales que el que yo buscaba. Cuando por fin llegué, yo, el

joven Orson Welles, creador de un formato original con solo 23 años, listo para triunfar en Telenueva, me encontré a tres personas que fumaban en la puerta. Me miraron de arriba a abajo.

—Vengo a lo de *Juguemos los dos*.

—Pfffff —expulsaron los tres humo a la vez por la nariz—. ¿Quién eres?

—Soy Guillermo, uno de los creadores.

Se miraron entre sí.

—¿Tú eres el que ha escrito esto?

El que hizo esa pregunta fue el que iba a ser el realizador del programa. Lo llamaremos Whiskazo. Rotundo, enorme, ojos saltones, pelo rizado y canoso, voz raspada de capitán de barco. Llegaba sobre las doce de la mañana, saludaba y se iba al bar. Luego volvía a la oficina un poco borracho a las dos y nos decía que nos fuésemos a comer. Luego estiraba la sobremesa y se iba a las seis. Él decía que, como director y realizador que era, su trabajo estaría centrado en el plató de Telenueva cuando comenzásemos las grabaciones. No le faltaba razón.

Respondí a la pregunta que me había hecho Whiskazo:

—Mmmm. Soy el creador a medias. En realidad, la idea fue de Waldo.

Me preocupó que comenzase mi trabajo allí justificándome. Pero no mentía: Waldo era quien había dicho que hiciésemos un programa de formar palabras y cantar karaoke.

—Ya me explicarás de qué cojones va, que en la biblia no se entiende nada —

respondió Whiskazo.

El otro que estaba allí en la puerta era menudo, calvo, con barba y una nariz gigantesca que ocupaba su cara entera, como si fuese un tucán. Era guionista y resulta que era mi jefe. El jefe de guionistas. Yo era el creador del programa, vaya, pero iba a tener un guionista por encima de mí. No lo entendía muy bien, pero estaba feliz de tener un trabajo, así que no iba a cuestionar nada. Este jefe mío, según me contó ese mismo día, tenía experiencia como guionista de un programa de Marta Robles en el que se llevaba a famosos de compras. Lo llamaremos Risa Loca porque reía como un loco ante cualquier cosa que dijese uno de los otros. Y no solo reía como un loco: había una

cadencia adictiva en su risa por la manera en que tomaba aire al dejar de reír, por el modo en que se recomponía. Cada vez que Risa Loca se reía, los demás esperábamos, preocupados, a que recuperase el oxígeno por si se moría. Risa Loca era también maricón perdido, como casi todos los hombres que, por el capricho de algún dios jovial e inclusivo, acabamos metidos en aquel programa.

A la última de las tres la llamaremos Mamá. Mamá era una mujer menuda, muy morena de piel, también de pelo, cara de buena persona y voz ronca, como de haber fumado desde bebé. Desde el principio se mostró tierna, protectora y amable conmigo.

Me decía todo el rato cosas como:

—Eres muy joven tú, ¡quién tuviera tu edad! Yo seré tu mamá en este concurso, yo cuidaré de ti.

Mamá me contó que había sido una de las bailarinas de Madonna la primera vez que había venido a España y también que había superado no hacía demasiado un cáncer de pecho. Al tercer día, cuando estábamos fumando en las escaleras de incendios, me enseñó las tetas para enseñarme lo bien que le habían quedado.

Yo no hacía nada. Durante días nadie me dio órdenes concretas. Llegaba, me bajaba a tomar café con Whiskazo, Mamá y Risa Loca, volvíamos a la oficina, navegaba por Internet, me leía artículos en Wikipedia, a las once y media Whiskazo nos decía a todos que nos fuésemos a tomar una cerveza, luego comíamos en un centro comercial que era el único donde había un restaurante abierto y luego volvíamos a la oficina y algunos se quedaban dormidos y yo seguía leyendo cosas en Wikipedia. Me hice experto en muchísimas materias, desde la historia del monorraíl al árbol genealógico de Bing Crosby. Al cuarto día se me ocurrió preguntarle a Whiskazo qué tenía que hacer.

Y me respondió:

—Pregúntale a Rajita.

Llamé a Rajita. Yo ya lo había visto una vez porque unos meses antes me enteré por Waldo de que estaba produciendo un programa de decoración que necesitaba un presentador y cuando se lo dije a Narciso, de vuelta en casa, él se entusiasmó con la idea de ser una estrella de la televisión y se presentó a las pruebas con un número en el que enseñaba cómo construir tu propia lámpara, pero aquello no cuajó y Narciso opinó desde ese momento que Rajita era un inútil que lo había traicionado y que su productora era una mierda.

Rajita olía siempre a una colonia fresca y barata, como la de alguien que tiene muy poco en la vida pero alberga grandes esperanzas sobre lo que podría conseguir. Lo cierto es que la colonia de Rajita me erotizaba lo que no está en los escritos y él, al final, acabó erotizándome también. Pero a eso llegamos más tarde. El asunto es que Rajita no ayudó mucho a resolver mi duda cuando lo llamé aquella mañana preguntándole qué tenía que hacer. Solo me dijo que le preguntase a Waldo.

—Lo que tienes que hacer —me dijo Waldo por teléfono— es diseñar los paneles de pruebas con las doce letras para que los concursantes formen las palabras y escribir los diálogos para esos personajes maravillosos que hemos creado. Y recuerda, que tengan *alma*.

Es que Waldo y yo habíamos pensado en hacer un concurso con algo de ficción. Los personajes eran los siguientes: el presentador del programa iba a ser un chico tímido al que le gustaba bailar y a su lado, como contrapartida, iba a tener a una señora mayor y malencarada, en mis sueños una especie de Chus Lampreave, obsesionada con la rectitud de la gramática y las palabras. La íbamos a llamar María Moliner, pero el departamento legal de la productora nos dijo que no podíamos llamar a nadie María Moliner, así que se quedó en doña María, a secas, y si bien durante los primeros programas el presentador y la vieja se llevaban fatal, acababan desarrollando una complicidad muy bonita.

Se lo expliqué a Risa Loca y él, como jefe mío que era, decidió:

—Tú vas a escribir los pares y yo los impares.

Los guiones de Risa Loca eran malos, la verdad sea dicha. O eso pensaba yo. Lo puedo entender ahora. Yo, recién llegado, Orson Welles para una nueva generación a mis 23 años, ponía pasión en

cada frase, necesitaba demostrar que era un genio. Ese yo escribía cosas como:



PRESENTADOR

Buenos días, doña María, ¿qué lleva ahí? ¿Es un *tupper*? ¿Qué va a comer usted hoy?

DOÑA MARÍA

Nada que le interese a usted, ¡cotilla! Pero si le hace feliz saberlo, aquí en este envase me he traído unas carcamusas.

Y le he dicho envase y no *tupper ware* porque sabe que detesto los anglicismos casi tanto como lo detesto a usted.

Risa Loca, por su parte, escribía:

PRESENTADOR

Buenos días a todos.

DOÑA MARÍA

¡Comencemos con el concurso!

En los programas pares, los martes y los jueves, el presentador y doña María empezaban pelándose y acababan queriéndose, entendiéndose, encajando. En los impares, los lunes y miércoles, saludaban y daban paso a las pruebas. Si esos guiones hubiesen llegado alguna vez a realizarse tal y como habían sido escritos, los espectadores hubiesen pensado, tal vez, que el concurso era una advertencia a la población sobre los desequilibrios mentales de las viejas y los presentadores.

Rajita apareció un día en la oficina con la última edición del diccionario María Moliner.

Eran dos lustrosos tomos bellamente encuadernados que incluían un cd-rom.

—Me ha dicho Waldo que esto os puede venir bien.

—¿Pero quién es Waldo? —preguntó Whiskazo, que había aparecido entre el desayuno de las once y la copa de la una.

Rajita siempre se iba del despacho sin responder cada vez que surgía esa pregunta.

En realidad no respondía a ninguna. Yo observaba la raja de su culo al partir y tras el portazo se hacía el silencio.

Al meter el cd-rom del María Moliner en mi ordenador, mientras Whiskazo seguía preguntando qué tipo de nombre era Waldo, si tenía un apellido, qué hacía y por qué no aparecía por allí, comprobé que una de las tareas más complicadas que exigía mi trabajo, la de disponer las letras con las que iban a contar los concursantes y escribir todas sus combinaciones posibles para formar palabras, me la hacía sola aquel cd-rom.

Había una pestaña en la que poniendo vocales y consonantes al azar aparecían todas las combinaciones. Pero algo estaba haciendo mal, aparentemente: todos los resultados tenían número impar. O sea, solo arrojaba palabras de tres, cinco, siete, nueve u once letras. Así que llamamos a Rajita.

—Este cd-rom que has traído puede hacernos el trabajo más duro, pero solo salen palabras impares —le expliqué.

—Pero toda la infografía ya está diseñada y los paneles son de doce letras —

explicó—. Es lo que ponía en la biblia.

—¿La biblia esa que nadie entiende de qué coño va? —bramó Whiskazo, que ya llevaba dos copas—. ¿Quién es Waldo? ¿Dónde está?

—Habrá que explicar a los concursantes que solo pueden formar palabras impares,

¡así es la vida! —participó Risa Loca antes de reír y atragantarse otra vez.

—Pero es absurdo —protesté—. Preguntarán por qué hay doce letras si solo pueden formar palabras de hasta once.

—¿Esos paletos de Aragón? —gritó Whiskazo—. ¡Esos paletos de Aragón en vez de hacer tantas preguntas me pueden comer los cojones!

Y así fue como *Juguemos los dos* se convirtió en un concurso que ya no era un plagio de otro que ya existía en el que había que formar palabras: en el nuestro, gracias a un cd-rom que no sabíamos utilizar, solo se podían formar las que tuvieran un número de letras impar.


Un día me llamó Rajita para hablar con él en el pasillo. Me dijo:

—Los guiones que estáis escribiendo no sirven.

«Querrás decir que los de Risa Loca no sirven», quise responder. Pero solo pregunté:

—¿Por qué?

—Porque al final el presentador va a ser un mago.

—¿Un mago?

—Sí, y quiere hacer trucos.

Llamé a Waldo y me dijo que efectivamente el presentador iba a ser un mago y que su compañera no iba a ser una actriz madura dando vida a una vieja gruñona pero con buen fondo, sino una amiga suya a la que llamaremos Pompis. Yo había conocido a Pompis algún día, por ejemplo el día en que acudí a su concierto. Y también la recordaba por ser una de las amigas naranjas de Waldo que aparecía en su foto mural sujetando un objeto, aunque no recuerdo cuál era. Y a decir verdad Pompis me caía muy bien: fumaba como un carretero, era rápida, divertida y decía muchos tacos. El problema era que con su figura envidiable (creo recordar que había sido bailarina) y con sus dos tetas aparentemente operadas, firmes y muy vistosas no encajaba con ningún diálogo que estuviese ya escrito para la vieja y gruñona doña María, que se dedicaba a

leer en su casa y a hacer guisos. Tampoco tendría sentido caracterizar a una mujer joven y bella con un moño y unas gafas. Cuando volví al despacho, Mamá y Whiskazo estaban reunidos alrededor de la mesa de Risa Loca. Me miraron y preguntó Mamá:

—¿Ya te han contado, Guillermito?

—Sí —respondí—. ¡Habrá que rehacer todos los guiones para un mago y una bailarina!

—¿Qué mago ni que pollas? —interrumpió Whiskazo—. Risa Loca nos abandona. Se vuelve con Marta Robles.

Tras la marcha de Risa de Loca pensé que yo sería el flamante jefe de guionistas.

Guillermo Alonso, 23 años, creador de un formato televisivo de éxito,

Juguemos los dos, y jefe de guionistas. Pero un día apareció una mujer triste y sombría, con cuatro pelos rubios, ojos de andar medio perdida, muy pequeñitos, semejantes a dos botones de cuello de camisa flotando en la parte baja de su frente y un rostro extraño, de esas caras que parecen inacabadas como un pollo que uno ha retirado del horno diez minutos antes de lo que indica la receta. Rajita me anunció que ella era la nueva jefa de guionistas. La llamaremos doña Pez. Doña Pez me contó que su currículum consistía en una columna mensual en la revista Caza y pesca y que además estaba escribiendo una novela. Me entristecí, me pregunté por qué no me dejaban a mí ser jefe de guionistas y le daban ese honor a una columnista de Caza y pesca. Eché de menos a Risa Loca. Doña Pez jamás reía, parecía en alerta continua y siempre miraba al mundo esperando que llegase una ofensa. Un día llegó, claro. Era pura estadística. Pero eso será más tarde.

Doña Pez y yo nos pusimos a escribir los nuevos guiones según los nuevos presentadores, la bella Pompis y su compañero el mago. Lo llamaré el mago Truquines y está a punto de aparecer en esta historia. Respecto al mago Truquines nos informaron de que no hacía falta que introdujésemos número alguno, que él quería hacer sus trucos de magia mientras los concursantes pensaban las palabras y el cronómetro de la prueba estaba en marcha. Me alivió, porque yo no sabía nada de ilusionismo. Respecto a doña María, insistí en mantener algunas de las características de aquella vieja gruñona, aunque ahora la compañera del presentador fuese una mujer muy bella y no una rata de biblioteca.

—Es que las mujeres guapas también pueden ser muy listas y leídas —protestó doña Pez.

—Exactamente eso opino —respondí.

Noté que doña Pez se entristecía al no encontrar su ansiada ofensa en mi respuesta.

Pero llegará ahora, en nada, lo prometo.

Escribimos esos guiones. Los días transcurrían lentos, plúmbeos e inciertos en aquel polígono industrial de secano bajo el sol de agosto en el que la cafetería de un Carrefour era lo único abierto. Whiskazo seguía apareciendo poco por la oficina, argumentando que su trabajo de director y realizador se concentraría en el plató, cuando nos fuésemos a grabar, y Mamá se pasaba el día haciendo llamadas telefónicas a no sabíamos quién, fumando fuera y trayéndome calditos

porque con el aire acondicionado me había dado a mí una faringitis. Cuando volvía a casa Narciso a veces estaba y a veces no. Salía con gente, gente importante de la moda y del cine, me decía. Nunca me invitaba.

Un día Waldo me llamó para decirme que Rajita le había enviado los guiones que estábamos escribiendo doña Pez y yo ya para los nuevos presentadores.

—Guillermo, es mucho texto. Pompis no puede aprenderse todo eso. Y además, no veo alma.

—Pero si son unos saludos y unos cuantos diálogos por programa.

—Te acabo de enviar yo un ejemplo al correo electrónico de por dónde deberían ir.

Míratelo.

Tuve la poca cautela de informar a doña Pez de que Waldo me había pasado un ejemplo de guion más apto para Pompis y el mago Truquines. Los dos nos sentamos ante mi ordenador. Lo que había enviado Waldo era algo así:

MAGO TRUQUINES

Buenos días, doña María, ¿cómo está usted hoy?

DOÑA MARÍA

Estoy un poco *tiqui tiqui,* señor Truquines.

MAGO TRUQUINES

¿Cómo que un poco *tiqui tiqui*?

DOÑA MARÍA

Ya me entiende usted, Mago Truquines, *tiqui tiqui*.

MAGO TRUQUINES

La verdad es que yo también estoy un poco *tiqui tiqui*. ¡Vamos a conocer a nuestros concursantes!

Y al final, una última nota de WALDO:

Por cierto, los guiones de esa tal doña Pez son una mierda.

Doña Pez abrió mucho la boca y después soltó un bufido. ¡Ahí estaba, por fin, la ofensa que ansiaba cada mañana! Había llegado su día. Juraría que estaba pletórica.

—¡Así que escribo mierda! —exclamó.

Whiskazo entró borracho por la puerta.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién escribe mierda?

—¡Waldo ha dicho que mis guiones son una mierda!

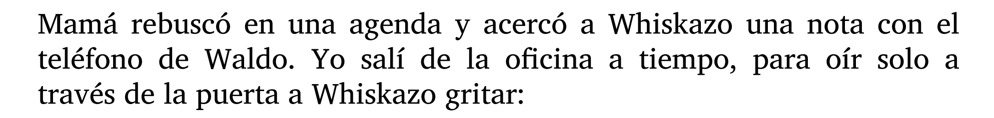
Entonces Whiskazo chilló por enésima vez una pregunta que llevaba haciendo aproximadamente tres semanas sin respuesta, pero que nunca había preguntado a tantos decibelios como aquella mañana, a tantos que me obliga a poner varios signos de interrogación en el siguiente diálogo:

—¿¿¿Pero me va a decir alguien de una putísima vez quién cojones es Waldo???

«Bajo el nombre de WALDO se esconde un artista muy completo», quise responder.

«Compositor, cantante, pianista virtuoso, actor, modelo, periodista, escritor y director de teatro». Pero no dije nada.

—¡Quiero hablar con él!



Mamá rebuscó en una agenda y acercó a Whiskazo una nota con el teléfono de Waldo. Yo salí de la oficina a tiempo, para oír solo a través de la puerta a Whiskazo gritar:

—¿Waldo?

Y luego:

—¿Eres tú Waldo, el que lo maneja todo desde la sombra?

En el pasillo estaba Rajita y yo empecé a preguntarme si es que vivía allí. Me miraba con lo que en principio me pareció cabreo, pero enseguida me di cuenta de que era auténtico terror.

—Anda que tú, Guillermo. Mira en la que nos has metido.

—Fue sin querer, llamé a doña Pez para mirar juntos el guion de Waldo y por accidente leyó eso. De todos modos, en el equipo llevan muchos días cabreados y preguntando quién es Waldo y por qué no aparece.

Rajita guardó silencio. ¡Callado y temeroso era tan guapo! Su mandíbula se tensaba hasta que sus labios casi desaparecían y se le quedaba cara de muñeco con orejas de soplillo. Olía de nuevo a aquel delicioso perfume barato de gimnasio.

—¿Tienes miedo de Whiskazo? —pregunté—. ¿O tienes miedo de Waldo?

—Yo no tengo miedo de nadie. Pero Waldo está encargándose de todo esto desde el exterior y no quiero que se mezcle.

—¿Pero por qué no se va a mezclar? Si el programa es de los dos.

—De los tres —objetó.

—¿De los tres?

—Mío también. El programa es una idea de los tres y lo registraremos a nombre de los tres para repartirnos los derechos.

Tras decir esto caminó hacia las escaleras.

—Por cierto, la semana que viene nos vamos a grabar a *Pamplona* —no era Pamplona, por eso lo escribo en cursiva, digamos que era *Pamplona*—. Tú también vienes.

Me acerqué de nuevo al despacho. Los gritos de Whiskazo se iban escuchando más nítidos a medida que me aproximaba a la puerta.

—¡En este despacho hay cuatro buenas personas trabajando muy duro para sacar un programa adelante y luego hay una especie de fantasma llamado Waldo, que ya me dirás, menudo nombre es Waldo, malmetiendo y maquinado por detrás que nadie sabe qué coño hace!

Entré y me quedé parado junto al quicio de la puerta, justo al lado de la mesa donde estaba sentada Mamá. Ella apoyó su mano sobre la mía, como si estuviésemos asistiendo a un accidente de tren.

—¡Si tienes algo que decirme sobre *Juguemos los dos* me lo dices a la puta cara! ¿Pero dónde estás? ¿Por qué no apareces?

Y cuando creíamos que ya iba a callarse, añadió.

—¿Y se puede saber qué cojones significa estar un poco tiqui-tiqui? ¿Cómo que estoy un poco tiqui-tiqui? ¿Pero qué clase de gilipollas dice estoy un poco tiqui-tiqui?

Dicho esto, colgó.

—¡Me voy al bar!

Y se fue al bar. Sonó mi móvil. Era Waldo, claro. Respondí mientras salía de la oficina. Estaba llorando.

—Yo no tengo que aguantar esto, Guillermo —me dijo—. ¿Tú sabes cómo me ha gritado? ¿Tú sabes lo que es despertarse con los chillidos de un borracho?

Eran las once de la mañana.

—¿Tú sabes cómo me he puesto, que me han tenido que traer algo de teína? ¿Tú sabes cómo me he desgañitado yo por este programa, Guillermo, y la de ensayos que estoy llevando a cabo con Pompis?

—Waldo —pregunté—. ¿Rajita figura como creador también?

—Sí.

—Pero la idea del concurso es nuestra —argumenté con la boca pequeña, dado que la idea del concurso era del señor que había creado *Cifras y letras*, que, supe tiempo después, era un señor francés llamado Armand, aunque en el suyo se podían formar palabras con letras pares y en el nuestro, por culpa del cd-rom del María Moliner, no.

—Pero fue Rajita quien nos dio la idea de pensar en un concurso, quien me sopló que en la productora buscaban uno y quien entregó el proyecto.

Apreté mucho los dientes y lo acepté como lógico del mismo modo en que llevaba días aceptando la lógica desnortada de todo aquello, de estar haciendo nada en un erial a cincuenta grados, de escribir guiones primero para una bibliotecaria y para un presentador, después para una corista y para un mago. Waldo se calmó, colgué el teléfono, regresé a la oficina y allí me encontré a doña Pez, que seguía mirándome con despreció, sentada en la mesa junto a Mamá, que me dijo:

—Para relajarnos todos un poco tengo una buena noticia. Ya han empezado con la campaña del concurso en Telenueva y tenemos los primeros mensajes de la gente que quiere venir.

Dio a unos botones y se escuchó la voz de Mamá: «Has llamado a *Juguemos los dos*. Si te apetece participar, déjanos tu nombre, edad, localidad de residencia y número de teléfono y nos pondremos en contacto muy pronto contigo». A continuación, el primer mensaje: «Soy hombre viudo de setenta años de Villanorte y busco una mujer de mi edad para pasear, divertirnos y posible pareja». El siguiente: «Llamo por el programa de parejas, soy mujer sola con pensión». Y otro: «Yo busco amistades, abierto al amor, soy Fernando, jubilado y con seis hijos».

—¿Han indicado en la campaña que esto es un concurso? —preguntó doña Pez.

Los tres nos miramos en silencio.

Nada que no supiera

Antes de irme a *Pamplona* le pregunté a Narciso si no le daba pena que me ausentase un mes entero. Él me dijo que no, que pasaría rápido, y siguió a lo suyo, fuese lo que fuese lo suyo, que nunca llegué a saberlo. En *Pamplona* nos alojamos en un hotel de esos cómodos, funcionales, asépticos y tristes donde solo se quedan ejecutivos, familias con coche o turistas que no pueden permitirse un hotel bueno en el centro. Este estaba cerca del estudio donde se iba a grabar *Juguemos los dos*. Fuimos todos: Rajita, Pompis, Whiskazo, la ayudante de Whiskazo, una lesbiana que apenas recuerdo porque no dejó anécdotas ni frases reseñables en mi memoria, doña Pez, Waldo y yo.

Todos menos Mamá. Su labor estaba en Madrid, me dijo,

respondiendo al teléfono.

Además, al parecer, se estaba divorciando. Me dio pena despedirme de ella el último día en la puerta de la oficina, bajo un sol de justicia. Me dijo que quedaríamos a menudo y que me contaría más anécdotas del día en que fue bailarina de Madonna, pero nunca la volví a ver.

Pensé que en *Pamplona* todo sería tensión entre Waldo y los demás, pero Waldo se los ganó al instante. Tenía muchísimo don de gentes. Lo admiraba mucho por eso. Les cantó su canción más popular y a continuación dijo algo bonito de cada uno. A doña Pez que tenía ojos muy hermosos, aunque a mí me costara trabajo encontrárselos en la cara, y a Whiskazo que le encantaba la serie en la que había sido realizador y que en realidad les encantaba a varios millones de españoles. Me prometí aprender de él, pero en mis tácticas para socializar lo único que he hecho es olvidarlas.

Pompis era guapa y encantadora y tenía una voz raspada que convertía en importante y verdadero cualquier cosa que dijese. Por eso cuando nos comentó a doña Pez y a mí que esos guiones finales que habíamos escrito eran muy largos y ella no se los podía estudiar, todo eso me pareció bien. O tal vez ya me daba igual. Me apenó en parte, porque creo que los guiones eran divertidos: en un programa, doña María tenía problemas con su comunidad de vecinos, en otro aparecía poseída por el espíritu de una bruja, en otro aparecía borracha, en otro se enamoraba del mago Truquines. Pronto entendí por qué no se podía memorizar esos guiones: íbamos a grabar cinco programas al día. Eso eran veinticinco por semana. Cien en un mes. Empezábamos a las ocho de la mañana y terminábamos a las nueve de la noche. No me di cuenta de que estaba siendo explotado porque era mi primer trabajo y tenía la ilusión de los que empiezan, la ilusión de aquellos que se mueren de ganas de ser explotados. Siempre hay alguien sin escrúpulos que sabe perfectamente que los más fáciles de explotar son aquellos a los que aún les queda ilusión.

El primer día en el estudio grabamos un programa piloto. Me sorprendió lo guapos que eran todos los concursantes y así se lo hice saber a Whiskazo.

—Claro que son guapos, son de agencia de figuración —bufó—. A Mamá le ha costado mucho encontrar gente que quisiera venir a concursar a esta mierda.

El mago Truquines no estaba disponible para ese programa piloto, me dijeron que terminaría esa misma noche una gira de magia por,

pongamos, Navarra. Así que ese primer día lo sustituyó Waldo. Waldo y Pompis lo hicieron muy bien. Tenían química.

Todas esas cosas que a mí me parecían desquiciantes de Waldo en el trato personal, como su capacidad de salir de cualquier embrollo sin responder a la pregunta y echándole el marrón a otro, darle la vuelta a las situaciones para parecer más listo que los demás o ser de color naranja y peinarse todo el rato como Pumuki, cobraban sentido delante de la cámara. Entendí que tal vez la gente del mundo del espectáculo era así, que todo el empeño que ponían en tener una personalidad irritante en su día a día creaba y reservaba una energía que fluía, brillaba y moría cuando mucha gente los estaba mirando a la vez. Pensé en que, si Waldo me encontraba irritante a mí también,

¿dónde moriría toda la energía que yo creaba y reservaba siendo cínico y descreído, creyéndome mejor que todo ellos? Es posible que no haya muerto, es posible que lleve años dentro de mí esperando a explotar.

Ese primer día supe que cuando uno crea un concurso hay que jugarlo por si algo falla.

Y a nosotros nos falló todo lo que podía fallar. Tuvimos que quitar una de las secciones al darnos cuenta de que era prácticamente imposible coordinarla con el sistema informático que manejaba los marcadores y que manejaba un chico que se sentaba a mi lado en el control. He olvidado cuál era y el motivo específico (en breve detallaré más sobre ese olvido), pero al final *Juguemos los dos* se quedó como un concurso en el que había que formar palabras solo de tres, cinco, siete, nueve u once letras, aunque hubiese doce en el panel y en el que la misma sección se repetía dos veces, al principio y al final.

Me convertí en creador de, probablemente, el programa más estúpido de la historia de la televisión.

Hubo un momento durante la grabación de aquel piloto en el que Waldo aparecía repentinamente oscuro. Chilló Whiskazo en el control:

—¡Waldo no está iluminado!

—Le diré a Rajita que suba a redirigir el foco —informó alguien.

—¡No! Que vaya otro. Rajita rompe los focos. Rajita siempre lo rompe todo.

Al parecer era cierto: una persona se acercó a explicar que, plató que

pisaba Rajita, plató donde se rompían las cosas. Él permanecía en una esquina, ajeno a esta conversación, mirando hacia sus propios zapatos. Torpe, ensimismado, cobarde. Tenía todo lo que me gustaba en un hombre. ¡Estaba ya tan enamorado de Rajita entonces!

Aquel día, entre pruebas y errores, la grabación de un solo programa se extendió durante doce horas. Entre medias nos dieron bocadillos, botellas de agua y nos dejaron fumar en el control. Cuando una pareja de bellos concursantes figurantes se alzaron ganadores, Waldo y Pompis anunciaron con entusiasmo que les había tocado un jamón de Teruel.

—Estos son los premios de broma para el piloto, ¿no? —pregunté a Whiskazo.

—Mis cojones —respondió—. El jamón de Teruel es el premio de verdad.

Esa noche me fui a un bar al lado del hotel con Whiskazo, su ayudante lesbiana y doña Pez. Ese hombre me atemorizaba un poco, pero tenía, a la vez, la cualidad que más me hace gravitar hacia una persona: el alcoholismo. Escuché sus historias mientras doña Pez y la lesbiana hablaban de las suyas entre sí.

—¡Guillermo es un tío legal! —exclamó él en un momento dado.

Y ellas miraron con cierto desinterés, tal vez porque ya lo conocían y llegaba un momento, cada noche, en que Whiskazo dictaminaba que aquel que le aguantase el ritmo bebiendo era un tío legal. Y creo que me respetó porque yo, a pesar de mi cara de bebé y de mi juventud insultante, se lo aguanté. Así que todos brindaron por mí.

Waldo y Pompis se habían ido al hotel, ninguno de los dos bebía alcohol y estaban cansados tras el largo día. Deseé que Rajita también hubiese venido, pero él se había ido también al hotel. A veces pensaba que Waldo lo tenía sometido. Whiskazo pidió otra ronda. Nos invitó a todos. Estaba convencido de haber aterrizado en el lado bueno del equipo de Juguemos los dos: con el borracho, con la lesbiana y con una señora a medio cocer.

Al día siguiente, muy temprano, apareció el mago Truquines en el plató. Era menudo, cuarentón, tenía una divertida voz aflautada y también era maricón perdido. Ya éramos cuatro. Me cayó bien al instante. Entre otras cosas, porque él sí se había leído los guiones y nos felicitó a doña Pez y a mí. Nos dijo que eran muy divertidos y que trataría de memorizarse algunos de ellos para incorporar nuestras

ideas.

En cuanto empezaron las grabaciones descubrí que, aparte de creador del formato y guionista, iba a tener que hacer fotocopias, recibir a los concursantes, explicarles la mecánica del programa, controlar los desarrollos de todas las pruebas y acompañar al chico que manejaba el software de los marcadores para comprobar que las palabras y los puntos eran correctos. Durante la primera semana me sentí vivo, feliz. Por fin era alguien, por fin una gran corporación me mataba a trabajar por un sueldo ridículo. En aquel pequeño concurso que no vio nadie, en un polígono industrial perdido en una ciudad del norte de España, rodeado de locos y explotado, nací y morí yo.

Me encantaba la pareja que formaban Pompis y el Mago Truquines. Había verdadera química, esa química que se establece entre las mujeres recién divorciadas que sienten que la vida les debe algo y los homosexuales solitarios que desearían haber tratado mejor a su madre. Recuerdo que un día de la primera semana grabamos un programa que había escrito yo y que les pareció bien llevar a cabo porque apenas había diálogo que aprenderse. Se trataba simplemente de que Pompis llegaba muy preocupada porque creía haber ganado peso y el mago Truquines le decía que el mejor truco para adelgazar es hacer ejercicio, así que mientras los concursantes formaban palabras los dos se ponían a hacer una ridícula tabla de gimnasia por el plató vestidos con mallas de colores. Hacían ejercicio de forma torpe sobre sus mesas, en el suelo, en luces, fuera de luces, de espaldas, de lado, de canto. En el control rodábamos de risa. Lamento que no existan vídeos de nada de aquello. Jamás los he encontrado por Internet. O no, no lo lamento del todo: al no quedar rastro, ese programa es mío, solo mío, tan querido, tan mío, tan propio, tan personal. Es de Waldo y mío, sí, y según los papeles también de Rajita, pero creo que solo es mío en el fondo, porque para ellos tan solo fue otro trabajo, o algo peor, un fracaso, una mancha en su currículum. Sin embargo, para mí fue una revelación. Me pregunto a menudo si alguno más de los que pasó por aquello es capaz de recordar tan solo un detalle de lo que ocurrió.

Llegó el primer viernes de rodaje. Producción nos había ofrecido a todos la posibilidad de viajar a Madrid el viernes en el último tren y regresar el domingo para ver a nuestra familia. Mi única familia en Madrid era Narciso. Lo llamé para anunciarle que tal vez fuese a pasar el fin de semana a Madrid y podíamos hacer algo especial. Él me explicó que tenía fiestas importantes a las que acudir.

—No hace falta que vengas —me dijo—. Disfruta ahí en *Pamplona*.

A lo lejos, en el lobby del hotel, escuché que Pompis, Rajita y Waldo acordaban con el Mago Truquines quedarse en *Pamplona*.

—Os invito a cenar las mejores carrilleras que hayáis probado nunca —oí que decía el mago Truquines.

Colgué el teléfono, me acerqué y les anuncié:

—Yo también me quedo.

Whiskazo, doña Pez y la ayudante lesbiana decidieron irse a Madrid. «¿Estar aquí más de lo estrictamente necesario?», preguntó Whiskazo. «Antes muerto».

Las carrilleras a las que nos invitó el mago Truquines en una vieja casa de comidas de la zona antigua estaban buenísimas. Comiendo una cosa tan especial como los mofletes de un cerdo me sentí muy adulto y distinguido y al salir del restaurante, paseando cerca de la catedral, llamé a mi madre para explicarle lo que eran las carrilleras y repetir pomposamente las palabras del Mago Truquines: «La carne más tierna del animal, ¡un manjar!» No me dio vergüenza que me escuchasen. Algo que me hacía feliz de formar parte de aquel equipo era que no existía en mi cabeza la vergüenza, cada uno de nosotros tenía una idea muy concreta de la dignidad. Yo, al menos, iba dando forma a la mía. El mago Truquines, por ejemplo, llevaba unos chalecos coloridos y unos sombreros gigantes que anulaban instantáneamente cualquier ridículo que pudiese hacer yo. Siempre había creído que eran parte de su vestuario para el programa, pero aquella noche me di cuenta de que siempre vestía así. Y aquel mismo viernes, durante la grabación del último de los cinco programas diarios, Pompis se había ido al baño y había olvidado desconectar el micro y todos en el control la habíamos escuchado hacer pis y luego tirarse un pedo. Me gustaba estar con ellos porque no había vergüenza, no había deshonra. Y además podía relajarme y no estar alerta bebiendo copas como un condenado para satisfacer a Whiskazo y ganarme su admiración.

Pese a eso, bebí igual. Tras la cena fuimos a un bar. Olía a esa mezcla habitual en los bares de homosexuales entre lejía y ambientador. Rajita bailaba solo en una esquina mientras Pompis, Waldo y el Mago Truquines hablaban de sus cosas en la barra. Me acerqué a Rajita, claro. Él bailaba mal, yo sujetaba una copa muy quieto cerca de él.

—¿Le tienes miedo a Waldo? —pregunté.

Él dejó de bailar y se me acercó. Teníamos que hablar gritando. La música de baile genérica sonaba mucho más alta que nuestras voces.

—Yo no le tengo miedo ni a Waldo ni a nadie. ¿Le tienes miedo tú?

—Yo no —respondí—. En todo caso le tengo un poco de miedo a Whiskazo.

—Puedo despedir a Whiskazo cuando quiera. Como te haga algo me lo dices.

Eso me enterneció, claro. Quería agarrar sus orejas de soplillo y besarle.

—¿Me tienes miedo a mí? —preguntó.

Yo me lo pensé.

—Un poco.

—¿Por qué?

Rajita se acercó para preguntarme esto ya muy cerca, en mi oído, y la mezcla de lejía y ambientador desapareció y todo olió a su colonia masculina fresca y barata, la misma que olía todas las mañanas en la furgoneta de producción que nos llevaba al asqueroso polígono industrial lleno de tábanos mientras le miraba, de refilón, la raja del culo al sentarse.

—¿Por qué me tienes miedo a mí? —repitió.

Antes de que pudiese responder apareció Pompis muy nerviosa y nos dijo:

—Waldo se ha bebido un chupito y está vomitando.

Rajita corrió hacia el cuarto de baño. Maldije a Waldo. Grité furioso, por primera vez en meses y envalentonado por la música que salía de los altavoces y opacaba todo lo que yo pudiese decir. Si alguien me vio gritar es muy probable que pensase que solo estaba cantando.

Como Waldo no dejaba de vomitar, sugirió el mago Truquines que lo llevásemos a su casa, que estaba cerca, y allí podría tumbarse en el sofá y recibir algo de hielo frío en la frente. Rajita lo tumbo en un sofá mientras nos repetía que Waldo no estaba acostumbrado a beber y yo me preguntaba por qué había escogido un chupito de un bar de mala muerte para empezar. El mago Truquines me enseñó su casa, su colección de chisteras, sus chalecos de colores y después me preguntó si quería un porro y yo le dije que sí, que claro, y estuvimos un buen

rato fumando mientras él me contaba que ser mago en Aragón no había sido nada fácil, y encima siendo maricón.

—Aunque todos los magos son maricones —añadió—. Solo que no lo dicen, pero piénsalo, ¿qué hemos hecho los maricones toda la vida? Tratar de desaparecer, Guillermo.

A lo lejos oía que Waldo vomitaba otra vez, pero la maría del mago Truquines era estupenda y yo solo quería seguir escuchándolo hablar de trucos de magia y de sus giras por Navarra. De repente ya no me interesaba nada Rajita, pero me enternecía cómo cuidaba de Waldo y me figuré que era algo que había tenido que hacer a menudo en su relación, atenderlo cada vez que una gota de tequila caía por despiste sobre su piel naranja y depilada y la agujereaba como el ácido. Pero al verlo tan solícito y amable descubrí de repente que no era el tipo de novio que yo necesitaba para mí. Mis borracheras, mis vomitonas y mis bajones sabía y prefería pasarlas en soledad. Mis fracasos también. Éxito aún no había tenido ninguno. Si aquel primer trabajo estaba siendo un éxito, también lo viví solo. Narciso, en Madrid, llevaba ya otra vida mientras tanto. Él jamás me había cuidado, pensé de repente. Y me entristecí.

Cuando Waldo volvió en sí, y mientras el mago Truquines y yo seguíamos bebiendo cerveza y fumando maría, se levantó por fin y preguntó si podía poner alguna canción de Celine Dion o Lara Fabian.

El mago Truquines fue tan amable de regalarme una bolsa enorme de maría antes de irme de su casa. También un par de botellas de vino que hacía su familia. Desde el día siguiente, que pasé solo en el hotel superando la resaca con ayuda de una hamburguesa que pedí al servicio de habitaciones, empecé a fumar un poco cada día. Es posible que eso influyese en lo que ocurrió una jornada de la segunda semana de grabación, cuando ya todo iba como una seda y podíamos grabar cinco programas diarios con cierta celeridad. Eso y otra cosa que debo contar antes de regresar a este momento.

Días antes de todo esto que acabo de relatar, el chico que controlaba el programa informático que computaba y actualizaba los paneles se había largado, harto del caos que reinaba en el programa, de los gritos de Whiskazo y de que nadie allí se enterase de cuál era exactamente el funcionamiento del concurso. Tras su marcha, alguien, seguramente doña Pez, empeñada en estropearme la existencia, tuvo una nueva ocurrencia para sustituirlo:

—Guillermo se sienta a su lado y se fija mucho en su trabajo, tiene

que saber utilizar el software.

Sí, yo me fijaba mucho en él porque el chico que llevaba el programa informático estaba verdaderamente bueno, creo que era porrero también, tenía esa mirada triste y apagada de los porreros unida a una cara muy del norte, angulosa pero tierna, y era callado y misterioso. Claro que me fijaba en él y lamenté mucho que se fuese un día, tras insultarnos a todos y tirar al suelo sus cascos.

Debería haberle dicho a doña Pez que yo ya era creador del programa, guionista, azafato y redactor, que no podía hacerme cargo de algo que centraría toda mi atención, o lo que quedase de ella después de la bolsa enorme de maría que me había regalado el mago Truquines, pero se conjugaron mi necesidad de demostrar que yo valía para algo y la falta de escrúpulos de quienes mandaban para explotar a alguien dispuesto a dejarse explotar. Así que mi boca soltó una palabra que, juraría, mi cerebro no había autorizado todavía y que a día de hoy todavía me sigue dando problemas, una palabra que precede al caos la pronuncie en una oficina o la pronuncie en el cuarto de baño de una discoteca.

—Vale.

De modo que allí estaba Guillermo, creador de Juguemos los dos, guionista, responsable del control de las pruebas, azafato y, ahora, también responsable a tiempo completo del software de los paneles informatizados.

Es posible, decía, que esto, unido a la bolsa de maría de la que di buena cuenta en el hotel, explique lo que ocurrió un día que iba a marcar el rumbo de mi papel en el concurso.

Ese día coincidieron dos hechos llamativos. Por un lado, yo había perdido una cajetilla de Camel e iba preguntado a todo el mundo por el plató y por el control si la habían visto. Por otro lado, una pareja que no tenía pinta de estar compuesta por dos personas especialmente lumbreras empezó a acertar casi todas las palabras de once letras ocultas en los paneles y a responder correctamente a las preguntas de cultura general.

—¿Se puede saber —bramó Whiskazo— por qué estos dos palurdos se saben todas las capitales de Europa?

Doña Pez entró en el control y dijo algo a Whiskazo al oído. Él me miró con los ojos inyectados en sangre. Se levantó y se acercó a mí.

—Al parecer, Guillermo, los palurdos tenían las hojas de respuestas y una cajetilla de Camel.

Empezó a gritar, claro. Que si el redactor y creador del formato (¡por fin me daban crédito!) empezaba a dejarse las hojas de respuestas en la mismísima salita de invitados que por qué no le había hecho a él el mismo favor y me ponía ante los controles para chasquear los dedos ante los monitores y dirigir yo el programa o, ya que estamos, y

esto prefiero entrecomillarlo, «sujetarme la polla mientras meo, que así eso que me ahorras, como a esos palurdos, ¡que se lo has ahorrado todo!»

Creo que hasta su ayudante lesbiana me miraba con lástima, y ella nunca había mirado con lástima a nadie. Waldo, ya recuperado para entonces de sus vomitonas y de nuevo con su color naranja normal, y al que reconozco la ayuda que me prestó en algunos momentos complicados, salió en mi defensa y después empezó a cantar con mucha potencia vocal la canción de un musical, yo creo que era de *Hair*, concretamente *Aquarius*, para admiración de todos los presentes:

—¡Que no vuelva a pasar! —chilló Whiskazo.

La gente aplaudió, no sé si porque Whiskazo me había perdonado o porque Waldo, la verdad sea dicha, bordaba Aquarius. Ese día, por primera vez, alguien ganó algo más que un jamón de Teruel: el premio gordo del programa, que era un fin de semana en Menorca. Sigo pensando que deberían habérmelo agradecido. El mago Truquines no solo me regaló una bolsa llena de maría, también regaló a *Juguemos los dos* su primer y último gran momento televisivo.

A raíz de ese episodio la relación de Whiskazo, doña Pez y la ayudante lesbiana se enfrió mucho conmigo. Lo cierto es que había dos bloques en *Juguemos los dos* y yo había sido al principio parte del que formaban ellos tres porque nos unía el alcoholismo, excepto por doña Pez, que no bebía, pero era una de esas que podía aguantar hasta las tres de la mañana vampirizando borracheras ajenas como quien se contagia solo de los síntomas más divertidos de una enfermedad. Pero después de que el mago Truquines me regalase una bolsa de maría y Waldo cantase Aquarius para bajar los ánimos empecé a estar más con ellos y creo que eso fue recibido como una traición por parte de Whiskazo. Una noche, cuando estábamos a punto de terminar la grabación del programa y yo ya casi me quedaba dormido en mi habitación, recibí un mensaje de Whiskazo. Decía: «Qué decepción me he llevado contigo, Guillermo. Suerte porque, por lo que a mí

respecta, no vas a volver a trabajar nunca».

No creo que fuese por una maldición de Whiskazo, pero tenía razón. En la televisión no volví a trabajar.

Al día siguiente ni Whiskazo, ni doña Pez ni la ayudante lesbiana aparecieron en el plató. Nos dijeron que se habían ido, de repente. Al parecer, en *Juguemos los dos* se había puesto de moda, aparte de fumar maría, ser un fugitivo. Rajita hizo un par de llamadas y apareció un hombre muy simpático que se hizo cargo de la realización de los quince programas que quedaban por grabar. O sea, tres días de trabajo. Al ver el primero de

ellos desde los controles, todos nos quedamos admirados. El programa comenzaba con un espectacular plano general del plató mientras sonaba la melodía y la cámara descendía con suavidad hasta el rostro del mago Truquines, que lucía más guapo y mejor iluminado que nunca.

—¡Qué bien se ve! —comentó Waldo.

—No estabais usando todos los focos —respondió el nuevo realizador —. Tampoco la grúa. ¿Para qué tenéis una grúa si no la usáis?

Todos nos miramos entre nosotros. Menos Rajita, apoyado al lado de la puerta del plató, que otra vez miraba a sus zapatos. Los programas bonitos y bien iluminados de *Juguemos los dos* fueron los últimos, pero casi nadie los vio. En realidad casi nadie vio ninguno.

Un día celebramos el fin de la grabación con una comida de todo el equipo, menos los fugitivos, en un restaurante cercano al hotel, que coincidió con la fecha en que se empezaba a emitir el programa. Waldo y yo hablábamos ilusionados de que en la segunda temporada del concurso la realización sería maravillosa ahora que habíamos entendido la técnica del programa, habíamos descubierto la química existente entre Pompis y el mago Truquines, habíamos averiguado para qué servía aquella grúa y sabíamos que se podían encender más focos. Nos prometimos que escribiríamos unos guiones realmente buenos para ellos, ya sin llamar a Risa Loca ni a Doña Pez ni a nadie.

Solo nosotros.

Entonces, y creo que solo yo, vi a lo lejos, en la pantalla del restaurante, que comenzaba el programa. Era la primera vez que lo veía fuera de los controles. Presté atención a la intro en la que unos muñecos saltaban sobre letras de colores y bailaban para formar, al

final, las palabras Juguemos los dos. Y podría haber dicho algo, debería haber anunciado a todos que el programa estaba empezando a emitirse y debería haber pedido al camarero que subiese el volumen, que nos hiciera ese favor porque ese era nuestro programa y lo estábamos celebrando y no podíamos oírlo con la televisión en silencio. Pero no lo hice. De repente, no sentí nada al verlo, me invadió cierta tristeza al no encontrar en aquello nada mío, nada propio, ni siquiera mi nombre en los créditos. Y

si no era nada mío, pensé yo llevándome a la boca una croqueta, no era nada del resto.

Observé unos segundos al mago Truquines presentándose a sí mismo y dirigiéndose después a Pompis, todo esto sin volumen, pero yo sabía lo que decían y lo repetí en voz baja, muy baja, solo para mí.

Bienvenidos a Juguemos los dos, un programa en el que lo importante es entenderse y darse la mano. Doña María, ¿cómo está usted?, susurré.

Y luego susurré: Pues qué quiere que le diga, Mago Truquines, estoy un poco tiqui tiqui.

Y al final susurré: La verdad es que yo también estoy un poco tiqui tiqui. ¡Vamos a conocer a nuestros concursantes!

Me di cuenta, además, de que efectivamente los dos estaban medio a oscuras.

Parecía un concurso celebrado en el mismo recinto donde se estaba llevando a cabo un funeral. Después alguien cambió de canal. Empezamos a comer. Esta vez nadie había pedido carrilleras.

No recuerdo la despedida. Sé que nos volvimos a Madrid en el tren de la tarde tras aquella comida. Nunca volví a ver a ninguno de ellos, excepto a Waldo. Supe que el programa tuvo una audiencia lamentable y duró en antena algo menos de tres meses, los suficientes para emitir los cien programas que habíamos grabado. Me enteré también, poco más tarde, de algo que me pareció justo y simbólico: al terminar *Juguemos los dos* comenzaron a emitir *Cifras y letras*. El de verdad. Uno en el que se podían crear palabras no solo impares y en el que funcionaban todos los focos del plató.

Creo que la experiencia en *Juguemos los dos* nos volvió a Waldo y a mí desconfiados y temerosos de lo que pudiese ocurrir con las cosas que creásemos juntos. Durante un tiempo seguimos viéndonos de forma

esporádica y llegamos a rehacer, de forma lenta y vaga, la biblia de *Nadie me ama* para cambiarle el nombre a la serie, reducir personajes, no poner fotos de actores famosos en la portada que pudieran llevar a engaño a los productores interesados y quitar los colores saturados de la maquetación anterior para dejarla con un fondo blanco y poquitos elementos gráficos. También corregimos todas las páginas en las que ponía sipnosis. En todo caso, aquella nueva versión solo llegó a existir en el ordenador de Waldo. Nunca la imprimimos. Existió como existen los últimos meses de una relación que ya no funciona, por inercia y en silencio. Una agradable lucidez terminal. Nunca la volvimos a enviar a ningún otro productor. La última vez que vi a Waldo fue cuando finalmente dejé a Narciso al saber que llevaba varios meses viéndose con un chico más alto, bello y feliz que yo.

Un día Narciso me gritó por teléfono, mientras yo lloraba. Me dijo que me había convertido en un amargado, en un cínico y en un aburrido y que ese otro chico con el que se veía mientras estaba conmigo siempre sonreía. Busqué amargamente las fotos del otro chico en su perfil de MySpace y era cierto: siempre estaba sonriendo, ojos

azules luminosos, ropa moderna y divertida, metro ochenta de felicidad. Yo solo era un hijo de puta nihilista que se creía mejor que nadie. Se lo dije un día a Waldo en la cafetería de un Corte Inglés. Fue la última vez que nos vimos.

—Tú no eres un amargado —me dijo él—. Eres cualquier cosa menos un amargado.

Se lo agradecí. Le dije que le volvería a llamar cuando estuviese un poco más animado y pudiésemos empezar a escribir algo nuevo.

—Deberías escuchar a Lara Fabian —me recomendó antes de despedirse—. Tiene muchas canciones bonitas para el desamor.

Le prometí que le llamaría la semana siguiente para vernos y seguir escribiendo cosas, pero no lo hice. Me puse música de esa chica que me había recomendado al llegar a casa. Escuché un par de canciones suyas que no logré que sonasen más altas que el silencio que reinaba allí desde que Narciso se había ido. En una de ellas, envuelta en una melodía meliflua y genérica y con letras previsibles, había una frase que me gustó.

Decía «ya no queda amor, solo orgullo». Y me pareció bonita, pero no me descubrió nada que no supiera.

El vampiro de Bravo Murillo

(Esto es un prólogo)

Había un señor, el familiar de alguien que se había comprometido con alguien de mi familia. Tenía un negocio de piscinas prefabricadas que uno compra hechas y solo tiene que encajar como pueda en un agujero de su jardín. Las mostraba en un terreno a las afueras de la ciudad por el que pasaba a menudo con los abuelos cuando volvíamos de comer del Corinto. Las más pequeñas estaban apiladas contra una valla o una pared.

Observaba alucinado desde la ventanilla del asiento de atrás del coche aquellas piscinas dispuestas de canto, sus modernas escaleras en forma de abanico, sus siluetas redondeadas. Soñaba con meterme en una de ellas, aunque fuese vestido, aunque estuviesen vacías, aunque siguiesen apoyadas contra una pared. El dueño de aquel imperio de plástico y fibra de vidrio empezó a aparecer, ya como futuro miembro político de la familia, en las comidas multitudinarias que mi abuelo organizaba para librarse durante un día de su dieta baja en colesterol. En ellas el abuelo aprovechaba para acabarse él solo una bandeja de croquetas, dar cuenta del vino y congregar público para sus bromas sobre la Viagra, que acababa de llegar a las farmacias y se había convertido en una manera asequible de introducir el tema de las erecciones en las sobremesas con niños. Cualquier efeméride servía: su cumpleaños, el de la abuela, su aniversario de bodas, la Navidad, la llegada del verano o el día de la Virgen de la Peregrina. Este señor, el de las piscinas, nunca andaba lejos de mi abuelo. Se sentaban cerca en la mesa, sitiados al principio por sus esposas y gravitando hacia la misma botella de vino hasta que, hacia los postres, ya se habían librado de ellas y se habían atrincherado tras las copas vacías para reír los chistes del otro. El señor, de ojos hundidos, mejillas rosadas y poco pelo pulcramente peinado como si una pequeña máquina de arar hubiese pasado sobre su cabeza arrancando desde su frente hasta despeñarse por su cogote, alargaba la risa y estiraba la mirada tras el chiste de erecciones. Y la mirada siempre acababa en mí.

Por aquel entonces yo tenía doce años y también un extraño peinado, más parecido al de un poeta. Me había enamorado de Brad Renfro cuando un domingo fui con mi madre a ver El cliente tras descubrir que no quedaban entradas para *El rey león* y me quise dejar el pelo largo como lo llevaba él en la película. Brad Renfro llevaba un apañado *mullet*, pero mi cabello y mi cráneo no eran los suyos y, además, sospecho que lo que hacía atractivo a Brad en aquella

película, además del pelo, eran las heridas en la cara provocadas por la agresión de un mafioso y yo no pude encontrar a un mafioso

que me diese una paliza en Pontevedra. Así que, intentando parecerme a Brad Renfro, acabé con una extraña raya al medio que me hacía parecer un poeta dieciochesco. La observación no era mía, era de mi profesora de lengua española, doña Esperanza, que me dijo un día al llegar a clase en medio de las risas de todos los niños: —¿Se puede saber, Guillermo, por qué has venido peinado como un poeta?

Una tarde, durante una de esas sobremesas familiares, el señor de las piscinas se levantó de la mesa y se acercó al sofá. Su barriga gigantesca dominaba al resto de su cuerpo y lo guiaba a tumbos como si fuese una avanzadilla para sus extremidades. Se dejó caer sobre el sofá donde estaba yo leyendo, haciendo que mi libro diese un brinco, acarició mi peinado de poeta y dijo: —¿Y esta niña tan guapa quién es?

Creo que tardé un poco en responder, consciente de que no había respuesta ganadora. Corregirle sería desconsiderado, decirle mi nombre («me llamo Guillermo») sería lo mismo que corregirle e inventarme un nombre de niña («me llamo Renata»), sería aventurado por mi parte por si llegaba el caso de que él se levantase y dijese a todo el mundo mientras me señalaba: «¡Qué guapa ha salido Renata!» Así que opté por la corrección, pero con cierta impasibilidad, como si no hubiese existido agravio alguno, como si todos los días me sucediese. Y lo cierto es que me había sucedido en otras ocasiones, por ejemplo en la hamburguesería a la que me dirigía cuando salía de la piscina para comprar un perrito caliente, aún con el pelo mojado y largo, o siempre que respondía por teléfono, aún con mi voz aguda y musical, y alguien al otro lado del aparato decía: «Hola, bonita, pásame a tu madre». De modo que susurré, sin apartar la vista del libro: —Soy un niño.

Y él abrió mucho los ojos, dejó de acariciarme el cabello en un gesto reflejo, como si mi cabeza se hubiese convertido en una tetera ardiendo, y respondió: —¡Claro que eres un niño! ¡Por supuesto que eres un niño!

Me lo aclaró así, asertivo, superlativo, aplastante, obvio. El muy cabrón. Como si el que hubiese afirmado ser una niña hubiese sido yo. Esto se repitió alguna vez. Alguna comunión, alguna boda y algún verano. Imagino que nunca se acordaba de que yo le había aclarado que era un niño porque solía estar borracho cuando se acercaba a mí a preguntar quién era esta niña tan guapa. Hubo una vez en que, como

estábamos lejos de los demás y él no me preguntó mi nombre, sino que, simplemente, afirmó «¡Qué niña tan guapa!», yo me limité a responder: —Gracias.

Y me levanté y me fui. Deseé que todo el resto de las veces fuesen así de fáciles, de limpias. Además, yo me había acostumbrado a sus halagos, empezaba a ser satisfactorio que alguien en el mundo me dedicase aquellas miradas vidriosas de amor. Yo era

invisible en clase, en la calle, en el gimnasio y en la vida en general. En cualquier grupo yo era el bajo, el delgado, el apocado y el pusilánime, nadie que pudiese llegar a ser jamás objeto de deseo. Sin embargo, para el señor de las piscinas yo era la niña más guapa del mundo y eso me otorgó una pequeña, singular e inaudita cuota de amor propio.

Una Navidad, tras la sobremesa, volvió a acercarse a mí y esta vez hizo su pregunta peligrosamente cerca de mi abuelo, sentado en el sofá contiguo donde yo leía un libro o, más que leer, me refugiaba tras la contracubierta de alguna entrega de *El Pequeño Nicolás*, porque sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

—Aquí está esta niña tan guapa —oigo tras las páginas.

Mi abuelo giró la cabeza de forma lenta y mecánica, como si alguien hubiese insertado un dispositivo electrónico en su cuello, sus ojos abiertos de par en par, su orgullo herido tras oír como llamaban niña a su único nieto varón (llegarían posteriormente otros, para su solaz más altos, más varoniles, completamente heterosexuales y preparados para darle descendencia). Y chilló: —¡No es una niña!

El señor hizo de nuevo su movimiento de alejarse de mí unos centímetros. Mi abuelo golpeó la mesita de centro. Mi abuela miró con despreocupación y pasó una servilleta sobre la superficie aún empañada con la forma del puño sobre el mármol. Siempre me pregunté si aquello le había ofendido tan gravemente porque nunca se esperó que pudiese ocurrir o, al contrario, porque llevaba toda su vida temiendo que ocurriese.

Entonces dijo el hombre de las piscinas: —¡Claro que no es una niña!

Volví a parapetarme tras el ejemplar de *El pequeño Nicolás*, más tranquilo, esperando que la discusión sobre mi género hubiese terminado ahí y levemente decepcionado por el final abrupto de mi primera historia de amor. Pero el señor de las piscinas no estaba dispuesto a callarse.

—¡Claro que no es una niña! —repitió.

—No es una niña —constató mi abuelo.

Y entonces sucedió. El señor de las piscinas sonrió y le dijo a mi abuelo: —¡Ya es toda una mujer!

Vi como mi abuelo abría aún más los ojos, temí que se cayesen de sus órbitas. Cerré los ojos y acerqué el libro a mi cara, esperando que sirviese de amortiguación para cuando una cabeza explotase justo a mi lado.

(Esto es otro prólogo)

Tenía 14 años. Ya me confundían menos a menudo con una niña. Hacía tiempo que no veía al señor de las piscinas. Aquella tarde había ido al cine solo. No era la primera vez que iba solo, juraría que era la segunda. Antes había ido a ver *Una jaula de grillos*, que a mi madre no le interesaba demasiado, como tampoco le interesó ir a ver aquella tarde *La teniente O'Neil*. En la sala, ya una vez apagadas las luces, me extrañó que un señor se sentase a mi lado cuando casi todas las demás butacas estaban vacías, pero yo había elegido la mejor de la sala, centrada a lo largo y a lo ancho, así que me figuré que él también querría disfrutar de esa buena visibilidad.

A los veinte minutos de película se me ocurrió que el tipo, al que no había mirado por esa educación que tiene cualquiera de no girar la cabeza para mirar directamente a un extraño sentado a menos de medio metro, debía de estar muy gordo, porque su pierna había empezado a rozarse con la mía. Pensé que no cabía en su asiento y por eso había partes de su cuerpo que se querían meter en mi butaca. Su pierna se siguió frotando contra la mía durante un buen rato. Me descentraba. Demi Moore aún no se había rapado la cabeza en esa parte, eso lo recuerdo. La forma en que la pierna del señor subía y bajaba rozando la mía empezó a parecerme extraña, pero no me cambié de asiento al sentir cierta lástima: lo hacía por gordo y yo, me figuraba en mi extraño tren de pensamiento, hubiese herido su ya mermado orgullo de gordo si me cambiaba de sitio. Sería como decirle que no quería estar al lado de una foca. Es un razonamiento extraño, ¿qué me importarían a mí los sentimientos de un gordo desconocido? Pero su pierna obesa subiendo, bajando, frotando la mía, más pequeña y flaca, me impedía pensar demasiado. Me pregunté, en algún momento, si se estaría rascando. Si tendría alguna alergia. Si tendría ganas de hacer pis. O un tic. O la sarna. Mientras tanto, su pierna no se detenía. Así que me atreví: lo miré. Él ya me estaba mirando a mí

cuando giré la cabeza para mirarlo a él. Me encontré con el rostro de un señor bonachón, mayor, de mofletes hinchados como los de un pez, apenas una silueta arrugada como una uva pasa e iluminada por la luz blanquecina de la pantalla. Me sonreía. Le devolví gentil la sonrisa, me habían educado para devolver una sonrisa. Y ahí es cuando puso su mano en mi rodilla. Eso ya no era un tic. Yo miré hacia la otra butaca, donde no había nadie.

Igual que en la de delante, igual que en la de detrás. Me quedé quieto. Me seguía pareciendo de mala educación levantarme y cambiarme de sitio. No lo volví a mirar, eso sí. Su mano se movió lenta por mi muslo y subió.

Ya no estaba allí al encenderse las luces. Salí a buscarlo, por pura curiosidad. Miré en el vestíbulo del cine, miré en la calle. Nada. Ya en casa, esa noche, en la ducha, pensé en él. Me pregunté si aquel señor había visto en mí algo parecido a lo que yo había visto en Brad Renfro en *El cliente*, aunque yo siguiese teniendo mi extraño peinado de poeta y un incipiente bigotito púber. Me hubiese gustado sentirme por primera vez bello y deseado como hombre de otra manera, pero esa es la que estaba escrita para mí, como objeto de un anhelo ilícito y privado, protagonista de una revelación solitaria que sería mejor no contar nunca. Pensé todas estas cosas en la ducha mientras cerraba con fuerza los ojos, apretaba los labios, sentía el chorro de agua cayendo por mi espalda y rezaba para que nadie entrase al cuarto de baño justo en ese instante.

(Esto es un último prólogo)

No era nada feliz en el otoño de 2003, ya cerca de la Navidad, y siendo así, infeliz, volvía una tarde en metro a mi casa después de las clases de cine. El viaje siempre se me hacía corto. El metro era un sitio en el que me gustaba estar porque llegar al apartamento en el que vivía entonces era algo que merecía la pena postergar. Vivía en un apartamento interior y oscuro de dos dormitorios, cocina antigua, un cuarto de baño donde a veces había cucarachas y un salón comedor que parecía decorado para una familia que nunca había existido o que había salido huyendo de allí con lo puesto. Lo compartía con un chico asturiano al que apreciaba y odiaba al mismo tiempo porque era mucho mejor que yo en todo aquello en lo que yo hubiese querido ser bueno: en el talento para labrarse un futuro en el cine, en las relaciones sociales y en el acostarse con muchos hombres. A veces dejaba sus llaves dentro de un cuenco con agua al lado de la puerta por si decidía irse de casa durante uno de sus episodios de sonambulismo.

Cuando su madre venía de visita nos cocinaba platos deliciosos como pato a la naranja o un guiso de jamón y de repente la disposición de la casa cobraba sentido durante un par de días, se volvía un hogar. Usábamos la mesa del comedor en la que jamás se colocaban alimentos, olía a café y el lugar parecía incluso más luminoso, menos despiadado. Tal vez es que, simplemente, la madre había pasado un paño húmedo a las ventanas. Pero enseguida volvía a su estado original, el de un decorado abandonado en el que yo parecía existir de vez en cuando como personaje secundario de mi propia película triste: en una escena cenaba solo frente al televisor, en otra me miraba al espejo del baño durante un buen rato esperando que el rostro que devolvía el cristal se convirtiese en algún momento en el de un desconocido. En la mayoría de escenas simplemente dormía en la cama enorme que me había tocado al repartirnos los dormitorios a cara o cruz y en la que nunca durmió nadie más. El asturiano aparecía poco. Normal, no era una casa en la que nadie quisiera estar, y además yo prefería que no apareciese mucho, porque una de las veces en que había aparecido había incendiado el microondas y dejado negra una pared de la cocina. Pues bien, aquella era mi vida y

por eso yo iba infeliz en el metro aquella tarde, pensando en que ojalá siguiese dando vueltas y no me tuviese que bajar hasta el día siguiente, es más, hasta que se acabase aquel curso, y entonces se me sentó al lado un señor cincuentón pequeñito, diría que asustado, y me dice: —Hola.

Lo defino como asustado porque aquel hola surgió con temor, como si en vez de decirme hola me hubiese revelado algo que pudiese poner su vida en peligro. Tenía una forma curiosa y desesperada de hablar, sus palabras se asomaban tímidas desde su boca y volvían a meterse en ella rápidamente después de haber sido pronunciadas.

Yo respondo:

—Hola

Mi hola, creo, fue normal, no desesperado, pero puede que incluso en el mío también hubiese algo de desesperación, fruto del deseo de que aquel hola, el que yo había recibido, girase un poco el rumbo de las cosas, hiciese diferente aquella tarde.

Me dice:

—Tienes unos pies muy grandes.

Los dos miramos a mis zapatillas deportivas. ¿Grandes, mis pies?

Nunca lo hubiese dicho, es más, nunca me había parado a buscar un adjetivo para definir mis pies del mismo modo que no buscamos adjetivos para definir las cosas que nos son tan útiles y necesarias que simplemente las damos por buenas mientras funcionen, del mismo modo que no decoramos el techo de nuestra casa ni nos paramos durante horas para elegir el paraguas perfecto porque su mera existencia es suficiente.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas?

Pensé durante un instante en un nombre que no fuese el mío por si un día, en un evento social, yo firmando libros o hablando de algo inspirador en un corrillo de gente en el *lobby* de un hotel de lujo, él se acercaba, me llamaba por mi nombre (¡Guillermo, Guillermo!) y explicaba al resto que un día habíamos estado hablando del tamaño de mis pies en el metro. Así que le dije: —Toni.

El hombre alternaba su mirada de forma veloz entre mi rostro y mis pies, asustado, como si mirar a alguno de los dos durante más de un tiempo prudencial fuese a darle

problemas. Me pregunté si estaba decidiendo si Toni era el hombre de su vida, el jovencito que llevaba esperando toda la eternidad, o si simplemente se limitaría a ser un alivio fugaz para cumplir sus fantasías fetichistas con las zapatillas de deporte. También empecé a pensar si tendría algún tipo de trastorno mental.

—¿Qué talla usas? —me preguntó.

Exageré. Le dije que una 44, por no decepcionarle. Empezaba a sentirme importante.

Toni, el tipo de pies enormes, era alguien mucho más valioso e interesante que el pobre chico solitario que volvía a un apartamento triste, feo y sin luz situado sobre un restaurante que se llamaba Mi lindo Quito III en Bravo Murillo.

—¿Eres gay?

No sé por qué se me ocurrió decirle que era bisexual. Me figuro que esta vez sí quería decepcionarle, pero solo a medias. También pensé que si se obsesionaba conmigo podría inventarme que debía volver a Pontevedra para casarme con el amor de mi infancia, tener hijos en el campo y empezar a vestir botas de pocero para ir a la finca.

Unas botas de pocero darían al traste con su amor por Toni, nadie está atractivo con botas de pocero, no concibo un fetiche relacionado con ese tipo de calzado, pero tampoco era algo que tuviese que descartar llegado el momento.

—¿Tienes novio?

Mentí otra vez y le dije que sí. Toni, bisexual con novio y unos pies de la talla 44, era el tipo de persona que conquista a la gente en el metro, en el cine, en las comidas familiares y a su paso por la vida misma: un hombre valeroso y rompecorazones con unos pies gigantescos.

—¿Eres activo?

Le dije que sí, claro. Toni siempre llevaba el control y mandaba sobre la población mundial para obtener de ella placer y sumisión. Toni, bisexual activo con novio y la talla 44 de pie, había encandilado a aquel anciano pervertido, aterrorizado, probablemente un poquito retrasado, y ya iba flotando unos centímetros por encima del asiento. Un gran momento para terminar la ilusión.

—Me bajo aquí —le dije cuando llegábamos a la parada de Tetuán. Juraría que los pies me habían crecido cuando me puse a caminar de nuevo.

Él me siguió. Musitó con su voz nerviosa, de la que habían empezado a salir gallos:

—Yo también me bajo aquí.

Me siguió por el andén y subimos las escaleras junto a la marabunta que volvía de clase o del trabajo con el mismo desánimo que yo, aunque ellos no eran unos símbolos sexuales para un decrépito depredador, así que aquella tarde de aquel otoño yo, por primera vez, había ganado. Las conversaciones de la gente que subía con nosotros las escaleras mecánicas eran mucho más insignificantes: los estudiantes comentaban con derrota la cercanía de los exámenes, los vecinos lamentaban el estado del barrio y lo peligroso que según ellos se había vuelto con tanta migración que venía a crear problemas, un padre gritaba a su hijo a lo lejos, otro niño preguntó cuánto quedaba para el fin de semana, otro cuánto para la Navidad. No quedaba demasiado. El viejo me preguntó: —¿La tienes grande?

Le dije yo:

—Claro.

Era imposible que Toni, hombre bisexual activo y con unos pies del tamaño de un campo de fútbol tuviese un pene que no fuese otra cosa que gigante. Empecé a pensar en posibles respuestas a sus siguientes preguntas. Se interesaría, por ejemplo, en saber qué estudiaba yo, y pensé en decirle alguna materia deportiva, porque bajo la trenca amplia y oscura que llevaba puesta podía ser plausible que existiese el cuerpo fibrado de un lanzador de jabalina. Pero el viejo no siguió por ahí. Solo dijo: —A tu novio le debe de encantar que la tengas grande.

—Claro, le encanta.

Alcé el cuello y endurecí el mentón. La pregunta sobre a qué me dedicaba y mi respuesta sobre el lanzamiento de jabalina estaba cerca y mi perfil, ya que él caminaba a mi lado y veía mi perfil cuando me hablaba, debía ser duro, apuesto, deportivo. Pensé también en qué le diría de mi novio. Solo sabía de mi novio inventado que era pasivo, pero no estaba seguro de que a la pregunta «¿y cómo es tu novio?» tuviese sentido responder únicamente «pasivo», aunque eso también me hubiese dado un aire macarra, despiadado e indolente que probablemente le hubiese gustado a aquel viejo cabrón pervertido y medio retrasado. Lo pensé mientras seguíamos caminando. Pensé en decirle que mi novio era mayor que yo, eso me haría todavía más deseable, pero no, no tan mayor como usted (de nuevo Toni decepcionando, o ilusionando, solo a medias).

No le miraba mucho, convencido de repente de que mi rostro con facciones suaves podía revelar mi mentira, de que alguien con mi nariz grácil y mi mirada amable no

podía ser un castigador en la cama ni dedicarse al lanzamiento de jabalina, así que me mantuve tensando la mandíbula y mirando al frente mientras atravesábamos los pasillos de la estación de Tetuán, acercándonos ya a la salida. Notaba que él sí me miraba a mí, pero en miradas furtivas, cortas, que enseguida desviaba o hacia mis pies,

¡mis enormes pies!, o hacia su camino, para no caerse por las escaleras, algo que por otro lado empecé a desear que ocurriera porque ya después de decirle que tenía una polla enorme, que era activo y que era una promesa del lanzamiento de jabalina (eso no se lo había dicho aún, pero lo tenía en la recámara) consideraba que nuestra conversación había llegado a su fin y cada uno podía irse a su casa.

Decidí apurar el paso, convencido de que Toni, mi querido Toni, esa creación con la que había fabulado durante veinte años y que por fin

había cobrado vida, aunque solo fuese durante diez minutos, no podía dar más de sí y había llegado el momento de matarlo y despedirme. Salimos juntos a la calle, ya oscura y fría. Era noviembre.

Faltaban siete semanas para Navidad, y tengo esa seguridad porque un día, muchísimos años antes, mi madre me dijo repentinamente mientras estaba en la cola de un supermercado: «Faltan siete semanas para Navidad» y desde entonces siempre, en la segunda semana de noviembre, recuerdo que faltan siete semanas para Navidad, como si ella hubiese colocado un recordatorio en mí para el resto de mis días. Y aquel año el recordatorio se activó allí, con el viejo pervertido, en el cruce de Bravo Murillo y Sor Ángela de la Cruz, mientras nos mirábamos el uno al otro. Y él me preguntó: —¿Puedo ir a tu casa?

Al preguntarme esto le salió vaho de la boca.

—Está mi novio.

A mí también me salió vaho, más que a él. En realidad en casa no habría nadie, o probablemente estaría solo el asturiano metiendo sus llaves en un cuenco con agua al lado de la puerta, y en realidad hubiese tenido cierta gracia que apareciese con el viejo y le dijese que por fin había ligado, que por fin iba a estrenar esa cama enorme que me había tocado a mí y siempre sentí que no me pertenecía, que tenía que dársela al asturiano, porque él aprovechaba la suya, de solo noventa centímetros de ancho, mucho más que yo la mía de ciento cincuenta.

—Puedo hacerte una mamada en el portal —prosiguió el viejo.

Era la primera vez que un viejo se ofrecía a hacerme una mamada desde que llegué a Madrid y admito que me sentí ahí halagado, feliz, preparado para volverme a Pontevedra si todo salía mal sintiendo que había conseguido algo en la capital. Pero le

dije que no. Era parte de la narrativa, obviamente. El propio acto de seducir a aquel viejo pervertido pasaba por negar que cualquier tipo de seducción fuese posible. Toni podría tener a cualquier ser humano que desease, ¿por qué dejarse chupar por un viejo repugnante en su portal? ¡Su novio podía hacerle una mamada en un portal! Es más, sentí ganas de decírselo, que para eso tenía a mi novio, pero que, por otra parte, y aquí ataca siempre la practicidad y la exposición de todas las perspectivas posibles incluso en las fantasías, no sé si por mi educación católica o por mis ganas de ser escritor, en mi portal hacía bastante frío y además siempre olía a la comida picante de Mi lindo

Quito III y no era el lugar más oportuno para hacer una mamada a nadie.

—No puedo —dije al final—. Me tengo que ir a mi casa.

—¿Vives con tu novio?

—Sí.

Me arrepentí al momento: vivir con su novio no pegaba nada con Toni, que tenía veinte años, un pene enorme, lanzaba jabalinas y al que esperaban mil aventuras que vivir.

—Bueno —el anciano empezó a dar pasitos nerviosos hacia atrás, en dirección Cuatro Caminos—. Eres muy guapo, Toni. Adiós.

—En realidad no vive conmigo de vivir conmigo —aclaré—, solo es que está mucho tiempo en mi casa.

Nada, el viejo no se dio la vuelta para darme una nueva réplica, siguió caminando, alejándose de mí. Me quedé de pie mientras le veía hacerse más pequeño calle abajo, esperando que se diese la vuelta, que pensase en que podía tener otra oportunidad con Toni, y yo se la daría, solo si volvía.

—Nos gusta mucho follar —dije, aunque él ya no podía oírme, no podía oírme nadie, no había mucha gente por la calle y mi voz se quedaba amortiguada por el ruido del tráfico—. Suele venir a casa a acostarse conmigo alguna vez. Pero nunca es una vez.

Lo volvemos a hacer, lo hacemos varias veces, así que acaba pasándose dos o tres días en mi casa. No quiere irse de allí, no quiere irse nunca. De modo que a veces bromeamos los dos juntos y yo le digo «vienes tanto a verme que ya es como si vivieras conmigo» y él me responde «sí, vivimos juntos, no lo hemos planeado, pero vivimos juntos». Y hay cierta poesía en «vivimos juntos», ¿no crees? Es una frase bonita, más allá de compartir un techo. Vivir juntos.

Hablaba solo. Añadí, repartiendo más vaho al aire de la esquina de Bravo Murillo y Sor Ángela de la Cruz: —Tú y yo también hemos vivido juntos hoy en el metro.

El viejo no vuelve, ya no lo veo. Me arrepiento de no haberle dicho que tomásemos un café, que podría hablarle de cómo es la vida cuando tienes un pene enorme y a alguien que quiere dormir contigo y que resulta suave al tacto en las noches frías de invierno, y que a mí

me gustaría saber cómo es la vida de alguien que se ve empujado a acosar a jóvenes solitarios en el metro, me gustaría saber cuán fuerte e imperioso es tu deseo para que la ínfima posibilidad de satisfacerlo esté por encima de la posibilidad de hacer el ridículo o de que te den una paliza. Me gustaría saber cuántas posibilidades tengo de acabar siendo un día como él. Pero me he quedado solo en la esquina, él ha desaparecido calle abajo y ya no lo veo. Pasan los coches, me gusta el ruido de los coches, me gusta el ruido de la ciudad porque no lo oigo desde mi dormitorio que da a un patio interior y me recuerda que la ciudad está viva más allá de mi dormitorio triste.

Hay gente tomando cervezas en una terraza aunque haga frío y a su lado una farola anuncia un espectáculo navideño de circo. *Quedan siete semanas para la Navidad,* dice la voz de mi madre en la cabeza.

Para retrasar el momento de volver a mi casa paseo Bravo Murillo abajo y, cuando me canso, vuelvo sobre mis pasos Bravo Murillo arriba. Ya no veo al viejo, pero sí que paso, aunque esto todavía no lo sé entonces, cerca de la casa de Basilio. Entonces todavía no conozco a Basilio. Eso no ocurrirá hasta unos meses después. Al viejo no lo volveré a ver nunca. A veces pienso en él, me pregunto si se acordará de mí, si estará muerto acaso porque un día, en otro vagón de metro, alabó el tamaño de los pies de quien no debía. Sobre todo, me pregunto cuántos años quedan exactamente para que ese viejo sea yo.

(Aquí acaban los prólogos).

En las navidades de 2003, poco después de ser Toni durante diez minutos en el metro, me fui a mi casa de Pontevedra a pasar las fiestas y aproveché la conexión a Internet, de la que carecía en Madrid, para hacerme un perfil en una web de contactos entre hombres y en la que di con un tipo cuya descripción decía: *Lo que más me gusta en el mundo es volar cometas y los patitos de goma.*

Mi nombre de perfil era Supergato, por el protagonista de una película de surferos que encontraba especialmente atractivo con sus orejas de soplillo y su cara de joven idiota estadounidense con mandíbula cuadrada. El suyo era un nombre que parecía japonés y junto a aquellas palabras tan tiernas había una fotografía de él en blanco y negro, tirado en una cama con unos calzoncillos blancos y algo parecido a unos

cuadraditos en el abdomen. No se le veía la cara. Le envié un mensaje, le dije que su perfil me había parecido muy bonito y le di mi dirección de correo electrónico para que me agregase al Messenger y así poder

chatear. Al poco tiempo una ventana se abrió en mi pantalla.

«Tú», escribió. «¿No te has cansado aún?»

Y después: «Te has vuelto a abrir un mail nuevo, ¿verdad?»

Y después: «Te dije que no quería volver a verte».

Y al final: «No sé cómo te lo tengo que decir».

Le aclaré que yo no era esa persona que él creía que era y me pidió que conectase mi *webcam* para comprobar que eso era cierto y yo lo hice, pero no puse mi rostro ante la cámara, algo que me parecía invasivo y vergonzoso. En su lugar sujeté mi abono transporte de la Comunidad de Madrid para que pudiese ver mi cara en la fotografía, una de carnet en la que me veía especialmente hermoso porque se trataba de una imagen en la que aparecía recién despierto, con el pelo sucio y con una sudadera que por alguna extraña tara en el diseño hacía que mi cuello pareciese mucho más largo.

«JAJAJAJA», escribió.

«¿Ves como no soy esa persona?», le escribí.

«JA-JA-JA-JA-JA-JA», añadió. «Me habían enseñado muchas cosas por la webcam, pero nunca el abono transporte. JA-JA-JA-JA».

Eran las cinco de la mañana y empezó a contarme su vida. Que él era un tipo muy listo que se había hecho rico gracias a subirse a tiempo a la burbuja puntocom, me dijo, y se había comprado su propia casa en la calle Sor Ángela de la Cruz. Que le gustaban los chicos jóvenes, chicos jóvenes a los que encauzar en la vida y de los que ser una especie de mecenas. Que había tenido novios con edades comprendidas entre los 15 y los 20, pero que en realidad él era bisexual y sabía que acabaría casado con una mujer, porque la vida es como es y a veces no hay que buscarle demasiado las vueltas ni salirse del camino marcado. Y esto lo tenía tan claro que se había montado una web para encontrar una futura compañera que se llamaba serásmisesposapuntocom.

«¿Y sabes cuál es la dirección de correo electrónico para que me escriban las chicas?», tecleó. «La dirección es: tu@serasmiesposa.com».

Me metí en la web. Tenía razón, existía. En un apartado de la página dedicado a presentarse explicaba que no era ni un loco ni un antisocial, pero que llevaba una vida de muchísimo trabajo que le

dejaba poco tiempo para el ligoteo, que se negaba a hacerlo en discotecas y que, como precursor digital y millonario gracias a la burbuja puntocom, esta era la forma más lógica y consecuente que se le había ocurrido para encontrar a la mujer amada. En la web había también un apartado de preguntas y respuestas que había escrito él mismo. «¿Estás muy solo?», decía una de las preguntas. Respondía él:

«No, aunque viva solo no hay día en que no quede para tomar un café con mis amigos».

Le pregunté cómo le gustaban los chicos. Me envió una foto de un chiquito de unos 15 años, rubio y con peinado a lo tazón. «Me encanta el pelo así, como lo llevaba Nick de pequeño en los Backstreet Boys. Raya al medio y liso. ¿Tú tienes el pelo así?»

No lo tenía, no. Lamenté no haberme dejado el peinado de poeta que tantos problemas me había traído a mis 11 años cuando quise parecerme a Brad Renfro y acabé atrayendo al señor de las piscinas y al viejo pederasta del cine. Ese era exactamente el peinado que le gustaba. Pensé en si podría crecerme para cuando hubiesen terminado las navidades, yo volviese a Madrid y nos pudiésemos conocer en una cafetería. Al final le respondí: «Muy parecido».

«Te dejo», respondió él. «Mañana voy al cine a ver *El detective cantante*».

Y añadió: «Hablamos». Y también: «Por cierto, me llamo Basilio».

Cuando volví a Madrid a comienzos de año, Basilio me propuso que nos conociésemos.

Mi cabello aún no había crecido hasta poder hacerme el peinado de Nick Carter, así que intenté fingir que había ocurrido. Me peiné una raya al medio, atusé con esmero el cabello que caía hacia ambos lados de mi cara y me afeité. Me pregunté si parecía lo suficientemente aniñado mientras el espejo de mi cuarto de baño me devolvía el reflejo de una persona que parecía tener una pequeña palmera de interior saliendo de su cráneo. Bajamos, mi peinado y yo, la calle Bravo Murillo pensando en que aquello tenía que ser el destino: en una ciudad de cuatro millones de habitantes había ido a dar, durante una noche de insomnio y en una red en la que había miles de homosexuales, con un tipo que vivía unas cuantas esquinas más allá de mi casa que buscaba a alguien de mi edad o un poco menos, pero siempre aparenté ser más joven y además me había afeitado. Y que tenía abdominales. Y al que le gustaban los patitos de goma.

O tal vez… tal vez había ido a dar con un tipo menudo, con gafas redondas antiguas, un abrigo cámel que le quedaba enorme y con un peinado aún más extraño que el mío. No solo le gustaba el peinado del joven Nick Carter, descubrí, es que

también quería imitarlo, pero, al igual que yo, no tenía suficiente pelo para ello, así que allí estábamos mirándonos, las dos víctimas de una ilusión capilar que nunca sería nuestra. Así me lo encontré en la cafetería en la que nos habíamos citado.

Se levantó de la mesa y me miró fijamente.

—¿Qué te has hecho en la cabeza? —preguntó.

Yo no le devolví la pregunta, quería ser cortés. Me dio la mano, como si aquella cita hubiese nacido de un pacto entre caballeros y no tras una charla nocturna en un chat en el que la gente busca follar. Me saludó como si, de hecho, nos conociésemos de antes.

Lo cierto es que Basilio olía muy bien, tenía unas manos de dedos largos y bonitas que me recordaban a las de mi padre y una voz profunda, grave y con la dicción propia de un actor de doblaje. Todo eso ganó muy pronto a la primera impresión que me había causado su pinta de bibliotecario buscado por la policía.

—Tuve un programa de radio —me empezó a explicar poco después, ante un café y un refresco, mientras yo intentaba discernir si podía haber unos abdominales marcados bajo aquella gigantesca gabardina cámel que no se había quitado aunque hiciese calor en la cafetería—. Era un programa nocturno en Asturias que escuchaban apenas seis o siete personas. Siempre me llamaban los mismos para contarme lo mismo. Soy el de ayer, ya he arreglado la segadora. Hola, soy el de la segadora, se me ha vuelto a estropear. Tenía que pedir en control: «Por favor, no volváis a pasarme al pesado de la segadora, se nos van a ir los pocos oyentes que tenemos».

Basilio solo hablaba de él mismo. Su única pregunta para mí en aquel primer encuentro fue la de qué me había hecho en la cabeza.

—Viví en Escocia durante dos años —prosiguió—. Fui guía turístico de un castillo.

Luego vendí seguros. Y entonces de repente volví a España y se me ocurrió una idea: hacer una página web para que extraños se conociesen. Pero no encontré financiación.

¿Te das cuenta de que si la hubiese encontrado sería ahora rico? ¡Ahora todo el mundo busca gente en esas webs, como tú!

Dijo como tú como si él no estuviese allí, como si su foto en calzoncillos y su mensaje sobre los patitos de goma y volar cometas lo hubiese escrito otro en su nombre. Supe ahí que Basilio caminaba sobre el filo de las cosas, hablaba acariciando el canto de sus propias palabras, y que nada iba con él, pero a la vez encontré reconfortante que volviese a reconocerme como sujeto presente en aquella charla, que se refiriese a mí

aunque fuese para acusarme de algo que él mismo estaba practicando. De estar en esas webs. Basilio me clavaba su mirada en silencio cada vez que acababa de hablar y yo no sabía qué decir. Sospecho que me daba una oportunidad de tres segundos para que yo me subiese al tren de la conversación, y como no sabía hacerlo, y como en realidad encontraba más interesante la suya, él continuaba contando más cosas sobre sí mismo.

Por ejemplo: —Soy políglota. Hablo español, francés, inglés, alemán, portugués, italiano y gallego. ¡Qué frío hace en esta cafetería, joder!

Y también:

—Tengo mi propia web.

— *Túserásmiesposapuntocom* —respondí.

—Aparte de esa. Se llama *losétodopuntocom*. ¿No está asqueroso este café? Antes estaba mejor, no sé si decirles algo. La gente me envía preguntas y yo busco información en Internet y respondo. Me envían preguntas de todo tipo. Así he aprendido tanto y sé tantas cosas. La idea de la web para buscar esposa salió de ahí.

Muchas lectoras me preguntaban si estaba casado. Y aunque yo no respondía preguntas personales, porque lo tengo como política innegociable, un día respondí: «No, pero estoy trabajando en ello». Y ahí puse el link a *túserásmiesposapuntocom*. Acompañé esa respuesta con una foto mía en la que estoy sentado en Pachá y se me ve la camiseta un poco subida y luce en los calzoncillos el logo de Calvin Klein. ¡No sabes cómo funciona para ligar! Porque claro, ellas creen que son unos Calvin Klein reales, no unas falsificaciones. En mis viajes a Egipto he comprado muchísimas falsificaciones que dan el pego. Por cierto, te he traído un regalo.

Basilio metió la mano en el bolsillo de su abrigo gigante que no se

había quitado durante toda la cena y sacó una figura negra y redonda.

—Es un escarabajo sagrado de la suerte. Es uno de los amuletos más antiguos del mundo. Mantiene alejadas las malas energías.

—Muchas gracias —respondí.

—Tenía un montón en casa.

Se giró, pidió la cuenta al camarero y aprovechó para añadir que el café estaba asqueroso y preguntar qué había pasado con la máquina. Cuando salimos a la calle se quejó de nuevo del frío que hacía y se despidió de mí en la puerta de forma abrupta.

—Ahora me tengo que ir. Aquí nos despedimos.

—Si quieres nos volvemos a ver otro día —le dije.

—Claro. Haremos algo divertido.

Se alejó Sor Ángela de la Cruz abajo, su gigantesco abrigo color cámel capeando el viento de invierno y sorteando transeúntes. Miré el escarabajo. Me di cuenta de que Basilio se parecía a él, con sus mofletes grandes y levemente caídos y sus ojos pequeños como botones que se hundían en una cara redonda como un pan. Me di cuenta de eso mientras cruzaba la calle. Y también de que me gustaba mucho, quería ser su noviecito.

Miré mi reflejo en el escaparate oscuro de una tienda cerrada e intenté calcular de nuevo cuánto podría tardar en crecerme el pelo para poder llevar un peinado como el de Nick Carter.

Pocos días después me llamó para vernos otra vez y me anunció que en vez de volver a quedar en un bar iba a venir a buscarme en coche. Pensé si debía subirme en el coche de un tío tan raro al que había conocido por Internet, pero mientras lo pensaba ya le había dicho que vale y, de hecho, ya estaba dentro. Su coche era un descapotable con solo dos plazas.

—¿Te gusta? Lo que pasa es que aquí solo cabemos dos.

Me dijo que si funcionaba lo de *túserásmiesposapuntocom* lo vendería y compraría una furgoneta, para los niños y todo eso, porque aquel era solo un coche para ligar.

Rápidamente concluí que no para ligar conmigo, sino con las chicas. O

al menos pensé que esa sería su conclusión. En aquel paseo me contó también que él iba a votar al Partido Popular porque era mejor para la economía y también que un amigo que trabajaba en una discográfica le había ofrecido cantar un bolero disco que iba a ser la canción del verano, pero al final se negó.

—Yo canto muy bien, pero esa canción era una mierda. Y tenía que ser esa canción o ninguna, no estaban dispuestos a escuchar ni mis letras ni mis composiciones —que también era compositor era algo que no me había dicho en nuestro primer encuentro—.

Y yo no canto canciones de los demás. Si fuese buena, todavía. O si necesitase el dinero.

Pero es que era una mierda como un piano y yo no necesito dinero.

Mantuvimos silencio.

—Claro, si no lo necesitas, ¿para qué?

Musité esto con un tono triste, recuerdo, enfrentado al hecho terrible de que no había conexión entre nosotros, no había un verdadero intercambio verbal, de que Basilio solo arrojaba todos sus diálogos hacia mí y yo los sujetaba haciendo equilibrismos sin nada interesante que contarle a cambio. Además, me preocupaba lo poco que me había crecido el pelo. Me costaría mucho parecerme al Nick Carter quinceañero.

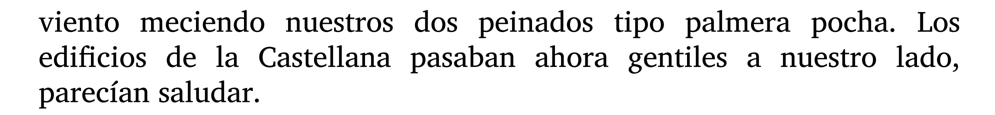
—Hace un rato, cuando iba a sacar el coche, viene uno a pedirme dinero, ¡siempre el mismo! Y yo le dije: mira, yo respeto tu voluntad de no trabajar y vivir fuera del sistema, pero no esperes que aparte de respetar tu vida también te la financie.

Asentí con la cabeza.

—Claro.

—Y ahora —dijo al abandonar Bravo Murillo y llegar a plaza de Castilla, ya bajo las torres Kio y a punto de que un semáforo se pusiese en verde— lo que más os gusta a todos.

Me disponía a pensar a qué club pertenecía ahora sin saberlo, quiénes eran todos esos que estábamos en él, cuando el techo de su Porsche desapareció automáticamente en la parte trasera del coche y empezó a salir calefacción a borbotones del salpicadero mientras Basilio aceleraba y de repente atravesaba la Castellana bajo el cielo, con el


viento meciendo nuestros dos peinados tipo palmera pocha. Los edificios de la Castellana pasaban ahora gentiles a nuestro lado, parecían saludar.

—Te gusta, ¿eh?

—La verdad es que sí —grité, porque los coches y el viento se subían sobre nuestras voces—. Nunca había ido en un descapotable.

—Os gusta a todos —otra vez ese todos.

—Oye —pregunté—, ¿quiénes son todos?

—¡Voy a tener un hermano! —interrumpió.

—¿Un hermano? ¿Tuyo?

—No, de mi vecino del quinto, ¡pues claro que mío! Por eso vamos a celebrarlo. He comprado puros.

Metió el coche en un parking. Me llevó a la cafetería National Geographic de Goya.

—Descubrí este sitio tan bonito una vez que estaba de putas —me contó al entrar.

Me habló de su padre y me dijo que siempre andaba por ahí saltando de mujer en mujer. Como yo no sabía fumar puros me dijo que se guardaría el mío y fumaría él el suyo.

—Celebraría lo de mi nuevo hermano con mi padre, pero no nos hablamos, así que lo celebro contigo.

Después miró a la acera, fumando el puro con cierta pericia.

—Yo tampoco hablo mucho ahora con mi padre —respondí, pensando que era mi oportunidad para responderle y devolverle la pelota, para establecer un nexo real entre los dos.

—¿Ah, no? —giró la cabeza hacia la ventana—. Mira, por esa calle estaba el club de putas —lo dijo impostando cierta pena, como si aquel prostíbulo le gustase un montón—. Y ahora es un pub irlandés.

Le pedí de nuevo mi puro, para intentar practicar. Me propuse ser, antes de un mes, un quinceañero con peinado tazón y experto fumador de puros.

Hubo otro día en que Basilio me recogió en coche y me llevó al parque Juan Carlos I y una vez allí, aparcado el coche, nos dirigimos al estanque. Basilio saco una bolsa con trozos de pan duro, me dio algunos y empezamos a tirárselos a las enormes carpas, que se acercaron a nosotros en masa.

—Me relaja mucho dar de comer a las carpas. Hay gente que hace pan rallado con el pan duro, yo alimento a las carpas. ¿Voy a ponerme a hacer yo pan rallado cuando lo venden en el super? ¿No tengo nada mejor que hacer con mi tiempo?

—Ahí tienes razón —musité mientras seguía tirando pan, aunque para entonces ya empezaba a sospechar que Basilio tenía muchísimo tiempo libre.

Otro día quedamos en mi esquina, en la puerta de Mi Lindo Quito III, y él apareció con su gigantesco abrigo color cámel y me dijo: —¿Sabías que hay un club de *striptease* aquí cerca? Te voy a hacer un hombre, vamos a ver mujeres en bolas.

Había fantaseado con que me hiciese un hombre de otra manera, pero accedí.

Encontramos, tras un breve paseo, que el club estaba cerrado, así que terminamos en una cafetería cercana donde la gente iba vestida y apenas hablamos de nada. Hubo otro día en que me llamó, me vino a recoger otra vez en su coche y me dijo: —Hoy te voy a llevar a mi cafetería favorita.

Era la del aeropuerto de Barajas, una que ya no existe, en la que se veía a los aviones despegar y aterrizar.

—Me relaja mucho esto, gente yendo a todas partes. El mundo entero moviéndose.

—Hay una canción que me gusta —le respondí—. Es sobre una mujer que echa de menos a su marido, que viaja todo el rato, y le dice: «El tren que te arranca de mi lado es el mismo que lleva a alguien a su hogar».

Basilio me miró fijamente, como si hubiese roto una regla no escrita de nuestros encuentros al responder a una de sus observaciones con una observación propia, y eso que había mantenido cierto misterio sobre mis gustos musicales al no revelar que la frase era de una canción de Belinda Carlisle.

—Pero estamos en un aeropuerto —dijo Basilio mientras se agachaba para sacar algo de una bolsa—, no en la estación de trenes.

—También me sé canciones sobre aviones —susurré.

Puso una libreta sobre la mesa, la abrió, descapuchó un bolígrafo y lo sujetó con sus dedos largos.

—Estoy escribiendo un libro y quiero vampirizar tus ideas.

Asentí con la cabeza mirando el bolígrafo.

—Aún no tengo título, pero va de un niño al que le pasan muchísimas cosas. El niño se llama Pocho. Es un libro de realismo mágico. Muchas cosas van sobre mí, claro, porque los escritores —no sabía que también era escritor— tenemos que empezar escribiendo de lo que sabemos, ¡imagínate que desastre si quisiese empezar con una novela sobre un viaje a Marte! Luego hay otras cosas que me inventaré. Así que toma —

me dio una hoja de la libreta y el bolígrafo—. Escribe cosas que se te ocurran que le puedan pasar al niño Pocho.

Mientras seguían despegando y aterrizando los vuelos nacionales, internacionales y el puente aéreo al otro lado del cristal, hice una lista que contenía más o menos lo siguiente:

□

Pocho se vuelve negro

□

Pocho es poseído por un espíritu maligno

□

Pocho descubre una habitación secreta en su casa

□

Pocho desarrolla alas y puede volar

Basilio estiraba el cuello como una tortuga para ver qué iba escribiendo yo desde su lado de la mesa. Dijo en un momento dado: —Esto de que vuela ya está, en un episodio que ya he escrito Pocho sale volando por la ventana como Ícaro. Táchalo.

Lo hice y continué.

—Sé leer al revés —me informó, pero eso ya lo había descubierto.

Seguí escribiendo. Un minuto más tarde me pidió la libreta para ver qué cosas había escrito.

—¡A ver!

☐

Pocho se vuelve negro

☐

Pocho es poseído por un espíritu maligno

☐

Pocho descubre una habitación secreta en su casa

☐

Pocho desarrolla alas y puede volar

☐

Pocho vive una experiencia fuera de su propio cuerpo mientras duerme

☐

Pocho encuentra una pócima para hacerse invisible

☐

Pocho se levanta un día y ya no es un niño, es Pocha

☐

Pocho viaja al futuro para conocer a sus hijos

☐

Pocho se muere y vuelve en forma de fantasma

☐

Pocho jamás existió

—¡Pocho jamás existió! Me gusta. Muy Dostoyevski. ¡Así se va a titular!

Después volvió a leer la lista desde el principio.

—¡Pocho se convierte en Pocha! ¡Ja, ja, ja! ¡Esa es buena!

—Una vez... —comencé.

Me miró. Era la primera vez que se callaba un segundo y me prestaba atención para que contase algo.

—¿Una vez *qué*?

Miré a mi alrededor y me dio la sensación de que los vuelos nacionales, internacionales y hasta el puente aéreo Madrid Barcelona habían detenido un momento su despegue para acudir a aquel momento seminal en la historia de la civilización en el que Basilio se callaba y me escuchaba de una puñetera vez.

—¿¿Una vez *qué*??

—Cuando era pequeño había un señor, el padre de alguien que se casó con alguien de mi familia, que siempre me confundía con una niña. Una vez mi abuelo le gritó en Navidad: «¡Que no es un niña!» Y él, borracho y pensando que mi abuelo no lo decía por mi sexo, sino por mi edad, respondió: «No, ¡claro que no es una niña! ¡Es ya toda una mujer!».

Basilio rio como una hiena, su peinado de palmera rebotando contra su frente pequeña y sus gafas redondas.

—¡Eso es bueno! ¡JA JA JA! ¡Es muy bueno!

Empezó a apuntar. Vi que escribía: *Claro que Pocha no es una niña, ¡es toda una mujer!*

Y seguía riendo:

—¡Ja, ja, ja!

Al otro lado del cristal, los mismos aviones que separaban a una pareja juntaban a otra en la esquina opuesta del mundo.

El 11 de marzo de 2004 me despertó el asturiano y me dijo: —Me voy a hacer mis pruebas para entrar en la escuela de cine, deséame suerte.

—Suerte —respondí adormilado.

—Y ha habido un atentado en Atocha —y se fue.

Salí a la calle. Todo el mundo caminaba perdido por Bravo Murillo, había un silencio denso, que juraría que hasta nos hacía caminar más despacio. Basilio me escribió para preguntarme si estaba bien y me pareció tierno. Al día siguiente volvió a llamar. Yo tenía una ligera resaca porque había decidido que ya que los atentados islamistas habían llegado a España me bebería una botella de ginebra acompañada con zumo de limón. Me dijo Basilio: —Vamos a Atocha.

Esta vez no descapotó el coche. En la entrada circular habían construido un improvisado altar para las víctimas llenas de flores y carteles. También había mensajes escritos sobre las cristaleras. Basilio sacó un rotulador y escribió con sus dedos largos:

«Ojo por ojo y nos quedaremos todos ciegos». Luego dijo que nos fuésemos a tomar una cocacola y cruzamos en su descapotable (una vez dejado ese mensaje sí lo descapotó) el Paseo del Prado, luego Recoletos, luego la Castellana, así hasta volver a nuestro barrio.

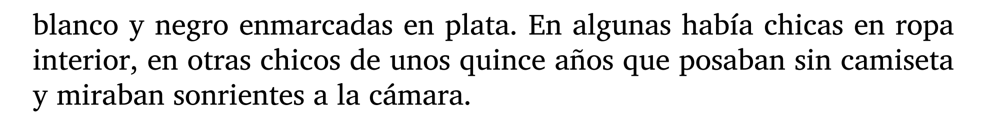
Recuerdo haber pensado nuestro barrio y haber decidido que pensarlo así era extraño y hermoso.

Un día me llamó Basilio y me dijo: —Hoy no vamos a ningún lado, hoy vienes a mi casa.

Y me invitó por fin a su hogar, un apartamento de tamaño mediano en un edificio antiguo de Sor Ángela de la Cruz. Era una casa curiosa: demasiado pequeña para todo lo que quería contener, como la de un hombre que la hubiese comprado justo antes de empezar a ganar muchísimo más dinero, demasiado para meter en su casa recién comprada todas las cosas que de repente podía conseguir. Todo en aquel apartamento era azul cielo excepto el dormitorio, pintado de negro, con moqueta gris, unos aparatos de gimnasia al pie de la cama y un espejo colgado de forma inclinada sobre ella.

Había partes de ladrillo visto en las paredes, aunque me explicó que eran unos trampantojos que vendían en Leroy Merlín. En el salón, cinco o seis ordenadores, libros de tecnología y, sobre una mesa, una pila de folios que me imaginé que sería un manuscrito de *Pocho jamás existió*, aunque no quise mirar demasiado, temeroso de cuántas de mis ideas habría metido allí.

De la pared que unía la cocina y el salón colgaban decenas de fotos en



blanco y negro enmarcadas en plata. En algunas había chicas en ropa interior, en otras chicos de unos quince años que posaban sin camiseta y miraban sonrientes a la cámara.

—¿Las has hecho tú?

Respondió sacando la cabeza desde la cocina.

—Algunas.

Y añadió:

—Tengo empanada y queso que me ha traído mi madre del norte.

—¿No pregunta tu madre por las fotos?

—Cuando viene quito algunas.

Nos sentamos en el sofá.

—¿Quieres saber cómo vino mi madre a verme?

—¿En avión?

—Sí, pero no lo pagué yo.

—Lo pagaría ella.

Basilio negó con la cabeza, alzó las cejas con gesto de espectáculo y pulsó el botón de un mando que encendió el reproductor de vídeo. Empezó un episodio de *El diario de Patricia*.

—El otro día estaba en un chat y alguien entró y dijo que trabajaba en el programa de televisión en el que reúnen a la gente y necesitaban a una madre que sorprendiese a su hijo —explicó Basilio mientras se sentaba frente al televisor y me extendía una banqueta para que yo hiciese lo mismo—. Y que a cambio le podían costear el billete a Madrid.

—¿Y qué hiciste?

Basilio señaló al televisor. Apareció la presentadora de *El diario de Patricia* hablando con una señora con cuerpo en forma de pera y una cara acroquetada como la de Basilio.

Me di cuenta de que también se parecía a la figurita del escarabajo sagrado de la suerte que me había regalado el día en que lo conocí.

—Pues tenemos una sorpresa para usted —exclamó la presentadora—. ¡Su hijo Basilio está aquí!

Basilio entró en plató mientras sonaban los aplausos y se fundieron en un abrazo como si fuesen dos refugiados separados por la guerra durante demasiados años.

—Basilio, ¿qué te pasa con tu madre?

—Que discutimos mucho por teléfono. No le gusta la decoración de mi casa.

Basilio me miró y me guiñó un ojo. Pulsó el vídeo y su cara redonda con ojos pequeños se quedó congelada mirándonos fijamente desde el televisor.

—¿Qué te parece?

—Pero si tú eres rico —respondí—. Puedes pagarle el avión a tu madre.

—Es que así es más divertido.

Supuse que todo en la mente de Basilio funcionaba así. Podía encontrar a alguna novia en cualquier sitio a la que encandilar con su labia y sus cuadraditos en el abdomen, pero hacer una web para buscarla era más divertido. Podía tener amigos porque era listo y desenvuelto, pero crear un club de admiradores a los que meter en su descapotable y pasear por la Castellana era más divertido. Podía escribir un libro porque tenía una gran imaginación, pero escribir uno que yo le hubiese dictado era más divertido. Podía haber intentado abusar de mí y unirme a la galería de chicos sin camiseta de su pasillo desde el primer día, pero no hacerlo le debía de resultar más divertido. Le miré fijamente, allí los dos en su sofá, mientras un segundo Basilio congelado nos observaba desde la tele. Esperé a que hiciese algo.

—Bueno —dijo.

Acercó su rostro al mío. Vi de cerca aquellos ojos pequeños que parecían dos botones que flotaban en un rostro redondo y enorme. Su imagen real era igual a la imagen de la tele. Me pregunté si Basilio había llegado alguna vez a tener tres

dimensiones, si acaso el de la tele no sería el más auténtico de los dos que había en aquella habitación.

—Ya has conocido mi casa. Vámonos.

Y se levantó y caminó hacia la puerta.

Bajé tras él las escaleras. Cuando salimos a la calle me dijo que se iba al supermercado.

—Espero que no esté el mendigo de siempre y tenga que volver a explicarle que no puedo financiar su estilo de vida.

Y yo, que para entonces ya tenía el pelo más lago, había un par de mechones que rodeaban mi frente y caían hacia los lados, que a veces incluso podían taparme en parte los ojos, se lo pregunté: —¿No te gusto yo?

Basilio me miró como si hubiese visto un fantasma.

—¿Por qué todos esos de las fotos sí y yo no?

Sus ojos parecían haberse vuelto aún más pequeños.

—Tengo el pelo como Nick Carter —aclaré.

Basilio soltó una carcajada enorme, aún más grande que cuando le conté la historia del señor que dijo que yo no era una niña sino toda una mujer.

—¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡Pero hombre! —siguió riendo—. ¿Cómo me voy a acostar contigo? —rio un poco más todavía—. ¡Tú me sirves para otras cosas! Y además me caes bien.

Dejó de reír y pasó a solo sonreír. Se le daba bien esa gradación, debo admitir, primero carcajada, luego sonrisa, al final un rostro serio. Nunca me inquietó cuando lo hacía y lo hacía a menudo.

—¡Hablamos! —dijo.

Y se alejó por Sor Ángela de la Cruz, su peinado palmera ondeando al viento, su gabardina gigantesca gobernando la calle. Yo me corté el pelo al día siguiente, casi al cero.

El último día en que vi a Basilio ya era primavera y me recogió en su descapotable anunciando que tenía una gran noticia. Condujo hasta una pequeña nave abandonada del sur de Madrid, bajamos, abrió la nave y me informó de que aquella sería su nueva casa, que había comprado la nave para reformarla, que se compraría también un perro grande y sacó dos termos de té para que los bebiésemos en las dos

únicas sillas que había como mobiliario. Él siempre tan teatral.

Un día, muy poco después, me eché un novio. Mi primer novio. Una casualidad, casi un exotismo histórico. Aún no sé cómo lo conseguí. Pero duró dos semanas. No teníamos absolutamente nada de qué hablar, nunca lo vi sin estar borracho él o dormido yo. Solía beber todos los días y aparecer en mi casa a las cuatro de la mañana.

Y nunca llegué ni siquiera a hablarle de Basilio. Había un espacio en su espalda huesuda, entre sus dos omóplatos, en el que mi cabeza encajaba perfectamente cuando la apoyaba para dormir. Y yo había decidido que aquel podría ser mi hogar. Un hogar mucho más accesible que el coche descapotable de Basilio, cálido porque había sangre y un corazón latiendo debajo en vez de un sistema climatizador.

Durante esas dos semanas me olvidé del mundo y me olvidé de Basilio, que me había escrito algunas veces para quedar sin que le ofreciese yo respuesta. Andaba demasiado obsesionado con que me escribiese mi nuevo novio y no leía los mensajes de nadie más. Y una noche, cuando abrí mi correo electrónico, tenía un mensaje de Basilio.

Decía así:

Yo no me dedico a perseguir a nadie. Veo que me has apartado de tu vida. Gracias por los momentos divertidos y por dejarte vampirizar. Suerte en todo. Basilio.

Al día siguiente aquel novio me dejó y me deseó también suerte en la vida. Creo que nunca me han deseado tanta suerte en un periodo tan corto de tiempo y he conseguido tan poca. Escribí a Basilio, pero no respondió. Pasaron los días. Escribí a *túserásmiesposapuntocom*. Pasaron los días. Escribí a *yolosétodopuntocom*. Mi pregunta era:

«¿Qué puedo hacer para que vuelvas a hablarme?» Se me ocurrió que, dado que su filosofía era hacer las cosas de modo divertido, le hubiese parecido divertido responder a mi pregunta en la web que él mismo había construido para responder a preguntas de los demás. Siempre presumía de responder a todas las preguntas que le llegaban, pero nunca respondió a aquella que le envié yo.

Un año después, más o menos, me encontré a mí mismo recorriendo la planta de libros de El Corte Inglés camino de otra sección. Y de repente me detuve y, como si me dirigieran unas manos invisibles, grandes, de dedos elegantes y estrechos, parecidas a

las de Basilio, me acerqué al mostrador y le pregunté a una mujer: —¿Tienen un libro que se llama *Pocho jamás existió*?

Ella tecleó en un ordenador.

—El autor se llama Basilio —añadí—. No sé la editorial.

—No lo tenemos. Pero lo podemos pedir.

Me quedé quieto unos instantes.

—¿Puedo ver la portada?

La mujer giró el ordenador un poco molesta, observando la pequeña cola que se había formado detrás de mí.

Miré con atención la portada del libro. *Pocho jamás existió*, con la foto de un bebé de cara redondísima, parecida a la de Basilio. Sobre el título, su nombre. Enorme. No lo compré. Yo ese libro ya me lo sabía.

Años después Basilio se convirtió en una especie de filántropo. A veces lo entrevistaban en los periódicos o en la televisión y yo observaba con fascinación. Otras veces buscaba yo su nombre en Internet, deseoso de seguir sus aventuras, de saber de él. Sabía que se había ido de España, que vivía en otros lugares. Una vez lo entrevistaron para preguntarle por su labor ayudando a llevar la cultura a países tercermundistas o su lucha por terminar con el esclavismo infantil. Y él dijo: «Mis viajes me han cambiado mucho. Antes no tenía sentimiento alguno de empatía por el sufrimiento de los demás».

Me alegré por él. También me alegré por mí. Yo en ese momento vivía en otro sitio, amaba a otras personas y ya no tenía miedo de las voces ajenas ni de mis silencios. Yo también había cambiado, yo era feliz.

Las once casas de papá

Las once casas de papá

Recuerdo esto: me peleo con unas zapatillas granates porque no consigo ponérmelas, tienen algo parecido a unos cordones, o tal vez una lengüeta, algún mecanismo, en todo caso, que no ha sido diseñado para unas manos pequeñas y torpes como las mías. Y

entonces él entra en casa. Yo estoy en el recibidor, solo, en el suelo, y lo veo enorme, gigantesco, y se agacha y me ayuda a ponerme las zapatillas. No lo miro a él, sino a mis pies ya calzados, con sorpresa. No era tan difícil. Es el primer recuerdo que tengo no solo de papá, sino el primer recuerdo que tengo registrado de mi vida en general, y resulta extraño porque no me acuerdo de papá viviendo en casa, se fue antes de que yo tuviese recuerdo alguno, pero conservo este. Tal vez ese no es realmente mi primer recuerdo, tal vez ni siquiera tuvo lugar en mi casa, tal vez ni siquiera ocurrió, pero existe en mi memoria y se ha salvado de entre todos los que había y ya no están. Tengo otro más. Este es en realidad en casa de los abuelos, que no era la mía, pero casi lo era porque, situada al otro lado de la pared en el mismo edificio, parecía la misma que la que habitábamos nosotros pero dispuesta al revés. En ella los abuelos Leonarda y Alberto llevaban una vida que era la nuestra en un espejo: comíamos y ellos comían, dormíamos y ellos dormían, solo que con cuerpos mirando en otra dirección, probablemente siempre mirándonos a nosotros. En este recuerdo, decía, papá llega a la reunión familiar que había todos los sábados para comer cocido en casa de los abuelos y yo estoy en una esquina de la mesa, que en mi memoria es kilométrica, y él se presenta tarde, se sienta en la esquina opuesta y, sin hablar, empieza a comer en silencio. Tal vez ahí ya se había marchado y su presencia era solo una comedia, una forma de conseguir que ante el resto de la familia su desaparición fuese tan progresiva que nadie lo notase.

Me encanta pensar en la posibilidad de que mi madre le pidiese que fuese viniendo cada vez menos para que el resto de la familia acabase olvidando que alguna vez habían estado casados y así nada hubiese que explicar, del mismo modo que no hay que explicar que ha caído la noche porque es imposible dictaminar cuándo ha sucedido exactamente, el cielo simplemente se ha vuelto oscuro. Tengo un tercer recuerdo, pero este es más bien el recuerdo de un recuerdo: en él yo cuestiono algo que ocurrió en el pasado y le pregunto a veces a mi madre, estando yo triste, si papá se fue porque una mañana me atiborró a galletas a escondidas y ella nos descubrió. No recuerdo que me diese galletas, ni recuerdo comérmelas, solo recuerdo tener la sospecha de que por eso él se había ido y compartirla con mi madre

mientras ella me decía: —No es tan fácil.

Esta de la que hablo no fue la primera casa de mi padre, claro, solo la primera que yo recuerdo porque fue la mía y aún es la de mi madre. Lo que hoy es una sala de estar

fue un día su despacho, o eso me dijeron. La llamo la casa del puente porque está frente al río y al primer puente que hubo en la ciudad, al principio un puente romano hoy enterrado bajo tierra y después uno medieval, actualmente una pasarela peatonal con una iluminación de colores que todas las noches, a las nueve y a las once en punto, forma un espectáculo de luces y colores y lo convierte en una especie de casino de Las Vegas, primero rojo, luego verde, luego azul. Cuando se vuelve azul me acuerdo del cadáver, porque debajo del puente, una vez, vi a un cadáver, a un hombre azul. Era alguien que se había suicidado tirándose desde el puente, o eso dijeron. La patrulla marítima lo buscaba y no era fácil: el río tiene aguas turbias, corrientes subterráneas, lodo y muchas ramas en el fondo. Es hermoso y pacífico en la superficie, pero una trampa mortal una vez la atraviesas. Encontraron el cuerpo del hombre y todos los vecinos mirábamos por la ventana, yo probablemente subido al radiador. «Ahí está», dice mi madre. Recuerdo, a lo lejos, un cuerpo de color azul que entre varios hombres suben a una lancha. El río me da miedo incluso de lejos, incluso hoy. Papá ya no vivía aquí cuando vimos el cadáver, pero me da la sensación de que, aunque siempre viviese en casas desde las que se viesen las mareas, les tenía tanto miedo como yo. Le gustaba el mar, pero a lo lejos. En general, sospecho, quería mucho más a las cosas que no tenía cerca. Eso, junto a los dedos largos, los ojos levemente achinados y una pose hierática de manos cruzadas tras la espalda cuando observaba algo con atención, lo he heredado de él.

Mamá y papá se conocieron en una verbena de verano en 1972. A ella le habían pedido bailar varios chicos, pero todos le parecían francamente mejorables hasta que apareció él, que le sonreía de forma pícara y le contó que era universitario. Bailaron, acordaron encontrarse en la siguiente verbena, después en otra. La casualidad hizo que los dos acabasen en Santiago pocos meses después. Ella estudiaba Filología Inglesa, él cumplía con el Servicio Militar. Quedaban en bares por la calle del Franco, él con su uniforme verde apagado y bigote, ella con su carpeta de las clases y una melena morena larguísima, lustrosa. Se casaron en 1975 y se pasaron casi toda su luna de miel metidos en las cabinas de las tiendas de discos de Portugal escuchando canciones de Gal Costa y Gilberto Gil.

La casa de Salvador Moreno

Mis primeros recuerdos de papá son en forma de interrogación, una figura de la que a veces alguien me hablaba. Creo recordar que me dijeron que se había ido a vivir a Madrid, luego que me dijeron que había regresado y al final, imagino que a modo de comunicación básica y psicología infantil, recuerdo recibir dos noticias seguidas. La primera era que nunca volvería a casa. No me pudo parecer nada noticioso ni relevante porque nunca tuve constancia de que papá viviera con nosotros, aunque sí que un día

me ayudó a ponerme unas zapatillas. Luego me dieron la buena: que viviría en otra casa cercana, a apenas quince minutos de paseo, con una piscina. Ahí el interrogante se convierte en ilusión: creo recordar que fabulé durante muchas noches con su casa y su piscina, una piscina para mí solo. ¡Mi padre, con su propia piscina! ¡Mi padre, un hombre rico! Llegó el día en que fuimos a visitarla. Fui con mi hermana Olalla y al llegar comprobé que papá no tenía una casa, sino un pequeño apartamento, y la piscina no era suya, era de una comunidad de vecinos de tres bloques donde había otros niños que desde el principio me miraron con ese odio preternatural que muestran los niños al detectar a un intruso. ¿Mi padre, un hombre rico? Mi padre, un hombre pobre. ¿Me dio pena que se fuese o me dio pena que en realidad no se hubiese vuelto rico en absoluto?

Iba con papá en fines de semana alternos, según había dictado el acuerdo de la separación. Aquí mis memorias empiezan a hacerse más nítidas. Fue llenando la casa con muebles como de apartamento de verano. En mis recuerdos siempre parecía verano en aquella casa. Un salón a conjunto de madera de pino, probablemente de abeto (¡mi padre, un hombre pobre!) con cojines a juego de flores tropicales. Cada día que me tocaba con él había algo nuevo. Se compró una televisión que tenía teletexto y Olalla y yo nos leíamos cada semana el horóscopo del otro a ver si había adivinado. Los sábados solía llevarnos a comer a un restaurante con autoservicio de Vigo donde yo arrasaba con los buñuelos de bacalao y, después, con el pollo asado. Me metía un trozo de pollo asado en la boca, lo masticaba, lo escupía en mi vaso de Coca Cola y miraba alucinado como se hundía hasta el fondo, fantaseando con que era un pequeño cadáver, preguntándome si el hombre azul del río se habría ahogado así.

—¡Qué asco! —gritaban Olalla y papá, o solo Olalla, o solo papá, pero sucesivamente.

Y me quitaban el vaso.

Después íbamos al Alcampo del centro comercial a hacer la compra y ya en el parking, despistado como siempre, yo me perdía durante un instante y luego veía a un hombre corpulento con un carro en el garaje y caminaba a su lado pensando que era papá, que se había adelantado hacia el coche, y empezaba a pedirle que me cocinase los filetes con mucho empanado, o preguntándole qué película veríamos por la noche, o protestando porque no me hubiesen esperado, o comentándole que habíamos perdido a Olalla. Después el hombre me miraba y no era papá, era simplemente otro señor corpulento empujando un carro. Papá estaba unos diez metros atrás, mirando estupefacto mientras Olalla se reía. Me sucedió unas cuatro o cinco veces. No era solo señal de que necesitaba gafas, también de que consideraba que cualquier hombre

solitario y corpulento que empujase un carro de supermercado mientras caminaba hacia un coche podría ser mi padre.

Volvíamos a Pontevedra por carretera, porque papá decía que la autopista era muy cara (¡mi padre, un hombre pobre!), y nos parábamos en un túnel de lavado para que su Renault 14 verde pistacho saliese limpio. En casa Olalla y papá se metían en la cocina a preparar la cena que habíamos comprado en Alcampo mientras yo veía la televisión o salía a su terraza enorme a observar los edificios de la ciudad. Si yo pedía filete empanado me sabía diferente porque papá no compraba ternera, como mamá, sino cerdo, y yo me quejaba porque estaba raro, pero papá decía que era un filete empanado, como yo había pedido, y no mentía. Por todas las superficies de la cocina o del salón había posos de copas de vino, y el olor a vino se convirtió en olor a papá y hoy sigo oliendo a papá cuando huelo vino. Una noche Olalla se empeñó en ver *El Exorcista* aunque yo pasase miedo. Creo que a mi padre le hacía gracia verme aterrorizado y nervioso, hundiendo la cabeza entre los cojines floreados del sofá barato de madera de abeto. Creo que, como profesor de infantil y estudioso de las reacciones humanas en los niños (gran parte de sus libros, que hoy descansan en mi dormitorio, eran cosas como *Estrategias para la creatividad infantil, Dinámica y génesis de grupos en niños o La educación y la expresión emocional)* siempre le resultó extrañamente fascinante verme aterrorizado o triste. Mi padre, hierático y hasta cierto punto indolente o desalmado como yo, o más bien yo como él, encontraba cierto placer en que yo reaccionase. Una vez, y esto ocurrió ya años después, pero todavía siendo yo un niño, habíamos quedado para comer, al parecer, pero yo lo olvidé y no me presenté. Hablamos por teléfono, aclaramos el malentendido y me citó para que nos viésemos

unos días después en una plaza de Pontevedra. Estuve esperando quince, veinte, treinta minutos hasta que me fui porque él no vino. Esa noche me llamó solo para decirme que él no había aparecido porque yo tampoco me había presentado la vez anterior. Pero que había estado allí y me había visto esperándole, a lo lejos, durante un rato. Y después se había ido. Esa había sido su venganza, o tal vez su experimento.

La primera novia que recuerdo de papá se llamaba Luz, aunque juraría que antes hubo una tal Pilar. Hay alguna foto suya en los álbumes, juega con una niña en unos columpios, no sé si la niña era suya. Pero recuerdo más vivamente a Luz porque llegué a verla de lejos un día. Olalla y yo supimos de ella porque encontramos fotos de una chica en su casa. Era joven, jovencísima. Papá también lo era entonces, pero ella era más joven que él. Las fotos estaban hechas con cierto empeño y lujuria: un par de imágenes eran primeros planos de su cara, detenidos en su belleza núbil y la piel morena que se adivinaba bajo una cazadora vaquera abierta frente al mar gris del invierno gallego. Me pregunto si fue esa la primera oportunidad de papá para dar rienda suelta a su deseo

tras irse de casa, su primer gran hallazgo carnal tras haber creado una familia y haber salido de ella. Al preguntarle por ella nos dijo su nombre.

—Luz.

Olalla y yo la llamábamos jocosamente *Bombilla*. «¿Te gustan las bombillas?», preguntábamos mientras esperábamos a que acabase el ciclo de limpieza del coche de cada sábado alterno que pasábamos con él, según la custodia de la separación, y él bufaba y comentaba que ojalá se hubiese bajado antes de entrar en el túnel de lavado. El día en que la vimos de lejos ocurrió de pura casualidad: una chica saludó a papá en El Corte Inglés de Vigo y él se detuvo a hablar. Olalla y yo los observamos tras unas estanterías y nos dimos cuenta de que era *Bombilla*. Ella nos miraba también, con curiosidad. Fue, creo, la primera y la última. Nunca la volvimos a ver y papá nunca volvió a hablar de ella, pero sus fotos las conservó siempre.

La segunda novia que recuerdo de papá me resultaba gigante, hasta cierto punto hombruna, con voz grave y manos enormes. Le hubiese contado a mi madre que la nueva novia de papá parecía un travesti si yo por entonces supiese qué era un travesti.

Trabajaba en un local de electrodomésticos y Olalla y yo nos dimos

cuenta de que, de repente, papá tenía en casa nuevos y modernos aparatos: un sábado una tostadora, dos sábados después una cafetera exprés cuando casi nadie tenía cafeteras exprés, dos sábados después una batidora sin estrenar. Un día estoy con papá en el coche, los dos solos, se abre la puerta y se sube una mujer gigante.

—Esta es Rosario —explica él—. La que nos regala todas esas cosas.

—¿Este es el chico? —pregunta ella, y yo me doy cuenta de que habla como si yo no estuviese allí.

Después se dan un corto beso en la boca. Ella se bajó del coche y tampoco volvió a aparecer nunca.

La tercera novia que recuerdo de papá era una mujer todo el rato enfadada con el mundo y con una cara que siempre me ha recordado a un pez. Pienso en ella y aún veo unas facciones puntiagudas y dos ojos pequeños que parecían mirar a todas partes al mismo tiempo. Y una boca pequeña con muchos dientes. Parecía una lamprea. Juraría que duró bastante con ella, al menos más que con la bombilla y la travesti. A veces aparecía a comer y una vez nos fuimos a esquiar con ella y con otras mujeres. Una era su hermana, otra una niña de mi edad que no callaba nunca y apenas sabía leer. No por pequeña ni por retrasada, creo que solo porque era idiota: había por toda Galicia unos anuncios de las pinturas gallegas Teais con un eslogan que decía *¡Todo dura máis pintando con Teais!* que todos los niños nos sabíamos y repetíamos en el colegio. La niña me explicó, en el coche camino de la estación de esquí, que ahí ponía *tenis*, no Teais, y se trataba de un anuncio de zapatillas de deporte, no de pinturas, y yo en un momento del viaje le expliqué que no, que era un anuncio de pinturas, no de zapatillas, que era una A, no una N, que como ibas a pintar con una zapatilla, y ella, despechada y contra las cuerdas, revelada como la niña estúpida perdida que era, me soltó un bofetón.

Así empezó el viaje con papá y su novia a Cabeza de Manzaneda, una estación de esquí en las montañas entre Ourense y Lugo. Yo había tomado por aquel entonces la firme decisión de no hablar con ningún adulto que no fuese mi madre o mi padre. Supe, años después, que se llama mutismo selectivo y solo es preocupante cuando sigues igual a los treinta. Una vez estaba hablando con mi padre a solas en la habitación del pequeño apartamento al lado de las pistas de esquí en el que nos alojábamos en Cabeza de Manzaneda y la hermana de la mujer con la cara de pez, la madre de la niña que no sabía leer y no callaba, entró, me escuchó, se rio y gritó: —¡Te pillé! ¡Así que *esta* era

tu voz!

Y yo me quedé mortificado. No volví a hablar en todo el viaje, salvo cuando estaba solo con Olalla o mi padre. Sí que me permití gritar el día en que mi padre, Olalla y yo nos tiramos en un trineo por una ladera llena de nieve. Grité de miedo y también de felicidad. Me sentía en el Himalaya, aunque solo estuviéramos en la provincia de al lado, a dos horas en coche de casa. Guardo esa foto hoy en la que los tres nos deslizamos por la nieve. Fue el primer y último viaje de ocio que hice con él. Poco después rompió con la que tenía cara de lamprea.

—Menuda mala hostia se gastaba —exclamó un día cuando nos dio la noticia mientras comíamos los tres en el restaurante autoservicio de Vigo.

Yo quise decirle que ya lo sabía, que se lo había advertido, pero tal vez no había podido porque siempre había gente delante, nunca había podido advertirle de que aquella lamprea, su hermana gritona y su sobrina completamente idiota no debían haber venido de viaje nunca con nosotros.

Papá trabajaba en el Gobierno Civil de Pontevedra, aunque él había estudiado para ser profesor. Nunca supe por qué acabó metido en eso durante un tiempo. Aún tengo una foto de él con Mariano Rajoy que muchos años después nos regaló a Olalla y a mí enmarcada. Durante los veranos me iba a vivir un mes con papá, del 1 al 31 de julio, según la custodia, y yo siempre celebraba que julio tuviese 31 días y no 30 para poder estar más tiempo con él. Olalla no venía, nunca supe por qué. Durante quince días

trabajaba y debía acompañarlo al trabajo todas las mañanas, pero los siguientes quince estaba de vacaciones y podíamos irnos de paseo, casi siempre a hipermercados a ver cosas durante horas. Al entrar en el Gobierno Civil por las mañanas siempre me señalaba una cristalera reconstruida pero todavía con grietas justo antes de las elegantes escaleras que subían a los despachos.

—Aquí pusieron la bomba.

Lo repetía siempre con orgullo, como si haber sido bombardeado diese a un sitio un aura de respetabilidad que no tenían los sitios que ningún grupo terrorista había intentado destruir. En su despacho, en el que se encargaba del programa de fiestas de la ciudad, había una escalera que daba a un entresuelo polvoriento y oscuro lleno de archivos y libros. Allí me pasaba la mañana hasta que terminaba de

trabajar. Volvíamos a casa. En la terraza regaba su colección de bonsáis, a los que se había aficionado porque había leído sobre la pasión de Felipe González por ellos. Hubo una primavera en que mi hermana y yo decidimos montar un bazar en la terraza poniendo todos nuestros juguetes a la venta con precios inventados entre los bonsáis, que cambiamos de sitio para que hicieran de arbolitos sobre las casas, los coches y las muñecas. Después nos fuimos a comer y cuando regresamos un viento huracanado lo había arrasado todo en la terraza, los juguetes y los bonsáis. Él preguntó, furioso, cómo se nos ocurría mover de sitio todos los bonsáis, yo le respondí que cómo se le ocurría coleccionar árboles tan pequeñitos, que los árboles normales no hubiesen volado jamás.

Otro día le pregunté a papá por qué no se cogía todo su mes de vacaciones para que su tiempo libre coincidiese con mis días con él y así poder hacer cosas sin tener que pasarme la mañana en los archivos del Gobierno Civil. Y él me dijo: —Porque no quiero pasar todas mis vacaciones contigo.

Me he preguntado alguna vez qué decían todos esos libros sobre psicología y educación infantil que papá tenía en casa, si está ahí la explicación de que él siempre me hablase como si yo fuese otro adulto, con tanto desafecto.

Un día me contó que había hecho unos exámenes para dar clase en un instituto y los había aprobado. Que le pagarían mucho dinero, trescientas mil pesetas de la época, y que se podría comprar por fin un BMW, el coche que le gustaba a él y también a mí. A menudo íbamos papá, Olalla y yo a ver los BMW de exposición al salir del Alcampo de Vigo, antes de meter el Reanult 14 en el túnel de lavado. También me contó que con su nuevo sueldo (¡mi padre, un hombre rico!) podría comprarme mejores regalos. Esas eran las buenas noticias, me dijo todo eso antes de dar la otra, la importante, haciendo claro uso de todo lo que había aprendido, ahora sí, en magisterio y en sus cursos de

psicología infantil. La noticia importante, la última que me dio, era que se marchaba.

Otra vez. Su nuevo trabajo era en Lisboa, a casi quinientos kilómetros.

En los últimos meses en los que papá vivió en la casa de la terraza con los bonsáis, ya con un pie en la siguiente, se la prestaba ocasionalmente a un amigo suyo profesor que se estaba divorciando de su mujer, que se había quedado sin casa mientras buscaba un

apartamento de soltero y cuyo hijo venía conmigo al colegio. En el autobús el hijo se reía de mí a veces. Me dijo una vez: —Eres un mariposón, ¿sabes lo que es un mariposón?

Lo averigüé ese mismo día, claro, preguntando a otros niños en el recreo qué significaba la palabra. No solo me resolvieron la duda, sino que acordaron que ese otro niño tenía razón. Hubo un día en que papá y yo llegamos a casa del hipermercado, con botellas de vino y filetes de cerdo para empanar, y allí estaba su amigo con mi compañero de autobús.

—Estábamos cerca y el niño se meaba.

El niño entró al baño. Se cruzó en mi camino, yo estaba en el sofá de madera de pino con cojines tropicales. Lo miré con odio, con más odio del odio que debería ser normal en la mirada de un niño porque, además, me parecía muy guapo. Quise decirle algo, pero en su lugar solo lo pensé muy alto. Yo seré un mariposón, pero al menos mi padre tiene una casa. De hecho, quise añadir, en breve tendrá dos.

La primera casa de Lisboa

Mamá pidió un permiso en el colegio un otoño para que pudiese ir a conocer Lisboa con papá. Salimos en coche un domingo por la tarde y cuando ya se hacía de noche y el cielo se volvía entre naranja y azul marino más allá de las montañas sonaba en la radio del coche una canción de Extreme que se llama *Stop the world* y que ahora no me gusta volver a escuchar. Para llegar a su primera casa de Lisboa había que cruzar bajo el enorme puente colgante de color anaranjado que une ambas orillas del Tajo. Allí, subido en su nuevo BMW 320, puesto que ganaba demasiado dinero para comprarse el 316, pero no el suficiente para el 325, y pasando bajo el puente gigante de lo que me parecía una gran ciudad, me sentí muy orgulloso de él. Yo seguía viviendo en aquella pequeña ciudad de provincias llena de fantasmas, niños crueles y cadáveres en el río, y él se había ido lejos, a un sitio luminoso, con enormes puentes, con un río muchísimo más grande que el mío, del que podría salir no solo un hombre azulado, sino millones.

Papá lo había conseguido, era un héroe, pero no me había llevado con él.

Su apartamento en Lisboa era menos vistoso que el puente y el coche. Una cocina americana donde apenas cabía yo daba paso a un salón donde solo había un sofá cama aún peor que el de abeto que tenía en la casa de Pontevedra y una televisión, esta sin teletexto ni horóscopo para leer.

«¿No eras rico?», quise preguntarle, o es posible incluso que lo preguntase, pero si es así no recuerdo la respuesta. En el pequeñísimo dormitorio, del que el cuarto de baño parecía más bien un armario más, había una cama en la que durante aquella semana dormiríamos ambos. Cuando ya estaba en pijama, metido en la cama, y papá entró y cerró la puerta lo vi: había un enorme póster de una mujer desnuda a tamaño natural que ocupaba todo el marco. Sin hacer preguntas, me dormí.

Esa semana mi padre me enseñó Lisboa. Me llevó a comer pollo a varios sitios diferentes, a ver las Amoreiras, un centro comercial situado al pie de unos rascacielos de cristales de espejo que yo había visto en un libro y quería visitar, y también a varios hipermercados Jumbo. Yo mostré especial interés en conocer un centro comercial llamado Cascais Shopping donde había una gigantesca piscina de bolas y una pista de hielo. Acabamos yendo todos los días cuando él

terminaba de trabajar. Papá me veía patinar con asombro, parecía realmente orgulloso de que tuviese técnica en una disciplina deportiva. Él no sabía que me había aficionado a usar patines con ruedas en línea con los gemelos que vivían frente a la tienda de mi madre, que tenían una madre yonqui a la que ese mismo año había atropellado y matado un coche, pero no se lo dije.

La ficción de que yo tenía un talento natural y asombroso para patinar sobre hielo perfectamente sin haberlo hecho nunca antes mientras todos a mi alrededor resbalaban y se caían era mucho más interesante que el hecho de que la técnica de patinar con ruedas en línea y patinar sobre cuchillas era prácticamente la misma. Y se lo creyó. Muy contento por ver que su hijo rarito y misántropo hacía bien una actividad deportiva, que tal vez había algo de esperanza para que no acabase convirtiéndome en la criatura en la que siempre estuve condenado a convertirme, hicimos la compra, me invitó a cenar pollo asado y nos volvimos al apartamento.

Papá daba clase en el instituto español, donde se suponía que iban futuros hombres formales, hijos de diplomáticos españoles desplazados a Lisboa. Casi todos los días esperaba a que acabase la jornada de clases en el acuario Vasco da Gama, que estaba solo cruzando la calle, y donde había tiburones en miniatura que observaba embobado toda la mañana. Un día preferí conocer su instituto y esperé a que acabase sus clases en el recreo sentado en un banco. Entonces se me acercó uno de aquellos futuros prohombres y me intentó robar la Game Boy. Tras contárselo a papá, me dijo: —Mejor mañana vienes conmigo a clase.

Al día siguiente entré en su clase, me presentó como su hijo, me pidió que me sentase calladito en primera fila y observé sorprendido a mi padre convertido en otra cosa, en un profesor que hablaba con cierta ternura y tacto a esos niños, como nunca me hablaba a mí. En un momento dado, uno de sus alumnos levantó la mano y dijo: —

Ismael, nunca nos había dicho usted que tuviera un hijo.

Fue una de las semanas más felices de mi vida. Cuando volvimos en coche, en medio de las siete horas de viaje y como estaba la noche despejada, paramos en el arcén de la autopista, en una zona de poca contaminación lumínica, y observamos las estrellas.

Papá me señaló la Osa Mayor, la Osa Menor y todos esos conjuntos indescifrables de luces en el cielo que todavía hoy no logro identificar. Al llegar a casa lloré un rato y después le dije a mi madre que me

quería ir a vivir con él. Ella empezó a llorar entonces también y musitó: —Antes de irte a vivir con alguien deberías conocerlo bien.

Pero nunca supe si me lo dijo a mí o se lo estaba diciendo a sí misma.

La segunda casa de Lisboa

Nunca me fui a vivir con papá, claro. Él se echó otra novia, una ya formal, que acabaría convertida en su segunda esposa y en madre de mi segunda hermana, Inés. Antes de todo eso el cambio más sustancial fue que ya no estaba solo con papá: desde ese momento mis veranos empezaron a ser con papá y su familia nueva. La hija mayor de su novia leía revistas de cine y tenía todos los discos de George Michael que yo quería tener. Su hijo menor decía palabrotas, caminaba libre como los que gobiernan el mundo y revertía las reglas, era el tipo de chico que yo hubiese querido ser. Se convirtió en una especie de mentor para hacer cosas prohibidas. A veces nos quedábamos solos por la noche en la casa de mi padre de la terraza enorme y tirábamos cosas al campamento militar que había enfrente, veíamos las películas eróticas de medianoche en Telecinco y nos bañábamos en la piscina, cuando los otros niños ya dormían. Mis dos hermanastros fueron algo así como mis dos primeros amigos. Y aun así, los odiaba un poco. Ahora mi padre era de ellos, ya no me llevaría solo a mí a comer pollo, a patinar, a mirar las estrellas. Ya no íbamos a estar él y yo solos nunca más.

La casa que mi padre se compró en Lisboa cuando abandonó el apartamento con el póster de Samantha Fox estaba justo al lado del instituto donde trabajaba. Con buen ojo de empresario también decidió abrir una librería donde vendería los libros de texto españoles al darse cuenta de que todos los niños tenían que cruzar a Extremadura para comprarse los libros del programa escolar. A partir de ese año mis veranos con él fueron mitad en casa de su nueva novia y mitad en Lisboa, a medio camino entre las tutorías para los niños más burros hijos de diplomáticos que habían suspendido y la construcción de la librería, a la que llamó Livraria Acuarela. Mientras el local no estaba listo decidió poner un despacho en el recibidor de su nuevo apartamento y pagó un sueldo a una simpática adolescente portuguesa que hablaba perfecto español con un encantador acento portugués y de la que me hice amigo porque mantuve todos sus secretos. Cuando no sonaba el teléfono para recoger un encargo de libros, ella fumaba en la ventana. Y me decía: —No le digas a tu padre que fumo.

Cuando llovía y llegaba empapada se quitaba la ropa y se ponía el albornoz de papá para atender las llamadas. Y me decía: —No le digas a tu padre que me he puesto su albornoz.

Como se aburría de estar todo el rato sentada en el escritorio donde mi padre le había pedido que atendiera las llamadas de posibles clientes, se tiraba en el sofá a ver documentales de animales y películas en inglés subtituladas en portugués y me animaba a que me tumbase con ella. Vimos *El Oso, La zona muerta* y *La cosa del pantano*.

Me decía: —No le digas a tu padre que hemos estado viendo películas.

A cambio de no decir esto, me regaló la cinta de *El Oso,* que era la que habíamos visto ese día. La mantengo en casa, una cinta VHS donde con letra de adolescente repipi está escrito *O Urso*. Esta estaba en inglés y sin subtítulos, pero me dijo ella: —No te preocupes, el oso no habla.

Y tenía razón, en *El oso* no hablaban los osos ni los humanos que aparecían, apenas hablaba nadie, así que al volver le conté orgulloso a mi madre que gracias a mis viajes a Lisboa ya entendía perfectamente las películas en inglés.

Hubo un verano en que vinieron también los abuelos Gervasio y Elvira. Mi padre quería enseñarles su lugar de trabajo y su nueva casa. Como mi abuela no se fiaba de la comida de ningún restaurante, solía llevarse un táper en el bolso con su propia comida.

Mi abuelo se levantaba a la hora de los gallos, hubiese gallos cerca o no, todos los días a las seis de la mañana, y se vestía y bajaba a la calle a ver pasar los primeros tranvías.

Uno de aquellos días fuimos a una formación rocosa conocida como la Boca del Infierno, un acantilado interior al que la erosión ha convertido en una especie de pozo que se rodea de turistas que miran al abismo. Las olas, al golpear las oquedades, provocan un ruido ensordecedor y terrorífico. Allí papá y yo posamos para una foto y él me abrazó. Mi abuela miró con una mezcla de ternura y curiosidad. Me dijo papá: —

Miran así con tanta extrañeza porque ellos nunca me abrazaban a mí.

Como papá iba y venía todas las semanas de Lisboa en coche, mis fines de semana con él terminaban a las cuatro de la tarde del domingo, cuando él debía tomar rumbo a

Lisboa para llegar a la ciudad por la noche. Me dejaba en casa si estaba mamá. Si no, en la de los abuelos. Si no, en la del tío Manolo. Hubo un domingo en que no había nadie en ningún sitio, así que me dijo que él tenía que irse y que me quedase sentado en el portal hasta

que alguien apareciese. Mi madre apareció unas seis horas después, cuando ya era de noche y hacía frío. Me encontró sentado en el quicio del portal con mi mochila. Subimos a casa y estaba sonando el teléfono. Era papá desde Lisboa, para saber si había llegado alguien y si estaba bien. Mamá le gritó de todo por teléfono, claro, mientras yo le defendía, le pedía que no le gritase y repetía: «Él tenía que irse, él tenía que irse».

El apartamento de la playa

«¡Qué bonito, qué bonito!» Papá siempre paraba el coche en el arcén de la carretera en un mirador cuando rodeábamos la ría de Pontevedra para ir a comer churrasco en un antro cercano a O Grove donde tardaban dos horas en darte de comer, los camareros eran maleducados y solo había gritos y manteles pringosos de papel, pero siempre será mi restaurante favorito. Se paraba en aquel mirador, ante la imponente vista de la ría que ofrecía el saliente en la montaña, y repetía: —¡Qué bonito, qué bonito!

Y aseguraba que también se compraría una casa ahí. Lo hizo. Vendió su primer apartamento de soltero, el de la enorme terraza y los bonsáis, y un día al pasar vio un cartel que informaba de que se iba a construir un edificio enorme al lado de la carretera principal que tendría terrazas con vistas a la ría, a esas mismas vistas que a él tanto le gustaban. Lo compró sobre plano y en cuanto estuvo lista fuimos a pasar nuestro primer verano allí, incluso aunque el edificio no estuviese listo del todo, incluso cuando otros apartamentos aún estaban pintándose y rematándose. Aquellos primeros días nos encontrábamos con notas del constructor, un hombre de campo que apenas sabía leer o escribir, pero tenía fondos y talante para construir horribles edificios en plena costa.

Una de ellas estaba cuando llegamos sobre el retrete de uno de los dos cuartos de baño y decía: NO USAR ESTE CAGADERO

Papá la guardó durante años de recuerdo. El pueblo estaba bajando una cuesta y la panadería más cercana caminando cien metros por la carretera, pero él cogía el coche para todo. Y aunque quería la casa frente al mar, nunca pisaba la playa. Del mar decía:

—Solo quiero verlo —como yo con el río donde se suicidaban los hombres que luego rescataban de color azul.

Lo cierto es que desde su nueva terraza la vista del mar era espectacular. Allí papá puso, ya tras renunciar al cuidado de los bonsáis debido al desastre provocado aquel día por el viento en el que todos volaron en la anterior casa, un par de sillas de plástico

para sentarse a ver el paisaje y un tendedero para la ropa. A veces nos sentábamos y veíamos algún delfín saltar a lo lejos. Otras veces, por la noche, veíamos lanchas que llegaban con las luces apagadas al puerto del pueblo para dejar fardos de droga. O eso decía papá. Como el edificio era nuevo y las obras aún continuaban en los pisos más altos,

había restos de polvo y piedra entre las vías superiores de la puerta corredera de la terraza que complicaban a veces la tarea de abrirla y cerrarla. Una tarde corrí hacia la terraza para salir de un salto, algo que hacía a menudo, y me di de bruces contra una fuerza invisible y pétrea que detuvo mi camino y me dejó brevemente inconsciente.

Resultó ser el cristal de la puerta corredera, que alguien acababa de limpiar con fruición hasta hacerlo invisible al ojo humano. Tras golpearme con el cristal se cayeron todos los restos de arena y piedrecitas de forma ordenada y limpia. Mi padre exclamó, mientras yo recuperaba la consciencia en una esquina: —¡Ha arreglado las guías!

Cuando no me empotraba contra cristales recién limpiados me lo pasaba muy bien en Raxó. Me bajaba a pasear solo al pueblo. Iba a la playa, al supermercado, al mirador que había medio kilómetro arriba en la carretera. Me quedaba toda la noche en vela en la terraza para comprobar si llegaban nuevos fardos de droga al puerto y para ver amanecer. A veces escribía poemas. Guardé uno de ellos, al que puse música para convertirlo en balada, que iba sobre un niño retrasado, ciego, sordo y tullido. Decía: *No tiene piernas No puede oír No tiene ojitos Pero puede reír* A finales de junio de 1993 esperé, ansioso como todos los años, a que mi padre me llamase para avisarme de que me recogería el 1 de julio. Escribí entonces algunas cosas al respecto en un diario. El 30 de junio por la mañana: «Estoy pensando en llamar a papá porque mañana me debería ir con él de vacaciones, pero no me ha avisado». El 30 de junio por la tarde: «He llamado a la abuela Elvira y ella tampoco sabe nada de papá». El 1 de julio: «Estoy muy cabreado, mi padre se ha marchado a la playa sin mí». Ese verano empecé mi mes de vacaciones con papá más tarde de lo previsto y acabó antes de tiempo. Resulta que fue formalmente invitado a una romería en la aldea de la que era su nueva familia, no sé si para ser presentado en la familia o si entonces lo conocían ya. Yo fabulé unas cuantas noches con la romería: me imaginé chorizos a la brasa, música en directo y gente disfrazada de cosas. Pensé si tendría que disfrazarme yo y qué disfraz me quedaría bien. Tenía uno del Pato Lucas que había llevado a un concurso del colegio y me sentaba como un guante. Cuando le planteé la pregunta a mi padre sobre cómo debería ir a la romería me respondió que cómo iba a ir yo a la romería, que no, que aquel mes me volvería antes a mi casa. De nuevo me hablaba como a otro adulto. Yo pataleé y lloré un día entero, luego otro día entero, luego otro, pidiéndole ir, pero me repitió que no. Y cuanto más lloraba y protestaba yo, cuanto más le preguntaba que tenía que hacer para no volverme a casa, más se cansaba y bufaba él y, como había prometido, me dejó antes de lo indicado por la custodia

compartida en casa de mamá, no solo por la

romería, sino porque creo que no sabía muy bien qué hacer cuando alguien lloraba cerca de él. Yo tampoco lo sé todavía hoy.

Empecé a pensar en la posibilidad de que molestase a papá en el tranquilo devenir de su existencia, temí que fuese siempre una pieza a encajar en sus planes o, peor, un problema a resolver. Y sentí rabia. El siguiente verano ya no lo pasé con él. Yo no le llamé un par de semanas antes, como siempre hacía para recordarle que llegaba nuestro mes, y él tampoco me llamó para preguntarme cuándo me recogía. Y sentí rabia.

También empezaron a esparcirse los fines de semana que le visitaba, que dejaron de ser alternos. Y sentí rabia. Luego había más cosas que no eran rabia. Hubo episodios bonitos, él se casó de nuevo, yo le regalé una paloma de porcelana y fue bonito. Nació mi hermana pequeña, Inés, y fue bonito. Mis abuelos Gervasio y Elvira celebraron sus bodas de oro y fue bonito. Me salió sombra de bigote y él me enseñó un día a afeitarme en el cuarto de baño del apartamento de la playa y fue bonito. Pero yo me convertí en una visita fugaz, la vida de mi padre se volvió algo a lo que yo empecé a asistir como quien asiste a la trama de un libro cuyas páginas pasan de veinte en veinte. La rabia es un sentimiento interesante, hasta cierto punto parasitario: impregna todo lo demás hasta conseguir que parezca que no existió nada más que ella.

La casa de Marruecos

A partir de aquí recuerdo menos detalles sobre mi padre. Tras volverse de Lisboa aguantó pocos años en España. Creo que no le gustaba del todo su vida anterior como para repetirla. Yo había empezado el instituto y me había convertido en alguien más gris y retraído. Él vivió durante algunos años en otra casa que apenas conocí. Creo que estuve en ella una sola vez. En el instituto no conseguí hacer amigos, como había conseguido finalmente en el colegio, pero una chica con un *piercing* y el pelo de colores me enseñó a fumar y a robar libros de misterio de una tienda cercana. Acabé el instituto, me fui a estudiar a Santiago, luego a Vigo. Él hizo las pruebas para irse a otro instituto español en el extranjero y le dieron una plaza en Alhucemas, al norte de Marruecos, a noventa kilómetros de Melilla. Allí ya nunca fui a visitarlo. Sé pocas cosas sobre papá en Marruecos. No me contaba sobre ello y yo tampoco le preguntaba. Sé que se iba a Melilla con otros profesores cuando querían beber en bares. Sé que uno de sus profesores se estaba acostando con una mujer marroquí que un día le llamó para informarle de que, como se iba a casar y tenían que darle unos puntos en la vagina para que su marido la considerase virgen en la noche de bodas, no podían volver a verse, muchos menos a follar. Yo, mientras tanto, me fui a vivir a Madrid. La primera vez que dormí con un chico, que compartí la cama con otro hombre, con sábanas que olían a otro hombre que no era yo, con un cuerpo grande y cálido al lado que respiraba a mi

mismo compás, me recordó a cuando dormía con mi padre en Lisboa, frente al póster de Samantha Fox.

En mi memoria, papá en Marruecos es poco más que papá en Marruecos. Si alguien me preguntaba por mi padre yo solo decía que vivía en Marruecos, que sabía poco sobre él y, a veces, decía incluso que le odiaba. Pero es mentira, nunca te odié.

La tercera casa de Pontevedra

Creo que la historia sigue así: mi padre volvió de Marruecos, se divorció de su segunda esposa y como no tenía una casa en la que vivir en Pontevedra se compró otra que también tenía una terraza con vistas a la ría. Tampoco la visité casi nunca. Creo que fui un día a utilizar su impresora. Me la enseñó, me comentó que era magnífico tener un cuarto solo para la lavadora donde había, además, un tendedero interior en una ciudad en la que llovía tanto. La charla puramente funcional era perfecta para llenar de conversación los momentos en los que nos veíamos. Yo ya estaba entonces en Madrid y a veces nos comunicábamos por mail. Por ahí la charla también era puramente fática.

Cuando mi hermana le dijo que yo era homosexual, me envió uno en el que decía algo así como «ya me ha contado tu hermana», pero poco más. Cuando me caí patinando, me abrí una brecha en el mentón, me rompí un diente y me llevaron a Urgencias, me mandó otro diciéndome que ya le habían dicho que estaba bien. Años después me contó que yo le envié, como respuesta a uno de ellos, un mail durísimo en el que decía algo así como: «espero que no seas tan mal padre con tu hija pequeña como lo fuiste conmigo». No recuerdo escribir ese mail ni enviarlo, pero, de nuevo, es porque puede que la rabia cubriese tantas cosas que hasta cubrió episodios de la rabia misma. Por otro lado, seguro que lo olvidé porque ese correo era malísima literatura. De la rabia nunca puede salir nada que merezca la pena leer.

Una vez, no recuerdo cuándo, por aquel entonces, estaba en un hipermercado de Pontevedra y vi a un hombre corpulento que empujaba solo un carro de la compra, a un hombre solitario, y recordé cómo siempre los confundía a todos con papá y caminaba por error tras ellos. Y, cuando miré con atención, era papá.

Papá vivía en su nueva casa, de la que sabía poco, y era yo el que pasaba por otras a cientos de kilómetros. Tras estar un año en una residencia de estudiantes, compartí piso con otro chico en 2004. Ese año probé la cocaína y me encantó. Las primeras veces de la cocaína el sabor amargo que baja por la garganta da lugar enseguida a un sentimiento de felicidad inédito, una felicidad que solo se parece a la felicidad estúpida, infantil y sin motivo aparente que has sentido alguna vez de niño. Supongo que por eso gusta tanto a la gente, supongo que por eso me gustó tanto a mí. El resto de las veces que te

metes cocaína solo persigues la sensación de aquellas primeras tomas, pero nunca llega.

Esa primera noche bailé hasta las tantas música latina en un antro de la Castellana y yo nunca bailo. Me subí al coche de unos amigos de unos amigos para que me llevasen a casa. Uno de ellos me dijo antes de que me bajase: —Uno que conozco tuvo un accidente y le salvó que iba puesto de coca hasta las orejas, por eso le siguió latiendo el corazón.

En 2007 vivía en otra casa diferente. Probé el *speed* y también me encantó. Era como la cocaína, pero más tosco y potente. Acabé durmiendo en casa de un chico vasco a las tantas de la tarde del día siguiente. Ese lunes tenía que acudir a una redacción. Ya había empezado a trabajar escribiendo en revistas por aquel entonces y debía terminar un reportaje llamado *50 planes para el verano en Madrid*. Al ir al cuarto de baño me desmayé y me quedé dormido durante una hora sobre el retrete. El artículo se acabó llamando *44*

planes para el verano en Madrid. En 2008 probé el éxtasis y me encantó. Aquello sí era felicidad, una felicidad aún más pura que la de la cocaína o la del *speed*, porque aquí se bajaban todas las alertas, apenas había lucidez, el mundo simplemente se volvía un camino de algodones. Acabé en la casa de unos desconocidos con un amigo. A los dos nos gustaba el mismo chico. Me metí con el chico en el cuarto de baño para que me invitase a una raya y le hice una mamada. Al salir del baño, mi amigo, redicho incluso en un *after* a las once de la mañana, me gritó delante de todos los invitados: —¡Me resultas repugnante, Guillermo Alonso!

Al volver a casa ya era por la mañana, como tantas otras veces. Ya no había felicidad alguna. Aquella otra casa en la que ya vivía solo, pequeña, encantadora y cerca de la Gran Vía, no tenía persianas, así que la luz invadía todo y era bellísima, pero a mí, drogado y sin poder dormir, solo me hacía sentir culpable y desesperanzado. Encendí el ordenador por si había alguien conectado en el Messenger con quien poder charlar mientras la droga abandonaba mi cuerpo y me entraba el sueño. Y allí tenía una notificación que me pareció triste y poética a la vez: era mi padre, quería ser mi amigo.

En el globo que había aparecido en la parte inferior derecha de la pantalla de mi ordenador se leía a alguien llamado Martín que decía: «Soy papá». Pero mi padre se llamaba Ismael. La consideré una elección interesante, debí haberle preguntado por qué Martín le había parecido un nombre sonoro, atractivo, más seductor que Ismael. Me

pregunté si a papá le gustaba su nombre. También me pregunté si alguna vez, con alguna de sus conquistas, desaparecería la magia al revelarles su verdadero nombre, si Ismael sonaría demasiado religioso, si Ismael era un nombre que nadie querría pronunciar con amor. La conversación siguió así, exactamente así, porque la guardé y la mantuve.

Martín: Buenos días… Estoy buscando una tía y apareces tú.

Guillermo: No hay problema, espera.

(Aquí me cambio mi nombre de usuario de Messenger a Mariola).

Mariola: Hola, qué tal, nunca te había visto conectado, Martín.

Martín: ¿Ya te operaste?

Mariola: Solo he podido ahorrar para una teta.

Martín: Jajaja

Martín: Me dejo de reír y te cuento.

Martín: Mañana me esperan dos TACs.

(Aquí me vuelvo a cambiar el nombre a Guillermo) Guillermo: ¿Tacs? ¿Eso no es del médico?

Martín: No, jajaja. TAC (Técnico de Administración Civil).

Guillermo: Qué susto.

Martín: Te dejo, que se acaba de conectar una tía.

Guillermo: Bueno.

Guillermo: Pues te llamaré un día de estos.

Guillermo: Ahora escribo en una revista, sobre televisión, todos los meses.

Guillermo: Me pagan.

Guillermo: Te llevaré una en Navidad, aunque la venden en todos los quioscos.

Tras un tiempo sin responderme, simplemente se desconectó.

Creo, por lo que ocurrió después, que los tacs sí eran del médico.

Yo esperaba más emoción, creía que era el momento de reencontrarnos, pero con las drogas abandonando mi cuerpo en favor de la tristeza me convencí de que no me merecía su conversación, de que, en realidad, en aquella mañana de domingo en la que no había dormido desde el viernes, no merecía absolutamente nada.

Poco después de esta charla ya era Navidad, yo estaba en Pontevedra y de repente mi padre me llamó y me preguntó que por qué no íbamos a cenar los dos solos.

La casa de Buenos Aires

De aquella casa sé lo poco que me han contado. Que los abuelos emigraron a Argentina en los años cincuenta, que mi padre era muy pequeño y que se empeñó en llevarse un canario al que no quería dejar solo en España, así que el viaje en barco, de unas tres semanas de duración, con origen en Vigo, parada en Canarias y Río de Janeiro y destino en el puerto de Buenos Aires, fue tenso porque hubo que tratar de esconder la jaula del canario bajo las literas del camarote durante el viaje y a veces el animalito no dejaba de cantar.

—Si la tripulación ve al canario se lo llevarán —decía mi abuela y mi padre lloraba.

Papá llevaba un canario, la abuela una escopeta. Un hermano de mi abuelo se la había pedido a cambio de darles casa y ayuda cuando llegasen a Argentina. Fue mi abuela la que se sacó el permiso de armas para poder conseguirla, porque mi abuelo, expresidiario, que había estado en la cárcel por rojo, no podía obtenerlo. Llegaron todos bien: el canario, los abuelos, papá y la escopeta. Se instalaron en Los Olivos, al norte de Buenos Aires. Mi abuelo abrió un bar junto a un hermano suyo y a un primo. Como este les fue bien, lo cerraron para abrir otro más grande. Y como ese segundo también les fue bien, lo cerraron para abrir otro aún más grande. Este último se llamaba Las Fuentes, estaba cerca de la Plaza de Mayo y atendía sobre todo a trabajadores del centro de la ciudad que iban a comer su menú del día. Un día, al parecer, papá desapareció y todos lo buscaron con desesperación. Resultó que había cruzado la avenida atestada de coches para ir a jugar con las palomas de la plaza.

Mi abuelo cerró Las Fuentes y abrió una gasolinera. Guardo una foto de ella: en letras elegantes de hierro, al lado del logo de YPF, se lee: Estación de servicio autorizada: Alonso y Cía, SRL. Todo cemento, aristas y gravedad. Preciosa. Mi abuela era ama de casa. Me contaron que papá era tímido, callado, observador. Que en las reuniones familiares que mi abuela organizaba por Navidad o en el Día de la Revolución se limitaba a observar a los invitados agazapado en una esquina del pequeño jardín de la casa o desde alguna ventana, oculto en el patio interior. Tengo una

foto de él en el colegio. Con uniforme elegante (camisa blanca, corbata, americana con escudo del instituto) y peinado como un pimpollo sonríe a cámara y al sonreír sus rasgos se vuelven un poco orientales, como cuando sonrío yo. En otra fotografía luce la bata

blanca de clase de ciencias naturales y esta vez él sonríe más que el compañero, que emite una mueca de extrañeza. Papá era muy buen estudiante y al parecer un día, por sacar la mejor nota en un examen, le pidieron que fuese él quien izase la bandera en el colegio y él respondió: —No, esa bandera no es la mía.

De vuelta en casa, los abuelos no le riñeron. Al parecer, hasta lo encontraron tierno.

Mi abuelo dijo: —Deberíamos volver ahora a España, si esperamos más ya nunca se acostumbrará.

Mi padre lloró al irse de España y, al parecer, también lloró al volver. Pero nunca quiso regresar a Argentina, ni siquiera de visita.

Dije que mi padre me había llamado para que cenásemos los dos juntos aquella Navidad, sin Olalla, sin nadie. Él está raro, me dice cosas sobre el pasado. De repente, nuestra conversación ya no es puramente funcional. Me dice que no debería haberse divorciado de mamá, por ejemplo, y yo le digo que bueno, que la vida es así, y que no hay que arrepentirse, y luego me cuenta algo de su infancia sin que hubiésemos hablado de su infancia en toda la cena. En realidad, papá siempre había hablado muy poco sobre sí mismo. Y me dice algo que no estaba en el relato que yo conocía.

—Había un vecino en Argentina.

El vecino era algo mayor que él, me dice. Iba a veces a casa y a veces iba papá a casa de él. Y el vecino le obligaba a hacer cosas que no le gustaban.

—Es algo que luego nunca me gustó que me hicieran a mí.

Y yo guardo silencio y asiento con la cabeza, intento transmitirle que entiendo lo que me está contando. No recuerdo nada de después de esa revelación. Solo que le pregunté por qué me contaba eso en ese momento. Y me dijo: —No sé —mirando hacia la mesa, como estaba yo—. Porque sí.

Pero nunca volvimos a mencionarlo. También fue mi culpa. Yo también me volví frío. Guardo otra foto de mi padre: en ella está con un enorme grupo de gente, familiares y amigos, es una gran reunión en Buenos Aires. Papá, pequeño, serio, está en el centro de la imagen mirando con desconfianza a la cámara. He repasado la foto cientos de veces, pensando si quien le hizo aquello estaría presente allí.

La casa de Vilagarcía

Papá conoció, tras sus aventuras en el Messenger y en plataformas de ligoteo, a otra mujer. Era enfermera, callada, cariacontecida, hablaba muy bajito y escondía su cara tras un enorme flequillo rubio y unas enormes gafas. Parecía siempre incómoda en el mundo. Se compró una casa en Vilagarcía de Arousa, donde ella trabajaba y donde a él, parece, no le importaba volver a vivir. Era donde había recalado después de volver de Buenos Aires con los abuelos, donde había sido púber, adolescente y universitario. La casa era un pequeño ático con una enorme terraza y vistas a una rotonda y un Carrefour. Andando, a unos diez minutos, estaba el puerto, y a unos quince, la playa.

Pero el mar no se veía desde esta casa.

Un día quedamos para comer. Olalla, papá, yo y aquella mujer. Y comenzó a hablar ella. Y me dice: —Tu padre, como es normal, quería hacer el amor conmigo.

Asentí con la cabeza con algo de desconcierto.

—Yo en mi trabajo veo muchas cosas, Guillermo, así que le pedí que se hiciese unos análisis.

Seguí asintiendo.

—Y está enfermito.

—Tengo cirrosis —informó papá, a quien lo de *enfermito* parecía que no le convencía del todo como definición para lo que le ocurría.

—No te preocupes, que se va a curar.

Ella puso su mano sobre la mía. La otra la tenía sobre la de papá, como si entre los tres fuésemos a invocar a un espíritu. Aquella mujer ganaba en el drama. Diría, de hecho, que vivía esperando al drama para poder trascender, que su rostro y su voz estaban creados, únicamente, para la desesperanza.

—Ya ha dejado de beber —prosiguió ella.

Y me di cuenta de que era cierto, que papá no estaba bebiendo vino, y que probablemente no había bebido vino conmigo aquella noche en que habíamos cenado los dos solos, pero no le había dado mucha importancia, y luego me di cuenta,

precisamente al verle beber un refresco, de que nunca le había visto beber otra cosa que no fuese vino.

—Por lo menos no es un cáncer de estómago —prosiguió ella.

—Dicen que tendrán que hacerme un trasplante —dijo mi padre.

—Será muy duro —de nuevo la voz de ella creciéndose con la desgracia—. Puede que su cuerpo lo rechace, lo medicarán muchísimo.

En aquel restaurante anunciaban su tortilla como la ganadora del concurso de tortillas de España del año anterior, pero a mí solo me supo a bilis.

Empecé a hablar de nuevo con papá. Me contaba por teléfono los avances de su nueva casa. Iba a poner un despacho cerca de la terraza porque estaba escribiendo una enciclopedia de apellidos gallegos. Iba a pedir permiso a la comunidad para volver a cultivar bonsáis en unas zonas comunes de la azotea a la que solo había acceso desde su apartamento. Un día le pregunté por qué se había ido a vivir allí. Por qué, tras haber comprado el apartamento con vistas al mar en Raxó, el apartamento con vistas al mar en Pontevedra y el piso de Lisboa al lado del acuario, desde el que se veía el mar también hasta que construyeron un edificio enfrente, se había comprado un apartamento con vistas a un Carrefour y a una rotonda en la entrada del pueblo. Y me dijo: —Ella tiene la parada del autobús para ir al hospital justo enfrente.

Y di por supuesto, justo ahí, que la enfermedad le había hecho perder la cabeza.

Un día papá me informó de que iba a venir con su novia a Madrid.

—Tengo cita en el hepatólogo de Raphael.

Mi padre se había obsesionado con Raphael, que había superado el alcoholismo y la cirrosis y estaba aparentemente sano como un bebé con su nuevo hígado. También se había puesto a leer sobre hígados y cirrosis, era para entonces experto tanto en apellidos gallegos como en hepatología y se había convencido de que no necesitaba un trasplante, de que su hígado se podía regenerar solo. Los llevé a comer a un lugar cercano a la consulta. Mi padre se pidió de nuevo un refresco de naranja, apenas habló durante la comida. Ella sí. Dijo: —No bebo porque se empieza con una copa y se acaba en los porros o en la heroína.

Él tenía la cabeza agachada, comió poco y ella le acariciaba la mano como si fuese un perro. Yo ponía mis dos manos bajo la mesa cada vez que no estaba cortando mi carne para que no me las tocara solemnemente a mí también.

—Mi hijo también escribe, como tú —era de nuevo la voz de ella y yo no escribía por aquel entonces nada, en realidad—. Ha escrito una novela muy dura, no es buena para una madre. Va sobre la heroína.

Mi padre seguía sin decir nada.

—No hay que probar ni el alcohol, ni los porros, ni la heroína.

A mí me apetecía consumir todo eso allí en aquel preciso momento, a decir verdad.

Al terminar de comer nos trajeron un granizado invitación de la casa.

—¿Lleva esto alcohol? —preguntó ella El camarero indicó que llevaba champán. Me bebí yo los tres. En la sala de espera del hepatólogo de Raphael estuvimos unas cinco horas. Había muchísimos libros sobre barcos, me pregunté si la cirrosis sería acaso una enfermedad que afectaba especialmente a la gente con yate. Cuando entramos en la consulta del doctor, mi padre, visiblemente ansioso, enseñó todos sus informes. El hepatólogo de Raphael leyó en diagonal durante dos o tres minutos los papeles y le dijo: —Usted necesita un trasplante, por supuesto que sí. No le queda más remedio.

Entonces papá se desmayó de una forma ciertamente cómica. Como ya estaba sentado, se escurrió por la silla como un pececillo que desaparece por un desagüe y acabó con medio cuerpo bajo la mesa del hepatólogo de Raphael. Lo levanté con dificultad (la enfermedad le había hecho adelgazar, pero seguía siendo un hombre corpulento) mientras el doctor llamaba a unos enfermeros que vinieron a por él y se lo llevaron a otra consulta para reanimarlo mientras su novia acudía tras ellos llorando como una plañidera. Me quedé a solas en la consulta y revisé toda la documentación que había llevado mi padre. Comprobé, entonces, que los primeros avisos sobre el estado de su hígado y la necesidad de dejar de beber eran de 1993, el año en el que había conocido su primera casa de Lisboa y me había visto patinar con orgullo.

Mi padre siguió empeñado en encontrar a otro doctor que le dijese que no necesitaba un trasplante. Mi hermana consultó a uno en Barcelona que le dijo que, según los informes y las radiografías, papá viviría solo un año más con ese hígado. Otro dijo que debería

corroborarse, a través de un psiquiatra, su predisposición a seguir sobrio. En medio de todo esto nos acostumbramos a mandarnos correos electrónicos. Papá nos enviaba a Olalla y a mí correos con enlaces a estudios sobre el hígado que le decían lo que él

quería oír. Algunos tenían títulos divertidos, como «Últimas novedades de mi *fistro* apático», y Olalla y yo empezamos a enviar fotos de nuestras vacaciones en correos electrónicos en los que también incluíamos a mamá, para que ella también las viese. Yo enviaba fotos desde Turquía o desde Grecia. Existen todavía en mi cuenta de correo algunos hilos de mensajes en los que de repente vuelve a haber una conversación a cuatro, en los que vuelve a existir una familia que a veces he visto en fotos: mamá embarazada de mí posando con papá y Olalla, papá sujetándome en brazos junto a Olalla mientras mamá hace la foto en la costa de Portugal. A veces releo esos correos electrónicos en los que vuelvo a ser parte de una familia que, más allá de esas fotografías que hay en viejos álbumes por casa, yo jamás conocí.

Un día paseábamos Olalla y yo por la Gran Vía de Madrid y llamó papá para decir: —

Me acaban de llamar para ingresar esta misma tarde para el trasplante.

Y a continuación, para no acabar con su costumbre de dar las noticias siempre en dos entregas y dejar lo peor para la segunda, añadió: —He dicho que no.

Y supongo que fue ahí cuando, de alguna manera, y con todo el derecho que tiene cualquiera para tomar una decisión sobre su cuerpo y sobre su futuro, eligió el suicido.

No sé si papá llegó a habitar mucho la casa de Vilagarcía con vistas a la rotonda y al Carrefour, porque pronto sucedió algo muy de comedia costumbrista de los años cincuenta: apareció la madre de ella y se quedó a vivir. La madre de ella, aquejada de no sé qué cosa, se plantó en su casa y empezó a dormir con su hija en la cama. Y me figuro que ahí el pobre papá, como no había una habitación adicional donde quedarse, hizo cuenta de todas las demás casas que había ido atesorando y que he nombrado en este relato. Como tenía la segunda de Pontevedra y la de Lisboa alquiladas, decidió irse a la de la playa.

En diciembre de 2012 fuimos a comer con mi padre a un pueblo marinero cercano a Pontevedra. Hay una foto en la que los dos

caminamos juntos por un pasadizo de madera que sobrevuela unas rocas. Después fuimos a comprarnos regalos de Navidad.

Él me regaló a mí un libro sobre la figura de Satán en el cine, porque le había hablado de una película que me había gustado mucho sobre un pianista que vende su alma al diablo para poder seguir tocando con las manos de un joven. Yo le regalé uno a él de viajes por España porque se había aficionado al turismo de provincias desde que le habían diagnosticado la enfermedad. El suyo no tenía un nombre muy original: *Satán en el cine*. El mío tuvo un nombre nada afortunado: *1000 sitios que ver en España antes de morir*.

Durante los dos primeros meses de 2013 bebí mucho, me drogué de más. Todos los fines de semana. A veces me despertaba en casa, sin saber muy bien cómo había llegado. Una mañana de domingo, una herida en la cara. Lagunas por todos lados. Un lunes, en el trabajo, me escondí en el cuarto de baño porque empezó a sangrarme la nariz. Había algo extraño en el aire, pero eso solo lo sé ahora. Alrededor de mí se extendían extrañas pulsaciones, había una sensación de incertidumbre y perplejidad que se extendió por todo el planeta, o al menos por el que yo pisaba, pero eso solo lo sé ahora, eso solo podía notarlo yo. Aunque no lo sabía entonces, no sabía ni qué nombre podía darle, era algo así como un augurio, un código, un aviso de que algo iba a cambiar. En febrero estaba en Los Ángeles por trabajo, intentando convencer a los camareros de un hotel y de todos los bares de West Hollywood de que me entregasen, a cambio de lo que me había bebido, una factura de comida, de modo que pude cargar a la empresa unos curiosos atracones de salmón a la brasa a las cinco de la tarde o cenas de verduras frescas de mercado a la plancha con salsa tártara a la una de la mañana que siempre costaban lo mismo que tres o cuatro cervezas. Estaba en Los Ángeles, decía, y hablaba a una compañera de trabajo de mi padre, de su vida y de su enfermedad. Algo se cernía y yo lo notaba, pero no lo sabía entonces. Solo lo sé ahora. A mi regreso, antes de poder dedicarme a mi actividad favorita entonces, a calmar esas pulsaciones extrañas que notaba a mi alrededor tras una llamada telefónica al camello y una espera de quince minutos en la puerta de un bar, supe que mi padre estaba ingresado, muy enfermo. Era jueves. Aún con el *jet lag* de Los Ángeles me metí en un autobús que salía de Madrid al amanecer para que me llevase a Pontevedra. Eso era, ahí lo supe, lo que me había convertido en una criatura ansiosa y febril. Eran avisos.

En el hospital vi a papá. Parecía más pequeño, era de color amarillo. Nos dijeron que, dadas las radiografías y el estado de su hígado, además de sus riñones y de la vena porta (por aquel entonces me volví

experto en hepatología yo también), era muy difícil someterlo a un trasplante ya. No le dijimos nada a papá, claro. Él, creo, estaba convencido de estar esperando un trasplante de urgencia. Él consideraba que existía un futuro, porque me pidió que le llevase su ordenador, sus gafas de cerca y un par de libros para seguir trabajando desde el hospital en su enciclopedia de apellidos gallegos.

Un día fantaseé con la idea de encargarme yo de publicar su enciclopedia de apellidos gallegos, de enviarla a editoriales para publicarla como homenaje si él no podía terminarla. Y le pregunté: —¿Por qué letra vas?

Respondió:

—Por la B de Baamonde.

Su novia aparecía poco por allí. Decía que tenía que trabajar, que había pocos trenes que fuesen bien con su horario, que ya volvería, que tenía que cuidar a su madre. No se quedó ninguna noche con papá. Cuando me quedaba yo a dormir con él encontraba una extraña y atractiva calma en los pasillos. Los hospitales por la noche son lugares con una amabilidad efervescente, enfermeras de guardia que caminan despacio, luz cálida en penumbra procedente de las lámparas de lectura de las habitaciones y los saludos de familiares de otros enfermos que asoman la cabeza a la habitación donde está tu enfermo, te preguntan en susurros si duermes y te piden, con los mismos susurros relajantes, si les prestas el cargador de tu iPhone. Apenas dormía cuando me quedaba con papá en el hospital, porque había muchas mejores cosas que hacer aparte de dormir. En la cafetería había deliciosos bocadillos de panceta. Creo que fui la única persona que engordó durante la enfermedad de un familiar. Fuera se formaban corros de familiares fumando a los que me gustaba observar de lejos. Hablaban en el silencio aplastante de la noche, como en una película muda, el vaho al escaparse de sus bocas formaba una nube simpática sobre ellos. Formábamos una especie de ejército de vampiros que se negaban a dormir, a los que no les importaba nada que amaneciese y nos hubiese pillado sin cerrar los ojos, igual que cuando me aficioné al éxtasis en Madrid. Nos encontrábamos a menudo en la máquina de café, que se había convertido en mi nueva droga favorita, la única posible ya. En medio de todo esto volvía a menudo a la habitación de papá para comprobar que dormía y que no necesitaba nada. A veces él llamaba al timbre de las enfermeras porque quería hacer pis y yo ahí simplemente me levantaba y le decía: —Ahora vendrán.

Y era consciente de mi absurdo papel en todo aquello, de lo inútil de

mi presencia, de lo lastimosa que sonaba mi voz al decir «ahora vendrán», de nuevo una conversación puramente funcional entre nosotros, de nuevo palabras que solo servían para rellenar treinta segundos de silencio incómodos que acababan cuando, efectivamente, una enfermera llegaba con un orinal. Una vez papá llamó a la enfermera pensando que se había meado encima, pero lo que había en las sábanas era simplemente su sangre, ya incapaz de coagularse y buscando una salida rápida de aquel cuerpo condenado, de aquel cuerpo que había sido fuerte y joven, que había empujado carros de la compra, que había viajado por el mundo.

Hubo un día, cuando los labios empezaron a sangrarle también, en que Olalla y yo fuimos a un supermercado cercano a comprar un bote de vaselina para él. Mi hermana advirtió que en el bote figuraba la marca Elvira, el nombre de la abuela.

—Esto es que se va a curar —dijo ella.

Y asentimos los dos, aun sabiendo que ese comentario era pura ilusión y relleno, como el mío cuando decía «ahora vendrán», pero conscientes ambos de que había belleza en aquella casualidad.

Tenía mi padre una doctora que era una hija de puta, que un día le hizo llorar y todo al decirle algo así como: —¡Ahora, ahora es muy tarde, tenías que habértelo pensado antes de rechazar un hígado!

Esto lo presenciamos Olalla y yo y enseguida acudimos a hablar con un señor en un despacho para preguntar cómo era posible que aparte de tratar a los pacientes también se dedicasen a juzgarlos. Nos dijeron que podíamos poner una queja y lo hicimos. Los doctores, qué raza. Aprendí entonces que salvan cuerpos a base de dejar de considerarlos personas. Supuse que hay que deshumanizarse para poder vivir con la muerte y esperé que eso no me pasase a mí. No importó demasiado la reacción de la doctora aquella, de todos modos, porque pronto nos dijeron que daban el alta a papá.

La palabra alta me dio cierta esperanza durante segundos cuando la escuché, siempre la había asociado a que alguien se había curado, pero también te la dan, averigüé, cuando nada se puede hacer por ti, cuando ya solo estás ocupando la cama de alguien que aún puede salvarse. La novia de papá dijo que ella no podía cuidarlo en casa estando su madre con ella. Tampoco esperábamos que lo hiciese.

La casa de la playa, otra vez

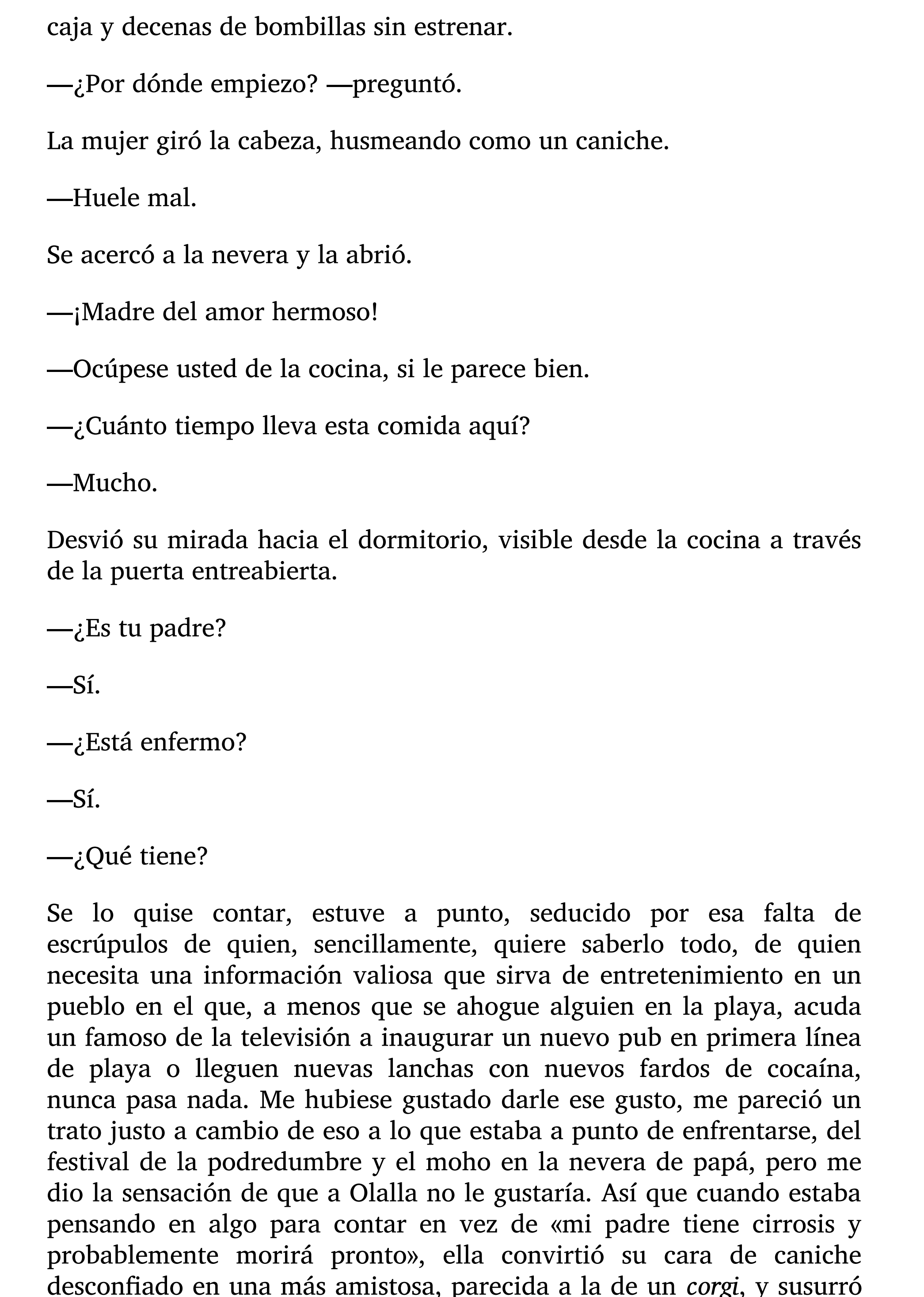
Lo llevamos a la casa de Raxó, su última casa vacía y disponible. Volví

a pisarla después de muchos años. En pleno invierno el pueblo estaba vacío y hacía frío en el apartamento. Desde la terraza, el mar estaba tan en calma (o tan muerto) que ni se apreciaba cuando era de noche, podría haber sido un mar o podía haber sido un baldosado azul oscuro e infinito. Solo se veía iluminada la plaza de la iglesia. Aquella primera noche, tras tomar nota de los medicamentos que los enfermeros nos indicaron tras dejar a mi padre en la cama del dormitorio principal, salí a la terraza. No había lanchas con las luces apagadas llevando droga al puerto, ni siquiera eso, mucho menos delfines. Me pregunté si estarían por algún lado mis poemas dedicados a niños retrasados y vi montañas de carpetas que mi padre, en su tiempo libre de prejubilado, se había dedicado a archivar. Me figuré que en los días siguientes tendría tiempo de sobra para mirar qué había dentro. El dormitorio que un día había sido el mío estaba hecho un desastre. Había cosas por todas partes y olía a humedad. Mi hermana y yo decidimos dormir en los dos sofás del salón. En un momento dado, antes de acostarme, abrí la nevera. Me azotó el olor a podrido: había una tortilla, varias ollas, platos con carne y botes de salsa abiertos que, antes de que mi padre enfermase, habían sido comestibles. Estaban ahora cubiertas por un verde mohoso tan espeso que parecía un

frondoso jardincito, una textura que habían conseguido solo sus mejores bonsáis. La cerré de golpe. Pensé que sería mejor intentar dormir y buscar, al día siguiente, a alguien en el pueblo que nos ayudase con la limpieza.

Tras una noche en la que apenas dormimos porque vigilábamos cada poco a mi padre, que respiraba fuerte, se quejaba de la fiebre, sangraba por heridas que no existían media hora antes y pedía ayuda para levantarse al cuarto de baño, hice un par de llamadas.

Enseguida me pusieron en contacto con una señora enorme, redonda, casi más ancha que alta, que se presentó en casa al poco rato tras un par de indicaciones sobre cómo llegar. El edificio de mi padre, como tantos en la costa gallega, era enorme, llamativo y feo, muy fácil de encontrar. La mujer entró, miró el salón mientras yo la miraba a ella, esperando alguna especie de reacción. A la luz del día, el aspecto de gran bazar era aún más pronunciado que el día anterior. Todas las superficies del salón estaban cubiertas por cosas. Rollos de celo empaquetados, libretas, cajas de DVD con pegatinas de oferta a los que nadie había quitado el plástico, piedras recogidas de la playa, viejos teléfonos inalámbricos, ceniceros donde nadie depositaba colillas porque mi padre nunca había fumado, cortaúñas, bolígrafos, libros, cables, teclados de ordenador, un deshumidificador aún en su



caja y decenas de bombillas sin estrenar.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó.

La mujer giró la cabeza, husmeando como un caniche.

—Huele mal.

Se acercó a la nevera y la abrió.

—¡Madre del amor hermoso!

—Ocúpese usted de la cocina, si le parece bien.

—¿Cuánto tiempo lleva esta comida aquí?

—Mucho.

Desvió su mirada hacia el dormitorio, visible desde la cocina a través de la puerta entreabierta.

—¿Es tu padre?

—Sí.

—¿Está enfermo?

—Sí.

—¿Qué tiene?

Se lo quise contar, estuve a punto, seducido por esa falta de escrúpulos de quien, sencillamente, quiere saberlo todo, de quien necesita una información valiosa que sirva de entretenimiento en un pueblo en el que, a menos que se ahogue alguien en la playa, acuda un famoso de la televisión a inaugurar un nuevo pub en primera línea de playa o lleguen nuevas lanchas con nuevos fardos de cocaína, nunca pasa nada. Me hubiese gustado darle ese gusto, me pareció un trato justo a cambio de eso a lo que estaba a punto de enfrentarse, del festival de la podredumbre y el moho en la nevera de papá, pero me dio la sensación de que a Olalla no le gustaría. Así que cuando estaba pensando en algo para contar en vez de «mi padre tiene cirrosis y probablemente morirá pronto», ella convirtió su cara de caniche desconfiado en una más amistosa, parecida a la de un *corgi*, y susurró con solemnidad: —¿Cáncer?

Y respondí:

—Sí.

El cáncer era aburrido, no daba conversación, simplemente aparecía, no iba unido al relato épico de pecado, juicio y condena del alcohólico, así que no lo contaría por ahí.

«El profesor tiene cáncer», diría. «Vaya», respondería su interlocutor, pasando a otra cosa, olvidándolo enseguida. No se contaría mucho por el pueblo. Todo el mundo tiene cáncer antes o después.

A las pocas horas, entre la señora y yo habíamos conseguido dejar aquella pocilga reluciente, como los chorros del oro, tan limpia que los rayos de luz (había salido el sol) se peleaban por entrar a través del balcón para reflejar en el techo las olas del mar. Y

parecían no querer irse cuando ya empezaba a atardecer. Pagué a la señora, le di una propina y también algunas salsas y mermeladas de la abuela que aún estaban buenas en sus botes y mi padre no iba a poder comerse debido a la dieta militar que le había impuesto el médico.

Esa tarde bañé a mi padre en el aseo de su cuarto. Nunca le había visto desnudo. Giré elegantemente la mirada para no ver nada que no quisiese ver, le froté la espalda, él se frotó las piernas. En un momento dado me dijo: —Tengo los *güitos* hinchados por la

enfermedad —solía usar la palabra *güitos*, pero yo lo había olvidado—. No siempre son así.

Yo le aclaré que no había visto nada.

—Se llama hidrocele —continuó él.

Seguí frotando la espalda, luego le di la toalla y le ayudé a incorporarse (ya le resultaba difícil caminar) y volvimos lentamente a su cama. Le dije a mi padre, que hasta ese día había estado desayunando, comiendo y cenando allí mismo, que al día siguiente debería levantarse para empezar a mover las piernas, sentarse en la cocina y ver cómo habíamos dejado entre aquella señora gorda y yo su casa. Y él me dijo que lo haría, diría que con cierta ilusión en la mirada. Pero muy poco después se volvió a poner mal. La fiebre se disparaba, sudaba como un corredor de fondo y empapaba las sábanas de algo parecido al rosa, sudor mezclado con sangre. Volvió la ambulancia.

Mientras lo sacaban en camilla por el pasillo quise decirle «gira la cabeza ahora, mira cómo hemos dejado tu casa, está irreconocible»,

pero él solo miraba al techo y movía los labios, no sé si delirando, no sé si repitiendo algún cántico secreto y personal, no sé si rezando. Nunca pudo llegar a ver lo brillante que habíamos dejado su salón.

La casa de la abuela

No estuvo demasiado tiempo en el hospital. Pronto nos dijeron que tenía que irse.

Cuando nos enfrentábamos a la idea de dónde llevarlo entonces, mientras yo fantaseaba con la idea de volver al apartamento de la playa para que papá viese lo limpio que el caniche gigante y yo habíamos dejado todo, la abuela Elvira llamó por teléfono. La abuela, a sus 83 años entonces, dijo: —Traedlo a casa.

Hubo una larga conversación sobre la conveniencia de dejar esa carga a una mujer mayor, aunque mi abuela era increíblemente fuerte y resolutiva gracias a muchos años de vida espartana y casi beata en el campo, de comer únicamente carne de sus animales y verdura de su huerto. El contra era que la aldea estaba lejos para cuando volviese la ambulancia, algo que dábamos por supuesto que ocurriría más pronto que tarde, y el pro era que la abuela, la mejor cocinera que conocíamos, haría los platos sanos con hortalizas de la finca que él necesitaba según la dieta que le habían impuesto. En mis recuerdos esta larga conversación termina ya camino de la aldea, con mi padre en el asiento de delante del coche, silencioso, observando el paisaje durante todo el camino: el viejo bar en forma de avión abandonado entre la maleza, el río que se desborda todas las primaveras, la fábrica de lácteos y el asador al que en lo que ya parecía otra vida íbamos a comer churrasco de cerdo con una fuente interminable de pimientos y patatas

fritas. En mis recuerdos, cuando empujo la silla de ruedas para que mi padre llegue de la entrada de la finca de mis abuelos hasta la puerta de la casa por un camino resbaladizo («¡no se os ocurra poner esas baldosas en un lugar como Galicia!», había exclamado él veinte años antes, previo a varias caídas y roturas de cadera), es en realidad la silla la que tira de mí. Y allí estoy, explicándole a la abuela que no se asuste por la sangre, que no coagula por la enfermedad y que es menos alarmante de lo que parece. No lo era. Después bajé un somier del piso de arriba porque papá, obviamente, no podía subir ya escaleras y descubrí que no había unas patas que ponerle al somier.

Olalla me llevó a una tienda de muebles de un pueblo cercano, compramos cuatro patas, regresamos, monté el somier y me sentí útil.

Después la abuela hizo cena para todos, carne para nosotros, para papá solo un trozo, sin sal, con unas verduras a la plancha. La familia

que cruzó un océano dos veces, unida de nuevo. Él parecía contento. A la mañana siguiente lo vi feliz, parecía incluso más sano, estaba de buen humor por primera vez en muchas semanas, comentó las noticias con el abuelo a grito pelado, porque el pobre abuelo se pasó sordo los últimos veinte años de su vida, e hizo alguna broma. Ese día, antes de irnos, me acerqué a la cama que habíamos instalado en el salón de la planta baja, donde papá vivía ahora, y le pregunté si le gustaba estar allí o si prefería que volviésemos al apartamento de la playa.

—Sí —esto lo dijo con una seguridad y serenidad inauditas en él—. Aquí es donde quiero estar.

Y ahí, justo ahí, me doy cuenta de por qué está allí, por qué es lógico y natural que ese hombre que se pasó la vida huyendo vuelva al lado de su madre, como cuando en los documentales que veía en Lisboa con la adolescente que vendía los libros de texto de la librería de papá decían que los animales elegían con determinación, paz y lucidez el lugar donde querían morir.

Me volví a Madrid ese domingo para trabajar el lunes. Seguía llamando a la abuela Elvira todos los días para preguntarle cómo estaba papá y para hablar un poco con él.

«Come bien», me informaba. «Sangra lo mismo», añadía. El miércoles por la noche llamé de nuevo y me respondió mi abuelo que, aunque estaba sordo, gritó por el teléfono que la ambulancia había vuelto y se había llevado a papá. Me volví a coger el primer bus de la mañana. Cuando llegué, papá ya estaba en la UCI. Pequeño y entubado, de repente parecía la mitad de sí mismo, tenía el tamaño de un niño. Solo podíamos entrar a verlo de uno en uno. Cuando me vio llegar, me dijo: —Acércate aquí.

Y lo hice. Y él añadió:

—Creo que tengo que pedirte perdón.

Lo dijo con cierta distancia, con cierta dignidad, sin mirarme del todo a los ojos, y yo lo encontré lógico porque sé que yo pediría perdón igual. Así que yo le seguí el juego, le dije que qué perdón ni qué perdón. Intenté anular con humor su discurso. Pero él continuó.

—Debería haber estado más contigo —añade él.

Sorteó mis intentos de rebajar solemnidad al momento, no me siguió el juego.

Supuse que, si uno está realmente muriéndose, no necesita mascaradas. Pero yo no me estaba muriendo. Me mantuve en mis trece.

—Bueno —acierto a decir—. No hay nada que perdonar. Solo hay que esperar a que te mejores.

Yo sí necesitaba una mascarada y esa frase fue la mía.

Nos miramos otra vez y él, juraría, iba a añadir algo, pero en ese momento llegó mi abuela, que caminaba despacio, y dijo: —Ahora quiero ver yo a mi hijo.

Desde ese momento la abuela solo llamará a papá «mi hijo», tal vez consciente de que la naturaleza de las cosas ha cambiado y de repente el universitario, el profesor, el padre, el exconcejal del Grupo Socialista pontevedrés, el viajero, es ya otra vez únicamente su hijo. Yo la dejé pasar y le dije a papá: —Luego nos vemos.

Y me pareció una frase prometedora, con cierta poesía, con cierta trascendencia, para despedirme de él.

Al día siguiente nos dijeron que sería mejor sedarlo. Volvimos al hospital con la abuela.

Allí, en la sala de espera, ella solo musitaba, sin llorar: —Mi hijo, mi hijo.

El sábado 9 de marzo de 2013 en Roma se preparaban para elegir a un nuevo papa, un asteroide de cien metros de diámetro pasaba demasiado cerca de la Tierra y en un hospital en la cima de una montaña de Pontevedra falleció papá a las doce en punto de la mañana. Mi primera gran lección sobre la muerte fue que no altera en absoluto el rumbo de las cosas, no influye en el devenir del mundo y no significa nada para nadie excepto para los pocos que terminarán arrodillándose ante tu tumba.

Tengo 60 años, mido 1,74 y peso 91 kilos. Hace un año que no pruebo el alcohol. Solía tener cansancio crónico y náuseas y vomitaba con frecuencia. Me operaron a los 2 o 3 años, sin anestesia. Esto dio lugar a que durante mi infancia, cada vez

que entraba en un hospital y veía batas blancas, me desvaneciera. Aún tengo fobia a los hospitales. A los 12 años me rompí el brazo derecho. En 1995 tuve una bursitis en un codo. En 2010 estuve de baja por depresión. Se me hinchó la mano derecha, fui ingresado en el hospital, me hicieron

analíticas y me derivaron a un internista. La internista me hizo pruebas y el 2 de octubre de 2010 me dijo que tenía cirrosis. Por si tienen importancia mis antecedentes, mi madre tuvo hace unos cuarenta años una hepatitis C de la que salió bien, aunque tardó en recuperarse. Una prima mía tuvo hace veinticinco años una cirrosis alcohólica. Tenía el vientre muy hinchado y vómitos de sangre. En el hospital consideraron que estaba desahuciada y la enviaron a casa como un caso ya perdido. Ella, sin embargo, se recuperó, le cauterizaron las venas del esófago y vive actualmente, haciendo las labores de casa, cuidando de su madre y atendiendo a las labores del campo, donde cuida aves de corral y cultiva hortalizas en la huerta. No fue trasplantada. Actualmente me siento bien, pero aún duermo poco. Cuando tengo insomnio me tomo Idalprem de un miligramo. Cuando tengo dolor, Nolotil. ¿Puede proponerme algo distinto? Desde que dejé el alcohol no me deprimo. Creo que ahora estoy mejor.

(Carta de mi padre a un doctor en 2011) Como papá no tenía seguro funerario lo primero que hicimos tras su muerte fue pagar por su entierro. En la funeraria discutimos si debería haber o no una cruz sobre el ataúd. La abuela quería, juraría que papá no, yo tampoco, y sin cruz era más barato. También cuántos autobuses deberíamos contratar para que la gente acudiera desde la aldea al centro de la ciudad.

—Pondremos carteles por las aldeas cercanas —dice solemnemente el hombre de la funeraria, la muerte de mi padre convertida en un festival con fecha, hora y transporte gratuito.

—La abuela quiere dos autobuses —informa mi hermana.

—¿Coro? —pregunta alguien.

—Cantará la tía Rosa —informa mi madre.

Esa misma tarde comenzó el velatorio. Mis abuelos aparecieron apoyados sobre alguien, creo que mi madre, que había ido a buscarlos a la aldea, y musitando, esta vez, los dos al unísono, pero él más alto: —¡Mi hijo, mi hijo! —y al decirlo mi abuelo, que tenía la voz rasgada y ronca, las palabras sonaban más solemnes aún.

Se sentaron junto al féretro. Había gente que no conocía de nada también sentada, llorando amargamente, de un modo admirablemente profesional, del mismo modo que, me figuré, llorarían en el funeral al que decidiesen acudir más tarde. A veces dejaban de llorar para preguntarse entre sí, señalándome: —¿Es el hijo?

Alguien asentía con la cabeza y después seguían llorando.

Hubo un momento en el que mis abuelos hablaban con alguien, no recuerdo quién, pero de repente mi abuelo estaba sonriendo y dio un beso a mi abuela en la mejilla y él comentó con su voz ronca: —Llevamos más de sesenta años casados, pero la quiero como el primer día.

Y ahí su voz vieja y rasgada no me parece trágica, me parece repentinamente tierna, casi infantil.

Papá se unió al día siguiente al panteón familiar en la aldea. Allí estaba María José, su hermana y, por allí cerca, en otro panteón, el bisabuelo Ricardo, que se había muerto dos veces. El bisabuelo se murió primero a finales de los noventa, cuando se desmayó y sus hijas, nietas y bisnietas llamaron histéricas a toda la familia para anunciar su fallecimiento. Tan tangible es la idea de la muerte en la aldea de mis abuelos, tan importante e irrebatible es su presencia, que a nadie se le ocurrió llevar la contraria a esa posibilidad hasta que apareció un médico y lo despertó. Nos avisaron un rato después, cuando ya todos habíamos encontrado ropa negra y acordábamos en qué coche subir a la casa, para contar que solo se había desmayado. En 2003 se murió de nuevo al caerse por las escaleras de su casa. Todos preguntamos aquella segunda vez si estaban seguras. El médico lo certificó: su cuerpecito de 102 años era ahora un saco de huesos rotos al pie del pasamanos. La noticia que publicaron en el Diario de Pontevedra dos días después decía «El vecino más viejo de Caldas, Ricardo García, falleció el pasado miércoles a consecuencia de una fatídica caída en su domicilio de Cardín, en la parroquia de Saiar. Se da la triste casualidad de que la víctima cumpliría 103 solo una semana más tarde».

Mi padre también hubiese cumplido años una semana después de su muerte.

—¡Pero al ver el corazón y el cerebro, el médico dijo que podría haber vivido diez o quince años más! —recuerdo que dijo papá poniendo los ojos en blanco, probablemente preguntándose qué le pasaba a aquella gente para no morirse nunca.

Pensé allí, en el funeral, mientras metían a papá en su nicho, que tal vez quiso dar ejemplo, que se inmoló por todos los demás, que equilibró hacia abajo una media de esperanza de vida en mi rama paterna que fluctúa ente los 97 y los 102 e impide que nadie pueda heredar tierras y tener tiempo suficiente para disfrutarlas antes de romperse una cadera. Llovía, estábamos bajo un paraguas escuchando el sonido de las talochas de los operarios alisando el cemento que

tapiaba el nicho y las palabras protocolarias de un cura y pensé en lo feo que era todo. Tal vez así tiene que ser, no puede existir un funeral hermoso. Aquel cemento, aquellos uniformes naranjas, aquella lluvia fina y aquel responso gris, vacío y repetitivo resultaron extrañamente reconfortantes porque, por un momento, me parecieron más feos y tristes que la orfandad en sí misma, yo ya no era lo más desdichado del lugar. Aun así, me fui antes de que terminasen.

El abuelo Gervasio vivió, triste y sordo, tres años más hasta fallecer con 96. La abuela cumplirá muy pronto 95 y siempre me ha dado la sensación de que es una mujer que ha perdido ya tantas cosas (a sus dos hijos, a su marido y a más perros de los que puedo recordar) que ha optado siempre por preocuparse de lo inmediato. En el funeral de papá, cuando tapiaban el nicho con cemento, antes de que yo huyese, se acercó a mí y susurró: —Como la gente quiera venir ahora a casa solo les podré poner fruta y jamón serrano.

Los dos autobuses sirvieron, según comprobamos, para que muchos vecinos de la aldea bajasen a la ciudad para hacer compras, porque había gente en el velatorio que se presentó en el entierro con bolsas de Zara. Esa noche, como vinieron amigos a visitarme, me fui a cenar con ellos. Encontramos un bar donde se podía fumar. La gente a mi alrededor intentaba sacar temas de conversación anodinos, interesantes, que mantuvieran la conversación viva. Alguien comentó que qué bonita era Pontevedra y algunos asentimos. Después, más allá, una amiga confesó con gesto adormecido: «A veces me apetece ahogar a mi bebé». Y asentimos también.

La casa de la playa la vaciamos poco después de que papá muriera. Unos simpáticos expolitoxicómanos de una asociación cercana que ayuda a adictos en recuperación vinieron a llevarse muebles y antiguallas que podrían vender. Los discos y los libros me los quedé yo casi todos. Había discos de OMD, de Depeche Mode, de Spandau Ballet y varios de *Grandes efectos de sonido para el cine.* Me pregunté cómo podía tener tanto en común con alguien con quien nunca había vivido. Sentí los genes bombeando en mi interior. Heredé sus libros de Isaac Asimov, Stanislav Lem, Arthur C. Clarke, Philip K.

Dick y Ray Bradbury. En varias carpetas, las que había visto por el rabillo del ojo la última noche que pasamos allí con él en medio del desorden, encontré cientos de recortes y revistas. Todas mías. Había recortado los artículos de *El País* e impreso bastantes de mis textos que solo habían sido publicados digitalmente. También había algunos dibujos que yo no recordaba haber hecho de él, pero en los que reconocí mi trazo, que tanto se parece al suyo. Guardé la carpeta sin

decir nada. Supe ahí que papá me había querido siempre, aunque fuese de una manera extraña, fría y silenciosa, probablemente la única manera en la que yo también soy capaz de querer.

Su casa actual

En los cementerios de París todo el mundo se arremolina junto a las tumbas de los famosos, besa la piedra, deposita flores o fotografías o libros o discos, a veces cigarrillos.

Siempre que voy siento algo de lástima por los que están alrededor, los que no tienen un nombre importante. La gente pisa sus lápidas para acercarse a las tumbas célebres, se convierten en poco más que escalones y superficies para dejar el abrigo y apoyar el

teléfono. Veo esas cosas y me acuerdo del cementerio de Saiar, donde vive ahora papá y donde no hay nadie tan importante como Oscar Wilde o Jim Morrison. Nadie se arremolina ante la tumba de papá, no hay nadie intentando ver nada. Yo tampoco.

Volví muy pocas veces tras su muerte y dejé de ir. Me apena que esté allí. No solo que esté muerto, sino que esté allí. El niño que cruzó un océano dos veces, el treintañero recién divorciado que se fue a Lisboa, el cincuentón que quiso descubrir Marruecos, el hombre que leía ciencia ficción sobre viajar a las estrellas, está ahora aquí, en esta aldea perdida, para siempre. No quiero ir porque me pregunto cuántas visitas le quedarán, un cementerio invita a contar en negativo. Sé que un día, simplemente, no volverá nadie.

Enfrentarme a su muerte es enfrentarme a la mía y enfrentarme a su lápida es enfrentarme a una conversación pendiente. La gente perdona a sus muertos arrogándose todo el poder en una charla cínica, injusta y unidireccional. Yo prefiero escuchar. Los hijos son una raza que se adjudica el derecho de guardarte rencor para el resto de su vida por los errores que cometiste cuando estabas aprendiendo a ser padre.

Si alguien me guarda rencor para el resto de su vida no quiero haberle dado esa vida yo. En los días de lluvia el cementerio está tan vacío, tan silencioso e inerte que se diría que ya ni siquiera hay muertos. Pero aquí están los míos. O no del todo. No visito a este muerto porque tengo la certeza de que está vivo en mí. Hablo como él, me muevo como él, escribo como él, bebo como él, se diría que me ha poseído en parte. Ahora sé que hay una luz sobre mi cabeza. Un día esperando en el coche, mirando la lápida desde lejos mientras Olalla cambiaba flores secas por flores frescas, me prometí librarme del rencor que aún había en mí. Si un día volviese al cementerio solo le diría: creo que lo he conseguido.

Agitaciones tropicales

Este diario de viaje se escribió en un iPhone en agosto de 2022 en Tailandia

Agitaciones tropicales

¿Cómo podría morir yo aquí? Me lo pregunto cada vez que llego a un lugar lejano de vacaciones y hago cuentas. Despedazado en un atentado terrorista en un país del medio oeste, arrastrado tierra adentro y abrazado a un árbol tras un tsunami en Bali, despeñado por un acantilado en Grecia o aplastado por los hierros en un accidente de autocar en una de esas carreteras secundarias de Colombia en las que primero adelantan y luego miran. Antes de llegar a Bangkok, ayudado por el wifi de otro aeropuerto ya no sé hace cuántas horas y que no recuerdo exactamente dónde estaba, busqué las principales causas de mortalidad de Tailandia. Primero, accidentes cerebrovasculares; segundo, accidentes de coche. Pero tras el paseo nocturno por Bangkok a nuestra llegada, una vez hemos dejado las cosas en nuestro hotel del barrio de ThongLor, solo puedo pensar en los cables. Los cables están por todas partes.

Atraviesan las avenidas de la ciudad de poste en poste, forman una leve curva hasta el siguiente, juraría que dibujan una sonrisa socarrona. Son cientos y en las esquinas se reúnen miles, forman una maraña anárquica e inquietante porque cae sobre ella una intensa lluvia tropical. Y los cables no solo circulan por los postes: a veces surgen en medio de la acera y trepan por el aire hasta el hueco de una pared, por donde desaparecen. Y a veces salen de otro hueco de las paredes y mueren en medio de la calzada, a la altura de mi cara, están ahí colgados como la rama de un árbol o los alveolos de un pulmón abierto en canal, listos para soltarme una descarga cuando pase

despistado o, quién sabe, para transmitirme su misterioso mensaje, al que somos ajenos en el resto del mundo. Electrocutado por uno de ellos, concluyo entonces, es como moriré aquí. Y ya me quedo tranquilo conociendo ese posible final, ya encuentro cierto orden en las cosas. Pero luego pienso de nuevo en el tráfico y, cuando en el paseo nocturno de recién llegados nos asomamos a una avenida más grande que la de nuestro hotel, con ocho carriles de tráfico en tierra y dos en el aire para el tren, empiezo a sospechar que tan probable es que me electrocute como que me atropellen. La ciudad, intuyo rápido, consiste en un laberinto de autopistas con rascacielos en medio. Como si alguien hubiese construido edificios en las rotondas. Hay muy pocos pasos de cebra, no todos tienen semáforo y no todos los semáforos se ponen en verde. Y aunque se pongan en verde, da igual. Los coches circulan a toda velocidad, como si los semáforos no existiesen. Cruzar la calle es una mezcla de osadía y sentido de la oportunidad.

Tratamos de esperar a que cruce algún local para caminar a su lado y que, llegado el momento en que nos arrolle un autobús, él amortigüe el golpe, aunque nos preocupa que, siendo los autobuses enormes y los bangkokianos pequeños, necesitaríamos a muchos de ellos para que pudiesen servir de escudo útil. Cuando no hay ningún local cruzando intento recordar sus gestos y movimientos a la hora de pisar la carretera, pero no funciona: no sirve con la mera imitación, cruzar aquí la calle exige una especie de clarividencia que, como el color del cabello o los miedos atávicos, debe de heredarse.

Así que moriré atropellado, así será mi final en Bangkok. Ambas posibilidades están cubiertas por mi seguro de viaje, que incluye repatriación del cadáver, aunque no es algo que me preocupe porque ya estaré muerto entonces y además tampoco ocupo demasiado, podían disponer mi cuerpo convenientemente doblado y troceado en una maleta grande. En todo caso, enseguida cambio de opinión cuando entramos en un centro comercial y me doy cuenta, ahí de forma definitiva, de que en realidad esta ciudad me matará de frío. El aire acondicionado glacial que hay en todos los interiores, del taxi más humilde al centro comercial más opulento, me congelará. Está a unos diez grados. Matar a alguien de frío es limpio y sencillo, si uno lo piensa, de repente me asombra la inteligencia de esta ciudad. O es posible que ocurra todo a la vez. Sí, así es como moriré en Bangkok, ahora lo tengo claro: saldré corriendo, aterido de frío, de un centro comercial, me enredaré en unos cables que me electrocutarán bajo la lluvia y las primeras convulsiones me empujarán a la carretera, donde me arrollará un autobús.

Sería un buen revulsivo para mi árbol genealógico, apenas nutrido en muertes trágicas y espectaculares. Excepto mi bisabuelo Ricardo, que se murió cayéndose por las escaleras, y mi tatarabuela Peregrina, con su rostro convertido en algo monstruoso debido a diversos tumores, todos los fallecimientos en mi familia han sido aburridos, burocráticos, casi funcionariales. «Murió atropellado en Tailandia», dirán de mí, y mi madre tendrá que corregir el dato con cierto orgullo: «No, murió congelado primero, electrocutado después y atropellado al final». Moriré, si muero, de una manera elaborada y original. Moriré de un modo mucho más interesante que el que tuve de vivir.

El segundo día en la ciudad es un poco extraño: en nuestro paseo matutino Víctor me pregunta si he buscado qué monumentos ver en Bangkok y le digo que no. Me da vergüenza admitir ante él que solo he buscado las causas de mortalidad y el precio de la cerveza. Resulta que él tampoco, así que los dos peores turistas del mundo nos ponemos a caminar en busca de una tarjeta sim para poder consultar los mapas del móvil y movernos en Uber. Pero no la encontramos, es domingo, todo está cerrado en el barrio de ThongLor y recorremos una avenida larga, vacía, fantasmal y tapiada por rascacielos, con el silencio cómplice y macerado de un viejo matrimonio hasta que decidimos probar a coger un tren elevado, luego un metro y terminamos en el barrio chino, donde hay todavía más cables, que esta vez atraviesan puestos donde venden pescados, cerdos y pollos en bandejas de porespán con un poco de hielo. Después nos emborrachamos en un bar de Khao San donde están prohibidas las armas, las apuestas y el gas de la risa y encontramos, por fin, una tarjeta sim en un 7-Eleven. Como repentinamente se pone a llover, Víctor sugiere que vayamos a la calle de los bares gays

que, esto me parece poético, solidario y militante, está justo al lado de la calle de las putas, y allí bebemos más cerveza rodeados por un montón de cincuentones occidentales que están sentados junto a chicos de ojos rasgados jovencísimos, tan jóvenes algunos que nos resulta incómodo, pero nos repetimos a nosotros mismos que teniendo en cuenta la envidiable fisionomía local esos hombres bajitos podrían tener 45

años.

Como ya es tarde cenamos en un McDonalds donde sirven pollo tipo Kentucky y justo tras salir del restaurante, mientras Víctor pide otro Uber, veo a la rata. Es una rata enorme que camina tranquilamente por la acera, aparentemente sin miedo a los hombres, y es tal su apostura, su tamaño y lo lustroso de su pelo, impensable en una

ciudad tan sucia como esta, donde el agua de todos los ríos que la cruzan es de color ocre por sus sedimentos formados por años de basura e ingratitud, que de repente me parece hermosa, milagrosa, una señal de algo. La rata se mete por un hueco de la acera y vuelve a aparecer en otro a pocos metros, este grande y cuadrado y donde en su día, me figuro, existió un árbol, un espacio que comparte ahora con muchísimas cucarachas y una bolsa de papel con restos de comida dentro. La rata encuentra una patata frita del McDonalds y se la lleva a la boca con sus patitas delanteras y la devora de pie, cómoda, feliz. De repente me reconforta verla: en esta ciudad que se me antoja tan ajena y cruel me recuerda al hámster que me regaló mi padre de niño y al que observaba como un pasmarote durante horas a través de los barrotes de su jaula, se ve que no tenía entonces principios morales sobre los animales y las jaulas, y me conmovía, especialmente, cuando agarraba los alimentos con sus garritas para llevárselos a la boca, como si fuese un ser humano, como si fuese esta rata que tengo ahora delante. A Indy, al que llamé así por Indiana Jones, le fabriqué juguetes con trozos de madera y casas con cajas de zapatos y todo lo acababa destrozando con sus colmillos, también uno de mis edredones favoritos. Fue mi primer modelo fotográfico, posó inquieto y desenfocado, convertido apenas en una bola marrón y difusa, en decenas de fotos que hoy descansan en un álbum donde se puede leer *Indy / excursión al monte de Santa Tecla*.

Acordarme de él me hace feliz a medias. Una mañana, al año y medio de su llegada, como no se despertaba, abrí la jaula, retiré la casita de plástico en forma de iglú donde se metía a dormir entre bolas de pelo de cabra y lo encontré temblando y con los ojos abiertos y arrugados. Mi madre y yo fuimos corriendo al veterinario. Ella había recibido al principio al hámster con disgusto, había gritado: «¡No quiero ratas en mi casa!», pero al cabo de unos días ya lo saludaba antes que a mí al entrar en mi dormitorio cada mañana y compartía conmigo las tareas de alimentación y limpieza. Al llegar a la clínica una doctora abrió la caja, lo miró con desdén y exclamó:

—Se está muriendo.

No solo me molestó que anunciara con frialdad la muerte de mi amigo, también me molestó la rapidez con la que arruinó la idea de cierto relato épico que yo me había hecho de su fallecimiento, en la que pensaba de forma inevitable desde que lo tenía porque había releído decenas de veces la parte de esperanza de vida en mis libros sobre roedores: unos dieciocho meses. Indy cumplió con puntualidad matemática, a veces llegué a pensar que lo había dicho tantas veces en alto que él decidió morirse justo ahí para no decepcionarme. Yo me

había imaginado a los pies de una cama muy pequeña con el hámster luchando por su vida, entubado, flaco, despidiéndome de él mientras compartía memorias felices de cuando corría en su rueda, y en su lugar solo dijeron que se estaba muriendo, que lo iban a sedar y se lo quedaron, probablemente lo tiraron a un contenedor de restos orgánicos. Dijeron:

—No se puede hacer nada.

La muerte fue un comentario aséptico y burocrático. Descubriría, años después, que la de los seres humanos también lo es. *Este hámster ha muerto, que pase el siguiente*. Lloré durante un día y al siguiente mi madre y yo fuimos a comprar otro hámster, pero ya no era lo mismo: el nuevo resultó ser un cabrón que mordía, creo que hasta me alegré el día en que él también apareció muerto porque nunca consiguió darme pena y yo nunca conseguí darle pena a él. Indy solo estuvo conmigo un año y medio, pero me parecieron décadas. Me acuerdo de él al ver a la rata comiendo de pie y, más allá de mis memorias de otro hámster, me alegro genuinamente por ella porque ha encontrado lo que buscaba en esta gran ciudad cruel y voraz, ha encontrado su agujero y su patata frita. Víctor y yo todavía no, solo hemos encontrado una tarjeta sim y aún tenemos miedo de cruzar la calle y acercarnos a los cables. Comparto ese triunfo de la rata y me pregunto si será feliz al haber hallado lo que buscaba, al igual que lo fui yo al encontrar, pongamos, un hogar o un amor, pero enseguida me desdigo, me pregunto quién soy yo para intentar condenar a la rata a un sentimiento tan engañoso y pedestre como la felicidad solo porque yo tengo una conciencia. Es probable que la rata, libre, nómada y aventurera, sienta lástima de nosotros dos, pobres despistados que esperan un Uber y se ven obligados a cumplir todas las reglas de esa cosa tan incómoda llamada civismo, aunque no sé cómo la rata podría llegar a sentir lástima sin conciencia, y en medio de esa ensoñación sigo acordándome de Indy otra vez y preguntándome si acaso mi conciencia no nació con él, justo cuando lo encontré moribundo: tal vez no vi señales de que había enfermado, tal vez no le cambié el agua todo lo debido, tal vez debería haberle ofrecido una mayor variedad de alimentos y no solo maíz. Pienso en si yo maté a la primera criatura que amé como mía, tan querida, tan pequeña, tan estúpida, y al pensar en todo esto no me doy cuenta de que ha llegado el coche que habíamos pedido para regresar al hotel y Víctor, que ya se ha subido, me tiene que gritar desde la ventana:

—¿Vienes al hotel o te vas a quedar mirando a la rata esa?

El segundo día vamos a ver el Palacio Real, un desmadre de oro y

esmeraldas que me deja un poco frío, supongo que porque creo haberlo visto ya en varios parques de atracciones, o en Benidorm o en Torrejón de Ardoz, y además tengo un problema enfrentándome a la monumentalidad. Las guías de viajes están mal: deberían advertir, por ejemplo, de que el viajero que va a Roma comience visitando la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de los Capuchinos y termine en San Pedro. Si empiezas en San Pedro ya todo será una decepción, un orgasmo alcanzado demasiado pronto, como cuando en *Psicosis* la escena de la ducha ya no dejó que ningún otro asesinato me perturbase. Todos los demás templos que veo tras el primero me parecen los anteriores replicados, o más pequeños o más grandes o en otros colores. Recuerdo que hasta de pequeño la Torre Eiffel me dejó frío. Era como la figura que mi abuela me había traído de París, solo que más grande, y ni siquiera tan grande como me habían dicho. Tal vez he nacido con una triste incapacidad para admirar la monumentalidad histórica, solo me impresiona el hormigón, el acero y el cristal de los rascacielos. Tal vez por eso lo que más me conmueve de Bangkok son sus edificios y sus ratas. Están condenados, los dos, a que apartemos la vista de ellos, son aquello que debe ser repudiado según dónde decidan aparecer. Dicen que los rascacielos alienan, contaminan y afean y que las ratas muerden, contagian y destruyen. Y, sin embargo, son aquí los rascacielos y las ratas tan grandes, tan majestuosos, tan supervivientes.

Sospecho que la única monumentalidad que me puede llegar a conmover es la obscena.

De vuelta al hotel atravesamos otro atasco y me pregunto qué pusieron primero en las autopistas de Bangkok, si el pavimento o los coches, observo los rascacielos y los postes con los cables, Víctor busca en el móvil dónde está el centro comercial donde venden las falsificaciones de zapatillas de Balenciaga y de repente unos militares hacen señales con luces a nuestro Uber, este se detiene y dos hombres uniformados nos obligan a bajar.

Un militar me pide en su inglés rudimentario el pasaporte, después mi mochila y ante mi mirada nerviosa va sustrayendo todos sus elementos y analizándolos con desconfianza. Mira con el ceño fruncido la sudadera que llevo siempre para que el aire acondicionado de los interiores no me mate, un neceser, dentro de este la funda de las gafas, dentro de esta el dinero. Me dan muchísimo miedo los policías, y no precisamente porque tenga un historial delictivo muy engordado. Ojalá, eso me haría escribir mejor, ni siquiera he sido nunca capaz de robar en un supermercado, nunca seré un gran novelista porque nunca iré a una guerra. Solo me dan miedo. Hace

unos años en Madrid un tipo con voz rasgada y muy malos modos me acorraló contra una pared en Malasaña y gritó:

—¡A ver, tu cartera y tu DNI!

Yo pensé que me quería robar y, envalentonado, no se lo di y me intenté ir, pero con fuerza me acorraló de nuevo contra la pared, me dijo que era policía y que sacase la cartera. Me pareció imposible que fuese policía: aquel tipo era un chalado que quería hacerme daño, era obvio por su manera de acorralarme, de gritar, por sus modales violentos. Así que la escena se repitió varias veces: yo me intentaba ir, él me acorralaba de nuevo, yo me intentaba ir, él me acorralaba de nuevo, yo me intentaba ir, él me acorralaba de nuevo. A la cuarta me enseñó lo que él llamó su placa de poli, pero a mí me pareció una cosa fea de plástico y pensé que era falsa y que él estaba loco de verdad, porque no solo se había inventado que era policía sino que además se había comprado un trozo de plástico para acreditarlo. A la quinta, mientras ya me agarraba haciéndome daño en el brazo, me enseñó la culata de una pistola susurrándome:

—¿Ves como soy poli? Mira mi pistola.

Y ahí empecé a gritar, pidiendo que alguien llamase a la policía mientras se formaba un corrillo en la calle alrededor de nosotros y él sacaba unas esposas y amenazaba con llevarme con él si no le daba mi cartera, cosa que yo me había empecinado en no hacer, no entiendo por qué, la verdad, supongo que porque nació un orgullo inaudito en mí justo cuando creía que me estaban atracando o porque sencillamente no quería darle nada mío a aquel hijo de la gran puta. Y entonces se acercó una simpática mujer latina y me dijo:

—Cariño, *él* es policía.

Dicho esto llegó otro policía, este aparentemente con mejores modales, aparentemente un policía de verdad o desde luego uno con menos ganas de querer cobrarse sus desgracias vitales con un tipo que pasaba por allí. Dejé que me registrasen.

Llevaba la mochila del gimnasio, una toalla sucia, una botella de agua vacía, el móvil, los cascos. Tanto número para eso, pensé, para no llevar ni tan siquiera restos de cocaína del fin de semana. El policía que no era un tarado me pidió disculpas de parte de su compañero y me alejé avergonzado mientras la mujer latina se reía en una esquina y decidía no contar aquella anécdota nunca a nadie. Pues bien, desde ese día me prometí que cada vez que alguien me pidiese la cartera yo

se la enseñaría diligente y pacífico, fuese un policía o un criminal o ambas cosas a la vez, así que aquí estoy, en el arcén de una avenida de nombre impronunciable junto a un Jeep diciendo *thank you* a los militares cada vez que me piden algo o me hacen una pregunta con cara de mala baba.

El pasaporte.

Claro, *thank you*.

La mochila.

Yes, thank you, sir.

Where are you from?

From Spain, thank you.

What are you doing in Thailand?

Vacation, it's beautiful here, thank you very much.

Ok, you can go.

Oh my God, thank you very much sir, thank you, thank you, thank you!

Yo parezco idiota, pero todo aquí tiene un aire militar inquietante, todo son prohibiciones. En los aeropuertos y en los centros comerciales hay carteles donde aparece una pistola sobre unas letras que dicen algo en tailandés, probablemente *te vamos a matar,* y, en general, el lenguaje es amenazante y punitivo: no te recuerdan que no está permitido, solo te recuerdan que tendrás que pagar una multa indecente si lo haces o que, directamente, podrán llevarte preso. En algunos de los rascacielos de la ciudad hay enormes letreros luminosos donde se lee *larga vida al rey*. Cuando llegamos al hotel, todavía asustados, comento a Víctor que menos mal que se me ocurrió mirar, horas antes del vuelo, si podía traer el cigarrillo electrónico que uso a veces desde que dejé el tabaco, porque la respuesta era que no, que es un producto ilegal en Tailandia y podría dar lugar a una multa gigantesca o a una pena de cárcel. De repente se me ocurre que entre mis formas de morir en este país también podría añadir en la cárcel, durante una paliza en las duchas o en el patio porque he robado cigarrillos, y me pregunto si mi seguro de viajes también cubre la repatriación de mi cadáver en ese caso. Víctor se pone a buscar qué más cosas están prohibidas en Tailandia en su móvil y de repente bufa y dice que aquí tampoco es legal el lorazepam y él tiene el neceser

lleno de Orfidales y Trankimazines, de modo que en menos de un minuto está en el cuarto de baño machacando las pastillas para tirarlas en forma de polvo por el retrete y yo, nervioso, susurro desde el quicio de la puerta:

—El año que viene vayamos a Cádiz.

Hoy nos hemos venido a Chiangmai, que es un sitio más tranquilo que Bangkok y donde dejo de pensar en morir atropellado o electrocutado. Chiangmai resulta cálido, aquí la gente parece mucho más feliz. Me llama la atención la forma de sonreír que tienen en este país, menos los polis, claro, y la voz cariñosa y nasal con la que hablan un

inglés macarrónico que es imposible de entender. Esta misma mañana, en el aeropuerto, una funcionaria me dijo tres veces *kenu tei ollormés plí* mientras yo le preguntaba con educación si hablaba inglés, y ella asentía con la cabeza y repetía cada vez más hastiada *kenu tei ollormés plí* y a mí me sabe fatal ir a un lugar y exigir a nadie que hable un idioma que no sea el suyo, pero yo he aprendido a decir hola, adiós, gracias, por favor y cerveza y nada de esas cosas era el *kenu tei ollormés plí* que me repetía de forma insistente. Los dos parecíamos estar ya cansados, así que a la octava vez llegó una compañera que, hablando más despacio, pronunció algo parecido a *can you take off your mask please* y yo asentí avergonzado con la cabeza y me quité la mascarilla, claro, para que ella comprobase que yo era la misma persona que en el pasaporte, al igual que lo habían comprobado la noche anterior los policías militares. Todo esto me recordó a cuando una vez, en un viaje de trabajo a La Prairie, esa clínica suiza donde van los poderosos de Europa a hacerse tratamientos para no morirse nunca, una tailandesa, precisamente, apareció para darme un masaje y comenzó preguntando, tras tocarme los hombros:

— *Do you worry about computers?*

Y a mí me pareció una pregunta original y ocurrente que hacer tras notar la tensión en mis cervicales, como si el miedo a un futuro desastroso y apocalíptico cayese enteramente sobre mis espaldas, y le dije:

—*Not really. I think they will help us more than they will destroy us. But who knows! Look at Terminator. Haha.*

Ella asintió, continuó el masaje y no volvió a hablar. Salí de allí renovado y compartí con la responsable de prensa de la clínica la curiosa pregunta de la masajista, que lo había hecho todo más

especial. Le dije que me parecía una manera muy sagaz de entender a los pacientes y sus preocupaciones.

— *She asked me if I'm worried about the computers*.

— *Hum* —comentó ella—. *No. I think she asked you if you work with computers*.

Mi comprensión del inglés con acento del sudeste asiático no ha ido a mejor desde entonces. Pero hay algo en esta situación que me gusta: suspendido el entendimiento y reducida la comunicación a las normas gramaticales más básicas, me dispongo a hablar con lo más rudimentario del vocabulario, la pronunciación y las formas verbales y soy feliz en esa forma infantil de comunicarme.

Digo, por ejemplo: *I have room for tonight.*

O digo: *I want noodle and big beer.*

O digo: *I'm looking for taxi, do you know taxi?*

O digo: *Want to buy t-shirt, how much is t-shirt?*

Y soy extrañamente feliz hablando así, como un idiota.

Luego hay otro asunto que me tiene encantado de este lugar y que se contrapone a ese miedo que se respira, a esa militarización y ultramasculinidad que prevalece en todo, hasta en las funcionarias del aeropuerto cuando llevan el uniforme y el zapato de tacón antifatiga, tan lesbianas, a su manera: la pluma desenfadada y excesiva que tienen casi todos los hombres al hablar, que parecen todos homosexuales. Estoy seguro de que el recepcionista del hotel de Chiangmai lo es, porque aparte de hablar con voz aguda y musical también mueve el culo como una corista cuando camina y al señalarnos la piscina, el restaurante y el gimnasio lo ha hecho estirando rítmicamente el brazo mientras la palma de su mano apuntaba al cielo, como quien ejecuta una coreografía.

Este es maricón seguro, pero es imposible que todos los demás también lo sean.

Entonces esta es la pregunta que me corroe: en una sociedad tan opresiva, compartimentada y tradicional, ¿cuál es esa descodificación que hace saltar las alarmas de los padres con sus hijos si no es la pluma, que aparentemente tienen aquí hasta los instructores de artes marciales? ¿Cuándo se da aquí ese momento seminal en la vida de

todo homosexual en el que alguien, ya sean los compañeros del colegio o tu propia familia, denuncia y censura tu voz, tu entonación, tus andares o los movimientos de tu mano por ser demasiado femeninos? ¿Cuándo llega para los niños tailandeses ese momento en que tú mismo tienes que buscar en el diccionario qué significa la palabra pluma porque ni sabías que eso tuviera un nombre y te afectase a ti ya para siempre?

—Si aquí todo el mundo tiene pluma —le pregunto a Víctor con verdadera curiosidad—, ¿cómo serán los hombres que tienen pluma de verdad?

—Supongo que esos serán los *ladyboys* —responde él.

Alguna vez leí que al ser Tailandia un lugar que nunca tocó el colonialismo europeo no se contagió aquí cierta idea de la dignidad, la masculinidad y la rectitud cristiana que sí nos ha contagiado al resto. Pues qué bien por ellos. Poco después voy a un 7-Eleven a por cerveza, mientras Víctor echa la siesta, y me dicen que no venden de eso entre las doce de la mañana y las cinco de la tarde. Es una antigua ley que nadie me

sabe explicar. Otro misterio. O probablemente me la han explicado y no la he entendido. De repente no echo de menos la vieja y decrépita moral europea, pero sí sus horarios. En todo caso, como me dan la negativa a venderme cerveza con una elegante pluma, con esa musicalidad desenfadada, hasta me parece bien. Además, resulta que no aplica a los bares, allí sí se puede beber. El problema, parece, es encontrar uno.

Es que resulta que no hay bares en la ciudad amurallada de Chiangmai, donde nos hospedamos. Unas horas después caminamos por la zona preguntándonos dónde estará todo el mundo, al igual que el primer día por la larga avenida vacía en ThongLor.

Víctor protesta:

—Aquí es más fácil comprar un niño que beberte una cerveza.

Ya fuera de la fortaleza encontramos por fin las calles donde se suceden los bares para turistas. Estaban todos fuera, al lado del río. Aquí uno de estilo tiki, más allá uno irlandés, después uno de comida típica tailandesa, allá una hamburguesería estilo americano, pero todos prácticamente vacíos. Sus camareras, siempre chicas, siempre un montón de ellas, por pequeños que sean los locales, miran al aire aburridas, se pintan las uñas o escriben en sus móviles. Con su inglés

atrabiliario nos llaman, pero lo hacen con desgana, sabiendo que esta no es su noche y que este no será su año. Hay muy pocos turistas, me figuro, por el coronavirus. Y sospecho que ni siquiera quieren que entremos, solo lo hacen llevadas por cierta inercia, en frases que ni siquiera terminan porque enseguida vuelven a mirar sus móviles.

— *Hey you want to drink somethhhhh*

Y la frase muere. Es tarde para Tailandia, las diez de la noche, pero en los locales de masaje abiertos aún se ve a familias enteras en la puerta. Madres, hijas, algún niño. Me pregunto si acaso viven ahí, en unas habitaciones tras las camillas y los sofás. Me interesa esa domesticidad. Mi madre nació y vivió sus primeros años en una casa que era el almacén de la sastrería de mi abuelo. Me intrigan las casas que comparten su naturaleza de hogar con otra cosa. Entraría solo para hacerles preguntas sobre cuándo y cómo descansan, sobre cómo consiguen no volverse locas al desdibujar completamente la frontera que debería separar sus vidas de sus trabajos. Pero puede que esté pecando de señorito occidental con estas ideas alocadas sobre descansar. Por el camino, bajo el cielo nocturno y despejado, un niño se nos acerca a vendernos rosas. Los pétalos van protegidos con una especie de funda de porespán, el producto parece más cuidado y protegido que el vendedor.

—¡Trabajo infantil! —exclama Víctor.

Le cuento, sin querer compararme con ese niño que vende rosas, que yo ayudaba de niño a mi madre en su tienda de ropa de tallas grandes para señoras algunos días de verano, especialmente cuando comenzaban las rebajas en julio o cuando algunas de sus dos empleadas cogían vacaciones a finales de agosto, principios de septiembre. Mi misión principal era recoger y doblar ropa de los mostradores, a día de hoy y gracias a eso doblo la ropa mejor que nadie, pero a menudo mi madre me decía, no sé si en serio o si en broma:

—Atiende a esa señora.

Y yo me acercaba y preguntaba a la señora

—¿Qué desea?

Y cuando me respondía con cierta extrañeza que, pongamos, quería una chaqueta, yo miraba a mi alrededor, buscaba chaquetas y le decía:

—Tenemos estas azules de aquí, por ejemplo.

Mi madre, mientras tanto, atendía a otra clienta a lo lejos y cuando mi clienta le dirigía la mirada ella soltaba:

—¡Sí, trabaja aquí! ¡Está castigado!

Después cobraba a su cliente y me quitaba a la mía para que yo siguiese comiendo phoskitos en el almacén.

—Pero ahora tendrás que atender de nuevo, que yo tengo que salir al mercado —me advertía.

Eso solía ocurrir a principios de septiembre y yo solo pensaba que preferiría eso, mil veces, atender a todas esas señoras y mostrarles chaquetas durante horas, a tener que volver al colegio. Mi madre, el almacén y las señoras eran un lugar mucho más amable y seguro que la clase de gimnasia o la de religión. Con mi madre trabajaba una mujer altísima, gigante, que se pasaba horas en el almacén cosiendo porque ella era la encargada de arreglar las prendas que las clientas consideraban que les quedaban demasiado largas o demasiado anchas. A los dos nos gustaban especialmente las películas y los libros de misterio. Como estaba suscrita al Círculo de Lectores me dejaba ver su revista mensual para que yo también pidiera libros o películas. Tras leerlos le contaba, mientras merendaba junto a su máquina de coser, los libros que había leído o las películas que había visto. Y siempre escuchaba atenta, sin perder de vista la máquina

de coser, y musitaba: «¡Qué interesante!», y se impresionaba realmente (o simulaba impresionarse y si es así lo hacía con maestría) ante cada giro del guion. Ella, sin saberlo, fue la primera con la que experimenté la ficción, porque llegó un momento en que me empecé a inventar las tramas de los libros, que le contaba a trozos, según decía que los leía, o de las películas. Y ella, igualmente, para mí sorpresa, musitaba también:

«¡Qué interesante!», y del mismo modo se sorprendía ante mis giros inventados. Se jubiló poco antes de que mi madre cerrase la tienda, que ahora es una clínica dental.

Después se quedó viuda. Hace muy poco, solo unas semanas, me la encontré por la calle en Pontevedra y ella me abrazó muy fuerte, todavía sacándome una cabeza, y con la misma voz grave y con el mismo olor a perfume fresco que tenía cuando cosía en la tienda, susurró: «Mi niño, mi niño».

Poco después de ver al niño que vendía rosas seguimos, intrigados, el sonido de la voz de Celine Dion y llegamos al bar de transformistas de

la ciudad, donde no cabe un alfiler y una travesti no precisamente anoréxica ejecuta un sentido *playback* de *Thas's the way it is*. La ciudad vacía y el local de transformistas lleno. Me parece algo lleno de belleza, justicia y esperanza y nos quedamos. Las copas salen a precio de riñón, especialmente para los precios de aquí, pero las pagamos con gusto esperando que las travestis se lleven un buen porcentaje. Hay justo detrás de nosotros un chico de ojos tristes, espigado y que mira fijamente a la travesti como quien asiste a una aparición de la virgen y yo debo mirarlo varias veces para confirmar que no es Cosmos. Y claro que no puede ser él: es improbable que esté aquí. Pero es igual. Es ese doble que, se ve, todos tenemos en algún lugar del mundo. Cosmos, claro, ya no es así, ha envejecido, como yo, y las últimas veces que lo he visto por las calles de Pontevedra su belleza ya era otra, avejentada y lastrada por la edad, pero parte de ella se mantenía como la de una foto rasgada de un paisaje que fue hermoso: entre las grietas continúan los rincones que uno amó y uno puede recomponerlos milimétricamente hasta ver en él el mismo lugar que consideró suyo hace lustros. A Cosmos lo conocí de adolescente y nunca fue mi amigo, él era el amigo de otro que tampoco era mi amigo, era de hecho el matón de la clase y alguien que me tenía como objeto habitual de sus burlas. Alguien que empezó diciendo en los debates de clase de ética que lo de ser homosexual le parecía una enfermedad y un asco y acabo diciéndolo también en matemáticas, lengua española y hasta en latín, siempre con una mirada irónica que recorría toda la clase y clavaba en mí. Un día, mientras el matón se metía conmigo en los vestuarios tras la clase de gimnasia llamándome maricón y *cagao* y asegurando en alto, para que se riera el resto de compañeros, que estaba convencido de que yo nunca me había emborrachado le respondí de forma mecánica:

—Pues es verdad. Podrías invitarme a emborracharme.

Y él dijo:

—Hecho. Este sábado.

Enseguida vuelvo a Cosmos, pero para llegar a él hay que pasar por el matón. Bien, creí que el matón nunca me llamaría, pero ese mismo sábado sonó el teléfono de casa a las cuatro de la tarde y era él, que me citó a las seis en la plaza de Galicia. Nos fuimos por ahí con algunos amigos suyos. Me pareció hasta simpático. Me invitó a las copas.

Me decía, en los bares:

—Ponte de pie, Guillermito, a ver si estás borracho ya.

Yo me ponía de pie y comprobaba: cero mareo, puedo hablar bien. Ninguno de los síntomas de borrachera que la noche anterior, preparado para el sábado, había buscado en una enciclopedia sobre comportamiento y sexualidad en la adolescencia que me había regalado el novio de mi madre y que tenía unas detalladas ilustraciones de padres duchándose con sus hijos con los que yo a veces me tocaba en el cuarto de baño.

—Parece que todavía no estoy borracho —afirmaba.

—¡Pues otra copa para Guillermito!

Mientras me la bebía, recuerdo, me contó que lo que le gustaba a él de verdad eran las cubanas.

—¿Tú sabes lo que son las cubanas, Guillermito?

Y yo bebo y respondo:

—Las chicas de Cuba.

Y él y el resto se ríen. Y me dice el matón:

—Una cubana es cuando metes la polla entre las tetas de una tía, que mejor si son cubanas porque tienen buenas tetas, y les follas las tetas hasta correrte en su cara.

Y le pregunto que dónde encuentra cubanas en Pontevedra, porque crecí en una ciudad donde la única diversidad racial la aportaban los cinco chicos negros que vivían en una fonda frente a la sastrería de mi abuelo y nos vendían falsas alfombras persas.

Tras reírse otra vez, me suelta:

—Pagando, Guillermito, pagando.

Ese lunes, por cierto, el matón me trajo una cinta de vídeo a clase para que supiese lo que eran las cubanas y resultó que era porno grabado de Canal Plus, así que de algún modo siempre agradeceré su papel de cicerone en mis vicios de adolescencia. Recuerdo especialmente que me intrigó muchísimo una escena en la que dos chicos que se follaban a la vez a una chica expulsaban su semen sobre la cara de ella. No lo entendí.

¿Pero por qué echaban ahí su semen, de todos los lugares donde

podían echarlo, por qué no eyaculaban donde todos mis libros de sexualidad adolescente decían que había que eyacular? Recuerdo con ternura ese momento en el que no comprendí el gesto que marcaría la sexualidad, la dominación y el triunfo social de todas las generaciones que han venido después: correrse en tu cara. Siempre se lo deberé al matón. Los libros de sexualidad me enseñaron las reglas clásicas del coito, sus cintas de vídeo me enseñaron las demás.

Pero volvamos a esa primera tarde de sábado en que salí con el matón.

Creo que no llegué a emborracharme, imagino que estaba demasiado alerta para ello, demasiado centrado en resultar interesante para el matón, en ser el bufón que él buscaba para que me volviese a llamar al sábado siguiente, porque cuando uno vive desde pequeño en los márgenes de los círculos sociales establecidos aprende enseguida que el papel de bufón es posiblemente el único que te puede salvar. Cosmos apareció en mi vida unas horas después de esa primera salida con el matón, cuando a eso de las siete u ocho de la tarde nos fuimos a una discoteca y el matón empezó a hablar con él.

Él, Cosmos, preguntó algo así como *quién es el nuevo*, el matón me presentó y yo me quedé con esa misma mirada boba que se le pone a Humbert Humbert cuando ve por primera vez a Lolita. Era joven, no es que lo recuerde joven ahora que yo soy mayor, es que ya entonces me pareció joven como uno considera joven a alguien que ve en un cuadro: como aquello que no es maduro ni probablemente lo será nunca, como lo enérgico, lo vigoroso, lo fresco, y todo eso de una forma todavía más magnética porque con su camisa de rayas desabrochada hasta el cuarto botón, el pitillo colgando de la boca, la forma en que se apoyaba en la barra y agarraba su copa como un hombre adulto y sus ojos tristes, Cosmos parecía un viejo prematuro en el cuerpo de un joven.

La de Cosmos era una juventud alquilada, parasitaria, tal vez robada, magnífica, absoluta. Él era, a sus 16, el adulto derrotado en el que yo aún intento convertirme.

Solo salí dos sábados con el matón. Dejó de llamarme al tercero, me figuro que le aburrí, descubrió que no servía ni como bufón porque empecé a encajar sus insultos con deportividad e ironía y lo último que quiere un insultador profesional es que sus insultos encajen, se anulen y mueran. Pero como ya había puesto un par de veces el pie

en la discoteca de tarde, un lugar hasta entonces mitológico que solo

conocía a través de las historias que los demás contaban los lunes en clase, empecé a presentarme allí solo, haciendo que esperaba ver a otros amigos, que buscaba a mi pandilla, pero en realidad solo quería ver a Cosmos. Él siempre estaba allí, en el mismo lugar, en la barra, junto a la entrada, y con una extraña confianza, una cercanía involuntariamente seductora, me abrazaba al verme, me decía que me quedase en la barra con él y me invitaba a un cigarrillo y me hacía preguntas sobre mi sábado, sobre mis planes, sobre mi semana. La respuesta no la escuchaba, porque él solía o estar mirando a otra chica por el rabillo del ojo o con la vista fijada en la puerta para ver quién seguía entrando. Pero a mí me daba igual, porque los que entraban me veían con él, Cosmos era absolutamente mío por un minuto, tan querido, tan mío, como el hámster que probablemente maté. Bien, al final Cosmos acababa dándole charla a otro y yo me metía en la pista a ejecutar la farsa de que había ido allí a bailar o a buscar a los amigos que no tenía, de modo que tras dar unos cuantos paseos y asegurarme de que mis compañeros de instituto me viesen me salía de nuevo y Cosmos me decía:

—¿Pero ya te vas?

Y yo deseaba responder que sí, que solo había ido a verle a él, a contagiarme de su presencia, y ahora que eso había ocurrido ya podía irme a casa a tocarme pensando en sus ojos, pero simplemente le respondía que había quedado con otra gente en otro lugar. Luego no me iba a casa porque eso sería reconocer ante mi madre mi fracaso social, que me había ido a la discoteca tras acicalarme cuidadosamente durante una hora y había vuelto a los veinte minutos, de modo que me iba a dar largos paseos por la ciudad, que a menudo se repetían porque la ciudad se acababa pronto, y al regresar a casa horas más tarde y enfrentarme a la pregunta de que qué tal lo había pasado yo decía que muy bien.

Cosmos no se llamaba Cosmos, claro. Es solo que esta mañana vi una gasolinera que se llama así y me parece un nombre apropiado para ese primer enamoramiento que, como el olor del coche de tu padre o tu debut en la vergüenza, es infinito y nunca se olvida del todo. El tipo que se parece a Cosmos, que debe de ser un veinteañero australiano o británico o a saber, sigue ahí, mirando embobado a la travesti gorda que canta por Celine Dion. Parece que está solo.

Me acerco y le digo en inglés que me recuerda muchísimo a alguien. Él me pregunta a quién y le digo que al primer chico del que me enamoré en la adolescencia. Le cuento que, una vez, en un parque, el segundo y último sábado que salí con el matón, se fueron todos a por

cervezas menos Cosmos y yo, y él me rodeó con el brazo, como siempre hacía al verme, y me dijo: «Ahora que nos hemos quedado tú y yo solos la gente se va a

pensar que somos cebras». Y yo le pregunté: «¿Qué son cebras?» Y él respondió:

«Maricones».

Miento, no me he acercado a contarle esto al chico, ni siquiera tendría sentido contarle que en español cebras y maricones es lo mismo, si es que lo es, que nunca lo supe, pero según Cosmos lo era. En realidad sigo aquí con la copa en la mesa, observando como él observa a la travesti, mientras Víctor ha salido a fumar. Podría haberlo hecho si fuese otro momento, si yo fuese otra persona. Pero estoy demasiado atado por el hombre en el que me he convertido. Podría cambiar, empezar de nuevo, ser otro mucho más libre, pero para eso tendría que matar a todos los que me quieren. El espectáculo de travestis termina, me pregunto si debería pedir otra cosa, me pregunto también si veré más gasolineras Cosmos en Chiangmai.

Pues resulta que anoche, al cuarto día de viaje, cuando fuimos a ver el barrio hípster de Chiangmai, que resultó ser una calle con cafeterías y supermercados, me hice un esguince al meter un pie en un pequeño desnivel de la calzada. Noté ese tirón frío y familiar en los tendones. Y ahora, como resultado, tanto Víctor como yo caminamos cojos, porque él aún se recupera de una rotura de tibia y peroné del pasado marzo, y parecemos idiotas, dos tullidos que se han conocido y han decidido que, dado que uno es cojo del pie izquierdo y otro del derecho, lo que ha unido la simetría no debe separarlo el hombre. Mi nuevo esguince, cuyo grado aún desconozco, es heredero de otro esguince más grave de grado tres que me hice en 2020, a su vez heredero de otro más leve de grado uno que me hice en 2012. Varios doctores me advirtieron de que un esguince era un pasaporte directo a toda una vida de nuevos esguinces, así que siento que solo cumplo una profecía, una herencia que arrastro en mi tobillo derecho como se heredan las extravagancias, el cáncer o la calvicie. Mis músculos son de goma, me dijo un traumatólogo una vez. Y añadió:

—Tienes algo que llamamos síndrome del tobillo inestable. La mala noticia es que te caerás y te harás esguinces más fácilmente, la buena es que de viejo no tendrás artrosis.

Esto me lo dijo sonriente, como el que revela buenas noticias. Mi estructura vital, lo que me sujeta sobre las fauces del mundo, es

gomoso, frágil, danzarín. La parte buena es que mis músculos no se quedarán nunca rígidos, hinchados e inmóviles, pero de qué me sirve si probablemente tendré todos mis huesos rotos antes de llegar a viejo a base de tropezarme. Ahora sé que aparte de atropellado, electrocutado, congelado y asesinado en las duchas de una prisión también podría morirme en este país al tropezar y caerme por un barranco. Creo que una vez alguien me preguntó por el tipo de libros que me gustaban y yo respondí que me interesaba la estructura, que yo en una novela admiraba el hueso, que me seducía mucho más que la piel y el músculo. Ahora empiezo

a sospechar que esta es la venganza del músculo, es karma literario. Me ha dejado a merced de los elementos, soy todo hueso, al final será verdad que voy a morir aquí, solo mi tobillera servirá para identificarme cuando encuentren mi cadáver a los pies de una ladera y lo más triste de todo sucederá cuando comprueben que la etiqueta de la tobillera que me han vendido dice *Futuro*, porque esa es la marca de todas las tobilleras aquí. *Futuro*.

Pensé que la excursión que teníamos programada para hoy sería imposible estando cojo, pero me he venido con mi pie envuelto en una tobillera *Futuro* que anoche conseguí en una farmacia enseñando una fotografía en el iPhone.

— *Broke my ankle* —informé, siguiendo con mi juego de hablar inglés como si fuese idiota.

El autobús atraviesa la carretera que cruza unos bosques espesos donde los pinos se mezclan con palmeras y con cientos de cables de alta tensión que serpentean entre las ramas y los postes de cemento. Al rato paramos en lo que la guía describe como unas célebres fuentes termales que son, en realidad, dos pequeñas albercas que huelen a azufre de las que sale un poco de humo y están rodeadas de decenas de tiendas donde un montón de vendedores nos ofrecen pantalones típicos con estampado de elefante, café, comida, tabaco y figuras de madera. También hay un 7-Eleven. Nadie mira las fuentes termales y me compro un pantaloncito de elefantes por 100 baths por si hay que taparse las piernas para entrar en algún templo. Resulta que no, porque el templo gigantesco que vemos tras media hora más de viaje, totalmente blanco, no es budista del todo: tiene motivos ornamentales como Predator, Alien o las Tortugas Ninja y ha sido construido, según explica la guía, por un artista millonario y medio loco con su propio dinero. Hay un Buda, sí, pero como nadie se ha puesto los pantalones largos ni ante él ni ante el Predator, yo tampoco lo hago, además me cuesta ponerme y quitarme ropa con la tobillera *Futuro*.

Después vamos hasta la frontera de Tailandia con Laos y Vietnam y paseamos en barco por un lugar que es el mayor productor mundial de heroína. Está lleno de casinos.

Hay una pequeña isla justo en medio de los tres países que no es, legalmente, de nadie, y en ella no hay nada, solo maleza. Me pregunto si en ella podría matar a un hombre sin que la ley de ningún sitio me persiguiese. Fantaseo con la lista de personas que, llegado ese caso, me gustaría traer hasta esta isla y asesinar. El dolor en el pie ya es mucho más llevadero. Y gracias a haber empezado a pensar en muertes ajenas me doy cuenta de que llevo casi media hora sin pensar en la mía.

Hemos llegado a Chaweng, isla de Koh Samui. Aquí nos hospedamos en un *resort* precioso, en un terreno que ocupa la primera línea de playa, probablemente adquirido por una cadena hotelera internacional que ha privado a los habitantes de la isla de volver a ver jamás esa parte de la costa y que probablemente ha pagado sueldos ridículos a los obreros locales por construir casas que por fuera pueden llegar a parecerse a las suyas, pero dentro tienen jacuzzi, aire acondicionado y suelos de mármol. Pues bien, en este *resort* estamos. Es hermoso, el mal suele ser hermoso.

Hermosa es la arquitectura fascista, hermosa es la sangre y hermoso es este lugar. La primera noche vemos una araña en la cama y Víctor se vuelve loco y empieza a vaciar el *spray* antimosquitos para la piel por la habitación y las sábanas y, de repente, el aire se vuelve irrespirable, así que hay que abrir las puertas de la terraza y dejar que entren muchas más arañas. En realidad me gusta el *resort*, me siento culpable porque me encanten estos paraísos artificiales, y me gusta Chaweng en general porque, aunque desde la calle principal no se ve el mar y también está llena de cables que salen de todas partes, tiene eso que amo de las ciudades turísticas: es un simulacro constante, una representación de lo que debería ser una calle, un supermercado y un bar. Un decorado construido para una fabulación que durará poco, en nuestro caso cuatro días, para una mirada efímera, porque si alguien estuviese más tiempo del estrictamente necesario en este lugar descubriría las tramoyas ocultas tras los árboles, las colinas y los edificios, descubriría que la vida humana aquí es impensable más allá de cuatro o cinco días, como en las áreas más cercanas a Chernóbil. La clave para amar estos lugares es abandonarlos pronto.

Por la calle principal de Chaweng camina un tipo con una enorme iguana naranja, otro con una enorme iguana verde y otro con un pequeño mono tití atado a una cadena. Si les das un billete, te puedes

hacer fotos con los animalitos. Algunos turistas lo hacen. El agua de la playa frente al hotel está estancada y muy caliente debido al arrecife que acota parte de la bahía, así que estamos casi siempre en la piscina. Y eso que las piscinas siempre me han entristecido, al menos las de Madrid. En verano me recuerdan que estoy en medio de un secarral, que el mar está lejos y las gaviotas no cantarán. Pero luego están las piscinas al lado del mar, como esta, con una playa kilométrica, de arena dorada y bordeada por palmeras, todo apenas a diez metros. Estas piscinas me gustan, estas sí, porque su propia existencia es descarada, se atreven a medirse con el océano, apelan a pecados que me interesan un montón, como la pereza y la vanidad: todo en ellas es más fácil y más esteta. Estas piscinas, solo estas, no son como las demás. Las de Madrid existen por culpa de la desesperación y de la añoranza, estas existen gracias a la fantasía y el antojo. Me empiezo a dar cuenta: la piscina al lado del mar quiere imitar al mar, del mismo modo que nuestro resort quiere imitar a una jungla y esos edificios dispuestos en línea que hay al salir del hotel quieren imitar a un pueblo. Las canciones que suenan en el resort son versiones *chill out* de éxitos de la radio y los altavoces que

las emiten tienen forma de roca y están ocultos entre la vegetación. Me gusta esta adulteración de la realidad, del mismo modo en que me gustan las Lays que Víctor compra compulsivamente para probar los sabores. Hay aquí todos los imaginables: sushi, *spicy noodle*, pollo barbacoa, sopa de miso. Imitan a un sabor: al principio se parece poco, hay apenas un atisbo de lo que pretenden ser, pero cuantas más comes más se forma ese sabor en tu boca. Cuantas más comes, más te saben a algo. Me recuerda a hace años cuando alguna mañana de domingo, en casa de unos desconocidos, si tomaba las suficientes dosis de éxtasis podía llegar a creer que estaba enamorado.

En nuestro último día en Koh Samui está nublado, así que me voy a dar un paseo por la playa y un hombre me ofrece pashminas, gafas de sol, pulseras y marihuana. Íbamos a ir a visitar otros lugares de la isla, rincones de la costa y pequeños islotes que los carteles de las agencias que hay por la calle principal de Chaweng venden como el paraíso, pero Víctor y yo las miramos con cierta curiosidad primero, después con desdén y al final decidimos que mejor seguiremos pasando el día en la piscina del *resort* construido con la sangre de los locales . Sobre él los aviones no dejan de pasar, porque el aeropuerto está al lado, y ya nos los sabemos de memoria: está el de primera hora de Bangkok Airlines, el de media mañana de Asia Air, el de sobremesa de Thai Lion. Si alguno de ellos explotase en pleno aterrizaje o despegue podría caérsenos encima.

Aunque si eso ocurriese hoy, ahora mismo, mientras escribo esto, mañana volaría más tranquilo, convencido de las pocas probabilidades que hay de que ocurra dos veces en dos días. Miro los aviones, pido cócteles Tom Collins en la barra que hay dentro de la piscina y solo a veces me siento culpable de haber volado hasta aquí, la otra esquina del mundo, para tirarme a no hacer nada en un *resort* y me pregunto si deberíamos haber ido a visitar esos paraísos que prometían las agencias. Playas vírgenes, montes salvajes, aguas de color turquesa. Enseguida me convenzo de que no. Mi paraíso es holgazán y sintético: tiene tumbonas, piscina, toallas limpias, neveras con cerveza fría y un dormitorio con aire acondicionado. Estoy seguro de que hay un paraíso verdadero, puro, virgen, salvaje y terrenal, pero yo ese paraíso no lo quiero para mí.

Volvemos a Bangkok para pasar dos últimos días. En el aeropuerto nos recoge un taxista de unos cien años que, en medio de la autopista, se detiene en el arcén y susurra:

— *Toilet*.

Y se mete en un cubículo durante cinco minutos en los que el taxímetro no se detiene, claro.

—Y yo pagándole la meada a este carcamal —protesta Víctor—. ¿Me explicas?

El primer día vamos al parque Lumpini y allí vemos a los varanos, unos lagartos gigantescos, que parecen cocodrilos y caminan libres por la hierba. Después, junto al estanque, me siento y Víctor me hace una foto en la que me veo guapo, así que la pongo de perfil en Instagram. Esa noche cenamos en un japonés que Víctor comenta que debe de ser bueno porque está lleno de japoneses bien vestidos, y tiene razón. El segundo día vamos a ver la casa museo de Jim Thompson, un estadounidense que creó un imperio textil comerciando con telas tailandesas, se fue a vivir a Bangkok y desapareció misteriosamente durante una excursión sin que nadie haya encontrado su cadáver hasta hoy. Nos aventuramos a comer unas extrañas bolas blancas que anuncian como un manjar típico tailandés en un pequeño local y nos parecen repugnantes. Nos subimos a un rascacielos muy curioso que muestra en partes de su estructura oquedades hacia el interior y parece que se lo han comido las polillas, y desde arriba todo son rascacielos, coches, apenas verde, y me pregunto cómo puede haber vida humana en este lugar.

Volvemos a emborracharnos a la calle de los maricones. Cenamos en

un mexicano.

Hago fotos de todo, a veces vídeos, y en esos vídeos me saludo a mí mismo, me susurro a veces «hola», porque sé que los estaré viendo una mañana lluviosa de enero en la oficina. Me saludo a mí mismo y me consuelo, me transporto de nuevo a este lugar. En el aeropuerto, esperando el avión que nos devolverá a Madrid, previa escala en algún país todo dorado y marmóreo y sin derechos humanos, aprovecho el wifi y busco información sobre los cables en Tailandia. Resulta que, simplemente, no se han acordado de meterlos bajo tierra. Quieren hacerlo, lo tienen en sus planes, pero es mucho trabajo. Ahora mismo todas las comunicaciones están al descubierto, vuelan sobre las calles. Todos los mensajes de amor, odio, gratitud, euforia, sorpresa, celos, compasión, afecto o desesperanza están en el aire, a la vista, y el suelo solo lo gobiernan las ratas y los rascacielos. Nosotros ya no, porque nos acabamos de subir al avión. Fuera está oscuro y los rascacielos de Bangkok son ya un puntito en el horizonte. Víctor me ofrece un Trankimazin.

—Pensé que los habías tirado todos por el retrete por culpa de los militares —le digo.

Él me responde que no, que escondió dos. Y enseguida se duerme. Luego mando un mensaje a casa antes de que despegue el avión. Siempre he pensado que un accidente de avión es la que deja una despedida más digna para todas las partes. Las últimas palabras de tu interlocutor serán «buen viaje», las tuyas serán «te veo al llegar». Si muero en este avión habré muerto con cortesía.

Un pequeño ruido seco en mi cabeza

Un pequeño ruido seco en mi cabeza

En la primavera de 2003 vestía a menudo con una camiseta naranja con un dibujo de Piolín puesta a su vez sobre otra camiseta de rayas, unos pantalones anchos y una cinta en la cabeza. Visto hoy podría haber parecido un indigente. Cuando aún no sabes muy bien quién eres pruebas diferentes disfraces hasta encontrar el mejor disfraz posible de ti mismo. Era mi primer año en Madrid. Vivía en una residencia de estudiantes en la Gran Vía que parecía un frenopático lleno de gente que también buscaba el suyo. Un chico de mi pasillo empezó a ponerse boinas y bufandas de colores chillones, otro se compró una capa española que no se quitó hasta el verano y un tercero decidió empezar a maquillarse en noviembre y cuando llegó el calor ya parecía un mimo. Y esos eran los interesantes. Los que ni se molestaban en buscar un disfraz nos resultaban directamente unos ceporros.

Mi complemento final, el que marcaría mi rostro para siempre y lograría que entendiese por fin quién era yo y cuál era la arquitectura exacta de mí mismo, me vino de golpe.

Por aquel entonces estudiaba un curso de cine por las mañanas y hacía poco o nada por las tardes. Un día, paseando por la calle Bailén, vi a unos chicos patinando y recordé que a mí me gustaba patinar, que lo había hecho durante muchísimas tardes de mi infancia que acababan convirtiéndose en noches. Cuando desafías el modo en que está dictado que te muevas por el mundo, cuando avanzas a toda velocidad sin tener prisa por llegar a ningún lado, se te pone una cara de felicidad cándida y boba parecida a la de un ajolote. Así que me compré unos patines, los más baratos de El Corte Inglés, y le sugerí a mi amigo Andrés que se hiciese con unos él también para que yo le enseñase.

Quedamos un jueves, pero llovía, así que nos fuimos a otro sitio, supongo que a ver discos a alguna tienda, y volvimos a citarnos al día siguiente. Ya bajo el sol patinamos durante un buen rato por el parque del Retiro: alrededor de la rosaleda, por el paseo de la República de Cuba y por el Paseo de Uruguay.

—Hay que ganar velocidad abriendo un pie hacia fuera de forma alterna —

explicaba yo—. Y luego haces eses y así mantienes la velocidad.

Cuando enfilamos por el Paseo Ferrán Núñez, no por la parte en la que

se pone la Feria del Libro sino por el tramo final que ya abandona el parque, no nos dimos cuenta de que la avenida se iba inclinando, que se iba haciendo más y más angosta, hasta que empezamos a ir muy deprisa. La cara de felicidad se me borró cuando vislumbré, no demasiado lejos, la avenida Alfonso XII.

Si no tenía en mi primer año en Madrid una idea muy formada de la arquitectura de mí mismo, menos la tenía de la del parque del Retiro y de cuáles de sus paseos terminaban en calles atestadas de tráfico. A unos cien metros de mí los coches, los taxis, los autobuses y las motos avanzaban veloces rumbo a la estación de Atocha, pero no tan veloces como yo avanzaba hacia ellos. Intenté hacer eses para aminorar la velocidad, pero no funcionó. Intenté usar el freno, ese bloque de goma colocado tras el patín derecho que pocas veces ha servido para frenar, y tampoco. Dar una vuelta completa, un giro en forma de u, era arriesgado porque la avenida no era tan ancha. Andrés, según pude comprobar en uno de los momentos en que giré la cabeza para saber si él seguía vivo, había sido más listo que yo y había decidido, antes de adquirir tanta velocidad, dejarse caer de culo. Lo mío fue vanidad. Yo no quería tirarme de culo porque era el profesor, era el guía, era el que estaba enseñando cómo se hacían las cosas.

Pero no lograba frenar, la avenida Alfonso XII estaba cada vez más cerca y me dirigía a toda velocidad a un atropello seguro, a unos cuantos huesos rotos, a mi probable muerte. Tan joven, muerto a los veinte años. Y entonces vi, a una distancia prudencial, un camino que se abría hacia mi izquierda. La salvación. Solo tenía que girar y ese camino aminoraría mi velocidad hasta poder detenerme, volver a buscar a Andrés y elegir otro terreno más seguro y llano para seguir con mis lecciones de patinaje. ¡Yo, un patinador victorioso, superando una cuesta y a la muerte misma!

Cuando giré aquella curva observé que el camino era empedrado y que a apenas tres o cuatro metros de su comienzo había una verja negra de hierro.

Cerrada.

De repente, la idea de ser atropellado en la avenida Alfonso XII me pareció mucho mejor. Pero era tarde para girar de nuevo. Supe entonces que moriría de la siguiente manera: cuando mi cuerpo se empotrase contra aquella verja sería como si golpeasen mi pecho y mi cabeza con tres o cuatro barras de hierro. Moriría como si me hubiesen dado una paliza, mi cerebro convertido en una masa blanda y esponjosa parecida a una coliflor derretida, mi cráneo repartido por

el pavimento como una cáscara color ocre reventada, todo listo para que la gente se preguntase qué trozos eran realmente piedra y qué trozos eran parte de mi parietal. Y encima sin nada de épica. Ni siquiera saldría en las noticias, no sería ni un mártir. Si unos neonazis hubiesen cogido esas mismas barras de hierro de la verja y me hubiesen golpeado el cráneo hasta matarme sí que habría algo de sentido en mi muerte, sería celebrado, reivindicado, probablemente me pondrían una placa conmemorativa allí en el parque o un pequeño monumento en Pontevedra, incluso una placa en mi edificio: «Aquí nació Guillermo Alonso, gran mártir, patinador regular». Pero no, iba a morir arrojándome yo mismo, mi cráneo, mi cerebro inútil y

estúpido, directamente hacia esas barras de hierro, una especie de suicidio ganso, un final propio de un imbécil, de alguien que corre hacia su muerte como el que se lanza veloz a una picadora gigante de carne por hacer algo entretenido.

Pues bien, al final tampoco sucedió exactamente así.

No rodé directo a toda velocidad hacia la verja, porque al topar las ruedas de goma de mis patines con aquel empedrado mi cuerpo salió disparado de un salto, volé un poco por los aires, y después no recuerdo nada, solo la oscuridad.

Un espacio en blanco. O en negro. Sin color.

No es un olvido largo, pero sí profundo, unos dos o tres segundos absolutamente borrados de mi memoria, una especie de pestañeo a cámara lenta en la crónica de mi existencia, mi primer punto y aparte. Recuerdo que tras el brevísimo fundido a negro me levanté del suelo mareado, que un líquido caliente me cubría el mentón y el cuello y que notaba piedrecitas o arenillas en la boca que me hicieron pensar que, en mi caída, mis labios habían rozado alguna superficie de tierra. No tardé en darme cuenta de que eso que había dentro de mi boca eran mis propios restos dentales, ahora descansando sobre mi lengua y también debajo de ella. Me acerqué, ya no patinando, porque de repente se me había olvidado patinar, sino caminando lastimosamente cuesta arriba sobre cuatro ruedas en mis pies, a Andrés, que me miraba abriendo la boca. Me dio tanta envidia que él tuviera todos sus dientes. Parecía dispuesto a decir algo, pero no encontraba las palabras. Yo me fui quitando los restos dentales de mi boca y tirándolos al suelo, como el que deja un reguero de migas por si se pierde, porque me incomodaban para hablar, y quise decirle «estoy bien», que era la verdad, vaya, porque no había muerto. El Parque del Retiro se me antojó demasiado bonito para ser el infierno y demasiado

feo para ser el cielo, pero pese a esa certeza siempre me he preguntado desde entonces, cuando me han pasado cosas malas, si realmente habré muerto ese día y estaré viviendo desde entonces en un castigo eterno.

A lo que iba: quería decirle a Andrés: «Estoy bien». Pero de mi boca salió algo más parecido a: *eztoy fien*. Creo que eso me impactó más que recoger mis propios restos dentales del interior de mi boca, que los sonidos que llevaba veinte años perfeccionando saliesen diferentes de mis labios, que el lenguaje me hubiese abandonado. Andrés, que seguía sin poder decir mucho, que solo me miraba impresionado con la boca abierta y todos sus dientes dentro, me prestó su pañuelo blanco, que enseguida se volvió rojo entero cuando me lo llevé a la boca que no dejaba de sangrar. Me acerqué a un coche de Policía para decirles que me había caído y preguntarles si me podían llevar a un hospital. *Me he caízo, me poféiz llevad a un hozpital.* Ellos me respondieron que no, que

eran de la sección canina, y me fijé en su coche, aún trastabillando sobre mis cuatro ruedas, y así era, allí ponía *Policía Canina*, y a mi alrededor, en ese momento, las madres agarraron a sus hijos y se alejaron mientras musitaban que debía de haber un perro asesino suelto.

Mientras se formaba un vacío humano a mi alrededor, como si me encontrase en el corazón de una hecatombe nuclear, uno de los policías se bajó del coche, me pidió que me sentase en un banco y me informó de que ya había llamado a una ambulancia. Abrí la boca y le pregunté a Andrés, que esperaba conmigo, *cuántoz diedtez* me quedaban. Él me tranquilizó diciéndome que los tenía todos menos uno. ¡Todos menos uno! Pensé que debía de existir realmente Dios si no solo no había muerto sino que seguía teniendo todos los huesos en su sitio y *todoz loz diedtez menoz uno*. Les di las gracias, a Andrés por el dato y a Dios por la cantidad. De niño me caí a un pozo de mierda en el campo un fin de semana y no me pasó nada, así que ese mismo lunes fui a la iglesia donde había tomado la primera comunión para darle las gracias por seguir vivo. Me di cuenta de que pertenezco a ese tipo de ateo que repentinamente molesta cuando acaricia la muerte, de que tal vez no sea realmente ateo, sino el peor creyente del mundo.

La ambulancia me llevó al Hospital Clínico y allí me cosieron sin anestesia. Una doctora que no resultó demasiado amable me decía que no me moviese, que no me quejase, que no hiciese preguntas, pero yo estaba herido y solo y necesitaba saber cosas para confirmar que no había muerto y había ido al infierno, una idea que de nuevo se

presentó en mi cabeza en aquel quirófano de urgencias. Cuando terminaron de coserme yo pregunté si me quedaría cicatriz y me dijeron que no. Me decepcioné, quería una cicatriz gigante en mi mentón y mi labio. Eugenio, el niño que me gustaba en el colegio, tenía una cicatriz en la ceja y los brazos siempre arañados de intentar cazar gatos salvajes en los montes que había detrás de su casa. Durante una excursión de la clase al monte de Santa Tecla para ver los petroglifos le pedí que posase para una foto. Había tenido que hacer fotografías antes a gente que no me interesaba nada para que pareciese casual pedirle una a Eugenio, claro. Él tenía en ese momento un yogur en una mano y una lata de cocacola en la otra, así que le pedí que enseñase las dos cosas, que posase como en una crucifixión, confiando en que al revelar la foto tendría una imagen de los brazos arañados de Eugenio y su ceja partida para observar siempre que yo quisiese en mi casa. Cuando revelé la foto días después, Eugenio estaba borroso. No se apreciaba ninguna de sus cicatrices ni arañazos. No paraba quieto mientras posaba. La definición de las cámaras fotográficas aún no jugaba a favor de mis pequeñas perversiones. Aun así, colgué la imagen borrosa de Eugenio en el corcho de mi dormitorio.

—Qué bien que hayas hecho un amiguito —recuerdo que me dijo mi madre.

Nunca tuve foto de las cicatrices de Eugenio ni conseguí cicatrices propias.

Tras la mala noticia pregunté a la doctora aquella tan agria que qué pasaba con mi diente, que si no me lo arreglaban, y entonces se rio, por fin, y respondió: «Eso lo tendrás que hablar con tu dentista». Me indicó que ya podía irme y señaló la salida por un pasillo blanco inmaculado y regado por la luz del sol de la tarde que, esta vez sí, era parecido al cielo y me hizo pensar que tal vez al final del mismo estarían mis familiares muertos, pero luego recordé que no tenía familiares muertos todavía. Se empezaron a morir más tarde.

Era viernes, 9 de mayo de 2003, y volví a mi residencia sin diente. O no. En realidad tenía *parte* del diente. Había quedado algo arriba, pegado a la encía, el inicio de una paleta sesgada de forma violenta y limpia unos milímetros más abajo de su nacimiento, y yo no dejaba de mirarme a todas las superficies reflectantes, ya fuese un espejo, un cedé o un escaparate, porque nunca había visto un estropicio semejante. La cicatriz que había en mi mentón desaparecería, pero mi diente no volvería y había en mí tanto horror como fascinación ante el hecho de que yo me había hecho aquello a mí mismo y yo solito. De

repente cambié de opinión al respecto de la autoría de mi accidente, olvidé la fantasía de los neonazis y descubrí que había más gloria en mi caída que en una paliza ajena. Esta obra escultural de mi diente completamente destrozado era todo crédito mío, sin coautores, tal vez mi primer gran logro, mi primera creación, mi debut.

Me encontraba así, mellado, desdentado y con una cicatriz en el labio y otra en el mentón, especialmente bello, acostumbrándome, ahora sí, a la forma de mi cara y comprendiéndola, porque uno nunca conoce mejor la arquitectura de su cuerpo que cuando colapsa. Y así de bello como estaba, y desoyendo el consejo médico, me fui a la noche siguiente a los bares. Quería ser visto así de atractivo, creía que todo el mundo querría besar a un hombre joven sin dientes y con puntos en el labio y el mentón.

Mostraba a todo el que quisiese hablar conmigo las bondades de ser un desdentado metiéndome las pajitas de la copa por el hueco de mi boca, apretando la mandíbula y explicando que ahora podía sonreír o silbar o tiritar de frío mientras bebía, que el agujero que había aparecido en mi dentadura solo aportaba ventajas. Pero nada de aquello resultó atractivo, mi presencia inspiraba más bien lástima y molestia. Se ve que al contrario de excitar a nadie simplemente daba asco. Además ceceaba y sospecho que ninguna parafilia contempla el atractivo de cecear. Así que me volví a la residencia a dormirme con la ayuda del Gelocatil.

Al lunes siguiente fui a un dentista que me habían recomendado, experto en poner dientes nuevos y carillas de porcelana a gente de la televisión. Tenía en la sala de espera, sepultados bajo ejemplares recientes de revistas de crónica social y ejemplares

antiguos de *Muy Interesante*, varios cuadernos con recortes de prensa en los que algunos famosos de la televisión, como Inés Ballester, le agradecían lo que había hecho por su boca. Lamenté no haberme fijado nunca en los dientes de Inés Ballester, pero me tranquilizó lo amables que habían sido las secretarias y, según me habían dicho, lo caro que iba a ser todo aquello. Nada tan caro podía salir mal.

El dentista, un hombre canoso, mayor, ya cerca de la jubilación, fue extremadamente amable también, me llamaba «genio» todo el rato y como le vi cara de buena persona me dio rabia no poder decirle lo de los neonazis, algo que, sospecho, le hubiera hecho sentir una pena enorme por mí. La compasión ajena reconforta y alimenta cuando estás herido. Le expliqué la verdad, siempre tan plana y aburrida: que me había caído patinando. La mentira siempre ha sido un terreno

abonado para la creación y la fantasía, pero la verdad nunca ha sido nada, solo la verdad, aunque yo esté contando la verdad ahora. Y él se rio, como si le pareciera cómico que me hubiese abierto la cabeza contra una verja, y me dijo: «Lo importante es que te gusta el deporte, genio». No le dije que era la primera vez que patinaba en diez años para no matar tan pronto a mi propio personaje, que me empezaba a caer bien incluso a mí.

El dentista de Inés Ballester me explicó lo que pensaba hacer con mi pieza número veintiuno, que así empezó a llamarse desde entonces, para reconstruirla: algo así como meterme por la encía una especie de palo alrededor del cual crearía un nuevo diente con un material llamado *composite*, y añadió algo de colocar detrás de mis dientes superiores una tira de no sé qué tipo de resistente fibra que ayudaría a su sujeción. Me preguntó si no me dolía lo que me quedaba de diente, le dije que no y me alertó de que pronto empezaría a dolerme. Me aclaró que si llevaba un fin de semana de paz y sin dolor era porque la secuela del golpe aún duraba y dormía la zona, pero pronto empezaría a resultar insoportable. «Estoy tomando Gelocatil», respondí, aunque sonó más bien como *eztoy tomanzo gelocacil.* Él se rio otra vez y me di cuenta de que a todo el mundo le hacía mucha gracia cualquier cosa que yo dijese si lo decía ceceando. Si un día cometo un delito con pena de prisión lo confesaré arrancándome de nuevo el diente.

Añadió el dentista:

—Probablemente necesites morfina. Llámame si te duele.

Volví a la residencia y le conté a todo el mundo que iba a tomar morfina. Fantaseé esa noche con la posibilidad de que me doliera pronto. ¡Yo, consumiendo morfina! Qué madrileño, qué adulto sería aquello. Entonces ni siquiera tomaba demasiado café, de modo que todo lo que acabase en *ína* me parecía algo peligroso y digno de hacer en la gran ciudad. En todo caso un endodoncista me dio cita justo al día siguiente, me mató el nervio del diente y me evitó aquel dolor en potencia. Sin nervio ya no habría dolor y sin

dolor ya no habría morfina. Mi primera aventura con las drogas se quedó en una mera fabulación. Durante la primavera de 2003 puedo decir de mí que iba con una camiseta naranja de Piolín y desdentado, pero no era aún un drogadicto.

Unos días después volví a mi dentista, que encajó en mis labios un aparato circular de bordes redondeados que mantiene tu boca abierta hagas lo que hagas y me dio el aspecto más ridículo y, ahora sí, digno

de lástima que he tenido nunca. Con esa pinta como de persona constantemente sorprendida, o tal vez de muñeco hinchable, se reconstruyó mi pieza número veintiuno. Fue más rápido de lo que pensaba. Dos dolorosos pinchazos para la anestesia, unos movimientos dentro de mi boca, un tubito que aspiraba mi saliva y mi sangre, al final una sensación de calor y, de repente, volvía a tener un diente.

Alguien me dio un espejo, y esto se convertirá en una constante en todo este relato: cuando esté más herido, aturdido y feo, una mano anónima me tenderá un espejo para que pueda verlo. Vi mi reflejo: con mi nuevo diente y mi cicatriz ya desapareciendo simplemente había vuelto al principio. Era algo muy parecido a lo que había sido antes del accidente. Pagué. Cuando salí me estaba esperando mi madre, que había venido por sorpresa a hablar con el jefe de estudios de la escuela de cine por mis lamentables notas del segundo trimestre y se había enterado de mis reiteradas ausencias a las clases. Me gritó en la calle, en una cafetería, en una tienda de regalos y al final en el metro. Pese a que amenazaba con devolverme a Pontevedra y con ponerme a trabajar en su tienda de tallas grandes, me regaló dos jerséis tras preguntarme por qué andaba vestido así, por qué me gustaba parecer un pordiosero. Me preguntó si acaso andaba drogándome, pero como no dejaba que le respondiera porque enseguida volvía a gritarme otra cosa ni siquiera pude decirle que no había podido probar ni la morfina, que ni drogadicto se me había permitido ser. Luego me dijo antes de desaparecer tras los tornos del metro de la Plaza de España:

—Te ha quedado bien ese diente.

Esto ya sin gritar.

Cada vez que acariciaba la parte interior de mis dientes superiores con la lengua ya no notaba la rugosidad de mis paletas e incisivos, sino una superficie llana y dura que ahora formaba parte de mí, como si de repente fuese un hombre biónico. Además, el hecho de tener un número en mi cuerpo, un veintiuno, me acercaba a los robots. Nunca había sido tan consciente de tener dientes, nunca había agradecido tanto la existencia de mi cuerpo en su totalidad. Y hubo un sueño recurrente que empezó durante aquellas primeras semanas posteriores a tener mi nuevo diente: se me caía aquella franja que

sujetaba el *composite*, luego se caía el *composite* y, al final, todos los demás, los de verdad, hasta que tenía que sacármelos de la boca como me había sacado los restos de mi paleta aquella tarde en el Retiro. Me despertaba repentinamente, me incorporaba en la cama y me llevaba

los dedos a la dentadura, tanteándome hasta las muelas. La pesadilla se extendió durante años y no se ha ido del todo. A veces es más recurrente, otras se me permite soñar con cosas que no se caen de mi boca. Buscaba en Google: ¿qué significa que sueñes que se te caen los dientes? Y siempre me salía el mismo resultado: el sueño de la caída de piezas dentales va asociado al miedo y a la pérdida. Poca ayuda, yo ya había perdido, había perdido mi diente original. Buscaba entonces: ¿qué significa que sueñes que pierdes los dientes *cuando se han perdido ya*? Pero ahí ya no había respuesta, el algoritmo de Google nunca ha logrado comprender una salvedad.

Tras perder el diente también sucedió que empecé a moverme alerta por las calles, por las casas y por las oficinas. Consideraba cualquier desnivel el origen de una posible fractura y cualquier arista en el camino, ya fuese el borde de una acera, un poyete de piedra o la esquina de un pasillo, la posibilidad del caos. Vivía con miedo, me movía sigiloso por el mundo temiendo que cualquier cosa acabase incrustada en mi mandíbula. En la primavera de 2013, cuando mi diente falso de *composite* cumplió una década prestando servicio y mordiendo cientos de bocadillos, hamburguesas, empanadas, pizzas, costillas, manzanas, alitas, cortezas, patatas, tiras de celo adhesivo, uñas, lápices y el cuello, las orejas o las cejas de algún hombre que me lo permitiese, ocurrió de nuevo. Se cumplió la posibilidad del caos.

En la primavera de 2013 observé que mi diente llevaba un tiempo adquiriendo un color extraño en su parte superior. Una noche de abril regresaba a casa hambriento, me paré a comprar pan de pésima calidad en un bazar chino, me hice un bocadillo y, como lo encontré complicado de morder, como aquella era una barra pasada, gomosa, algo así como un tendón gigantesco, apreté los dientes sobre él, me enzarcé en la lucha como un león que despieza un conejo, moviendo la cabeza a un lado y a otro y arriba y abajo, y de repente oí un pequeño ruido seco en mi cabeza.

Clac.

Y di un respingo, escupí el trozo de bocadillo que había entrado en mi boca. Toqué mi diente. Seguía ahí. No se había caído, pero se movía levemente. Lo acaricié con la lengua. Un pequeño empujón de mi lengua hacía que el diente se desplazase hacia fuera. Un pequeño empujón del lado contrario y se desplazaba hacia dentro.

Volví a la consulta dental. Las amables secretarias me reconocieron, pese a que yo ya vestía para entonces como una persona normal, vestía con el uniforme de camuflaje de

alguien que ya lleva el tiempo suficiente en una gran ciudad: todo gris o todo azul marino o todo negro. Mi dentista simpático y canoso se había jubilado, me informaron, y en su lugar había una dentista nueva que tocó con delicadeza mi diente y me explicó que parecía que la parte de la paleta que aún era mía, el pequeño rastro de mí mismo que aún permanecía en la pieza número veintiuno, casi toda ella una reconstrucción de *composite,* tenía alguna infección y eso había debilitado toda la sujeción. Y que, además, mi feroz bruxismo se había cargado la lámina interior que servía de apoyo. Terminó informándome de que ahora habría que deshacer todo ese trabajo.

Me odié a mí mismo: mis tejidos vivos boicoteando mis partes muertas, una batalla entre mis células y un *composite* que solo había venido a ayudar, yo en medio de una guerra a la que no había pedido apuntarme. Maldije mi organismo, deseé ser todo yo un *composite,* un Guillermo reconstruido y sin nada viviente en mí. Pregunté si me pondrían otro nuevo y la dentista me dijo que no, que esta vez no podíamos repetir ese proceso dado que los restos de mi diente original habían muerto también, que no había nada a lo que se pudiese agarrar una nueva reconstrucción. Que apostaríamos por algo definitivo, una corona con su tornillo, una operación que sería más larga que la anterior pero más segura y permanente y que me costaría en total unos cuatro mil euros. Pero que no me preocupase, que podría pagar a plazos a medida que lo hiciésemos y que, si pagaba en efectivo, me harían el cariñoso descuento de la economía sumergida.

Pasaron unos meses mientras me lo pensaba, mientras me obsesionaba de nuevo con mi diente. Se hicieron de nuevo habituales los sueños en los que mi boca se llenaba de piezas dentales descansando sobre mi lengua o debajo de ella, de tantas que en algunos parecía que tenía dentro de mi boca los dientes de cinco o seis personas más, que podía vomitar muelas. La calle volvía a parecerme un campo de obstáculos destinado a astillar mis paletas, mis piezas número veinte, veintidós, veintitrés y veinticuatro también. Como no dejaba de empujar obsesivamente mi diente con la lengua hacia delante y hacia atrás en casa, en el trabajo, mientras dormía y en los encuentros sociales, ya adicto a aquel movimiento leve y sordo, una vez una persona me preguntó durante una comida si acaso estaba coqueteando con ella.

Ahí decidí ponerme la corona.

En la primavera de 2014 me quitaron mi diente de mentira y también lo que quedaba de mi diente de verdad. Estaba de nuevo mellado, pero esta vez no lo encontré atractivo ni interesante, solo triste e incómodo: tenía un hueco artificial y feo en medio de la boca y volvía

a cecear. El asunto es que no podían ponerme la corona, *no podían ponedme da codona, no,* al menos no inmediatamente. Me explicaron que por motivos estéticos también debían reconstruirme la encía que cubría la pieza número veintiuno, puesto

que al quitarme ya todo rastro de diente la encía existente en esa zona iba a retraerse y no habría piel que formase una cobertura sobre mi nueva pieza. De modo que, a la vez que hacían un agujero en mi paladar para meter el tornillo que sujetaría mi corona, me arrancarían trozos de piel del interior de mi boca para coserlos a mi encía superior y fabricarme una encía nueva.

El primer día salí de allí con varias cosas nuevas en mi cuerpo biónico. En primer lugar, un agujero en el hueso de mi paladar y un tornillo dentro. Ese tornillo se iría haciendo más grande y asentando en los sucesivos meses, me dijeron. En segundo lugar, con una parte de mi paladar llena de puntos, pues de ahí habían arrancado carne que habían cosido a mi encía superior, donde también lucía hilos zigzagueantes negros.

No tenían hilo color encía, me dijeron que tal cosa no existía. Lo más doloroso eran las anestesias iniciales, pinchazos largos en las encías, por delante, por detrás y en el paladar, durante los que volvía a creer en Dios y le rezaba para que llegase enseguida el sueño de todas mis terminaciones sensibles.

Los días de cirugía no podía comer nada caliente. Me alimentaba de helados, gazpachos y analgésicos. El proceso de asentamiento del tornillo en mi paladar y de los injertos de carne cosidas a mi encía iban a durar casi un año y durante ese tiempo, claro, no tendría diente. Eso nos lleva a la tercera cosa nueva que llevé en mi cuerpo tras aquella primera consulta y la más importante de este relato: para no ir por la vida mellado y *haflando ací* otra vez fabricaron un diente igual al mío, tomando el molde de mi paleta derecha, la pieza veintidós, y crearon una especie de pequeña dentadura postiza que solo tenía un diente, mi falsa paleta izquierda, mi número veintiuno. Mi diente de quita y pon contaba, en su parte superior, con un pequeño molde de mismo color que el interior de la boca (de esto sí que fabricaban con el color de las encías) y que encajaba con el inicio de la curvatura de mi paladar. Me indicaron que podía usar, para sujetarlo mejor, los adhesivos dentales que anunciaban en la televisión para las dentaduras de ancianos. Su parte inferior era un diente, solo un diente, solitario, absurdo, parecido al que ya no tenía, que me hizo pensar en lo ridículos y feos que son los dientes si no están rodeados de otros dientes y guarecidos en una boca, en lo importante que

resulta tener cerca a otros que son como tú para no sentirte un monstruo solitario. Pensé en lo que nos gustan los ojos de una persona y el horror que nos invade si vemos esos mismos ojos fuera de sus cuencas, en un plato, como si la belleza no hubiese estado en ellos desde el principio. Me pregunté si acaso cada vez que perdemos una parte de nuestro cuerpo no llegamos a la conclusión de que la belleza está formada por cientos de cosas pequeñas horribles que simplemente encajan y eso nos crea un problema perpetuo para seguir apreciándola. Yo ya no puedo ver una sonrisa ajena sin imaginarme todos sus dientes separados y puestos sobre una bandeja.

Pues bien, así obtuve mi pieza número veintiuno de quita y pon. Era horroroso pero a la vez digno de amor, este dientecito mío. Inspiraba la mezcla de ternura y repugnancia que uno siente al ver el dedo incorrupto de Santa Teresa o una foto de Hitler de bebé.

Me ponía mi diente cada mañana y me lo quitaba cada noche para dormir sin él. Si alguien me llamaba por teléfono cuando yo ya estaba en la cama o todavía no me había levantado, le respondía ceceando. *Ez que eztoy en la cama cin mi diedte, te llamo en cccccinco minutoz*. También me volví temeroso. Me preocupaba besar a alguien y que mi diente se quedase dentro de su boca o hacer algo un poco más íntimo y que mi diente acabase en un sitio aún peor. Tampoco me parecía atractivo ni de recibo quitarme el diente justo antes de hacer esas cosas.

La verdad es que fue un tiempo confuso.

Tres veces al día lo lavaba con cariño, una vez había terminado de lavarme mis dientes originales, los que tenía ya antes del accidente en el Retiro, los que seguían unidos a mi cuerpo, los que no tenían un número, los que eran simplemente mis dientes. Las primeras semanas tuve para mi diente de quita y pon un cepillo especial, pequeñito como él, que había venido de regalo con una pasta Lacer especial para las encías, pero pronto la desidia y la rutina hicieron que lo lavase con mi propio cepillo, consciente de que aquella pieza de lo que fuese era tan parte de mí como los dientes que ya venían pegados naturalmente a mi cráneo.

Me acostumbré a mi diente, lo incorporé a todas mis rutinas y también a todo lo excepcional. Aquel verano, por ejemplo, Víctor y yo viajamos a Sicilia y mi diente de quita y pon y yo recorrimos Palermo, Cefalú, Lípari, Taormina y Catania. Comía los *paninis* con cuchillo y tenedor. Los cortaba en tiras, en realidad, iba mordiéndolos torpemente con las muelas abriendo mucho la boca y cuando el resto

de turistas me miraban fantaseaba con la idea de que se convenciesen de que todos los españoles comíamos así. Si comía espaguetis, enroscaba pocos en el tenedor por si me daba cuenta demasiado tarde de que, aparte de las hojas tiernas de calabacín siciliano y la *ricotta* había metido entre ellos también mi diente de quita y pon y me lo había tragado. Una noche, en el apartamento de Taormina, me quité el diente para lavármelo, se me deslizó de las manos y cayó al lavabo. No era preocupante que sucediese eso: la pieza completa era ligera y no se podía romper por una caída. Se me había caído otras veces. Pero aquel lavabo antiguo tenía un desagüe enorme, de abertura más grande que mi diente. Y sin rejilla. El diente se deslizó de forma limpia y directa por el lavabo hacia el desagüe y se detuvo exactamente en su borde, con medio cuerpo sobre el abismo. Se diría que una fuerza invisible impidió que siguiese avanzando. Lo tomé en mi mano, enmudecido, y con la palma de mi otra mano creé una pequeña cápsula y lo arrullé, como si intentase calentar a una chinchilla que alguien ha dejado en la terraza en pleno invierno. Creí en

Dios otra vez, además me pareció lógico y natural dejar de ser ateo por un rato en Italia.

Nada me ha acercado tanto a la religión como el año que pasé con mi diente de quita y pon.

El viaje por Italia continuó como continúan todos los viajes de verano durante las vacaciones: yo con un rostro relajado y moreno y dueño de una felicidad inmensa pero contenida, silenciosa, difícil de explicar porque la felicidad absoluta es sencilla y tonta, carente de matices, obscenamente infantil. Especialmente cuando mantienes todos tus dientes, originales y de quita y pon, porque ninguno de ellos se te ha caído por un desagüe. Desde esa noche no me volví a quitar el diente sobre ningún lavabo y cuando lo acariciaba con la lengua, cuando lamía ese plástico que cubría un tornillo que se abría paso en el hueso sobre mi paladar y terminaba en una pieza de *composite* que imitaba a una paleta, me embargaba la tranquilidad, la alegría de no tener que pasarme el resto de mis vacaciones pareciendo un adicto al caballo que *haflafa ací* y además en inglés y en italiano, como si cecear en español no fuese suficiente desgracia . Cuando terminaron las vacaciones y debíamos volver a Madrid, Víctor, mi diente de quita y pon y yo hicimos una escala de una noche en Roma. Nos tocó dormir en Fiumicino, al lado del aeropuerto. Lo poco que pudimos ver del pueblo nos pareció feo y desangelado, un lugar que parecía existir única y exclusivamente porque tiene un aeropuerto gigantesco a pocos kilómetros y sobre el que pasaba un avión volando demasiado bajo

cada dos minutos. Un saco de dormir gigante. Volviendo de cenar pescado fresco por esas calles feas y grises hacia el hotel, ya muy tarde, oímos el ruido de una banda de música unas dos o tres calles más allá, donde se vislumbraban de repente unos arbolitos iluminados.

Nos acercamos. Sobre lo que parecía una especie de pequeño campo de fútbol había una feria. Familias enteras comían pescado a la parrilla a la una de la mañana, había una atracción de ponis y una orquesta con un animador que guiaba a unas veinte o treinta parejas de ancianos que bailaban. Nos movimos entre aquella gente que no nos miró en ningún momento. Los turistas, como los aviones que sobrevolaban el pueblo con un ruido feo, parecíamos fantasmas. Pese a que durante las dos semanas previas habíamos visto volcanes en Lípari, playas cristalinas en Cefalú y bonitos ejemplos del barroco siciliano en Catania, aquel momento en el que nos encontramos a unos viejos bailando en un pueblo feo y asediado por el ruido del motor de decenas de aviones es el que recuerdo como el más hermoso de aquel verano y el más hermoso que tengo con mi diente, al que ya había enseñado que cada vez que lo estuviese acariciando con la lengua, desde mi paladar cosido hasta su punta de *composite*, quería decir que le saludaba, que le amaba, que me lo llevaría sano y salvo de vuelta a España.

Los procedimientos continuaron en otoño. Nuevas visitas, nuevas anestesias dolorosas, un tornillo más grande. Un fin de semana de ese otoño nos fuimos a Asturias y una tarde de domingo acabamos en un bar de Oviedo en el que un tipo borracho y drogado

me ofreció escuchar cómo sonaba su marcapasos si acercaba mi cabeza a su pecho. Lo hice, sentí aquella máquina bajo su caja torácica y me pareció bello y a la vez repulsivo, como la primera vez que había visto a mi diente, y ahí me entraron náuseas. No solo por el hombre y por su marcapasos, no por pensar en aquella máquina metida allí dentro y acordarme del tornillo que también se abría paso en los huesos de mi paladar, también por todas las copas, la carne y los quesos previos. Me encaminé al baño, me encerré, me agaché ante aquel retrete sucio y vomité. Cuando llevé la mano a la cisterna me di cuenta.

Ahí, *juzto ahí*.

Mi diente de quita y pon ya no estaba dentro de mi boca. Miré al retrete sucio y aparté mi mano del gancho de la cisterna con velocidad, como un resorte. Todavía no había presionado. Dios, en el

cielo, volvió a tener noticias mías. El ateo sin diente, el agnóstico indeciso, de nuevo molestando. Me arrodillé y metí la mano en el agua del retrete.

Salí del bar con el diente envuelto en infinitas capas de papel higiénico. *Hazta luego, me ezperan en otro bad,* le dije al tipo del marcapasos.

Me preocupé. Había perdido el respeto por mi diente. Se había evaporado su majestuosidad, había muerto el amor reverencial que le había prometido en Italia justo después de salvarlo de caerse por un desagüe. Había vuelto a comer bocadillos, empanadas y fruta, convencido de que había captado el ángulo exacto de la mordida para poder clavar mi diente de quita y pon en cualquier cosa y demasiado confiado en que el gel Algasiv o el gel Corega, según el que tuviesen en la farmacia, ayudaría en la tarea. Había surgido un abismo entre los dos, fruto de la monotonía. Y el abismo acabó de saltar por los aires en otro viaje. Este fue un mes después del tipo del marcapasos en Asturias, cuando volvía en autobús de pasar un fin de semana en Santander. No nos había dado tiempo a cenar antes de salir del hotel, estaba hambriento y durante una parada en la estación de servicio de Lerma me compré un bocadillo. Bajo un cielo nocturno ya cerrado, negro, y ante una autopista triste y vacía de domingo, mordí el bocadillo. Era otro bocadillo de mierda, blando y correoso, uno que debería haber sabido, por experiencia, que no era soportable para ningún diente que no le viniese a uno de nacimiento. Mordí el pan, hundí en él mi mandíbula y, como no había manera de arrancarlo correctamente, sacudí mi cuello mientras apretaba para extraer el lamentable embutido que contenía, para separar miga y corteza, tiré de él, eché mi cabeza hacia atrás. Allí, frente a la autopista, como un depredador descuartizando a su presa, mientras meneaba mi mandíbula para tragar, me acordé de Dios otra vez. Mi

diente de quita y pon se rompió en *varioz pedazoz y yo pedmanecí quieto, inmóvid dudante unoz inztantez, no dije nada, no podía hablad.*

Algo notorio de aquello es que durante un momento, antes de sufrir un pequeño ataque de ansiedad, viví algo parecido a una tranquilidad absoluta. Con mi boca de nuevo llena de trozos de dientes me acordé del parque del Retiro, de cuando me levanté sobre el pavimento y me saqué del paladar trozos de dientes. Esta vez no eran exactamente míos, en esta ocasión no hubo ni sangre, ni mareo, ni dolor. Me había roto algo que, para empezar, nunca me había pertenecido. Que tal vez ni siquiera merecía.

Tras sentir alegría por ello durante un segundo, volví a sentirme extremadamente estúpido por ser ese tipo de persona que podía romper en su boca dientes ajenos.

Tiré el bocadillo, escupí los restos de la pieza veintiuno en una servilleta y me subí al autobús en silencio.

Al día siguiente tenía una reunión importante en el trabajo a la que no acudí. No era de recibo dirigirme ceceando a los jefes de Condé Nast, dirigirme a la cúpula de una empresa cuyo nombre ni siquiera era capaz de pronunciar. Escribí un mail muy solemne explicando que estaba enfermo. Por escrito no ceceaba, siempre supe que las letras me salvarían en algún momento. Me presenté sin cita en el dentista. No podían hacer nada por la criatura, me informaron, pero me recomendaron que me acercase al laboratorio donde habían fabricado mi diente. Lo había imaginado como un castillo en una colina, pero era la planta baja de una avenida comercial con las paredes pintadas de azul mariano. Desenvolví el pañuelo que contenía los restos de mi diente, se los enseñé a una mujer con bata blanca y esta frunció el ceño. Se lo llevó durante un buen rato mientras yo esperaba en una sala donde ya no había ejemplares de *¡Hola!* o de *Muy Interesante*, solo de revistas especializadas en prótesis dentales, y al volver me dijo que había hecho lo que había podido.

Me mostró mi diente: estaba recompuesto, pero ya no era el mismo. Era más pequeño, tal vez algún resto se había quedado en la estación de servicio o en mi estómago, y tenía una forma extraña. Al ponérmelo tenía un aspecto casi peor que sin él: estar desdentado era una cosa fea e incómoda, pero tener un diente más pequeño que el resto hacía pensar en una malformación, en una condena, en una pequeña monstruosidad intentando expandirse desde mi boca al resto del mundo.

Me pasé el resto de la Navidad hablando más bien poco. Si decía algo gracioso enseguida me preguntaba si la gente se reía por mi ingenio o por el horrible diente que dejaba ver inevitablemente por poco que abriese la boca. Desde entonces, cuando me

encuentro a alguien introvertido, apocado o extrañamente silencioso me pregunto si le ha invadido la tristeza o simplemente le están poniendo una corona dental.

Una vez, durante una cena, pasaba la lengua como siempre con cierta ensoñación por el borde de mis dientes con mi paladar entre plato y plato para saludar a mi diente postizo y pequeño, para recordar que

estaba ahí y recordarle que yo estaba también y pedirle perdón por haberle tratado tan mal en las últimas semanas, por tirarlo a los retretes y por machacarlo en las autopistas, y algo cayó sobre mi lengua. No era el diente postizo, que seguía en su lugar. Era algo duro y pequeño, como un trozo de nuez, un grano de maíz. Lo escupí en mi mano. Apareció un tornillo. Me fui al baño, lo envolví en papel higiénico, volví a la mesa preguntándome cuántas cosas más podían salir de mi boca, qué más piezas podían caérseme del cuerpo, cuánto más podía romper y perder de mí.

Volví a la consulta de la dentista, cuya secretaria ya ponía los ojos en blanco cada vez que entraba y me preguntaba:

—¿Qué te ha pasado ahora, Guillermo?

Le enseñé mi tornillo y ella me dijo muy ufana:

—Ahora ya puedes decir que te falta un tornillo.

Y sonrió. Yo también sonreí, mostrando mi pieza número veintiuno pequeña, fea y pocha. Me dejó pasar a la consulta.

La dentista me comentó que qué extraño que se hubiese caído, se preguntó cómo era posible que lamiese tanto el tornillo, que le diese tanto a la lengua. Me sentí como un padre al que recriminan abrazar demasiado a su hijo hasta convertirlo en un ser traumado y temeroso. Había lamido tanto mi tornillo que había decidido desconectar, suicidarse. Y el tornillo ni siquiera era mi hijo, era solo la promesa de un diente nuevo, y mi diente tampoco era mi hijo, solo era algo a lo que estaba obligado a proteger como a uno y al que había fallado. Si fuese un bebé me hubiesen quitado su custodia tras tirarlo a un retrete y machacarlo a mordiscos. Nunca tendré bebés, nunca intentaré cuidar nada.

Luego la dentista añadió que había una buena noticia: según observaba, la base del tornillo estaba firme para la corona y pocos días después podría ponérmela y terminar con todo aquello. Ese último día todo fue tan rápido e indoloro que apenas lo recuerdo.

No hubo pinchazos en mis encías, ni taladros dentales, ni puntos. Solo sacó mi nuevo diente, la corona, el definitivo, de una bolsita, me lo atornilló y de repente todo había

terminado. Con mi nuevo diente yo miraba el de quita y pon, tan mío, tan querido, que tantas aventuras había vivido dentro de mi boca o fuera y que ahora descansaba, tullido, roto y recompuesto, como un

héroe de guerra, sobre una bandeja metálica. Su existencia ya inútil para siempre.

Alguien me entregó un espejo. Me miré. De repente tenía un diente perfecto, pero notablemente más grande que el de al lado, de hecho, notablemente más grande que todos los demás. Había pasado de tener una pieza número veintiuno ridículamente pequeña de quita y pon a una gigantesca paleta que se veía más que mi rostro mismo y estaba atornillada ya para siempre a mi paladar. Me dijo la dentista:

—Ahora la limaremos para que quede igual que el otro.

Y luego añadió:

—O bien…

La miré atento, mi diente nuevo posándose sobre mi labio inferior, saliendo fuera de la boca. Había dejado de ser Guillermo para convertirme en un gigantesco castor asimétrico a la espera de una respuesta sobre un sillón reclinable.

—¿O bien? —pregunté con mi diente gigante.

La dentista explicó que, como tenía las paletas gastadas por mi bruxismo, tal vez sería buena idea poner una carilla en la pieza de al lado (esa sería la veintidós) para que mi sonrisa fuese ya perfecta.

—Serían otros quinientos euros.

Y añadió:

—Después de todo lo que has pasado…

Y también:

—Se puede pagar a plazos. Hay descuento para…

—…el pago en efectivo —musité.

Y luego respondí:

—Vale.

Así que me citó para la semana siguiente. Durante esos siete días mi nueva realidad consistió en tener un diente enorme y otro chiquitito al lado. Decidí seguir con mi estrategia de llevar una existencia callada, misteriosa.

Una semana después tenía mi carilla nueva. Fue rápido y limpio. Alguien me pasó un espejo cuando terminó la intervención y me vi: ahora tenía dos dientes enormes. Me siguieron pareciendo enormes durante unos días, hasta que pasaron a parecerme simplemente míos, hasta que me acostumbré a mi cara y olvidé que antes había tenido otra. Esta sensación de llevar toda la vida con estos dientes nuevos también trajo la de haberme gastado miles de euros, un año de mi vida y varios ataques de ansiedad en ser, simplemente, igual que antes. Me pregunté ahí si tal vez debería haber pedido un diente de oro o uno con un retrato mío en miniatura o uno con forma de rayo o con un símbolo *illuminati*. Algo que me hubiese hecho ser diferente, que se notase, que me hiciera pensar que todo esto había merecido la pena. Con mis dos nuevos dientes, simplemente, volví a ser normal, que es lo más cercano a no ser nadie.

A veces oigo de nuevo un *clac*, tengo el convencimiento de que se ha movido.

Entonces acaricio el tornillo, me aseguro de que sigue apretado a presión sobre mi hueso. Paso la punta de la lengua sobre mi pieza número veintiuno, aprieto hacia delante, aprieto hacia atrás, luego repito la operación con la carilla de la pieza número veintidós.

—¿En qué piensas? —me pregunta alguien.

Y yo digo que en nada y no miento. En realidad no pienso en nada, solo compruebo que las piezas, que todas juntas me conforman a mí, siguen existiendo y están unidas.

Solo pienso en conexiones, en lazos, en el todo, o sea, en nada. Lo bueno de haberme convertido en alguien obsesionado conmigo mismo es que no he vuelto a pensar demasiado.

La mujer que nos cuida

Sentado tras un escritorio, con una corbata de colores estridentes, el señor Romariz me dijo:

—Aquí no pueden entrar chicas. Ya lo sabes, ¿no?

Era dueño de un pequeño imperio de propiedades inmobiliarias en Santiago de Compostela que había convertido en residencias de estudiantes segregadas por sexos.

Todas eran apartamentos de una planta entera con habitaciones de apariencia triste y funcionalidades limitadas: para estudiar, para desayunar, para ducharse y para dormir.

Pero yo estaba a punto de descubrir que todos los objetos que contenían, desde las mantas de las camas hasta las mamparas de la ducha, podían tener muchas más utilidades. El señor Romariz estaba frente a mí, también frente a mi madre, en su despacho, mientras yo terminaba de rellenar un formulario, y me miró y me dijo eso de las chicas y yo levanté la cabeza y entoné un «Ohhhh» impostado y orgulloso. Era septiembre del año 2000 y ese era entonces mi papel, porque más que haberme propuesto salir con chicas, más que intentar convencerme de que en mi primer año universitario podía ser el hombre que el resto del mundo esperaba que fuese, me había propuesto intentar convencer al resto del mundo de que podía llegar a serlo, así que allí, delante de mi madre y del señor Romariz, entoné aquel «Ohhhh» que, juraría, solo captó el señor Romariz, que me miró cómplice, alzó las cejas, levantó los hombros y me dijo:

—Son las reglas. Pero seguro que te buscas la vida.

Y me la busqué.

Mi residencia consistía en dos pisos unidos que ocupaban una planta entera cerca de la Rosaleda, cuyos pasillos simétricos formaban un cuadrado que uno podría no dejar de recorrer nunca, y probablemente eso es a lo que me dediqué durante aquel curso.

Teníamos pensión completa en un restaurante cercano, también propiedad del señor Romariz, al que acudíamos a comer y a cenar. Había un primero y un segundo únicos.

Mi noche favorita era la de las barritas de merluza. Mi camarera favorita era una que tenía cara de drogadicta pero no lo era, que es una cara muy distinta a la que se te pone cuando eres drogadicto de verdad. Si no nos gustaba el menú había siempre la posibilidad de pedir una tortilla francesa con patatas fritas y cubrirlo todo de kétchup, algo que hice en demasiadas ocasiones. El desayuno, así como la limpieza de nuestras habitaciones y de los dos cuartos de baño y los dos aseos que compartíamos todos los

chicos, era responsabilidad de una mujer que trabajaba exclusivamente para nuestro piso. Se llamaba María Jesús, aunque desde el primer día todos la llamamos Chusa.

Chusa nos dio la bienvenida la noche de domingo de septiembre en que llegamos todos, justo antes de que empezasen las clases. Era menuda, tenía la nariz respingona, los ojos saltones como los de un pez telescopio, los mofletes gigantes y rojos y muchas ojeras, pero había que fijarse para captarlas bajo sus ojos gigantes y casi fuera de sus cuencas, que parecían ocupar toda su cara, especialmente cuando te miraba fijamente.

—El desayuno os lo dejaré todos los días a las siete. Bollos de pan, mermelada, mantequilla, leche, café y colacao.

—¿Pero usted vive aquí con nosotros? Aquí no pueden entrar tías —dijo uno menudo de Vigo que estudiaba Medicina y estaba llamado a ser, me pareció, el gracioso del grupo, aunque nunca llegué a conocerlo a fondo.

—Yo no vivo aquí, vivo arriba. Y yo sí puedo entrar.

—¿Y si queremos andar en bolas? —preguntó otro muy espigado que no dejaba de rascarse las pelotas allí en el corrillo, algo que no dejaría de hacer en todo el año.

—No podéis andar en bolas por aquí. ¿Andáis en bolas por vuestra casa?

—Yo sí —dijo el gracioso.

—Pues esto no es vuestra casa.

—¿Es suya? —de nuevo el gracioso.

—No. Es del señor Romariz. Todos los pisos son suyos y si os veo desnudos se lo voy a contar.

Y entonces sonrió y sus ojos saltones se volvieron muchísimo más pequeños, se metieron de nuevo en sus cuencas al alzarse y ganar posiciones en la arquitectura de su rostro sus mejillas rosadas. De repente pasó de parecer un pez telescopio a un viejo sapo sonriente. Supe en ese momento que Chusa nunca podría registrar emociones y ver el mundo a la vez.

A mis 18 años se me había metido una absurda idea en la cabeza: ser normal. Me empecé a preparar para ello durante el trimestre final del último año de instituto, me intenté convencer de que me gustaba una muchachita que se sentaba a mi lado en clase.

En la cena de fin de curso, tres copas después, me atreví a decirle algo. Creo que fue un mensaje verdaderamente lamentable y postizo, creo que le dije algo como «Me han dicho que le gustas a alguien» y cuando ella preguntó «¿A quién?» yo le respondí «A mí». Ella abrió mucho los ojos, luego los puso en blanco, luego miró hacia un lado y hacia otro y al final iba a decir algo, creo que llegó a entonar media palabra, cuando yo noté que alguien me abrazaba por detrás. Giré la cabeza y era un antiguo compañero, alguien que había venido conmigo a segundo, o tal vez a tercero, y mientras me rodeaba el cuello en un gesto que empezó como un abrazo cómplice y terminó como una estrangulación le dijo a ella:

—¿Qué haces hablando con este maricón? ¿No sabes que es maricón?

Decidí que casi mejor me esperaría a ser otro en un lugar donde nadie me conociera, así que mi año en Santiago me lo preparé a conciencia. Diseñé sus rasgos. O los míos. El 11 de agosto de aquel verano escribí en un diario, así, en tercera persona: *A mí nuevo yo le gustarán los Smashing y los Red Hot Chilli Peppers, dirá que ha tenido tres novias en Pontevedra pero nada serio porque no le gusta atarse, siempre será el primero en hablar y dar la mano, se interesará por el fútbol, no pregonará en exceso que le gusta leer para no parecer un pardillo, se emborrachará siempre que salga pero sin resultar cargante, vestirá bien pero no demasiado para no parecer gay, si se deja perilla disimulará este mentón tan raro, llevará camisas abiertas con camiseta blanca debajo, se pondrá*

más las gafas para que le hagan la cara más larga, se teñirá el pelo de azul, volverá al gimnasio, se pondrá la camiseta gris de Ralph Lauren, la chaqueta verde de punto y los Levis 501

Enginereed.

Aparte de intentar convencer al mundo de que era heterosexual y podía ligar con alguna muchacha también intenté prepararme a mí mismo para ver el fútbol, consciente de que se convertiría en una rutina en aquel piso de estudiantes lleno únicamente de otros chicos y, como al preguntarle a mi madre si sabía de qué equipo era papá ella no lo sabía pero me dijo que creía que del Barcelona, yo decidí ser del Madrid y un poco del Celta, ya que Vigo me quedaba cerca, y además aquello estaba lleno de vigueses, según comprobé la primera noche, y me vendría mejor. Leí sobre su alineación en la prensa deportiva. Ya no la recuerdo. Mi compañero de habitación estudiaba Farmacia.

El primer día le pregunté de qué equipo era y me dijo:

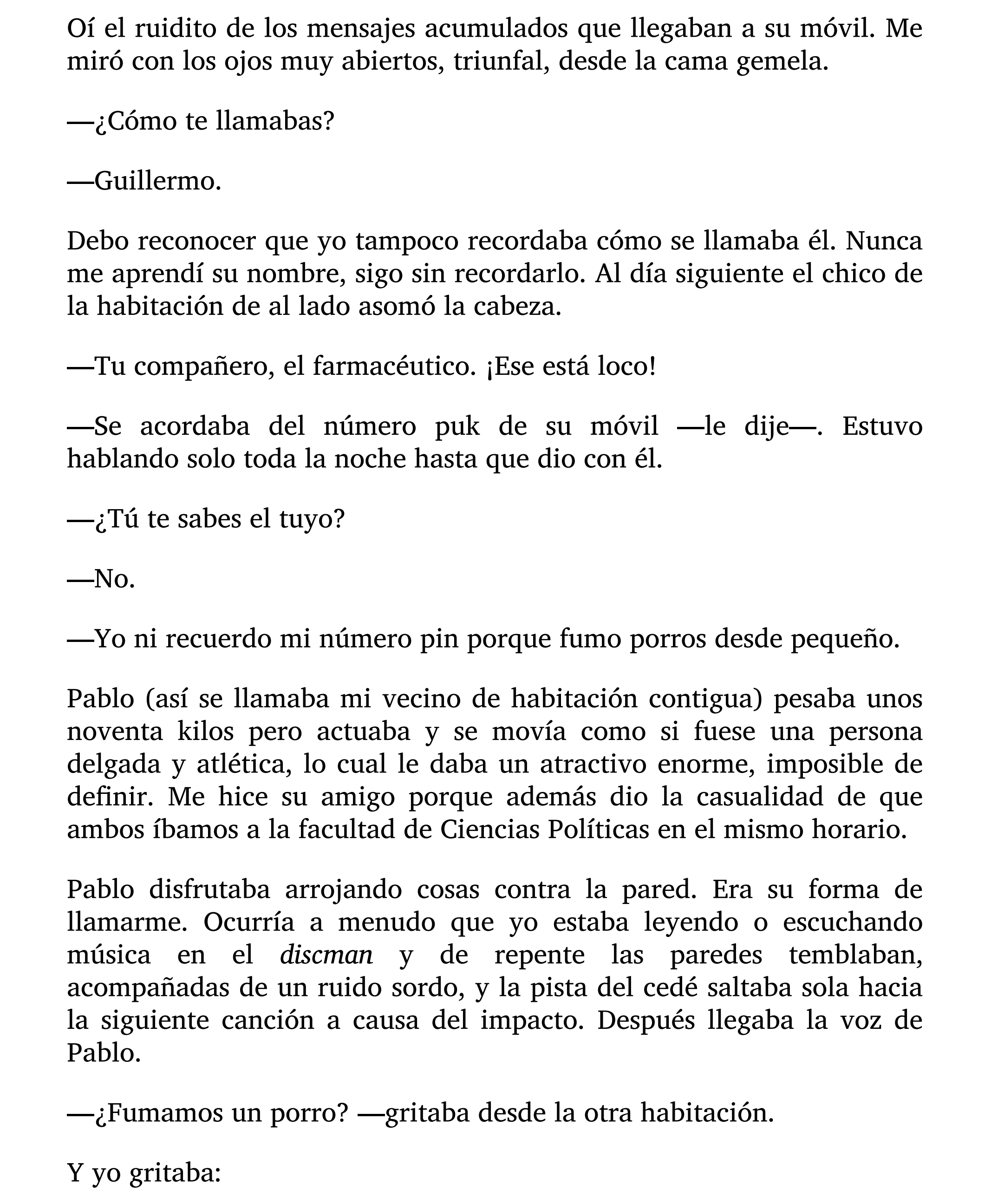
—Odio el fútbol. Yo soy de *basket.* ¿De qué equipo eres?

Me cagué en sus muertos. Luego me dijo que él también era de Pontevedra y descubrí que su hermano había venido conmigo a clase en el instituto y él se mostró muy sorprendido de que lo recordase y yo le aclaré que lo recordábamos todos porque era el único del instituto que tenía una novia negra. Esa noche, la de nuestra llegada, como regalo de bienvenida, el gracioso que estudiaba Medicina metió tres veces mal el pin de mi compañero de habitación en el móvil para bloqueárselo y que no pudiese

llamar nunca más a su casa. Cuando él se dio cuenta se metió en la cama contrariado, pero no enfadado, como si eso fuese algo que le ocurriera continuamente, un revés que el destino le presentaba cada dos por tres, y lo odié aún más por ello, por ni siquiera cabrearse. Deseé haber sido yo el que le hubiese bloqueado el móvil.

Los demás nos fuimos a la calle, hasta la zona antigua. Los de Vigo pidieron vino, yo lo bebí con disgusto, me preguntaron si fumaba y yo dije que claro que sí y lo hice bien delante de ellos porque había ensayado durante unas cuantas semanas. Al volver ya un poco tarde a mi dormitorio, mientras me metía sigiloso en mi cama, el estudiante de Farmacia repetía números en voz baja en la suya. A eso de las dos de la mañana se incorporó en su cama, encendió su lámpara y repitió unos quince números seguidos que tecleó en el móvil.

—El puk. ¡Me he acordado del número puk!



Oí el ruidito de los mensajes acumulados que llegaban a su móvil. Me miró con los ojos muy abiertos, triunfal, desde la cama gemela.

—¿Cómo te llamabas?

—Guillermo.

Debo reconocer que yo tampoco recordaba cómo se llamaba él. Nunca me aprendí su nombre, sigo sin recordarlo. Al día siguiente el chico de la habitación de al lado asomó la cabeza.

—Tu compañero, el farmacéutico. ¡Ese está loco!

—Se acordaba del número puk de su móvil —le dije—. Estuvo hablando solo toda la noche hasta que dio con él.

—¿Tú te sabes el tuyo?

—No.

—Yo ni recuerdo mi número pin porque fumo porros desde pequeño.

Pablo (así se llamaba mi vecino de habitación contigua) pesaba unos noventa kilos pero actuaba y se movía como si fuese una persona delgada y atlética, lo cual le daba un atractivo enorme, imposible de definir. Me hice su amigo porque además dio la casualidad de que ambos íbamos a la facultad de Ciencias Políticas en el mismo horario.

Pablo disfrutaba arrojando cosas contra la pared. Era su forma de llamarme. Ocurría a menudo que yo estaba leyendo o escuchando música en el *discman* y de repente las paredes temblaban, acompañadas de un ruido sordo, y la pista del cedé saltaba sola hacia la siguiente canción a causa del impacto. Después llegaba la voz de Pablo.

—¿Fumamos un porro? —gritaba desde la otra habitación.

Y yo gritaba:

—¡Vale!

—Espera a que acabe de hacerme una paja —gritaba él de vuelta.

Hacerse pajas formaba el cincuenta por ciento del universo conversacional de la mayoría de mis compañeros, descubrí desde el principio. Había uno que era el que más pajas se hacía, o al menos el que lo manifestaba públicamente más veces al día.

Miguelito Erecciones, lo llamaremos. Era feo, tenía una cara estirada que parecía que lo hubiesen metido de pequeño en una prensa industrial, pero lo suplía con desparpajo y morro y además, por el bulto de sus erecciones, se diría que tenía un pene bastante grande. A veces simplemente se levantaba del sofá visiblemente empalmado y decía, camino de su habitación:

—Me voy a hacer una paja.

No solo se hacían pajas, sino que informaban de que iban a hacérselas. A veces, tanto Miguelito Erecciones como los demás, pedían expresamente material para ello. Yo había llevado un ejemplar de *Playboy* con Pamela Anderson en portada fotografiada por David Lachappelle, que por aquel entonces se ve que me parecían unas fotos muy originales e interesantes, y me había hecho muy popular gracias a él. A menudo alguno aparecía en mi habitación y decía:

—Guillermo, dame la *Playboy* que me voy a hacer una paja.

A veces volvían para dejar una crítica de la experiencia. Con ese número en concreto de *Playboy* (luego llevé otro con Carmen Electra en la portada) el consenso general de la residencia era que las fotos de Pamela eran muy originales pero no lo suficientemente excitantes.

—Me tuve que correr con la del reportaje del final, que se le ven bien las tetas y los pelos del coño. Con Pamela imposible correrse, esas fotos parecen dibujos, la raja parece que la tiene pintada.

Miguelito Erecciones tenía una novia en Vigo, y según explicaba era bellísima, y por eso se tenía que hacer tantas pajas, según él, porque pensaba todo el rato en ella, pero la *Playboy* le ayudaba. A veces estábamos todos fumando porros y de repente alguien miraba a su paquete y comentaba:

—Mirad, Miguelito Erecciones ya está empalmado otra vez. ¡No puede ser!

Desde la primera semana fumé porros. Todos fumaban porros, menos uno de Lugo que se paseaba por la residencia en bata, pantuflas y un periódico, con aspecto tan apocado, avejentado, lentito y pocho que todo el mundo le llamaba el abuelo. Era además pequeño y peludo, parecía un topo. Tras comprar hachís entre todos nos reuníamos en una habitación y abríamos la ventana para que Chusa no pudiese olerlo. La primera vez lo hicimos en uno de los cuartos de baño. Había que entrar de tres en tres en la bañera y cerrar las mamparas para que el humo se quedase dentro. La segunda vez decidieron que era mejor

hacerlo en una habitación. La técnica era meterse de dos en dos bajo una manta y fumar ahí. Decían que, al quedarse el humo en un espacio tan pequeño, colocaba el doble. A mí me tocó con un chico de ojos saltones, cara chupada y aspecto de politoxicómano. Se llamaba Saúl. Me parecía el más guapo de todo el lugar, junto al gigantesco Pablo, claro, y a otro de Ourense que jugaba al baloncesto, tenía el cuerpo de un titán pero no bebía, no fumaba y no tenía demasiado interés en alternar con nosotros. A ese llegaremos luego.

—¿Tú cómo te llamabas? —preguntó Saúl la primera vez que coincidimos bajo la manta, en la oscuridad, mientras solo nos iluminaba la luz anaranjada del porro.

—Guillermo —yo sí recordaba cómo se llamaba él.

A los pocos segundos ya me había acostumbrado a la escasa luz que había bajo la manta y podía diferenciar sus rasgos demacrados mientras seguía fumando. Me pasó el porro y le di una calada. ¡Era tan bello! Era bello como solo lo podían ser las almas viejas que encuentran un cuerpo joven que habitar pero tienen que seguir usando sus propios ojos cansados. Los ojos de Saúl parecían los de alguien de 90 años puestos en el rostro de alguien de 18.

—Échamelo a la cara a mí y así también es como si fumase yo —acercó su rostro al mío a escasos milímetros—. Échamelo.

Lo hice.

—¡Sois unos maricones! —gritó alguien desde fuera.

—¿De dónde eres? —me preguntó Saúl.

—De Pontevedra.

—Yo tenía un tío en Pontevedra.

—¿Y ya no vive allí?

—Se murió de drogadicto.

Entendí aquella belleza demacrada. Seguro que su tío drogadicto había sido guapísimo también.

—¿Tú eres del Celta? —me preguntó.

Le pasé el porro, él fumó, me expulsó el humo a la cara, sus labios muy cerca de los míos, y yo aspiré, y luego tosí, y luego suspiré. Y le

dije:

—En realidad no me gusta el fútbol.

Y él se rio a carcajadas, creo que por el porro. —Nos toca —dijo alguien desde fuera, levantando la manta.

—¿A ti te gustan las drogas? —me preguntó.

—No.

—Ya te gustarán —respondió, y levantó la sábana para que saliéramos.

Ese día, ya fumados, fuimos a una discoteca y Saúl conoció a una chica rubia. Al día siguiente me contó que, como la única mujer que podía entrar en la residencia era Chusa, la rubia no subió pero le hizo una paja en el portal.

Ya desde el primer día en que Pablo y yo caminamos juntos a la facultad de Ciencias Políticas descubrí que no solo le gustaba golpear las paredes de la residencia, también todo lo que se encontraba por la calle. Durante el primer día le pareció que las sillas en el aula estaban demasiado unidas y no quería que nadie se sentase tan cerca de él, así que decidió eliminar las dos inmediatamente unidas a la suya. Que se tratase de butacas que estaban fijadas con tornillos a una estructura metálica no pareció un problema. Las arrancó y las depositó en una esquina, con los tornillos colgando, antes de que llegase el profesor. Pablo no era demasiado alto, pero sus extremidades eran enormes. Sus patas y

sus brazos eran dos veces los míos. Admiraba profundamente su manera de caminar por el mundo, como si todo fuese de su propiedad, apartando todo lo que le molestaba, dejando claro al resto de transeúntes que había elegido una senda por la acera y ellos no podían compartirla. Pablo agrietaba el suelo a su paso y yo caminaba de puntillas detrás de él, evitando deslizarme por las aperturas. Me parecía uno de los lugares más seguros del mundo.

—Tengo mucha fuerza porque toco la batería —me dijo un día volviendo a la residencia tras comer tortilla francesa cubierta de kétchup en el comedor del señor Romariz—. Tengo un grupo de *rock* en Vigo. ¿Sabes dónde tengo también mucha fuerza? En la polla. Mi polla es perfecta porque es gorda, pero en el centro. El capullo no es tan gordo, así a las tías no les duele tanto cuando se la meto.

Entramos en casa y allí estaba Chusa metiendo toallas en el armario empotrado del pasillo, su cuerpo redondo estirándose como un Blandi Blub para llegar a los estantes superiores. De allí bajó lo que parecía una tela vieja y enrollada.

—Pablo, Guillermo, ayudadme a poner la alfombra pasillera.

Me parecía encantador y muy profesional por parte de Chusa haberse aprendido todos nuestros nombres desde el primer día. Yo nunca me llegué a saber todos los de mis compañeros. Chusa arrojó al suelo una alfombra desgastada y nos pidió que la estirásemos por el pasillo que terminaba justo en la habitación del abuelo. El abuelo era de los pocos que tenían una habitación para él solo. El gracioso que estudiaba Medicina, que también tenía una habitación propia, siempre decía que estaba esperando ansioso el día en que tocase estudiar a fondo la progeria para llevarlo a su aula como ejemplo. Sin embargo, alrededor del abuelo había cierta reverencia colectiva, tal vez porque de tanto decirse de él que era un anciano llegamos a convencernos de que era un anciano de verdad y se merecía nuestros respetos como el mayor de la tribu. Cuando salíamos a alguna discoteca todos los de la residencia cambiaban la letra de cualquier canción por algo donde pudiesen encajar «el abuelo» y bailaban imitando su forma torpe de caminar. Ese año escuché muchísimas veces *Viva el abuelo loco*, de Ricky Martin y una versión *rock* de *I will survive* de Gloria Gaynor cuya primera estrofa decía: *Abuelo was afraid*

He was petrified

Pero volvamos al pasillo.

—No sé qué hacéis con el suelo que parece que ha habido una guerra en un mes que lleváis aquí —comentó Chusa mientras nos daba instrucciones para estirar la alfombra—. Así protegeremos la tarima. Pablo, ponte tú al principio y Guillermo al final y tirad. Que a mí me duele la espalda.

Temí que Pablo tirase hasta partir la alfombra en dos, pero no lo hizo. Colocó la alfombra con una delicadeza casi paródica mientras con sus ojos de fumeta me miraba cómplice, burlón, tan guapo, guapísimo. Saúl me gustaba porque en su cara de postadolescente alojaba los ojos de un nonagenario, pero Pablo me gustaba porque en la suya alojaba los de un bebé politoxicómano.

—Así, mirad qué bonita —exclamó Chusa.

La alfombra pasillera era horrible, en realidad. Se intuía que alguna

vez había tenido un estampado, pero ahora era solo una superficie gastada como un campo arrasado por la bomba atómica. Chusa empezó a meter toallas en el armario empotrado del pasillo, Pablo se metió en su habitación y yo en la mía. Al minuto oímos cómo Chusa cerraba la puerta al alejarse. Pablo arrojó algo de peso contra la pared para reclamar mi atención.

—Yo creo que a Chusa le encantaría chuparme la polla —dijo desde el otro lado de la pared y yo pensé «y a mí también» tan en alto que temí que pudiese haberlo escuchado.

Ya por la tarde Saúl fue de habitación en habitación pidiendo dinero para comprar porros. Le oí discutir con el abuelo, que dijo que él no tenía que financiar los vicios del resto. Saúl le respondió que su bata y sus zapatillas eran de viejo palurdo y que no le extrañase que todo el mundo le llamase abuelo y se riese de él en la discoteca haciendo letras nuevas con su nombre. Me molestó que Saúl faltase al respeto al abuelo, me figuré que lo hacía por el mono.

Esa noche salimos a bailar y hasta el abuelo, probablemente preocupado por su imagen tras la discusión con Saúl, se apuntó. Los chicos le cantaron sus propias canciones personalizadas, incluida una nueva improvisada por Saúl que versionaba una canción *house* de Sash y cuyo estribillo decía *la primavera del'amore*, pero que cambiamos por *la primavera del abuelo*. Aparecieron unas chicas que hablaron con Saúl y luego se fueron.

—Esa es la que me hizo la paja el otro día en el portal —contó a todo el grupo—.

Creo que hoy quería hacerme otra, pero yo prefiero fumar porros.

Pablo nunca bailaba, porque su cuerpo no estaba hecho para nada artístico, para ningún movimiento, en realidad, que no fuese puramente destructivo. Pero curiosamente, cuando no estaba rompiendo cosas podía llegar a ser sensible. Durante las clases dibujaba en su libreta rostros de mujeres casi virginales, tapadas hasta el cuello. Y un día me dijo:

—Te voy a decir una cosa: a mí me gusta una canción de Anastacia. Pero si se lo dices a alguien en la residencia te juro que te reviento la puta cabeza.

Me encantaba que me amenazase con ejercer la violencia sobre mí, probablemente lo más parecido al sexo que nunca podríamos tener. Cuando sonaba en la discoteca la canción de Anastacia, que se

llamaba *I'm outta love*, él clavaba su mirada amenazadora en mí mientras permanecía quieto en su esquina al lado del abuelo.

Esa noche vi a un hombre bailando solo en la pista, con los ojos en blanco, como en éxtasis, al que todo el mundo observaba mientras se reía. Creo que fue la primera vez que vi a una persona puesta de drogas duras, probablemente de todas a la vez.

Volvimos a la residencia a eso de las dos o tres de la mañana y nos metimos en la habitación de Saúl para fumar más porros. Siempre que nos metíamos de dos en dos debajo de las mantas, Pablo nunca quería que le tocase conmigo, como si demasiada intimidad fuese a estropear ese bonito vínculo que habíamos creado en el que él me divertía rompiendo cosas y yo servía de confesor para sus gustos musicales secretos y poco propios del batería de un grupo heavy. Con Miguelito Erecciones nadie quería meterse debajo de la manta si estaba empalmado, ni siquiera yo, pero no porque estuviese empalmado, sino porque me parecía muy feo. Así que a quien le tocase con él siempre le exigía que se pusiese de pie para comprobarlo. El abuelo también se apuntó esa noche, pero solo como mero espectador desde una esquina. Al cabo de quince minutos indicó que se iba a dormir y tomó el camino de la horrorosa alfombra pasillera que llevaba hasta su puerta. Y entonces Pablo dio un paso al frente, salió de la habitación y nos dijo a todos:

—Venid.

Todos nos asomamos al marco de la puerta. Pablo tiró con fuerza de la alfombra y el cuerpo redondo y avejentado del abuelo dio un brinco en el aire, giró unos noventa grados y cayó sobre el suelo, provocando un golpe gigantesco que retumbó en toda la casa. Nos empezamos a reír como hienas mientras el abuelo se retorcía de dolor en el suelo e intentaba llevarse uno de sus cortos bracitos a la espalda como si quisiera comprobar que todas sus vértebras seguían conformando una columna. Uno de los chicos hizo intentos de irse al baño porque se meaba de la risa pero tanto se reía y tanto

se meaba que decidió hacerlo por la ventana, allí mismo. Y de repente oímos la puerta del piso contiguo abrirse con fuerza y provocar un ruido sordo e inmenso aún más grande que el que había sonado cuando el abuelo se estampó contra el suelo. Y, después, una voz.

—¡HIJOS DE PUTA!

Todos nos miramos boquiabiertos, incluso el abuelo, que dejó de

buscar huesos desperdigados por su caja torácica y se incorporó alertado, como si su dolor hubiese remitido de repente.

—¿Es Chusa? —preguntó Saúl con sus ojos de porrero enrojecidos y apenas abiertos.

—¡¡¡HIJOS DE PUTA!!! —esta vez el chillido fue aún más alto y sonó más cerca.

La voz de Chusa era de repente monstruosa, superlativa. Golpeaba las puertas a su paso, juraría que tanto con sus puños como con los pies. Pablo y yo nos miramos extrañados, Chusa le acababa de robar una *performance* que él tenía registrada. Los chicos corrieron en múltiples direcciones hacia sus cuartos. El chico que meaba por la ventana se subió la cremallera atemorizado mientras se seguía meando en los pantalones y se metió súbitamente en la cama de la habitación donde estábamos, aunque no fuese la suya. El abuelo se arrastró hacia su dormitorio y cerró de un portazo y Saúl, Pablo, el chico meado y yo nos quedamos encerrados en la habitación de los porros mientras acercábamos una cama hacia la puerta —no había pestillo allí— y abríamos la ventana para que se fuese el olor.

—¡¡CABRONES!! —la voz de Chusa ya sonaba cercana—. ¡HIJOS DE LA GRANDÍSIMA PUTA! ¿Os creéis que me vais a joder la vida? ¿Que me vais a destrozar a mí? ¡PUTOS MALNACIDOS! ¿De dónde venís? ¿Eh? ¿De qué coño de puta venís?

Se situó al otro lado de la puerta y empezó a golpearla. Pablo y Saúl se miraban entre sí. Me molestó que no me mirasen a mí, como si aquello fuese una cuestión de hombría y fuerza bruta en la que yo no pudiese ayudar. Lo sentimos, no das el perfil para ayudarnos a salir con vida de este dormitorio, pero te llamaremos cuando necesitemos consejo para elegir una nueva alfombra pasillera o confesarle a alguien que nos gusta una canción de Whitney Houston.

—¿QUÉ HACÉIS? —Chusa aporreó la puerta—. ¿Quiénes estáis ahí? ¡HIJOS DE

MIL PUTAS! ¿A esto os han enviado aquí las putas de vuestras madres? ¿A destrozarme la vida?

Tantas preguntas. Durante un momento yo mismo me pregunté a qué me había enviado mi madre allí. Es posible que se lo preguntase ella en mi funeral, asediada por la prensa que cubría el espantoso crimen de los estudiantes porreros del barrio de La Rosaleda a manos de la mujer que los cuidaba. «Envié a mi hijo a la muerte cuando lo metí en

aquella residencia», sollozaría ante las cámaras. ¿Se pondría el mismo traje verde y gigantesco que había llevado a mi comunión? Por otra parte pensé que, ya que íbamos a morir, debería besar a Saúl. O a Pablo. O a los dos.

Entonces, en medio de un silencio absoluto, pacífico como el que precede a la muerte, oímos que la cerradura de la puerta del piso giraba. Y decía una voz:

—¿Chusa? —reconocí la voz del gracioso, que aquel día, por cosas del destino, no se había vuelto a la residencia a fumar porros con nosotros, sino que había decidido quedarse en la discoteca inventando nuevas letras en las que encajar aventuras del abuelo.

—¿¿Por qué me llamas Chusa, hijo de mil putas?? —oímos que gritaba ella en el pasillo, sus pisadas ahora amortiguadas por la alfombra pasillera mientras la cruzaba—.

¡Me llamo María Jesús! ¿Quién te ha dado permiso a ti para llamarme a mí así? ¿Acaso me conoces? ¿Estás borracho? ¿Vosotros qué habéis venido a hacer aquí? ¿Queréis joderme la vida? ¡NO LO VAIS A CONSEGUIR, DESGRACIADOS!

—Pero, Chusa —intentó razonar el chico, inconsciente de que se enfrentaba a la muerte misma. Yo deseé durante un rato que lo matase, hubiese jaleado a Chusa, a mí el estudiante de Medicina que se hacía el gracioso me caía fatal.

—¡¡NO ME LLAMO CHUSA!! ¡Me vais a llamar María Jesús! ¡¡Alcohólicos, cerdos, drogadictos!! —Chusa no mentía en nada—. ¡¡Como volváis a intentar joderme la vida bajo y os mato!!

Sonó otro golpe cuando abandonó el piso y cerró la puerta. Oímos sus pisadas furiosas regresando a la segunda planta. Todos nos fuimos a dormir en silencio, sin comentar mucho más, como si hubiésemos presenciado el horror, como si volviésemos de Vietnam.

Pero no pudimos dormir mucho. Apenas tres o cuatro horas después, a eso de las ocho de la mañana, empezó a sonar una música atronadora en el pasillo. Era una rumba, o algo parecido, y después sonó el *jingle* de Cadena Dial y comenzó otra canción, una especie de versión discotequera de Los Panchos. Chusa, supuse, había

puesto un altavoz en una ventana de su apartamento que daba al patio para vengarse por lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿¿No os gusta hacer ruido para despertarme por la noche, hijos de mil putas?? —

chilló Chusa por el pasillo—. Pues a mí me gusta hacerlo por la mañana. ¡¡A ver si podéis seguir durmiendo!! ¡PORREROS!

Saqué media cabeza de entre las sábanas esperando verla allí, en mi habitación, a los pies de mi cama, blandiendo un cuchillo. Pero en su lugar vi a mi compañero de cuarto, el farmacéutico, como se llamase, situado frente a su armario.

—No puedo más —susurraba. Siempre hablaba solo—. Me voy.

Bajó una maleta de su altillo.

—¿Te vas? —yo hablaba todavía protegido por mis mantas y sábanas, con la ilusión de que actuaran como un chaleco antibalas si entraba Chusa con un rifle—. ¿Adónde?

—Donde me dejen dormir y estudiar. Me voy a casa de mis tíos.

Me di cuenta de que esta era la tercera vez que hablaba con él. La anterior me lo había cruzado corriendo desnudo por el pasillo, yo le pregunté qué hacía y me dijo que alguien le había robado la toalla, que resulta que supe luego que Pablo se la había robado para limpiarse las pajas, según contó a todos en el comedor un día. Para despedirse, me dijo algo hasta cierto punto bonito:

—¿Quieres venirte también a casa de mis tíos mientras encuentras otra residencia?

Negué con la cabeza. ¿Cómo iba a irme a otro lugar? Estaba viviendo en el lugar más divertido del mundo.

Esa noche, durante la cena, discutimos si debíamos avisar al señor Romariz de que la mujer que nos cuidaba era una desequilibrada peligrosa. Todos acordaron que no.

Nosotros podíamos acusarla de estar loca, pero ella nos acusaría de fumar porros y bastaba con que el señor Romariz la creyese para venir a comprobarlo y expulsarnos.

Muy pocos días después yo me levanté antes de lo habitual y, cuando me dirigía aún en pijama a la ducha con mi toalla y mi champú, pude ver a Chusa a través de la puerta entreabierta de la cocina preparando el desayuno. Con su pelo gris y fosco y un rostro entristecido colocaba

las tazas, los sobres de colacao, los panecillos y las magdalenas con cierto tacto, con cierto amor, como si preparase el desayuno para

alguien a quien amaba, y no pude evitar acordarme de que así era como, de pequeño, veía antes de acostarme a mi madre preparar mi propio desayuno para el día siguiente.

Tal vez Chusa lo hacía porque era su única misión en la vida, aunque nos quisiese matar, aunque no la dejásemos dormir. Levantarse temprano, preparar el desayuno para quince desgraciados que eran lo más cercano a unos hijos que iba a tener, lavar los cacharros, volver a su casa. Todo eso me conmovió de manera extraña y decidí entrar y saludarla. Decidí saludar al monstruo.

—Buenos días —dije.

Y ella se giró y, cuando pensé que iba a soltarme un sopapo y llamarme hijo de mil putas, vicioso, alcohólico y drogadicto homosexual, me sonrió y su cara de pez telescopio se convirtió otra vez en la de un amable sapo.

—Guillermo. Qué madrugador.

—Hoy tengo un examen —mentí.

—Así me gusta. Hay que estudiar.

Miré las tazas dispuestas en la mesa de forma casi milimétrica. Todas ellas viejas, astilladas y de diferentes colores, y que a menudo usábamos para beber de ellas vodka y no café, formaban un bodegón bonito iluminado por el sol que se colaba por la ventana. En Santiago casi nunca hacía sol.

—¿Tú qué estudiaste? —le pregunté.

Me respondió de espaldas, metiendo sobres monodosis de colacao en un cuenco.

—Yo no estudié nada. Por eso tienes que estudiar, para no acabar como yo.

—¿Siempre has trabajado de esto?

Se acercó a la mesa y reorganizó el bodegón.

—He trabajado de muchas cosas. Cosas de burra. Ayudé en casa, cuidé a gente mayor, limpié colegios, limpié fincas y fui camarera.

—Eso no son cosas de burra —musité.

—Luego ya me vine a Santiago —prosiguió ella—. A la ciudad.

A la ciudad, como yo. Yo también había querido irme siempre a una, era mi fantasía irme a vivir a Madrid, pero por ahora tenía que conformarme con esta que Chusa había adoptado como definitiva, que había llamado *la* ciudad.

—No deberías beber —me dijo de repente—. Mira eso.

Señaló a una hilera de botellas vacías de Absolut que alguno de los chicos había puesto sobre la repisa de la cocina a modo de trofeo.

—A veces esto parece un fumadero de opio. O un bar. No deberías beber ni fumar tan joven.

Guardamos silencio unos segundos.

—Imagínate cómo puedes enfermar. Yo lo he visto —continuó metiendo sobres monodosis de colacao en un bol de forma automática, aunque yo hubiese jurado que ya había suficientes como para que todos desayunásemos cinco veces—. Tan joven que eres.

Me serví zumo de color naranja fosforito en un vaso mientras ella se acercaba a la ventana y observaba el día luminoso al otro lado del cristal.

—Qué bonito el sol. Me pone tan triste la lluvia. Y aquí está lloviendo siempre.

Me quedé inmóvil acariciando el zumo fluorescente, clavando la mirada en el moño torpe que había intentado hacerse en su pelo fosco.

—Con la lluvia me acuerdo de cosas —susurró Chusa.

Los dos giramos la cabeza hacia la puerta cuando alguien entró. Era Pablo, que extendía su mirada hacia Chusa con desconfianza.

—¿Vamos? —me dijo.

Chusa abandonó la cocina sin despedirse por la otra puerta tras poner su mano gorda y pequeña en mi hombro y ejecutar una extraña mezcla entre una caricia y un pellizco.

Pablo y yo habíamos madrugado para ir a comprar porros a un chico que estudiaba Derecho y nos encaminamos hacia su facultad

aprovechando el sol. Me alegré por Chusa, más que por nosotros. Deseé que, si había ventanas en su apartamento, porque

tenía la sensación de que vivía en un apartamento sin luz natural, Chusa mirase el paisaje a través de ellas, fuese bañada por los rayos de sol y se sintiese mejor.

—¿Qué hacías hablando con ella? —me preguntó Pablo—. ¿Quieres que te rompa los huesos? ¿Ahora sois amigos? ¿Te la vas a follar?

—Debe de haberle pasado algo malo —respondí.

—Sí, que no la follan.

—No, algo malo de verdad.

No mucho después de que el estudiante de Farmacia que vivía conmigo y cuyo nombre nunca me aprendí huyese de la residencia llegó a mi habitación un argentino muy sonriente, un poco mayor que nosotros, con cierto atractivo de yerno perfecto, rubio, ojos claros. Y, como a todo lo que le decía él respondía «listo, listo», pero pronunciando *lihto, lihto*, yo empecé a llamarlo *lihto lihto* y todos en la residencia siguieron mi ejemplo, lo cual me hizo sentirme un líder por primera vez. La gente había abrazado mi propio mote. Ya no solo vampirizaban mis *Playboys* para hacerse pajas, ahora también adoptaban mi lenguaje y yo estaba encantado. Por algún motivo, el jugador de baloncesto alto y fuerte, el que no alternaba con nosotros porque era un chico sano y deportista, no soportaba a *lihto lihto*, y un día sintió la necesidad de decírmelo:

—Oye.

Se asomó a mi puerta mientras yo estaba leyendo en mi escritorio. *Lihto lihto* había salido.

—Yo al *lihto lihto* este de los cojones no lo soporto.

No me he detenido demasiado en él contando esta historia porque lo único que despertaba en mí era deseo erótico y ese sentimiento es poco importante en comparación con todos los demás que conocí aquel año en la residencia del señor Romariz. En todo caso puedo decir que era el paradigma del chico recto y deportista: abstemio, bondadoso, deportista, alto, de espaldas anchas, brazos fuertes, mandíbula prominente y un rostro simétrico y en el que no había ningún rasgo particularmente atractivo, simplemente estaba bueno en conjunto, había en su físico unas proporciones que parecían hechas de

encargo. Y como él no era en absoluto consciente de ello, resultaba doblemente atractivo.

—El argentino de los cojones —bufó.

Volvamos a eso: me lo intentó explicar, me dijo algo de que habían tenido un conflicto en el comedor porque el argentino había oído hablar del síndrome de las vacas locas y había comentado que no pensaba comer carne y el jugador de baloncesto se molestó porque sus padres tenían ganado en Ourense y le aclaró que las vacas de Galicia daban la mejor carne del mundo y no estaban locas, que las locas estaban por Holanda o por ahí, o que probablemente estarían en Argentina, donde había mucho loco y no había más que ver lo del corralito y no había más que ver a *lihto lihto,* pero

lihto lihto se enrocó y siguió negándose a comer carne, aseguró que seguiría pidiendo tortilla francesa con patatas y kétchup y, al final, sencillamente, el baloncestista me dijo allí en mi habitación:

—Si quiere comer carne que se vuelva a su país que allí hay mucha, pero que no se meta con las reses gallegas el puto argentino de los cojones, a ver si revienta a base de comer tortilla francesa con kétchup y nos deja en paz.

Y yo concluí que, tal vez, simplemente odiaba a los argentinos en general porque le habían hecho algo y la historia no daba mucho más de sí. Lo importante de la visita del jugador de baloncesto de Ourense es que, tras cagarse en *lihto lihto* y en todos sus muertos, me dijo:

—¿Me darías un masaje en la espalda?

Y yo asentí con la cabeza aunque no sabía dar masajes en la espalda. Estaba en mi escritorio, haciendo que estudiaba pero escribiendo en secreto el principio de una historia malísima que me avergonzaría mucho ahora sobre una señora rica neoyorquina llamada Norma que se enamora de un chapero pero luego al chapero lo estrangulan, y el guapo de Ourense se acercó a mi cama y se quitó la camiseta. Se la quitó sin grandes aspavientos, como se quitaría la camiseta cualquiera, tirando de la parte de la cintura hacia arriba, y probablemente por eso, por hacerlo como lo haría cualquiera, me resultó más sorprendente que hubiese debajo un cuerpo de esos que yo pensé que solo existían en la fantasía pornográfica o en las películas adolescentes de Estados Unidos, ese tipo de pectorales y brazos que parece que solo existían traídos de importación, imposibles en Ourense, o se ve que no, porque estaba allí delante de mí y se tumbó en mi cama

señalándome la espalda.

—Solo es darme esta crema —me pasó la crema en cuestión—. Hoy estoy hecho mierda del partido.

Todo esto lo decía con un encantador acento cerrado de Ourense, así que la visión era aún más extraña, la del *quarterback* de las películas que había visto, normalmente

originario de Kentucky o de Ohio, pero con acento gallego, tumbado en mi cama, él tan grande, mi cama individual tan pequeña. Obedecí. Me senté a un lado de la cama, aunque me querría haber acostado sobre su espalda y oler su piel, y le di un masaje tímido con la crema que me indicaba, que olía muy fuerte a menta, aunque hubiese querido darle un masaje fuerte, intenso, en los muslos, en las nalgas, en los pies, en los testículos, en la p…

—¿A ti no te gusta el fútbol? —interrumpe él, aunque en realidad no interrumpe nada, solo un pensamiento tan fuerte en mi cabeza que me ha hecho sudar.

—No.

—¿El *basket*?

Dudé unos segundos, pero me tiré a la piscina.

—Sí, el *basket* más.

—¡Ese es Guillermo! —dice él. Y luego añade—: ¡Ah, sí, ahí!

Y yo aprieto más, pero a la vez deseo que acabe pronto. O no. Él sigue susurrando:

—Ah, ¡qué bueno! Así, ahí.

Y yo miro hacia mi derecha, hacia mi izquierda y sigo masajeando. Y de repente dice:

—Ya, gracias.

Y él solo se pone la camiseta, yo procuro no mirar, por si mis ojos empiezan a ponerse de otro color, por si me vuelvo de fuego, y dice:

—Gracias, Guillermo de Pontevedra.

Y se va. Esa es la única aparición relevante del jugador de baloncesto

de Ourense en esta historia.

He olvidado decir que todas estas cosas que me sucedían eran si cabe más graciosas, o al menos más notables, porque yo tenía un aspecto realmente estúpido. Aquejado por aquel entonces, a mis 18 años, de cierto complejo con mi mentón, ya que estaba empeñado en que era muy pequeño, que apenas existía, me había dejado una perilla

absurda. Y en el pelo me echaba demasiada gomina. Y vestía cosas enormes, sudaderas enormes con logos de multinacionales del surf. Y así, como un surfista acomplejado con el pelo que pinchaba, se diría que lamido por una vaca, y una perilla como de pintor pobre de provincias, me movía yo en medio de todo aquello, y así, exactamente con esa pinta de zopenco, un día le gusté a una chica.

Fue en un bar al que se iba antes de ir a las discotecas, pero la gente ya estaba borracha, ya se podía bailar. Tampoco bailar, lo que se dice bailar, si acaso mover la cabeza, como por ejemplo con canciones de Eminem o de Red Hot Chilli Peppers, que recordemos que yo había dicho a todo el mundo que me encantaban para parecer un tío enrollado y heterosexual y cada vez que sonaban los demás de la residencia me miraban y yo tenía que empezar a mover la cabeza también, para alimentar mi propio personaje, y en esas estábamos cuando se acerca una chica y oigo:

—Le gustas a mi amiga.

Yo estaba acostumbrado a oír esta frase, sobrevolaba sobre mí todas las noches de miércoles y jueves, salía de la boca de una chica que estaba a mi derecha o a mi izquierda, o delante o detrás, pasaba por delante de mí y acababa sobre Saúl, sobre el gracioso, sobre Miguelito Erecciones o sobre el ourensano jugador de baloncesto. Al ourensano le sucedió una cosa una vez en la discoteca que comentamos durante semanas mientras cenábamos tortilla francesa con kétchup: la única vez que salió con nosotros se acercó una señora mayor que él y le dijo:

—No hace falta ni que hablemos, ven a mi casa.

Es que así de canónicamente bueno estaba el ourensano. Él se marchó muy molesto de la discoteca diciendo que tenía novia en Ourense y aquella mujer era una sinvergüenza y una puta.

Pues bien, yo estaba acostumbrado, decía, a que esas frases de cortejo rodeasen mi cabeza, mis orejas, y pasasen de largo, pero aquella noche una de esas frases posó sobre mí como se posa una maldición.

La chica me miraba. «Le gustas a mi amiga», había dicho. También me miraban los demás: Saúl, Pablo, el gracioso, el abuelo y Miguelito Erecciones, con esa expresión de triunfo grupal para mí tan ajena, tan extraña, que si acaso solo había acariciado una vez y de lejos cuando conseguí que todo el mundo llamase *lihto lihto* al argentino y que ya bastaba, yo solo quería un reconocimiento como creador, no tener que hablar con ninguna mujer a la que se le ocurriese fijarse en alguien con mi pinta.

Mis compañeros hicieron un extraño ritual que no entendí y que casi me empujó físicamente hacia el grupo de las mujeres. Ellos, los normales, sabían cosas, sabían hacer que las energías cambiasen y fluyesen de tal manera para que terminases cara a cara con una extraña. Parece que ellas, el grupo de las chicas, también sabían hacerlo, si acaso de un modo más suave, protocolario y discreto. De repente una rubia salió disparada como un resorte del grupo de las chicas igual que habían conseguido que yo saliese disparado del grupo de los chicos, y allí estaba junto a mí y me decía hola y me preguntaba por cosas sobre mi vida, mientras Saúl y Miguelito Erecciones hacían gestos, los gestos previsibles en estas ocasiones, y solo dejaron de hacerlo cuando sonó otra canción de Red Hot Chilli Peppers que a todos les encantaba y eso que de toda la letra solo se sabían el principio, que cantaban a grito pelado, *jaulón-jaulón,* supuestamente *how long, how long*. La canción era *Otherside*.

Mientras, las amigas de ella, más discretas, solo miraban de vez en cuando, sonreían, hablaban entre sí.

He olvidado casi todo lo que pasó después de la misma manera en que he intentado olvidar otras cosas traumáticas que me han sucedido, solo sé que al poco rato nos besábamos. Fue la primera vez que besé a otra persona y recuerdo unos labios suaves y muertos, recuerdo agarrar una cintura estrecha, el olor desagradablemente dulce de su colonia, la piel demasiado suave de su nuca y la tristeza enorme y profunda que me invadió por no sentir nada, por besar a una especie de cadáver, o por ser yo el cadáver, más bien, que acariciaba la idea de volver al mundo de los vivos mezclando mis babas con las de una mujer, pero sin conseguir nada, solo seguir muerto. Ni siquiera pensé en Pablo o en Saúl o en el jugador de baloncesto tumbado de espaldas sobre mi cama. No sentí nada, no recuerdo nada. Luego sí lo recuerdo perfectamente: al poco de empezar a besarnos la chica me dijo que tenía que ir al baño y que volvería enseguida, pero nunca volvió. Y me pareció justo, lo mejor para ambos. Sí que recuerdo que me sentí molesto, alerta, dolido, convencido de que me había descubierto, de que en un lenguaje no verbal, solo de labios, a través de mis babas,

había captado lo que yo era. Lo había sabido. Ahora alguien más lo sabía aparte de mí. No me molestó que se largase, me preocupó que supiese lo que era yo. A los demás les dije que se iba con sus amigas a otro lugar, que allí nos veríamos, y de nuevo hicieron aspavientos, hablaron de tener sexo con ella, Miguelito dijo que si no me la follaba yo podría hacerlo él, porque total ya estaba empalmado, y pronto el tema dejó de interesarles, supongo que porque al fin y al cabo era un ritual que se repetía cada noche con diferentes rostros y volvimos a nuestra residencia y como había porros los fumamos, nos turnamos para meternos bajo las mantas, me tocó con Saúl, que se había puesto un pijama horrible color morado, y al encender el porro allí bajo las mantas vi sus ojeras, su mandíbula recia, y me echó el humo a mí a la cara, como era lo que estaba mandado hacer, y me preguntó:

—¿Y la rubia esa?

Yo respiré hondo para colocarme con él y después busqué sus ojos en la oscuridad y solo me encogí de hombros. Él se rio escandalosamente, pero no sé, no lo sabré nunca, si por el porro o porque sabía más cosas sobre mí que yo mismo, o al menos sabía lo mismo que la rubia había aprendido aquella noche.

Volví tarde a mi habitación y como no estaba *lihto lihto* estuve un buen rato pensando en que le comía la polla al baloncestista, después a Saúl, después a Pablo y al final a los tres a la vez.

No se volvió a hablar de la rubia aquella, yo no dije nada, los chicos no preguntaron y la vida continuó como siempre: comíamos y cenábamos todos tortilla francesa con patatas fritas y kétchup por si la carne de la residencia venía de alguna vaca loca, excepto el ourensano, que defendía la carne gallega de forma iracunda, especialmente frente a *lihto lihto,* y la pedía todos los días para comer y cenar, que yo pensé que iba a reventar de ternera. Cuando se enfadaba se le tensaba la mandíbula y le salían nuevas venas que no había visto antes en sus brazos y yo guardaba esa imagen en mi mente para tocarme después de comer pensando en él si no estaba *lihto lihto* en la habitación. Salíamos los miércoles y jueves, inventábamos nuevas letras de canciones en las que pudiésemos hablar del abuelo, una de ATC llamada *Around the world* se convirtió en *Around the abuelo-na-na-na-na-na*, fumábamos porros, si había fútbol yo me quedaba en la habitación y el ourensano aparecía para que le diese un masaje sin camiseta. Una noche de jueves, ya tarde, dos o tres de la mañana, fumábamos porros en la habitación de Saúl y Miguelito Erecciones, este último presumiendo ante todos de que ya estaba erecto («Incluso con los porros me empalmo, ¿lo veis?», nos decía) y

oímos un portazo que hizo temblar los muebles y la voz de Chusa.

—¡¡¡HIJOS DE MIL PUTAS!!!

Todos salieron disparados, o bien a esconderse bajo las camas o bien por la puerta hacia sus habitaciones en dirección contraria a la que había tomado Chusa, esperando que el largo pasillo circular les permitiese llegar a sus dormitorios antes de encontrarse con aquella bestia de metro y medio y ojos de pez telescopio.

—¡¡¡No me vais a joder la vida, cabrones!!!

Yo salí caminando lentamente rumbo a mi habitación, sobre la horrible alfombra pasillera, dispuesto a morir por todos ellos, qué importaba ya. Pensé que hasta podía pasar a la gloria, me recordarían como el chico que llevó la *Playboy* de Pamela

Anderson, el que bautizó al argentino como *lihto lihto* y también como el hombre que se enfrentó a Chusa y murió para liberarlos a ellos, y que además había muerto tras haber besado a una mujer, sin ser virgen del todo. Había tenido una vida que valorarían.

Estaba a unos quince metros de la puerta de mi dormitorio. Escuché los pasos furiosos detrás de mí.

—¡BORRACHOS, DROGADICTOS, TERRORISTAS!

Me di la vuelta y vi a Chusa, su cara más hinchada y roja que de costumbre, los ojos aún más saltones, los de un pez telescopio especialmente enfadado o sobrealimentado o a punto de morir, y se detuvo mirándome a mí, juraría que flotando unos centímetros sobre el suelo, aunque puede que eso fuese debido a los porros, y de repente susurró de forma condescendiente, un poco lastimosa, como si pudiese leer dentro de mí, mientras relajaba súbitamente su tono y me hablaba casi como una madre:

—Guillermo…

Yo solo miré al suelo y seguí caminando sobre la alfombra pasillera, rezando para que Chusa no tirase de ella y diese vueltas en el aire hasta caer sobre la baldosa y desnucarme. No ocurrió. Pude entrar en mi cuarto, donde *lihto lihto* me miraba aterrorizado desde su cama (él no había presenciado el anterior ataque de Chusa).

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Es la mujer que nos cuida.

Yo cerré la puerta y justo ahí Chusa continuó su camino de destrucción golpeando puertas, muebles y llamándonos de nuevo hijos de mil millones de putas, pero me di cuenta de que yo estaba a salvo, de que Chusa, perdida, solitaria, confundida, al verme aquella noche con sus ojos telescopio e inyectados en sangre, me había comprendido, había encontrado otra alma solitaria, se había visto reflejada en mí. Mientras los gritos seguían por toda la casa y el argentino se refugiaba bajo las sábanas, yo me puse el pijama, me metí en la cama y me dormí. *Lihto lihto* también abandonó la residencia al día siguiente, aterrorizado.

Unos días después estaba en el supermercado cercano a la residencia cuando vi a Chusa paseando por el pasillo paralelo mientras empujaba un carro con algunas de las cosas que formaban parte de nuestro pobre desayuno: el colacao, el café soluble, las magdalenas industriales y los panecillos que a menudo me comía, ya duros, a las cinco de la mañana, muerto de hambre por culpa de los porros. La seguí con curiosidad.

Caminaba lenta, como ensimismada, y al llegar al pasillo de los cosméticos se quedó un buen rato mirando algunos productos apoyada en el carro. No los cogía, solo los observaba desde una distancia prudencial. Me pregunté si fabulaba con la idea de teñirse las canas, eliminar las ojeras o alisar su frente, si alguna vez había sido joven y bella, si acariciaba la posibilidad de volver a serlo con ayuda de un serum o un tinte.

Abandonó el pasillo de los cosméticos sin comprar nada, acabó su compra de manera ordenada, pagó sin sonreír a las cajeras y, mientras yo pagaba lo mío en otra caja, seguramente Phoskitos, Kit Kats o Donuts, observé que Chusa era incapaz de meter todo el contenido del carro del supermercado en su carro de la compra y me acerqué.

Ella me vio al instante, y eso que estaba de canto, imagino que gracias al poder de sus ojos saltones de pez telescopio, y dijo mi nombre, que siempre se convertía con su voz cantarina y su acento del interior de Galicia en una especie de melodía risueña, algo así como «¡Guille-e-eeermo!»

Me pidió que le ayudase con las bolsas que no entraban en el carro. Así que volvimos a la residencia recorriendo Fernando III el Santo, giramos en la esquina de la calle de la Rosa y llegamos a nuestro portal, yo rezando todo lo que sabía para no cruzarme con Pablo, con

Saúl, con Miguelito Erecciones, con el gracioso o con el ourensano, bajo pena de convertirme en aliado del enemigo y que empezasen a verme como a un vendido. Durante el camino ella me preguntó por las clases, por mi familia y por mi vida en Pontevedra y yo le dije que todo normal, que todo en mí era normal, del mismo modo que normal era nuestro paseo, del mismo modo que normal era aquel año, normal era el sol de justicia que aquel día casi de primavera bañaba nuestras caras por el paseo y normal que bajase de su apartamento algunas noches gritando y golpeando los muebles. Si dejas claro a un monstruo que encuentras normal su comportamiento él encontrará normal el tuyo y te dejará ir, pensé yo. Ejecutando con éxito nuestro simulacro de normalidad y ya metidos en el ascensor, Chusa pulsó el botón del segundo piso.

—Antes voy a dejar una bolsa yo.

Estaba a punto, me di cuenta, de entrar en los dominios de la minotaura de metro cincuenta, de acceder a un lugar sobre el que habíamos fantaseado a menudo durante las cenas de tortilla francesa y patatas fritas con kétchup. Nos habíamos imaginado que el apartamento de Chusa era igual que el que ocupábamos nosotros pero sin luz, o con las paredes cubiertas de fotografías de ojos abiertos o tomadas por el moho o pintadas de rojo sangre o recubiertas de piel humana que hacía de papel decorativo o llenas de crucifijos dados la vuelta o de teléfonos descolgados o de dientes o de pelo humano o de ajos o de excrementos. Se abrió la puerta del ascensor y salimos ambos, Chusa con el

carro, yo con dos bolsas del supermercado Froiz. Ella metió las llaves en la cerradura y yo me preparé para registrar visualmente todo lo que viese y poder contar después la aventura a los chicos. El hecho de que la hubiese acompañado desde el supermercado y la hubiese ayudado con las bolsas, el asunto de la traición a mi bando, pasaría a un segundo plano si les explicaba a todos cómo era su casa por dentro y qué habían visto mis ojos allí. Al otro lado de la puerta apareció un extraño pasillo, oscuro, con todas las puertas cerradas, igual que el que había en nuestra residencia pero con un olor raro, sin vida, sin decoración, ni una triste alfombra pasillera. Y Chusa no guardó las llaves, sino que se dirigió a la segunda puerta a nuestra izquierda, sacó otra llave y dio varias vueltas hasta abrir una nueva puerta y allí apareció una habitación parecida a la del abuelo, muy pequeña, interior, con una cama individual, un pequeño armario y, al lado del armario, lo que parecía una pequeña cocina. Cuando Chusa encendió la luz el paisaje fue todavía más feo: iluminadas por una única bombilla, las paredes amarillentas de aquel cuarto pequeño parecían

haberse acercado todavía más a nosotros y dejaban de manifiesto de forma más clara la poca luz natural que entraba por la ventana que daba al patio. No me hizo falta acercarme para darme cuenta de que ese patio daba a la habitación de Saúl y Miguelito Erecciones, donde solíamos fumar los porros y subir el tono de voz por las noches. Chusa vació las bolsas en silencio. Sobre la cama individual había una colcha antigua, apenas visible por la ropa de cama doblada encima y algunas viejas revistas. Había una buena pila de medicamentos sobre la mesilla, debajo de ella cajas de zapatos, bajo mis pies una alfombra que, me di cuenta, era hermana de la desagradable alfombra pasillera que llevaba a la habitación del abuelo, tal vez un trozo arrancado a aquella. En una de esas pequeñas estanterías que cuelgan de la pared y se supone que son para colocar figuras decorativas, aunque Chusa había aprovechado para poner más medicamentos y algunas bolsas de pasta, cereales y pan de molde, observé que el único objeto situado con cierto cariño y visibilidad era una foto antigua de dos personas, se diría que de los años setenta por sus colores apagados y textura mate. Y me acerqué para estudiarla, pero Chusa se interpuso en mi camino y me dijo:

—Ya está, vamos.

Y yo salí lentamente y le pregunté:

—¿Vives aquí?

—Claro.

Chusa cerró con llave la puerta de su habitación y yo quise preguntarle cuál era su cuarto de baño, pero era tal vez una pregunta extraña e impertinente y en lugar de ello

seguí caminando en silencio, nos metimos en el ascensor, bajamos solo un piso y entramos los dos a la vez en la residencia, yo con un pastel, Chusa con el carro. Al llegar simplemente abrió el armario del pasillo y comenzó a dejar nuestras toallas.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, Guillermo.

Y sonrió y sus ojos de pez telescopio se metieron en sus cuencas y volvió a parecer un sapo. No conté a ninguno de los chicos que había estado en su casa. O lo que fuese aquello.

Saúl y Miguelito Erecciones tenían un mejor amigo de toda la vida y

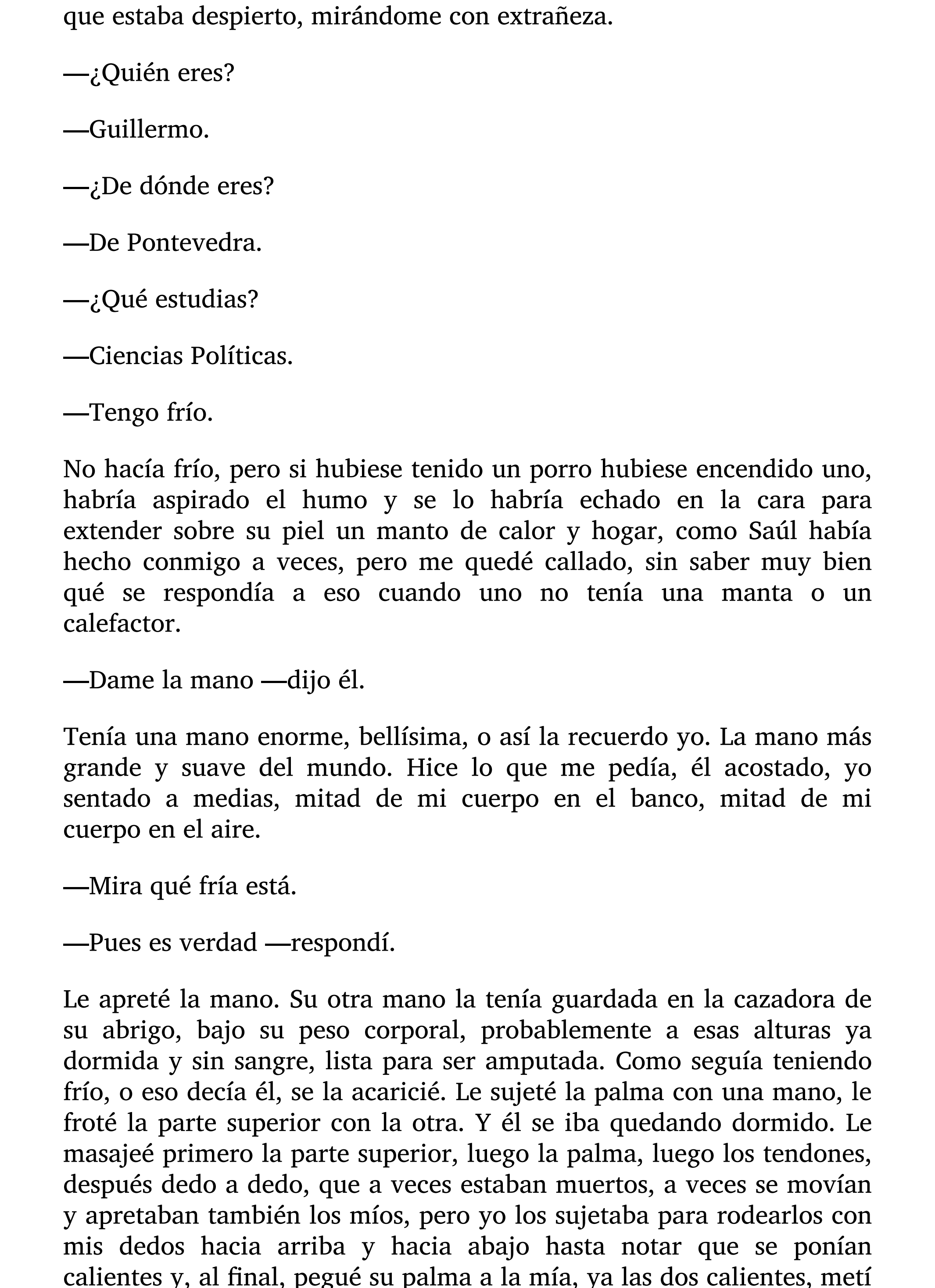
un lunes anunciaron que su amigo iba a venir. Era un vigués que estudiaba no sé qué cosa en otra ciudad que no recuerdo cuál era y su visita se tradujo primero en un viaje al supermercado para comprar botellas de alcohol un jueves y después reunir un bote para comprar mucho hachís, de lo que se ocupó Saúl, como siempre. Tal era la intriga por la llegada de aquel hombre del que Saúl y Miguelito hablaban de una manera tan entusiasta y ansiosa, como si viniese el santo patrón de lo divertido y de lo vanguardista, que hasta el abuelo apareció con una camiseta pese a que siempre vistiese con camisa y extrañamente engominado, lo cual propició que en el salón todos le cantasen «¡Que viva el abueeeeelo!», con la melodía de *Adelante*, una canción de Sash, porque todos estábamos obsesionados con Sash. Todos esperábamos con ansia al vigués menos Pablo, que ya me había comentado con recelo que seguramente no era para tanto y si había un vigués importante era él, y tenía razón, yo pensaba realmente que Pablo era una de las personas más importantes del mundo y santo patrón de lo divertido y lo vanguardista al romper todo lo que encontraba en su camino para cambiarlo y tirar cosas a las paredes para derribarlas, eso sí era vanguardia. Y bien, al final el vigués llegó sobre las nueve de la noche y ya estaba borracho, borrachísimo, como una cuba, no podía ni hablar, tanto que Saúl y Miguelito Erecciones lo tuvieron que sentar, porque aunque se le adivinaba bellísimo y formal cuando estaba en pie, encorvado y en el estado en que se presentó no dejaba de chocarse contra los muebles. Así descubrimos que el famoso vigués no era el colmo de la diversión y el vanguardismo, simplemente tenía un grave problema con el alcohol. Así que dijo Saúl:

—Mejor que nos vayamos porque no deja de caerse y va a hacer ruido y va a bajar Chusa.

—¿Quién es Chusa? —balbuceó él.

—Una puta psicópata malfollada —respondió Saúl tirando de él hacia la puerta.

Una vez en la calle decidimos que podíamos aprovechar la buena noche primaveral para ir a hacer botellón a un parque con el alcohol que teníamos, pero había que ir a comprar hielos, vasos, tabaco, mucha intendencia, y alguien tenía que quedarse con el vigués para que no se fuese ni se desmayase ni se mease encima. Al vigués lo tumbaron en un banco y me pidieron a mí que me quedase con él y se fueron el resto a buscar las cosas a una tienda 24 horas que teníamos cerca de casa y nos salvaba de todas las apetencias nocturnas, ya fuesen vodka o bocadillos. Me encendí un cigarro, lo miré y resulta


que estaba despierto, mirándome con extrañeza.

—¿Quién eres?

—Guillermo.

—¿De dónde eres?

—De Pontevedra.

—¿Qué estudias?

—Ciencias Políticas.

—Tengo frío.

No hacía frío, pero si hubiese tenido un porro hubiese encendido uno, habría aspirado el humo y se lo habría echado en la cara para extender sobre su piel un manto de calor y hogar, como Saúl había hecho conmigo a veces, pero me quedé callado, sin saber muy bien qué se respondía a eso cuando uno no tenía una manta o un calefactor.

—Dame la mano —dijo él.

Tenía una mano enorme, bellísima, o así la recuerdo yo. La mano más grande y suave del mundo. Hice lo que me pedía, él acostado, yo sentado a medias, mitad de mi cuerpo en el banco, mitad de mi cuerpo en el aire.

—Mira qué fría está.

—Pues es verdad —respondí.

Le apreté la mano. Su otra mano la tenía guardada en la cazadora de su abrigo, bajo su peso corporal, probablemente a esas alturas ya dormida y sin sangre, lista para ser amputada. Como seguía teniendo frío, o eso decía él, se la acaricié. Le sujeté la palma con una mano, le froté la parte superior con la otra. Y él se iba quedando dormido. Le masajeé primero la parte superior, luego la palma, luego los tendones, después dedo a dedo, que a veces estaban muertos, a veces se movían y apretaban también los míos, pero yo los sujetaba para rodearlos con mis dedos hacia arriba y hacia abajo hasta notar que se ponían calientes y, al final, pegué su palma a la mía, ya las dos calientes, metí mis dedos entre los suyos y apreté, llegando a sentir que su mano era mía, no mía en un sentido de posesión, sino verdaderamente mía,

como si yo pudiese enviarle instrucciones desde mi cerebro, como si mi mano derecha tuviese repentinamente diez dedos, cinco de ellos prestados, enormes, hermosísimos. Permanecí un rato así, observando la maraña de dedos y las venas azules de él a través de su piel traslúcida.

Nunca había apretado así la mano de otro chico.

La solté cuando vi a lo lejos la silueta de los demás que volvían con hielos, vasos de plástico y tabaco. Y como el vigués seguía durmiendo en el banco, Miguelito Erecciones envió un mensaje a otros amigos para que vinieran a buscarlo y se lo llevasen a dormir la mona a otro lugar.

Vi marchar al vigués alcohólico y sin nombre con cierta pena, mientras lo sujetaban entre tres.

Aquella noche en la habitación, a solas, pensé en su mano, convencido de que allí, en el banco, a solas, cuando se la acaricié para darle calor hasta calentarle dedo a dedo había tenido mi primera experiencia sexual con otro hombre. Que ya no era virgen.

A la mañana siguiente me desperté temprano muerto de hambre y con dolor de cabeza.

Me arrastré hacia la cocina. Allí había una mujer desconocida y sonriente colocando los sobres de colacao, las magdalenas, los bollos de pan y el café soluble en la cocina.

—Buenos días.

Miré a mi alrededor, por si la noche anterior, borracho, me había metido en una casa ajena. Reconocí el apartamento, mi residencia, allí estaban los restos de botellas de vodka del día anterior y los ceniceros todavía llenos en el fregadero.

—¿Y Chusa?

La mujer sonriente siguió disponiendo el desayuno y me respondió de espaldas:

—Se ha ido.

Miré hacia la ventana que daba al patio enorme y destartalado. Al otro lado del cristal caía una lluvia fina, el día estaba gris. *Odio la lluvia. Me pone tan triste. Y aquí está lloviendo siempre*.

—El señor Romariz decidió que mejor… —no acabó la frase que tuviese en su cabeza—. María Jesús no estaba bien.

Caminé hacia mi habitación. Atravesé la alfombra pasillera, que de repente me pareció bonita, como si su estampado hubiese florecido de nuevo, pasé por delante de la puerta de la habitación del abuelo, luego llegué a la mía, vacía, tan vacía. Hasta me dio pena que no estuviese *lihto lihto*. Todo era pena en mí de repente. Me asomé a la ventana por si Chusa me esperaba en la acera para despedirse, pero nada. Un golpe tremebundo sonó en la pared. Era Pablo, que había tirado algo enorme a la pared.

—¿¿Puedes no hacer ruido, hijo de puta?? —chilló.

Hijos de mil putas. Solo deseé que Chusa encontrase una habitación grande con un enorme ventanal en un lugar donde siempre hiciese sol.

Una noche de junio abrimos las ventanas para que entrase la brisa nocturna por los pasillos y las habitaciones, fumamos porros en el salón, bebimos vodka, luego caminamos un buen rato sin rumbo y de repente Pablo, Saúl, Miguelito Erecciones, el abuelo y yo estábamos en las afueras de Santiago a las tantas de la mañana. Como yo llevaba una cámara de fotos les pedí que se sentasen en medio de una rotonda.

Conservo esa foto. Los cuatro están sentados sobre la hierba, en plena noche, al fondo se intuye parte de una carretera vacía, el *flash* no logra iluminar todo el pavimento. Detrás de eso, la oscuridad. A la izquierda, Miguelito Erecciones sonríe desenfocado. A su lado, Saúl mira al cielo, como iluminado, sus ojeras más bonitas que nunca, su mandíbula marcada de yonqui conquista y protagoniza la composición pictórica.

Después el abuelo, con su camisa blanca y su pelo ralo, me mira serio, somnoliento. A la derecha del todo, con la vista perdida más allá de mi objetivo, Pablo, con su peinado casquete, su camiseta de un grupo heavy, su cuerpo rotundo. Hoy no sabría reconocerlos a ellos, probablemente tampoco ellos a mí. He buscado esa rotonda en un mapa de Santiago y ya no existe. Hay una urbanización construida en lo que era un terreno baldío y verde muy cerca del centro. El que hizo esa foto ya no soy yo, yo también me construí otra vida encima. Sin embargo, a veces aún sueño con Chusa. En mis sueños ella no ha envejecido y yo sí, pero sigo siendo un alma confiada, sin miedo a vivir peligrosamente, y cuando la veo me acerco y le doy un abrazo.

Cuando llegó el final del curso me di cuenta de que me había olvidado de ir a clase.

Aprobé dos asignaturas aquel año. Mi madre me anunció que sería mejor volverme a Pontevedra. Las últimas semanas en la residencia de Santiago se desarrollaron sin Chusa y con los chicos haciendo planes para el regreso en septiembre, decidiendo quién viviría con quién, haciendo grupos para compartir un piso que les diese más libertad y donde pudiesen llevar chicas. Pablo, Saúl y Miguelito Erecciones se irían a vivir juntos, decidieron. Yo buscaba formas de despedirme, prometía visitas esporádicas que sabía que nunca se cumplirían. Nunca llegué a aprenderme el nombre de la nueva mujer que nos cuidaba. Era cortés, amable, comedida, invisible. Una noche ya de verano, todos en camiseta y pantalones cortos, incluso el abuelo, fuimos a las atracciones de feria que habían colocado en la Alameda por las fiestas de la Virgen de la Ascensión. Bebimos copas de vodka malísimo en vasos de plástico de litro y, ya borrachos, nos subimos al Saltamontes. Los cuerpos de Saúl y Pablo caían sobre mí con cada movimiento brusco y se reían por aplastarme, yo también me reía y me gustaba que me aplastasen. La ciudad y los árboles daban vueltas alrededor de mi cabeza y, para no marearme y vomitar todo el vodka, algo que en realidad deseaba que ocurriera para poder dejar una última impronta, una gran historia por la que recordarme, miré hacia el cielo. Y descubrí que allí estaban las estrellas, que tan pocas veces había visto aquel año encapotado y extraño, por mucho que lo hubiese vivido casi exclusivamente de noche. Me lo había preguntado a veces. ¿Dónde habían estado las estrellas todos aquellos meses? Ahí habían estado siempre, sobre nuestras cabezas, observándonos rutilantes, girando sin cesar.

Este libro terminó de imprimirse el 9 de abril de 2023. Tal día como ese de 1821 nace en París el poeta Charles Pierre Baudelaire, incluido entre los poetas malditos de Francia por su rechazo al orden burgués y a la idea convencional de moralidad, familia y trabajo. Su obra muestra que la dignidad del arte no está en buscar la belleza donde ya sabemos que se encuentra, sino tal vez donde nos dijeron que no estaba.

Spleen de París, Paraísos artificiales y *Las flores del mal* son sus obras más conocidas que marcaron a las generaciones de poetas del siglo XX.



“Apenas puedo concebir un tipo de belleza en el que no haya melancolía.”